

AYUNTAMIENTO  
DE MADRID

BIBLIOTECA

0-1  
S

LATINA





LA LATINA

LA LATINA





850-1  
TAS

TASSO

---

LA JERUSALEM LIBERTADA

EXPURGO

LA LATINA





BCE  
671

BIBLIOTECA CLASICA

TOMO CLXVIII

LA  
JERUSALEM LIBERTADA

POR

TORCUATO TASSO

TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

POR

FRANCISCO GÓMEZ DEL PALACIO

PRECEDIDA DE UN

ESTUDIO BIOGRÁFICO Y CRÍTICO DE TASSO Y SU POEMA

POR

EMILIA PARDO BAZÁN

—  
TOMO II  
—

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.<sup>^</sup>  
calle del Arenal, núm. 11.

1893

---

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.<sup>a</sup>, Ferraz, 13.

Ayuntamiento de Madrid



# LA JERUSALEM LIBERTADA

---

## CANTO NOVENO

---

CONJÚRASE EL INFIERNO CON SOLIMÁN Y CON LOS ÁRABES,  
EN DAÑO DE LOS FIELES; BATALLA NOCTURNA;  
SAN MIGUEL DISPERSA Á LOS MONSTRUOS INFERNALZ  
Y DEVUELVE LA VICTORIA Á GODOFREDO.

### I

Viendo el monstruo infernal ya sosegados  
Los vientos, las contiendas, la ira ardiente,  
Y que es vano luchar contra los hados,  
Y los decretos de la eterna mente,  
Parte, y los campos quedan agostados  
Donde pasa; el sol falta de repente.  
Con más furia y más negras artes malas,  
A nueva empresa atroz tiende las alas.

### II

De sus espías por la industria y arte,  
Sabe que del cristiano campamento  
Fuera Reynaldo está en remota parte  
Y Tancredo y los más de grande aliento.  
Dice: « ¿Qué esperas ya para lanzarte?  
» A guerra Solimán venga al momento  
» Inesperado. Triunfará de cierto  
» De un campo en disensión, casi desierto. »

## III

Vuela donde entre bárbaros errantes,  
De ellos caudillo, Solimán habita:  
No hay alma en los rebeldes habitantes  
Del Infierno, más negra y más precita;  
Ni habría si la tierra sus gigantes  
Volviera á producir, raza maldita.  
Rey era de los turcos, y Nicea  
Asiento del imperio hace que sea.

## IV

Al frente corre de la costa griega  
Su confín, del Meandro hasta el Sangario;  
Donde al Misio y al Frigio y Lidio agrega  
Del Ponto y la Bitinia el pueblo vario.  
Cuando el cristiano ya venciendo llega  
Al Asia, al turco y todo infiel contrario,  
Expugnada su tierra, y en reñido  
Combate por dos veces fué vencido.

## V

Después que suerte nueva tiente en vano,  
Lanzado á fuerza del país nativo,  
A la corte acudió del rey gitano  
Que le hospedó cortés y compasivo:  
Plúgole ver á aquel feroz pagano  
Brindar la ayuda de su brazo activo,  
Pues evitar que gane determina  
De Cristo la Cruzada á Palestina.



## VI

Mas antes que la guerra abiertamente  
En que pensando estaba, le anunciara,  
Mucho oro dale, á fin de que la gente  
De Arabia á sueldo Solimán tomara.  
Mientras de Asia y de moros diligente  
Junta hueste, aquél viene y á la avara  
Turba árabe reúne, mercenaria,  
Siempre al robo dispuesta y temeraria.

## VII

Hecho su jefe así, la dilatada  
Judea entera corre, tala, arruina,  
Tal que á llegar ó á retornar cerrada  
Quede á las francas huestes la marina.  
La injuria recordando no vengada  
Y de su reino la fatal rüina,  
Grandes cosas su mente airada vuelve;  
Mas no bien se asegura ó se resuelve.

## VIII

A éste, Alecto, la furia infernal, vuela  
Tomando de hombre anciano la figura:  
De arruga y palidez el rostro vela,  
Barbado el labio, lo demás rasura;  
Envuelve la cabeza en larga tela  
Y baja hasta los pies su vestidura;  
La cimitarra al lado, al hombro aljaba  
Y arco en las manos débiles llevaba.

## IX

Dice: « Mientras nosotros por la playa  
» Infecunda vagamos y desierta,  
» Donde ni ya botín se espera que haya,  
» Ni victoria que diera gloria cierta,  
» Se deja que Gofredo á sitiár vaya  
» La ciudad, ya á sus golpes casi abierta;  
» Y veremos si un poco más se tarda  
» Que arruinada en incendio voraz arda.

## X

» ¿Chozas quemadas, bueyes y ganados,  
» Trofeos son que á Solimán contentan?  
» ¿Recobras así el reino? ¿Así vengados  
» Son los daños y ultrajes que te afrentan?  
» ¡Valor! De noche, donde están campados  
» Entra, y haz que tu fuerte brazo sientan;  
» Cree á tu viejo Arazpe. Que no yerro  
» En el reino probaste y el destierro.

## XI

» No os espera ni teme: que desprecia  
» Al árabe desnudo, acobardado;  
» Ni ha de creer de gente que se precia  
» De ladrona y fugaz, un golpe osado;  
» Pero brava la hará tu ira recia  
» Contra el real que yace desarmado. »  
Dice así; furia é ímpetus violentos  
Sopla en su seno, y mézclase en los vientos.



## XII

Gritando Solimán, alza la mano:  
« ¡Oh tú, que furor tanto me infundiste  
» Y hombre no eres, aunque rostro humano  
» Muestras, te seguiré donde dijiste:  
» Iré; montes haré donde ora es llano:  
» Montes de muertos en estrago triste;  
» Ríos haré de sangre; ven conmigo,  
» Y en lo obscuro mis armas rige amigo. »

## XIII

Calla, y las tribus junta sin tardanza;  
Su voz anima al más cobarde y lento,  
Tal, que llenos de ardor y confianza,  
Todos ya quieren secundar su intento.  
Suena Alecto la trompa; audaz avanza  
Y da ella misma la bandera al viento,  
Marcha el campo, antes vuela, en prisa tanta  
Que de la Fama al vuelo se adelanta.

## XIV

Alecto á poco andar se les separa,  
Que de correo va á tomar vestido,  
Y á la hora que entre sombras y luz clara  
Quedar parece el mundo dividido,  
Llega á Jerusalem, donde no para  
Hasta ser al rey moro introducido:  
La gente que allí viene le reseña  
Y del nocturno ataque la hora y seña.

## XV

Van las tinieblas ya tendiendo el velo  
Que un rojizo vapor tiñe sombrío,  
Y en lugar de bañar nocturno hielo  
El campo, sangre tibia es su rocío.  
Mil monstruos y prodigios muestra el cielo;  
Pueblan malignas larvas el vacío,  
Y los horrores que el abismo encierra  
Vierte Plutón en la espantada tierra.

## XVI

Por tan profundo horror al campamento  
Cristiano, el fiero Solimán camina;  
Mas llegada á mitad del firmamento  
La noche, que de allí veloz declina,  
Como á una milla, donde soñoliento  
Duerme tranquilo el franco, se avecina:  
Manda comer, y mientras hacen alto  
Les habla y los anima al crudo asalto.

## XVII

« ¿Veis allí un campo de rapiña lleno  
» Que fama tiene más que fortaleza,  
» Y que cual mar en su insaciable seno  
» Del Asia absorbe toda la riqueza?  
» Con ataque de riesgo casi ajeno,  
» A ganarle la suerte os endereza.  
» Armas, caballos, oro, recompensa  
» Vuestra serán, que no de ellos defensa.



## XVIII

- » No es éste ya el ejército valiente
- » Que á Nicea y al persa hubo vencido;
- » En guerra tan prolija y diferente
- » Dél ya la mayor parte ha perecido;
- » Y aunque intacto estuviera, quietamente
- » Inerme, está en el sueño sumergido.
- » Al que duerme matar es fácil caso,
- » Que del sueño á la muerte hay sólo un paso.

## XIX

- » ¡Sus! ¡Sus! Venid, yo os abriré el primero
- » Por sobre cuerpos muertos amplia senda;
- » Y del mío á dar muerte cada acero
- » Y á usar el arte de crueldad aprenda.
- » De Cristo el reino caerá embustero;
- » Libre Asia á vuestra gloria dará ofrenda. »
- Así al combate los incita ardiente,
- Y los hace avanzar calladamente.

## XX

Entre las sombras y la luz incierta  
De centinelas ve puesto avanzado;  
Que no halló, cual creía cosa cierta,  
Al capitán prudente descuidado.  
Aquéllos gritan, y en carrera abierta  
Parten al ver el campo así atacado;  
Despiértase la guardia, y se alza presta,  
Y como puede á pelear se apresta.

## XXI

Dan aliento á sus cobres los infieles  
Que conocen que fueron ya sentidos;  
Se alza alarido horrible; de corceles  
Relinchos se oyen al tropel unidos;  
Mugén montes y valles; ecos fieles  
Del abismo, repiten los mugidos;  
La tea que encendiera en Flegetonte  
Alza Alecto, que es seña á los del monte.

## XXII

Llega el Soldán, con ímpetu violento,  
Donde en desorden aun está la guarda,  
Tan rápido, que en raudo movimiento  
Más la tormenta en desatarse tarda;  
Río que arranque monte de su asiento,  
Rayo que torre hiera y haga que arda,  
Terremoto que el mundo de horror llene,  
Nada á su furia semejanza tiene.

## XXIII

No baja el hierro sin que el golpe acierte;  
No acierta golpe sin que crudo hiera;  
No hiere crudo sin que dé la muerte;  
Más diría, si más se me creyera:  
Y fortaleza sea, sea suerte,  
No parece que herida él recibiera  
Aunque á veces su yelmo alguien golpea,  
Que rimbomba y horrible centellea.



## XXIV

Cuando él solo ya casi en fuga ha puesto  
El primer tercio de la franca gente,  
Cual diluvio desátase, compuesto  
De arroyos mil, de alarbes el torrente.  
Los francos huyen cuanto pueden presto,  
Y los que los persiguen, juntamente  
Con ellos al real entran; destruido  
Todo se ve, de horror y muerte henchido.

## XXV

Sobre el yelmo el Soldán lleva visible  
Sierpe alada que el cuello alza y descoge;  
En la garra apoyándose temible  
La erguida cola en arco doble encoge;  
Parece que tres lenguas vibra horrible;  
Que con agudo silbo espuma arroje,  
Que con la lucha ella también se inflama  
Y que al moverse, humo despide y llama.

## XXVI

Se muestra con aquella luz dudosa  
Tan formidable el bárbaro pagano,  
Como al marino en noche tempestuosa,  
Entre mil rayos, el turbado océano.  
Unos el pie á la fuga presurosa,  
Otros al hierro dan la fuerte mano;  
Y en la noche el tumulto y riesgo crece  
Tanto más, cuanto menos aparece.

## XXVII

Entre los que más ánimo mostraron,  
Latín, hijo del Tíber, bien se esfuerza,  
A quien ni los trabajos fatigaron,  
Ni los años menguaron su gran fuerza.  
Sus cinco hijos allí le acompañaron,  
Siempre con él, doquiera el paso tuerza;  
Antes mucho de tiempo van armados,  
Pues aun crecen sus miembros delicados.

## XXVIII

Con el ejemplo del paterno brío,  
La espada en sangre aguzan é ira nueva.  
Díceles: « Vamos donde aquel impío  
» En los que huyen sus furores ceba;  
» Que su crueldad no ha de enervar confío  
» El valor que ora en él ponéis á prueba;  
» Que aquel honor ¡oh hijos! es menguado  
» A quien no adorna algún horror pasado. »

## XXIX

Fiera leona así sus cachorrillos  
Que aun no melena de sus cuellos penda,  
Ni aun por la edad les crezcan los comillos  
Y la garra fortísima y tremenda,  
Al peligro los lleva tiernecillos  
A que el ejemplo su furor encienda  
Contra quien los persigue en las praderas,  
Y que hace huir las menos bravas fieras.



## XXX

Sigue el grupo al buen padre que los guía  
De cinco, y al Soldán á poco alcanza.  
En un punto, un acuerdo, y se diría  
Un aliento, los seis bajan la lanza;  
Audaz el mayor hijo en demasía  
La asta arrojando al turco se abalanza  
Con la espada: el caballo herir quisiera  
Para que Solimán con él cayera.

## XXXI

Mas como risco expuesto á la tormenta  
En medio al mar y de olas azotado,  
Resiste inmoble al trueno y la violenta  
Ira del Cielo, y viento y mar airado,  
Así el fiero Soldán firme se ostenta  
Contra lanzas y espadas, sin cuidado,  
Y al que hirió su caballo, con enojo  
La cabeza divide entre ojo y ojo.

## XXXII

Aramante al hermano en su caída  
Piadoso el brazo tiende y lo sostiene:  
Vana y loca piedad, que reunida  
Es su desgracia á la que al otro aviene;  
Baja la espada Solimán temida  
Y el brazo, él y el que apoya á tierra viene.  
Caen entrambos y exhalan abrazados  
La sangre y los espíritus mezclados.

## XXXIII

Troza el Soldán la lanza de Sabino  
Con que de lejos el doncel le embiste;  
De un golpe del caballo al suelo vino,  
Y aquel felón en pisotearle insiste:  
Sale el alma del cuerpo alabastrino  
Del joven, con esfuerzo, y dejó triste  
Las auras de la vida y los hermosos  
Días de tierna juventud gozosos.

## XXXIV

Vivos quedan aún Pico y Laurente,  
Que en un parto á su padre enriquecieron;  
Tan parecidos eran, que frecuente  
Ocasión á gratisimo error dieron;  
Mas con ser tan iguales, diferente  
Suerte á las manos del Soldán tuvieron:  
A uno el bárbaro corta la cabeza,  
A otro el pecho traspasa su fiereza.

## XXXV

El padre ¡ay! ya no padre (¡oh dura suerte  
Que tantos hijos le quitó en un día!)  
En cinco muertos ve también su muerte  
Y de su estirpe: toda allí yacía.  
No sé cómo era su vejez tan fuerte  
Que tan atroz desdicha resistía.  
Respira y lucha aún; mas los semblantes  
Quizá no vió á sus hijos expirantes.



## XXXVI

A sus ojos, de aquella horrible pena  
Una parte ocultó tiniebla amiga;  
Mas la victoria su anhelar no llena  
Aunque sin daño suyo la consiga.  
Pródigo de su sangre, de la ajena  
Ciega avidez á pelear le instiga.  
No se conoce cuál más deseara,  
A otro matar, ó que otro le matara.

## XXXVII

A su enemigo grita: « ¡Qué! ¿Has creído  
» Tan débil esta diestra y despreciable  
» Que provocar tu furia no he podido  
» A quitarme esta vida miserable? »  
Calló y con duro golpe bien medido  
Las placas rompe y malla formidable,  
Y dale en el costado herida fuerte  
Que tibia sangre en abundancia vierte.

## XXXVIII

Al grito, al golpe, el bárbaro sañudo  
A él convierte la espada y recia ira;  
Le abre el peto y primero abrió el escudo  
Por el que un cuero siete veces gira,  
Y en sus entrañas hunde el hierro crudo.  
Solloza Latín misero y expira,  
Y alternando la sangre dividida,  
Por la boca le sale y por la herida.

## XXXIX

Como en el Apenino vivaz planta  
Que burló de Aquilón y Euro la guerra,  
Si un turbión su raíz al fin levanta  
Los árboles en torno echa por tierra,  
Así aquél cae, y es su fuerza tanta,  
Que más de uno derriba á quien se aferra.  
Fué digno fin de aquel varón tan fuerte  
Que grandes cosas hizo aun en su muerte.

## XL

Mientras saciaba el turco su odio interno  
Y su hambre de matar cuerpos humanos,  
Los árabes, que anima el negro Infierno,  
Hacen también destrozo en los cristianos:  
Enrique, inglés, y el bávaro Oliferno  
Mueren, feroz Draguto, por tus manos:  
A Gilberto y Filipo da Arideno  
Muerte, del Rhin nacidos en terreno.

## XLI

Albazar con la maza á Ernesto abate,  
Algazel á Engerlano con la espada.  
Mas ¿quién decir podría el desbarate  
Y la plebe que allí fuera matada?  
A los primeros gritos del combate  
Bullón despierta, y con la priesa usada  
Se arma, y juntando un escuadrón florido,  
Al auxilio se lanza requerido.



## XLII

En cuanto tras la grita oyó el tumulto  
Crecer por puntos con horribles sonos,  
Imaginó que repentino insulto  
Ser debió de los árabes ladrones;  
Que ya á su vigilancia no era oculto  
Que en torno recorrían sus regiones;  
Mas no piensa que bárbaros fugaces  
De asaltar el real fueran capaces.

## XLIII

Mientras llegaba, se oye de repente  
« ¡Arma! ¡Arma! » apellidar por un costado,  
Y á un tiempo mismo alzarse horriblemente  
Un bárbaro alarido destemplado.  
Era Clorinda, que del rey la gente  
Lleva al asalto; Argante está á su lado.  
A Güelfo, que segundo en mando era,  
El capitán habló de esta manera:

## XLIV

« Oye ese nuevo estrépito de Marte  
» Que del collado y la ciudad nos viene;  
» Preciso es que tu valor y arte,  
» Del nuevo ataque el ímpetu refrene;  
» Marcha, pues: de esta gente lleva parte,  
» La que tú pienses que mejor conviene;  
» Al otro lado el resto irá conmigo  
» El avance á estorbar del enemigo. »

## XLV

En esto convenidos, á ambos lleva  
Por diverso sendero igual fortuna:  
Al monte á Güelfo, al jefe do se ceba  
Solimán, sin hallar defensa alguna.  
Bullón recoge al paso fuerza nueva  
Hasta que un grueso cuerpo se reúna;  
Con él pujante ya, sigue marchando  
Adonde el fiero turco está matando.

## XLVI

Tal del nativo monte en la pendiente  
No llena humilde el Po su angosto lecho;  
Pero cuanto más dista de la fuente  
Va más soberbia, caudaloso hecho.  
Roto el confín, de toro alza la frente  
Vencedora, y el valle le es estrecho;  
Rechaza al Adria, al parecer contrario  
Al mar en guerra, más que tributario.

## XLVII

Gofredo, que ve huir despavorida  
Su gente, acude al punto y la impropia:  
« ¿Qué temor—dice—os pone así en huida?  
» Quién el que os sigue es mirad siquiera:  
» Gente vil y cobarde, que una herida  
» Cara á cara jamás ni da ni espera;  
» Si volviendo mostráis rostro resuelto,  
» Huirán luego, sólo en verle vuelto. »



## XLVIII

Pica el bridón, dicho esto, y lo revuelve  
Adonde á Solimán feroz divisa;  
Entre la sangre y polvo que le envuelve  
Y armas, riesgos y muertes corre aprisa:  
Al golpe de la espada abre y disuelve  
Filas y grupos; los caídos pisa,  
Que derribando va por ambos lados  
Caballo y caballero, armas y armados.

## XLIX

Sobre montes de muertos. salto á salto,  
El espanto sembrando, se encamina.  
Intrépido el Soldán que el fiero asalto  
Ve venir, ni le huye ni declina;  
Viene al encuentro con la espada en alto  
Para herir, y á Gofredo se avecina.  
¡Oh! que dos caballeros la Fortuna  
De los polos del mundo en lid aduna.

## L

El valor y 'el furor se disputaban  
De Asia, en círculo breve, el reino extenso.  
¡Quién pudiera decir cuál peleaban,  
Y quién pintara su ardimiento inmenso!  
Callo horrendas hazañas que acababan,  
Envueltas por la noche en velo denso,  
Del sol más claro dignas, y por tales  
Que á verlas se juntaran los mortales.

## LI

El pueblo de Jesús, tras de tal guía,  
El valor recobrado, iba adelante,  
Y al Soldán homicida circufa  
Lo mejor de su gente y más pujante.  
Igualmente la sangre se vertía  
De fieles y de infieles abundante;  
Que iguales vencedores y vencidos  
Matan y hieren, muertos son y heridos.

## LII

Como Austro y Aquilón, que iguales pueden,  
Cada cual contra el otro se arrebate,  
Y ni en el cielo ni en el mar se ceden,  
Mas nube á nube y ola á ola bate;  
Tal allí ni unos ni otros retroceden:  
Arde dudoso el áspero combate  
Y el pelear dura sanguinoso y crudo,  
Hierro con hierro, escudo con escudo.

## LIII

No es menos fiera por el otro cuerno  
La lid, menos trabada ó menos densa,  
Y mil nubes de espíritus de Averno  
Llenan del aire la región inmensa  
Y en los paganos soplan fuego interno.  
Nadie en volver atrás un paso piensa;  
Infernal tea al circasiano inflama,  
En quien ya ardía su nativa llama.



## LIV

También él pone en fuga y desordena  
La guardia, y ágil la trinchera salta:  
De los miembros que corta el foso llena  
Y allana el paso á la que en pos asalta.  
Turba feroz que ya nada refrena,  
Y las tiendas del rojo humor esmalta.  
Sigue Clorinda casi sin distancia;  
Que ir zaguera desdeña su arrogancia.

## LV

Cedían los francos ya, cuando la gente  
De Güelfo llega en oportuna ayuda,  
Y háceles luego que cambiando frente  
El rostro den á la morisma cruda.  
Recio lidian. De sangre la corriente  
En qué lado es mayor se pone en duda.  
En tal punto, la vista el Rey del Cielo  
Vuelve al combate que ensangrienta el suelo.

## LVI

Allí asentaba donde santo y justo  
Da ley á todo y todo orna y produce,  
Desde el empíreo al bajo mundo adusto  
Que por seso ó razón no se conduce:  
De toda eternidad en trono augusto  
Una luz sola con tres rayos luce:  
Bajo sus pies están Hado y Natura,  
Sus ministros, la fuerza, la mensura.

## LVII

Y el lugar, y la gloria que disuelve  
 Cual humo ó polvo nuestra gloria vana,  
 Nuestro oro, nuestros reinos, nada vuelve,  
 Y menosprecia la grandeza humana.  
 Así el Creador en su esplendor se envuelve,  
 Que en vano en verle aun la virtud se afana;  
 Rodéanle las almas inmortales  
 Desigualmente en la gozar iguales.

## LVIII

Con los divinos cantos, resonante  
 Gozoso está el empero y arrobado.  
 Llama á Miguel que en fúlgido diamante,  
 Más que el Sol reluciente, estaba armado.  
 Dícele: « ¿Ves la hueste que arrogante  
 » Contra la mía fiel se ha levantado,  
 » Saliendo impía de lo más profundo  
 » Del Báratro y alzándose hasta el mundo?

## LIX

» Vé y mándale que deje á mis criaturas  
 » La guerra hacer que á mi querer conviene,  
 » Y el reino de los vivos y las puras  
 » Auras no más conturbe y envenene:  
 » Vuelva á las noches de Aqueronte oscuras,  
 » Digno albergue, en que justamente pene,  
 » Y á sí y á quienes yo le he permitido  
 » Atormente. Eso mando, eso decido. »



## LX

Calló, y el capitán de sus legiones  
Besa los pies divinos, y se lanza  
Tan rápido del Cielo á las regiones,  
Que el pensamiento mismo no lo alcanza:  
El fuego y la luz pasa en que mansiones  
Los justos han de gloria y bienandanza;  
Luego el puro cristal del orbe mira  
Que de astros tachonado en torno gira.

## LXI

De allí el curso diverso y los semblantes  
Con que Saturno ó Júpiter se eleve,  
Y los demás que no vagan errantes  
Si angélica virtud es quien los mueve;  
Y los alegres campos fulgurantes  
De eterna luz, de donde truena y llueve,  
Y en que el mundo se informa y se deshace,  
Y en lucha sin cesar muere y renace.

## LXII

Van sus divinas alas sacudiendo  
La negra obscuridad y hondos horrores;  
Da á la noche luz clara, y va esparciendo  
De su rostro celestes resplandores,  
Como el Sol los nublados va vistiendo  
Tras la lluvia en bellísimos colores:  
Tal cae por el líquido sereno  
Estrella de la grande madre al seno.

## LXIII

Desciende á do las furias infernales  
En los árabes soplan saña fiera;  
E insistiendo en las plumas inmortales  
Vibrando el asta, habló de esta manera:  
« Bien deberíais ya saber con cuáles  
» Rayos, del Cielo el Rey airado hiera,  
» ¡Oh en desprecio y tormentos afligidos  
» Y en la extrema miseria aún atrevidos!

## LXIV

» El Señor, con designio inescrutable,  
» Que en Sión la Cruz triunfe determina.  
» ¿A qué oponerse al hado incontrastable?  
» ¿A qué irritar la cólera divina?  
» Id, malditos, al reino destestable  
» Que en pena y muerte eterna se os destina,  
» Y os sean sus horribles calabozos  
» De guerra escena y de triunfales gozos.

## LXV

» Enseñaos allí, y en los tormentos  
» Cebaos de los tristes condenados,  
» Con rechinar de dientes y lamentos  
» De cadenas al férreo son mezclados. »  
Dijo, y á los que vía al partir lentos,  
Hace su fatal lanza apresurados;  
Y gimiendo descienden de las bellas  
Regiones de la luz y áureas estrellas.



## LXVI

Van volando al abismo, por consuelo  
A aumentar de los reos los dolores;  
No tanta pasa el mar en rauda vuelo  
Turba de aves, buscando los calores,  
Ni tantos el otoño arroja al suelo  
Hojas, del primer frío á los rigores.  
Ya de ellos libre el mundo, aquella negra  
Faz deponiendo, plácido se alegra.

## LXVII

No por eso de Argante rencoroso  
Se ve el odio y furor disminuído,  
Si bien de Aleeto no al soplo rabioso  
Ni al azote infernal es ya movido.  
Gira la espada donde más copioso  
Está el cristiano pueblo y más tupido;  
Siega los nobles, los plebeyos tala,  
Y el más humilde al más soberbio iguala.

## LXVIII

No anda lejos Clorinda, á cuyo frente  
De muerte y sangre está la tierra henchida.  
Su acero á Berlinguier parte inclemente  
El corazón, albergue de la vida,  
Y la espada impelió tan fuertemente,  
Que sangrienta á la espalda halló salida:  
A Albino hiere donde el niño pende  
De la madre, y á Galo el rostro hiende.

## LXIX

La diestra que la hirió corta á Gerniero,  
Que cae y rueda en el polvoso llano;  
Los dedos tiemblan, ase aún el acero  
Y semiviva salta aquella mano:  
Tal la cola cortada á un dragón fiero  
De nuevo al tronco unirse busca en vano.  
Déjale así Clorinda mutilado,  
Y contra Aquiles vuelve el hierro airado.

## LXX

Entre el cuello y la nuca le endereza  
Un tajo que degüella al desdichado:  
Rueda antes por el suelo la cabeza  
Y el rostro está en el polvo revolcado  
Que el tronco caiga: queda con firmeza  
(Milagro triste) en el arzón sentado  
Hasta que su corcel, suelta la brida,  
Corriendo y coceando lo despida.

## LXXI

Mientras así la indómita guerrera  
De Occidente la tropa asuela y bate,  
No lleva en contra menos altanera  
En los moros Gildipe el desbarate.  
Igual el sexo, igual el valor era  
Que muestran una y otra en el combate;  
Mas entre sí lidiar no les es dado,  
Que á enemigo mayor las guarda el hado.



## LXXII

Cada una por su lado recio riñe  
Y más y más la turba se amontona.  
Güelfo la espada que al costado ciñe  
Empuña, y se dirige á la amazona  
Pagana, y la cruel espada tiñe  
Algo en el bello cuerpo. Cual leona  
Ella el golpe devuelve, y su cuchilla  
Entre una le pasó y otra costilla.

## LXXIII

Redobla Güelfo y no la hiere. Ormida  
Que pasaba entre ambos velozmente,  
Recibe la que á ella es dirigida  
Espada fuerte que le hendió la frente.  
En torno á Güelfo está ya reunida  
De la que le obedece mucha gente,  
Y de árabes también el golpe crece,  
Y la lid más se trava y enardece.

## LXXIV

La Aurora ya la faz de nieve y rosa  
Asoma del Oriente en los balcones.  
Argilán, que en la noche tumultuosa  
Libre quedó de guardas y prisiones,  
Armas busca, y con ansia presurosa  
Las que halla viste y sigue los pendones,  
Enmendar anhelando sus errores  
Y nueva prez ganar, nuevos honores.

## LXXV

Cual corcel encerrado con esmero  
Que sólo á justa ó lid su dueño apresta,  
Si huir logra tal vez, corre ligero  
Al río, á la manada, á la floresta,  
Vuelan sus crines por el cuello fiero,  
Soberbio la cerviz sacude enhiesta,  
Su casco suena, es rayo en la carrera,  
Y llena de relinchos la pradera;

## LXXVI

Tal Argilán venía: su mirada  
Arde, es su frente intrépida y sublime:  
Ágil salta, ligera su pisada  
Apenas en el polvo huella imprime.  
A la lid llega y dice en voz alzada,  
Como hombre que todo ose y nada estime:  
« ¡Oh sucia hez del mundo, árabes viles,  
» ¿De dónde os vienen bríos tan gentiles?

## LXXVII

» No al peso de celadas y de escudos,  
» De peto y espaldas sois avezados;  
» Sólo sabéis, cobardes y desnudos,  
» El viento herir y huir como venados:  
» Vuestras proezas, vuestros hechos crudos  
» De noche hacéis, por sombras resguardados.  
» Ya que cesando va en quien confiabais,  
» Más armas, más valor necesitabais. »



## LXXVIII

Al tiempo que habla, de Algazel al cuello  
Tan fuerte golpe y tan cruel asesta,  
Que en sus fauces el habla y el resuello  
Cortó, cuando iba á darle aquél respuesta.  
Ve el infeliz el último destello  
De luz; le cubre palidez funesta;  
Cae, muerde feroz la dura tierra,  
Y, rabioso al morir, á ella se aferra.

## LXXIX

Con varios modos luego á Saladino,  
A Mulease y Agricalte mata;  
A Aldiazil, que se encuentra allí vecino,  
Los costados de un golpe desbarata;  
Traspasándole el pecho, á Ariadino  
Derriba, y con sarcasmos le maltrata;  
Los ojos graves alza el infelice,  
Y, al baldón respondiendo, así le dice:

## LXXX

« No tú, seas quien fueres, de esta muerte  
» Gran tiempo vencedor podrás jactarte:  
» Te espera igual destino, que más fuerte  
» Diestra, á mi lado aquí vendrá á postrarte. »  
Con risa amarga el otro: « De mi suerte  
» El Cielo cuida; tú al Infierno parte,  
» Pasto de aves y perros », y le pisa  
Con el pie, y hierro y alma saca aprisa.

## LXXXI

Un paje del Soldán se revolvía  
Con lanceros y arqueros matadores,  
Que por joven aún no descubría  
Su bella barba las primeras flores:  
Toda rocío y perlas parecía  
Cubierta su mejilla de sudores;  
El polvo gracia añade á su cabello,  
Y era, aun enfurecido, el rostro bello.

## LXXXII

Monta un corcel que iguala en su blancura  
En Apenino la reciente nieve:  
Llama ó turbión que salten á la altura  
Su carrera no igualan rauda y leve;  
Blande él una azagaya con bravura,  
Pende á su lado espada corva y breve,  
Luce con pompa bárbara un bordado  
Manto, de oro y púrpura adornado.

## LXXXIII

En tanto que el doncel, que con delicia  
Nuevo el placer de gloria saborea,  
Y mezclado en la bárbara milicia,  
Aquí y allí como el mejor pelea,  
Atísbale Argilán, que con malicia  
Herirle espera al tiempo que voltea;  
Tírale al fin la lanza, el corcel rueda  
Y va sobre él antes que alzarse pueda,



## LXXXIV

Y al suplicante rostro, el cual en vano  
Con arma de piedad sólo defiende,  
Alza cruel la inexorable mano  
Y la belleza singular ofende.  
Cual si sintiera, más que el hombre, humano  
Fué el hierro, se torció y plano descende.  
¿Qué aprovecha? Repite el golpe fiero  
Y da de punta donde erró primero.

## LXXXV

Solimán, que de allí poco distaba  
Con Gofredo en combate entretenido,  
Déjale; á su corcel la espuela clava  
Cuando ve el riesgo del garzón querido:  
Rompe la turba, llega donde estaba,  
A vengarle; al auxilio no ha podido;  
Que ve ¡oh dolor! yacer el cuerpo amado  
De su Lesbín, cual flor que se ha cortado;

## LXXXVI

Que el mirar en sus ojos languidece,  
Que cae sobre el hombro el cuello mira;  
Y tan bello su rostro palidece,  
Tan dulce compasión su muerte inspira,  
Que el corazón marmóreo se emblandece  
Y brota el llanto en medio de la ira.  
¿Tú lloras, Solimán? ¿Tú, que en despojos  
Tu reino viste con enjutos ojos?

## LXXXVII

Como ve el fierro hostil aun humeante,  
Tinto en la sangre del amado paje,  
La piedad cede á la ira delirante  
Y las lágrimas seca su coraje.  
Corre á Argilán, su espada fulgurante  
Escudo, yelmo ó malla no hay que ataje:  
Todo rompe, y cabeza y cuello y pecho  
Hiende, de aquel Soldán muy digno hecho.

## LXXXVIII

No contento, al cadáver aun con ira,  
Del caballo apeándose, hace guerra;  
Cual mastín si una piedra se le tira  
La muerde, al cuerpo muerto aquel aferra:  
Vano consuelo á que el dolor aspira,  
Ensañarse en la ya insensible tierra;  
Mas, entretanto, el capitán cristiano  
Ni cólera ni golpes gasta en vano.

## LXXXIX

Mil turcos había allí que de loriga  
Y de yelmo y de escudo iban cubiertos,  
Indómitos del cuerpo á la fatiga,  
De ánimo audaz y en toda guerra expertos;  
La milicia más vieja es que allí siga  
A Solimán. De Arabia á los desiertos  
Siguiéronle en sus míseros errores,  
Aun en su adversa suerte valedores.



## XC

Firmes éstos, en buen orden guerrero  
Cedian poco ó nada al valor franco;  
Atácalos Gofredo; el rostro al fiero  
Corcute hiere, y á Rostén el flanco;  
La cabeza á Selín corta su acero;  
De los dos brazos deja á Resén manco;  
Ni sólo á éstos, que con modos varios  
Muchos hirió y mató de los contrarios.

## XCI

Cuando, trabada así la lid furiosa,  
Al sarraceno ataca ó se defiende,  
Y la fortuna aun está dudosa  
De quién el triunfo ó la derrota pende,  
Nube se ve de polvo pavorosa  
Cuyo seno de guerra un rayo enciende:  
Fulgor de armas imprevisto luce  
Que en los infieles gran terror produce.

## XCII

Son cincuenta guerreros, que en argento  
Desplegan la purpúrea cruz triunfante;  
No con cien bocas ni con lenguas ciento  
Férreos aliento y voz, fuera bastante  
A enumerar las muertes que sin cuento  
Hace aquel escuadrón en un instante.  
Cae el árabe astroso; el turco en vano  
Resistir quiere al vencedor cristiano.

## XCIII

El horror, la crueldad, el miedo, el llanto  
Giran en torno. En varia semejanza  
Vencedora la muerte, causa espanto:  
Hace de sangre un lago la matanza.  
Con parte de los suyos entretanto  
Sale el rey, alentando la esperanza  
De afortunado evento; desde un alto  
El llano mira, y el dudoso asalto.

## XCIV

Viendo que el mayor cuerpo se replega  
Y cede, tocar manda retirada;  
A Clorinda y Argante ordena y ruega  
Que den la vuelta á la ciudad sitiada.  
El par feroz á obedecer se niega,  
Ebrio de sangre y de ira destemplada;  
Cede al fin: sólo tientan poner orden  
En la turba, y que huyan sin desorden.

## XCV

Mas ¿quien da ley al vulgo y amaestra  
Al vil temor que loca fuga emprende?  
Uno el escudo arroja, otro la diestra  
Desarma: estorba el hierro y no defiende.  
Valle hay del campo á la ciudad que muestra  
Lo que ella de Occidente á Sur se extiende;  
Allí es por donde huyen; se alza obscuro  
De polvo un torbellino cabe el muro.



## XCVI

En los que huyen sin orden y sin tino  
Se ceban los cristianos crudamente;  
Mas cuando llegan donde está vecino  
El refuerzo que el rey manda á su gente,  
Ve Bullón que en el alto agrio camino  
Es el riesgo á los suyos inminente:  
Su hueste para; el rey la suya encierra,  
Resto no corto de infelice guerra.

## XCVII

Hecho había el Soldán cuanto era dado  
A humana fuerza; más ya no podía;  
Todo es sangre y sudor; grave y cansado  
Anhelar, pecho y flancos le oprimía.  
No alza el escudo, el brazo fatigado  
Lento y sin fuerza el hierro sacudía;  
Cae y no corta: bota y amellada  
Se niega al uso la antes buena espada.

## XCVIII

Como tal se sintiera, en acto queda  
De hombre que dude, y piensa allá en su pecho  
Si la muerte se dé, porque así pueda  
A otro quitar la gloria de ese hecho;  
O para conservarse al tiempo ceda  
Y su campo abandone ya deshecho.  
« Venza el hado—al fin dice—y de mí lleve  
» Trofeo la victoria que á él se debe.

## XCIX

- » Vea mi espalda el contrario, y escarnezca
- » De nuevo mi destierro miserable,
- » Con tal que en nuevas armas me aparezca
- » Contra su paz y reino deleznable.
- » No cedo, no; el recuerdo no perezca
- » De mi ofensa y mi encono perdurable:
- » Alzaréme enemigo más sañudo
- » Aun de la tumba espíritu desnudo. »

FIN DEL DEL CANTO NOVENO



## CANTO DÉCIMO

---

AUMENTA EL VIGOR DE LOS SITIADOS  
LA PRESENCIA DE SOLIMÁN, Y EL DE LOS SITIADORES LA VUELTA  
DE LOS PRISIONEROS DE ARMIDA LIBERTADOS POR REINALDO;  
ELOGIO PROFÉTICO DE LA CASA DE ÉSTE.

### I

Así diciendo, ve que por el llano,  
Cerca de él, un caballo vaga errante;  
Al cuello dél al punto pone mano,  
Y en él monta cansado y anhelante.  
La cimera perdió, su yelmo plano  
Ya no muestra la sierpe horripilante;  
Rota la sobreveste, nada queda  
Que su pompa real indicar pueda.

### II

Cual lobo que huya y esconderse quiera,  
Que del redil seguro fué arrojado,  
Aunque sació ya el hambre carnicera,  
Ávido está de sangre y alterado  
Y la lengua pendiente trae fuera,  
Chupándola con labio ensangrentado,  
Así aun después del combatir sangriento  
De muerte y sangre va el Soldán sediento.

## III

Por dicha, de la nube voladora  
De flechas, que no ha mucho le envolvía,  
De tanta espada y asta destructora,  
De tanto riesgo, en fin, libre salía.  
Solo y desconocido marcha ahora  
Por la más sola y más desierta vía,  
Y revolviendo en sí lo que hacer deba,  
Mil tempestuosos pensamientos lleva.

## IV

Irse decide al fin adonde allega  
El rey de Egipto ejército selecto,  
Juntarse á él y de fortuna ciega  
Tentar de nuevo el caprichoso efecto.  
Luego que en esto á resolverse llega,  
Sin más tardar, toma el camino recto  
(Que sin guía lo sabe á maravilla)  
De Gaza antigua á la arenosa orilla.

## V

Aunque grave dolor mucho le aqueja,  
Que herido está y desfallecer se siente,  
No para un punto, ni las armas deja;  
Todo el día camina tenazmente.  
Cuando del cielo ya la luz se aleja  
Escondiéndose el Sol en Occidente,  
Se apea, sus heridas liga y calma  
Y la fruta sacude de una palma.



## VI

Come y procura luego en el desnudo  
Suelo, posar el cuerpo dolorido,  
La cabeza apoyar en el escudo  
Y el pensamiento serenar dormido;  
Mas el dolor le hacían más agudo  
Las heridas, y está además roído  
Su pecho por los buitres insaciables  
De despecho, ira y odios implacables.

## VII

Al fin, cuando ya todo se somete  
Al dominio de noche silenciosa,  
Del cansancio vencido, sume en Lete  
Su mente delirante y afanosa;  
En sueño breve y lánguido que aquiete  
Sus duros miembros y su afán, reposa.  
Mientras dormido estaba, voz severa  
En su oído sonó de esta manera:

## VIII

« Solimán, Solimán, tu bien placiente  
» Sueño á tiempos más prósperos reserva,  
» Que hoy bajo el yugo de extranjera gente  
» La patria en que reinaste gime sierva.  
» Duermes aquí y olvidas indolente  
» Los huesos que insepultos aun conserva.  
» ¿Donde hay vestigios tales de tu ruina,  
» Durmiendo esperas á la luz vecina? »

## IX

Despierta, y ve que ante los ojos tiene  
Un hombre muy anciano en el semblante;  
Con torcido bastón rige y sostiene  
Los pasos del pie viejo y vacilante.  
« ¿Quién eres—dice airado—el que así viene  
» Importuno fantasma al caminante  
» Su reposo á turbar? ¿Y qué te importa  
» Si honor mi vida ó deshonor reporta? »

## X

« Soy—le responde aquél—quien conocido  
» En parte tiene ya tu nuevo intento,  
» Y vengo á ti de un interés movido  
» Mayor quizá que cré tu pensamiento;  
» Ni uso en vano el hablar descomedido,  
» Pues aguza el enojo al ardimiento;  
» Que con franqueza te hable ora permite,  
» Que cual espuela tu valor excite.

## XI

» Si como cierto creo el paso tiendes  
» En busca al reino egipcio del camino,  
» Que sin fruto penoso viaje emprendes,  
» Aun cuando allá arribares, vaticino:  
» Sin ti aquel campo á que llegar pretendes  
» Junto, marchará en breve á su destino;  
» Ni habrá ocasión de que el valor mostraras,  
» Ni con el enemigo pelearas.



## XII

- » Si guiarte me dejas, dentro el muro  
» Que de Cristo el ejército rodea,  
» Al medio día entrar te haré seguro  
» Sin que la espada empuñes en pelea;  
» Armas tendrás allí, combate duro  
» Con la gloria que tu ánimo desea,  
» Defenderás la tierra hasta que llegue  
» La gran hueste de Egipto y se te agregue. »

## XIII

Mientras habla el anciano venerable,  
Sus ojos y su voz el turco admira,  
Y del rostro y del ánimo irritable  
El orgullo depone y fiera ira.  
« Padre—dice—, el consejo saludable  
» Gustoso sigo que el saber te inspira,  
» Y será el que á mi gusto más convenga  
» El que mayor fatiga y riesgo tenga. »

## XIV

Le alaba el viejo, y viendo por el viento  
Nocturno, estar sus llagas doloridas,  
Con un licor le cura que al momento  
Lo fortalece y sana las heridas;  
Y cuando Apolo ya subiendo lento  
Dora las rosas al albor nacidas,  
« Tiempo es de partir—dice—, que se encumbra  
» El Sol, y ya la vía nos alumbra. »

## XV

Y sobre un carro suyo que cercano  
Tenía allí, con Solimán se sienta.  
Las riendas tiende, y con maestra mano  
A los caballos azotando alienta.  
Parten: la rueda en el polvoso llano  
Huella no deja, tal gira violenta;  
Sudosos los caballos y anhelantes,  
Los frenos blancos llevan y espumantes.

## XVI

¡Oh asombro! El aire ambiente se recoge  
Formando nube en el tranquilo cielo;  
Ésta baja y el carro aquel acoge  
Sin que verse pudiera desde el suelo.  
Ni peña que mural máquina arroje  
Penetraría su tupido velo.  
Ellos ver pueden de su hueco seno  
Niebla en torno, por fuera aire sereno.

## XVII

Se asombra el turco y una y otra ceja  
Enarca, el ceño arruga, y fijamente  
Ve la nube y el carro que se aleja  
Tan rápido, que en él volar se siente.  
El otro, que su mente está perpleja  
Por su actitud conoce fácilmente:  
Aquel silencio rompe, á sí lo llama;  
El Soldán se sacude y luego exclama:



## XVIII

- « ¡Oh tú, seas quien fueres, que á tu mando  
» Fuerzas extrañas tienes, sobrehumanas,  
» Y del alma secretos espiando  
» Puedes las mentes penetrar humanas!  
» Si alcanza tu saber el cómo y cuándo  
» Sucederán las cosas más lejanas,  
» Dime, te ruego, ¿qué reposo ó ruina  
» Allá en el cielo al Asia se destina?

## XIX

- » Mas sepa antes tu nombre, y con qué arte  
» De estos grandes prodigios capaz eres;  
» Que si de mí el asombro no se parte,  
» Mal creerte podré lo que dijeres. »  
Sonríe el viejo y dice: « Voy á darte  
» Cuenta, aunque no cabal, de lo que quieres.  
» Ismeno soy, me llama Siria mago  
» Porque estudio en ocultas artes hago;

## XX

- » Mas que el futuro sepa y que del hado  
» Muestre eternos recónditos anales  
» Es desvarío audaz, deseo osado;  
» No se concede tanto á los mortales.  
» A su fuerza y talentos limitado  
» Cada cual, venza obstáculos y males;  
» Que casi siempre aquel que es sabio y fuerte  
» A sí mismo se labra feliz suerte.

## XXI

- » Esa invencible diestra, poderosa
- » A conmover el franco reino entero,
- » Para quien defender es poca cosa
- » Esta ciudad que opugna el pueblo fiero,
- » Contra arma y fuego alista. Sufre, osa,
- » Confianza ten, y todo bien espera;
- » Mas decir, pues lo quieres, no rehusó
- » Lo que como por niebla veo confuso.

## XXII

- » Veo ó ver creo que antes de que gire
- » Muchos lustros el gran planeta eterno,
- » Un hombre cuyos hechos Asia admire
- » Tendrá de Egipto fértil el gobierno.
- » Callo, sin que á pintar su gloria aspire,
- » Mil virtudes que claro no discierno.
- » Te baste que no sólo reprimidos
- » Serán los europeos atrevidos;

## XXIII

- » Mas las raíces del poder cristiano
- » Arrancadas en la última contienda,
- » Y sus reliquias á un confín lejano
- » Arrojadas, que sólo el mar defienda.
- » Será éste de tu sangre. » Aquí el anciano
- » Calló; y dice el Soldán: « ¡Dicha estúpenda!
- » Feliz á quien tal gloria se departe »;
- » Y en parte envidia tiene y goza en parte.



## XXIV

Luego añade: « Que venga la fortuna  
» Buena ó mala que el Cielo me ha elegido:  
» Sobre mí no tendrá fuerza ninguna,  
» Ni ha de poder jamás verme rendido;  
» Antes su curso cambiará á la Luna  
» Y estrellas, que el camino que he escogido  
» Me haga torcer. » Al tiempo que así hablaba  
De ardimiento fogoso centelleaba.

## XXV

Van razonando hasta que cerca llegan  
De donde están las tiendas asentadas.  
¡Cuán horrendo espectáculo desplegan!  
¡Cuántas formas de muertes desastradas!  
De Solimán los ojos casi ciegan,  
Dolientes sus facciones y turbadas.  
¡Ay! En cuánto desprecio allí tenidas  
Ve sus insignias, antes tan temidas.

## XXVI

Y á los francos gozosos, por insulto  
Pisotear sus deudos más amados,  
Y á más de un cuerpo mísero insepulto  
Quitar armas y ropas los soldados.  
Llevaban muchos con pomposo culto  
De sus muertos los más nobles y honrados,  
Y otros en una hoguera en que disponen  
Turcos y árabes juntos, fuego ponen.

## XXVII

Hondo suspiro da, saca el acero,  
Del carro salta, y corre por el llano;  
Por detenerle aquel viejo hechicero  
Grita, y refrena el movimiento insano.  
De nuevo montar le hace, y en ligero  
Carro va al alto monte allí cercano:  
Así caminan, á la espalda dejan  
De los francos las tiendas, y se alejan.

## XXVIII

Bajan del carro, y éste de repente  
Desparece. A pie toman nueva vía,  
Y envueltos en la nube, ocultamente  
A un valle bajan que á la izquierda guía.  
Siguen, y al lugar llegan do al Poniente  
La espalda al alto monte Sión volvía.  
El mago para y algo se retira  
Como que á la escondida ceja mira.

## XXIX

Honda gruta hay allí, en la peña dura  
De larguísimo tiempo antes abierta;  
Mas la senda, no usada, en la espesura  
De maleza y de hierba está encubierta.  
Estorbos quita el mago; en la estrechura  
Encorvándose á hallar la entrada acierta;  
Adelanta una mano, el paso tienta,  
Y la otra mano al príncipe presenta.



## XXX

- Éste dice: « ¿Por qué furtiva vía  
» Ahora hacerme quieres que descienda?  
» Mejor quizás la hará la espada mía  
» Como tu ánimo en ello condescienda.»  
« No desdeñes—responde—, alma bravía,  
» Con tu pie fuerte hollar la obscura senda  
» Que antes hollara Herodes valeroso,  
» El que fué por las armas tan famoso.

## XXXI

- » Esta gruta cavó para respeto  
» Imponer á su pueblo el rey que digo,  
» De la torre viniendo con secreto,  
» Que llamó Antonia por su ilustre amigo.  
» Iba al templo mayor sin que indiscreto  
» Pudiera de ello el vulgo ser testigo:  
» Oculto así, de la ciudad salía  
» Y armas y gente en ella introducía;

## XXXII

- » Mas hoy este camino desusado  
» Conozco sólo yo de los vivientes;  
» Ven por él, do el consejo congregado  
» Tiene el rey, de los sabios y potentes,  
» Quizás más de lo justo amedrentado  
» De Fortuna á los varios accidentes;  
» A tiempo llegas. Oye con sosiego  
» Y en la ocasión, valiente hablarás luego.»

## XXXIII

Dícele así, y el caballero entrando  
Con su gran cuerpo llena la caverna;  
Por el negro sendero tropezando,  
Sigue al que su camino allí gobierna.  
Al principio inclinados, va ensanchando  
La cueva el hueco cuanto más se interna;  
Y con más fácil paso y más seguro,  
Al centro llegan de aquel antro obscuro.

## XXXIV

Abre entonces Ismeno estrecha puerta;  
Bajan una escalera desusada,  
A la que daba escasa luz é incierta  
Una abertura en alto practicada;  
Llegan al fin de galería cubierta  
A una espaciosa sala iluminada,  
Donde el rey, con corona y cetro asiste,  
Triste la faz, entre su gente triste.

## XXXV

De la cóncava nube el turco fiero  
Sin ser visto, en redor mira y espía;  
Oye entretanto al rey, que habló el primero  
Desde el excelso trono, y que decía:  
« Sin duda, amigos, duro fué y severo  
» Ayer el hado á la potencia mía:  
» La más alta esperanza ya depuesta,  
» El auxilio de Egipto sólo resta.



## XXXVI

» Bien veis cuánto el remedio está remoto  
» Y que el riesgo tenemos inminente;  
» Os he llamado, pues, para que el voto  
» Deis en consejo que juzguéis prudente. »  
Calló, y como al nacer ligero el noto,  
Leve en la selva, un susurrar se siente;  
Mas con faz de arrogancia y gozo llena  
Álzase Argante y el rumor serena.

## XXXVII

« ¡Oh magnánimo rey!—así responde  
Aquel guerrero indómito y terrible—  
» ¿Qué, nos tientas? A nadie aquí se esconde  
» Cuánto es lo que nos pides asequible;  
» Que en nos sólo esperemos corresponde:  
» Y si nada al valor es imposible,  
» De él armados, en sólo él confiemos  
» Y el vivir más que vale no estimemos.

## XXXVIII

» No es ésta mi opinión, porque no espero  
» De Egipto la segura y cierta ayuda;  
» Que juzgo irrespetuoso desafuero  
» Lo que ofrece mi rey poner en duda:  
» Háceme hablar deseo muy sincero  
» Que más valor á nuestro pecho acuda,  
» Que nos haga afrontar cualquiera suerte,  
» Triunfo esperar y despreciar la muerte. »

## XXXIX

Sólo esto dice el generoso Argante  
Como el que habla en materia no dudosa.  
Álzase autorizado de semblante  
Orcano, de nobleza alta y famosa  
Y en armas ya más de una vez triunfante,  
Mas que luego tomó joven esposa  
Y en sus hijos se goza, enternecido  
Con afectos de padre y de marido.

## XL

Así dice: « Señor, no me desplace  
» El hablar arrogante, altivo, osado,  
» Cuando de aquel valor sobrado nace  
» Que no sabe en el pecho estar guardado.  
» Si el buen Argante alarde siempre hace  
» De bríos en lenguaje arrebatado,  
» Justo y lícito es, pues en la obra  
» La audacia probar sabe que le sobra;

## XLI

» Mas á ti, á quien el tiempo y los sucesos  
» Han hecho tan sesudo y tan prudente,  
» Toca enfrenar discreto los excesos  
» A que le arrastra su pasión ardiente;  
» Del mal y el bien examinar los pesos:  
» Tardo el auxilio, el riesgo ya presente,  
» Del sitiador las armas, los esfuerzos,  
» De tus muros las faltas y refuerzos.



## XLII

- » Creo —si decir puedo lo que pienso—
- » Fuerte á nuestra ciudad por sitio y arte;
- » Mas veo el aparato, grande, inmenso,
- » De máquinas cristianas; de otra parte,
- » Con temor y esperanza estar supenso
- » Miro el juicio inciertísimo de Marte.
- » Si el asedio se estrecha, por momentos
- » Recelo la escasez de bastimentos.

## XLIII

- » Los ganados, forrajes y vitualla
- » Que á la ciudad ayer se logró entrara
- » Mientras el enemigo á la batalla
- » Sólo atendía, y fué fortuna rara,
- » Fueran poco al gentío que se halla
- » Aquí dentro, si el sitio se alargara;
- » Y es fuerza que se alargue, aunque viniera
- » La hueste egipcia el día que se espera.

## XLIV

- » ¿Y qué será si tarda? Mas concedo
- » Que á esperanza y promesas se adelante;
- » La victoria segura aun creer no puedo,
- » Ni que por eso el sitio se levante.
- » Debemos combatir á aquel Gofredo
- » Y al ejército aquel que vió triunfante
- » Las fuerzas derrotadas y dispersas
- » De árabes, turcos, de Soria y persas.

## XLV

- » Quiénes son sabes tú, que les cediste
- » Veces tantas el campo, Argante fuerte,
- » Y tantas las espaldas les volviste
- » Fiando de el veloz correr tu suerte:
- » Lo mismo hizo Clorinda y yo; aunque triste
- » Decirlo sea, es la verdad. Advierte
- » Que á nadie culpo; antes decir no dudo
- » Que hizo vuestro valor cuanto hacer pudo.

## XLVI

- » Y añado, aunque éste en vista formidable
- » Muerte me anuncie y mi verdad le ofenda,
- » Que de suerte fatal é inevitable
- » Veo en el enemigo cierta prenda.
- » Ni fuerza habrá ni muro inexpugnable
- » Que le impida reinar donde pretenda;
- » Hácenme hablar así —testigo el Cielo—
- » De mi rey y mi patria amor y celo.

## XLVII

- » ¡Oh, sabio el rey de Trípoli! A su ruego
- » La paz y el reino concedió el cristiano,
- » Mientras el Soldán, por obstinado y ciego,
- » O muerto yace, ó siervo gime en vano,
- » O huye perseguido á sangre y fuego,
- » Más como fiera que cual ser humano;
- » Cuando cediendo parte sometido,
- » El resto conservar habría podido. »



## XLVIII

Así éste habla, dando á su lenguaje  
Un giro cauteloso, ambiguo, incierto;  
Que pedir paz y dar otro homenaje  
No osaba aconsejar al descubierto.  
El Soldán, que le oía con coraje,  
Soportar no podía estar cubierto,  
Cuando le dice el mago: « ¿Dejar piensas  
» Que hablando así prosigan tus ofensas? »

## XLIX

Éste responde: « Aquí me veo envuelto  
» A mi pesar, de enojo ardiendo é ira. »  
Dice apenas, y el velo luego suelto  
De la nube que en torno se retira,  
Ya por el cielo va en vapor resuelto,  
Y del día á la luz aquél se mira  
Que magnánimo en rostro é imponente,  
Brilla en medio, y les dice de repente:

## L

« Yo soy de quien habláis: aquí parezco  
» Soldán no fugitivo y temeroso,  
» Y á ese villano demostrarle ofrezco  
» Que ha mentido cobarde y alevoso.  
» ¿De esclavo vil tratado ser merezco,  
» Yo, que en duro combate, valeroso  
» Inundé en sangre franca la campaña  
» Y de muertos alcé gruesa montaña?

## LI

» Mas si éste, ó como él otro embustero  
» A su patria y su fe traidor é ingrato,  
» De paces osa hablar bajo y rastrero,  
» Con tu venia ¡oh buen rey! aquí le mato.  
» Juntos en un redil lobo y cordero,  
» Paloma y sierpe en amoroso trato  
» Se verán antes, que en ninguna tierra  
» Cristiano y musulmán vivan sin guerra. »

## LII

Tiene, en tanto que habla, descansada  
En la espada la diestra amenazante:  
Muda la concurrencia y espantada  
Está á la voz, al acto y al semblante.  
Él luego, con la faz más sosegada,  
Cortésmente del rey puesto delante,  
« Señor—dice—, auxiliar tienes y amigo  
» De fiar: Solimán está contigo. »

## LIII

De pie y yendo á su encuentro ya, Aladino  
Responde: « Amigo caro, ¡qué alegría  
» Me da tu vista! El daño que el destino  
» Me hizo, no siento ya: si antes temía,  
» Afirmado mi reino ora imagino  
» Y el tuyo recobrar tu valor fía  
» Si no lo veda el Cielo. » Al decir esto  
Le abraza con risueño alegre gesto.



## LIV

Con tan gran cortesía no contento,  
Deja su mismo solio al gran niceno,  
A su siniestra toma noble asiento,  
Y al otro lado se coloca Ismeno.  
De su venida el rey pregunta atento  
Y aquél le da de todo informe pleno:  
Al punto á hacerle honor la alta doncella.  
Viene primero, y todos en pos de ella.

## LV

Llega entre otros Ormuz, que tomó el mando  
Del escuadrón de alarbes que él llevaba,  
Y por ocultas sendas rodeando,  
Cuando más recia la pelea andaba,  
El nocturno silencio aprovechando,  
A la ciudad metió su gente brava  
Junto con provisiones y ganados  
Que aliviaron el hambre á los sitiados.

## LVI

Solo, con torvo rostro y desdeñoso  
Inmóvil calla el fiero circasiano,  
A guisa de león, que cauteloso  
Los ojos gira de una á otra mano.  
No osando ver hacia el Soldán furioso,  
Mudo, en tierra la vista fija Orcano.  
Así el rey turco, el palestino viejo  
Y los jefes, se hallaban en consejo.

## LVII

Gofredo siguió un tanto su victoria  
Y á los vencidos, libres ya las vías,  
Y á los suyos que allí con tanta gloria  
Murieron, hizo santas honras pías.  
De los otros encarga á la memoria  
Que el muro han de saltar de allí á dos días;  
Y con mayor y más temible traza  
Los bárbaros sitiados amenaza.

## LVIII

Como aquel escuadrón reconociera  
Que ayuda le prestó tan provechosa  
Y á los de él más queridos allí viera  
Que á la guía siguieran insidiosa,  
Y entre ellos á Tancredo, á quien artera  
Puso en prisión Armida, rigurosa,  
Sólo del ermitaño en la presencia  
Y otros pocos, los llama con prudencia,

## LIX

Y diceles: «Que alguno cuente, os pido,  
» De vuestro errante viaje la fortuna,  
» Y cómo á socorrerme habéis venido  
» En ocasión tan grave y oportuna, »  
Como es aun leve falta al bien nacido  
Peso grave, no dan respuesta alguna:  
Callan. Al fin del rey inglés el hijo  
La vista alzó, rompió el silencio, y dijo:



## LX

- « Los que no designó la suerte aquella  
» Partimos, cada cual secretamente,  
» De Amor y de una hermosa tras la huella  
» Falaz. Yo lo confieso ingenuamente:  
» Por vías intrincadas, en pos de ella  
» Unos de otro celosos, en ferviente  
» Pasión y furia, trájonos perdidos  
» Con amañes ¡ay! tarde conocidos.

## LXI

- » Llegamos al país donde en extensas  
» Llanuras, descendió fuego del cielo  
» Por vengar de natura las ofensas  
» En gente que al pudor destrozó el velo,  
» Antes país feraz. Ahora en densas  
» Olas, betún hediondo infesta el suelo:  
» Lago estéril que ondea y se revuelve  
» Y en vapor pestilente el aire envuelve.

## LXII

- » El charco es éste en que jamás se arroja  
» Cosa que al fondo llegue por pesada;  
» Mas como abeto ú olmo, ó leve hoja,  
» Piedra, hombre ó duro hierro sobrenada.  
» De un castillo la base su onda moja  
» Con breve estrecho puente por entrada.  
» Allí ella nos hospeda. Ocultas artes  
» Gozo excitan y risa en todas partes.

LA LATINA

## LXIII

- » Suave aura, claro cielo, gayas flores,
- » Prados y árboles, dulce agua corriente
- » Que entre bosques de mirto encantadores
- » Corre manando de una pura fuente:
- » Siembran tranquilos sueños los rumores
- » De las hojas movidas suavemente:
- » Cantan las aves. Callo el mármol y oro
- » De que hay, con arte obrados, un tesoro.

## LXIV

- » Sobre el césped, donde era más espesa
- » La sombra, cerca de las ondas claras,
- » Con febrida vajilla, rica mesa
- » Viandas selectas ostentaba y caras,
- » Cuantas la tierra en producir no cesa
- » O dan del mar las playas más avaras,
- » O inventa el arte; y ágiles y bellas
- » El banquete servían cien doncellas.

## LXV

- » Armida, en dulce risa y blando acento
- » Mortal veneno á todos da escondido,
- » Y ya que cada cual bebió sediento
- » En prolongado incendio, largo olvido,
- » Se alza y dice: « Esperadme. » En un momento
- » Torna con rostro grave y contraído:
- » En una mano una varilla agita,
- » De un libro en otra, en baja voz recita.



## LXVI

- » Siento, mientras murmura aquella maga,
- » Cambiar todo mi ser, mi alma, mi vida.
- » ¡Rara virtud! Nuevo placer me embriaga:
- » Lánzome al agua cual mansión querida,
- » Sin piernas quedo y brazos, que se estraga
- » Mi humana forma; estrecha y encogida
- » Mi piel; de escamas duras soy cubierto,
- » Y de hombre en pez, de pronto me convierto.

## LXVII

- » De los demás, con varias mutaciones
- » Cada cual, hecho pez, al agua salta;
- » Cual de atroz pesadilla las ficciones,
- » De lo que fui el recuerdo ora me asalta.
- » Devolvernos al fin cuerpo y facciones
- » Quiso. Mas de estupor la voz nos falta:
- » Callamos. Ella con turbada vista
- » Nos dice amenazante y nos contrista:

## LXVIII

- « Ya cuál es mi poder os he mostrado
- » Y que en vosotros tengo imperio pleno;
- » Si quiero haré que el uno encarcelado
- » Jamás el cielo vuelva á ver sereno;
- » Que otro en ave se torne; otro arraigado
- » Árbol germine en el terrestre seno,
- » O peña dura se haga, ó blanda fuente
- » Líquida brote y vista hirsuta frente;

## LXIX

- » Mas evitar podéis mi saña cruda
- » Si os queréis sujetar al querer mío
- » Y paganos tornándoos, darme ayuda
- » Contra Bullón, que así vencer confío. »
- » Rechazar con horror ninguno duda,
- » Si no es Rambaldo, el pacto indigno impío;
- » A los demás hacia una oscura cueva
- » Sin podernos valer, atados lleva.

## LXX

- » A aquel castillo acaso llegar vimos
- » A Tancredo, y también fué prisionero,
- » Mas poco en la prisión permanecemos;
- » Y si acierto, el motivo verdadero
- » Fué que entregados por la maga fuimos
- » Del señor de Damasco á un mensajero,
- » Que en don al rey de Egipto, encadenados
- » E inermes, nos llevó con cien soldados.

## LXXI

- » Vamos andando, hasta que el Cielo ordena
- » Que el buen Reynaldo, que constantemente
- » La gloria acrece con que el mundo llena
- » Por hazañas que le hacen excelente,
- » Nos halle al paso. Ataca y desordena
- » Nuestra escolta con ímpetu valiente.
- » Vence al fin, y las armas que tuvieron
- » Nos da, las mismas nuestras que antes fueron.



## LXXII

- » Yo le vi y todos éstos; fué su mano  
» Dada á nosotros y su voz oída;  
» Es falso de su muerte el rumor vano  
» Que aquí circula: en salvo está su vida.  
» Hace tres días que con un anciano  
» Peregrino, nos dió su despedida  
» Yendo á Antioquía. Rota y abollada  
» Dejó antes su armadura ensangrentada. »

## LXXIII

Así habla aquél; el ermitaño en tanto  
Fija tiene en el cielo su mirada,  
Muda el color, cambia su rostro. ¡Oh cuánto  
Más que nunca su faz luce extasiada!  
De Dios lleno y de celo, al coro santo  
Angélico su alma transportada,  
Ve sin velo el futuro, y en la eterna  
Serie de siglos su mirar se interna.

## LXXIV

- Los labios abre y con tonante acento  
Del porvenir relata los anales;  
Cada uno á la voz y al gesto atento,  
Sus palabras escucha celestiales.  
« Reynaldo vive—dice—; es vil comentario  
» De femeniles artes infernales  
» Lo demás: vive, y se halla destinada  
» Su tierna vida á gloria sublimada.

## LXXV

- » De niño hazañas son con las futuras,
- » Estas que ahora el Asia en él pondera:
- » Claro veo sus fuerzas ya maduras
- » De un Augusto domar la impiedad fiera.
- » La Iglesia y Roma abrigará seguras
- » El águila de plata en su bandera,
- » Que las garras quitó á la fiera indigna,
- » Y él dejará de sí prosapia digna.

## LXXVI

- » De sus hijos los hijos y los nietos
- » Claro ejemplo tendrán y memorable,
- » Y contra injustos Césares inquietos
- » Defender la tiara venerable;
- » Al soberbio é impío hacer sujetos,
- » Alzar al inocente y miserable,
- » Serán sus artes. Alzará así el vuelo
- » La águila de Este hasta el octavo cielo.

## LXXVII

- » Pues de eterna verdad verá la lumbre,
- » Que á Pedro dé sus rayos será justo
- » Do por Cristo se pugne, á la alta cumbre
- » Triunfante elevará su vuelo augusto.
- » Esto á su ser sublime por costumbre
- » Dió el Cielo, en sus decretos nunca injusto,
- » Y es su querer que venga ora llamada
- » A la alta empresa de que fué apartada. »



## LXXVIII

Así diciendo el venerable anciano,  
Todo temor sobre Reynaldo quita.  
Del aplauso común sólo lejano  
Bullón, calla y parece que medita;  
La noche en tanto va cubriendo el llano,  
Sobre el que negras sombras precipita.  
Todos al sueño entréganse contentos:  
Sólo velan en él sus pensamientos.

FIN DEL CANTO DÉCIMO





## CANTO UNDÉCIMO

---

PROCESIÓN Y ROGATIVA; ASALTO Y BATALLA GENERAL;  
GODOFREDO HERIDO, SE CURA Y VUELVE Á LA PELEA; NOCHE.

### I

Pensando en el asalto solamente  
El jefe del ejército cristiano,  
Todo aprestando estaba diligente,  
Cuando á él viene el ermitaño anciano.  
Llámale aparte, y con severa frente,  
« No perdonas—le dice—medio humano  
» De vencer, capitán; pero te olvidas  
» De cosas que primero son debidas.

### II

» Al Cielo invoca antes que nada aprestes,  
» Con públicas, devotas oraciones,  
» Porque de santos y ángeles las huestes  
» Impetren la victoria á tus legiones;  
» Salgan con santos hábitos los prestes  
» De la piadosa música á los sonos,  
» Himnos cantando, en pos los caballeros,  
» Y á su ejemplo el común de los guerreros.»

## III

Luego que al viejo rígido hubo oído  
El buen Bullón, su parecer le agrada.  
« Siervo—responde—de Jesús querido,  
» Con placer tu opinión sigo acertada;  
» En tanto que á los jefes yo convido,  
» Haz que la plebe tengan congregada,  
» Guillermo y Ademaro sus pastores,  
» Y ellos y tú seréis los directores.»

## IV

Desde la luz primera matutina  
Juntos los tres y muchos más, menores,  
Del real en el lugar que se destina  
A tributar á Dios sacros honores,  
Alba los más revisten blanca y fina,  
Mantos de oro los dos santos pastores,  
Que sobre el lino cándido abotonan  
Al pecho, y las cabezas se coronan.

## V

Pedro, delante solo, suelta al viento  
El signo que en el cielo es adorado;  
Sigue el coro con paso grave y lento  
En dos largas hileras separado:  
Alternándose, doblan el conuento  
Con voz grave y con canto sosegado.  
Al fin—por dignidad tal honra obtienen—  
Los dos prelados presidiendo vienen.



## VI

Sigue luego Bullón, como es usanza,  
De capitán, sin otra compañía:  
Los jefes dos á dos en ordenanza,  
Y la tropa que el campo contenía.  
Así la procesión, marchando avanza  
Y fuera de trincheras se espacia,  
Sin que agudo clarín ó ronca trompa,  
Sino humilde oración el aire rompa.

## VII

« Padre Santo, y su igual Hijo divino,  
» Y el que de ambos Espíritu procede,  
» Madre del Hombre-Dios que al mundo vino  
» Y cuya gloria á toda gloria excede,  
» Santos que en celestial alto destino  
» Hacéis que el orbe de los astros ruede:  
» Señor, que de tu sangre hiciste fuente,  
» Del hombre por labrar la impura frente,

## VIII

» A vosotros invocan y al que quiso  
» Dios hacer de su Iglesia fundamento,  
» Y cuyo sucesor, del Paraíso  
» Las puertas abre y da en la gloria asiento;  
» Los profetas que al mundo grato aviso  
» Dieron de redención; los que en aumento  
» De la fe santa mártires murieron  
» Y testimonio con su sangre dieron;

## IX

- » Los que con voz ó pluma nos mostraron
- » De salvación la vía más segura;
- » Las que, de Cristo siervas, se encerraron
- » Eligiendo una vida casta y pura;
- » Las vírgenes que á Dios se desposaron
- » En santo lazo que su amor depura;
- » Las que al tormento fuertes y valientes
- » Los reyes despreciaron y las gentes. »

## X

Cantando así, en el llano dilatado  
Se extiende la devota comitiva,  
Al Oliveto el paso enderezado,  
Monte que de sus árboles deriva  
El nombre, en santa fama celebrado  
Que del muro al Oriente firme estriba,  
Y lo separa dél en corto trecho  
De Josafat el hondo valle estrecho.

## XI

Hacia allá va el ejército cantante,  
De sus voces los hondos valles llenos:  
Cuevas, cerros y el monte más distante  
Mil ecos repercuten claros, plenos,  
Cual si escondieran coro agreste, errante,  
De antros y bosques los oscuros senos:  
Con tanta claridad sonar se oía  
De Cristo el grande nombre y de María.



## XII

De los adarves miran entretanto  
Con asombro y quietud los musulmanes  
El paso lento y el humilde canto,  
La extraña pompa y nuevos ademanes;  
Mas luego que cesó del acto santo  
La novedad, los miserables canes  
Alzan grita blasfema é insolente  
Que atruena el valle, el monte y el torrente.

## XIII

Mas no dejan el suave santo tema  
Las gentes de Jesús, con voz sonora.  
Desprecian la canalla que blasfema  
Cual de pájaros turba chilladora,  
Sin que los dardos nadie haya que tema  
Que la paz turben con que á Dios se implora  
De tan lejos, y el himno comenzado  
Pudo ser quietamente terminado.

## XIV

Del collado en la cima altar suntuoso  
Hay que al gran sacrificio se destina,  
Y de oro puro un candelabro hermoso  
En cada lado adorna é ilumina.  
Nuevo ornamento viste más precioso  
Guillermo, y en silencio se examina;  
Luego la voz en claro son despliega  
Y se acusa y á Dios alaba y ruega.

LA LATINA

## XV

Los cercanos su ruego oyen ferviente,  
Los distantes al menos fijo miran;  
Y cuando ya termina reverente  
Las ceremonias que respeto inspiran,  
Y su mano bendice finalmente  
Al pueblo, humildes todos se retiran  
Y hacia las tiendas suyas se volvieron,  
Por el camino mismo que trajeron.

## XVI

Llegan, y el orden ya desbaratado,  
Se dirige Gofredo á su aposento,  
Hasta la entrada yendo acompañado  
De un escogido grupo á honrarle atento;  
A la plebe despide mesurado,  
A los jefes detiene y brinda asiento  
En su mesa, y cual bien le corresponde,  
Sienta á su frente de Tolosa al conde.

## XVII

Dado al cuerpo el sustento que pedía  
Y de la sed los ímpetus molestos  
Calmados, dice: « Al despuntar el día,  
» Para el asalto habéis de estar dispuestos:  
» Mañana afán, esfuerzo, bazaría  
» Pide; hoy descanso y bélicos aprestos:  
» Id, pues, á reposar y á disponeros,  
» Y cada cual aliste sus guerreros. »



## XVIII

Se despiden. Al punto manifiesto  
Hicieron de las trompas los sonidos,  
Que armados desde el alba y en su puesto  
Deben todos estar apercibidos.  
Parte del día huelgan, y en el resto  
A pelear se aprestan decididos,  
Hasta que pone fin á su fatiga  
La quieta noche del descanso amiga.

## XIX

Dudosa aún la aurora, medio obscuro  
Por el Oriente el día se anunciaba;  
Ni aun rompía el arado el suelo duro,  
Ni aun el pastor al prado retornaba:  
En la enramada el pájaro seguro,  
Ladrado ó cuerno el bosque no alegraba,  
Cuando el clarín, llamando al arma suena  
Y el grito de «¡Arma!» «¡Arma!» al cielo atruena.

## XX

Cundiendo va la voz con grande priesa  
Por compañías, tercios y escuadrones.  
Se alza Gofredo. Su armadura gruesa  
No toma que usa en grandes ocasiones,  
Sino una más sencilla y que no pesa,  
Como llevarla suelen los peones.  
Ya en sus hombros el leve arnés sustenta,  
Cuando el conde Raimundo se presenta.

## XXI

Éste, al verle que se arma de esa traza,  
Su pensamiento penetrar procura:  
« ¿Dónde—le dice—está la gran coraza,  
» Dónde el resto, señor, de tu armadura?  
» Inerme casi, la razón rechaza  
» Que así expongas tu vida á la aventura;  
» Por señas tales voy ya imaginando  
» Que humilde gloria estás sólo buscando.

## XXII

» ¿Qué pretendes? ¿La honra reducida  
» De embestir como tantos la muralla?  
» Deja menos valiosa y útil vida  
» Desafortunada arriesgarse en la batalla;  
» Por nuestra pro, la tuya mejor cuida,  
» Viste la que usas siempre fuerte malla,  
» Siendo del campo el alma, fuerza y mente,  
» En conservarte sé, por Dios, prudente. »

## XXIII

Respóndele Bullón: « Que sepas quiero  
» Que cuando allá en Clermont el grande Urbano  
» La espada me ciñó de caballero,  
» Juré secreto al Cielo soberano  
» De Cristo en pro esgrimir el fuerte acero,  
» Ya mandando el ejército cristiano,  
» Ya de último soldado en la pelea,  
» Siempre que la ocasión propicia vea.



## XXIV

» Así, cuando del todo apercibidas  
» Estén las tropas que al ataque mando  
» Y las funciones tenga ya cumplidas  
» De quien se halla en el supremo mando,  
» Razón será —y no creo que lo impidas—  
» Que de soldado yo el lugar tomando,  
» La promesa hecha al Cielo fiel observe,  
» Para que él me defienda y me conserve. »

## XXV

Así dijo. Su ejemplo los franceses  
Siguen, y de Bullón los dos hermanos  
Con otros muchos príncipes, arneses  
Como gente de á pie, toman livianos.  
Entretanto, cimeras y paveses  
Sobre el muro se ven de los paganos,  
Por donde al Septentrión la vuelta daba  
Y al Poniente más débil se mostraba.

## XXVI

No teme la ciudad por otros lados  
Del asalto enemigo ofensa alguna:  
Así, el tirano impío á sus soldados  
Y no ellos solos, diligente aduna:  
Mas viejos y muchachos son llamados  
A la defensa en la última fortuna:  
Llevan los menos á los más gallardos  
Cal, azufre, betún, piedras y dardos.

## XXVII

Máquinas y armas cubren por delante  
La muralla que se alza en la llanura,  
Y de ella en guisa de feroz gigante  
Sobresale el Soldán de la cintura.  
Por las almenas, del soberbio Argante  
Se divisa la prócer estatura,  
Y en la torre angular que más se eleva,  
Clorinda á todos la ventaja lleva.

## XXVIII

A su espalda sonante aljaba pende  
De agudísimas flechas bien cargada,  
Del arco la flexible cuerda tiende  
Y una saeta en él tiene apuntada:  
La bella arquera al paso herir pretende  
Al enemigo, ansiosa y alentada,  
Cual la virgen pintábase de Delo  
Flechando entre las nubes desde el cielo.

## XXIX

Abajo el viejo rey va diligente  
De una puerta á la otra, y cuida atento  
Que lo que manda se haga puntualmente,  
Y en los suyos infunde nuevo aliento:  
Aquí más armas para, allí la gente  
Aumenta, cuando así cumple al intento.  
Al templo van las madres afligidas,  
A sus deidades á implorar mentidas.



## XXX

« Señor—claman—, tu brazo fuerte y santo  
» Postre del franco la arrogancia impía,  
» Y el que tu excelso nombre ofendió tanto,  
» Ante estas puertas rinda su osadía. »  
En la infernal región de eterno llanto  
No la plegaria criminal se oía.  
Mientras que la ciudad se apresta y ruega,  
Gente y armas Bullón pío desplega.

## XXXI

Sacando los de á pie de la trinchera  
Con previsión prudente y hábil arte,  
Y contra el muro que rendir espera,  
En dos líneas oblicuas los reparte.  
Coloca en medio máquina pedrera  
Y otros ingenios del horrendo Marte,  
De que cual rayos hórridos se lanza  
Contra el torreado muro piedra ó lanza.

## XXXII

Con caballos la espalda á los infantes  
Cubre y manda al contorno exploradores;  
Da la señal, y son tan abundantes  
Los de honda y flecha buenos tiradores,  
Tanto arrojan las máquinas pujantes,  
Que ya mermando van los defensores:  
Muere el uno, su puesto otro abandona;  
Menos densa del muro es la corona.

## XXXIII

Impetuosos los francos y atrevidos  
Cuanto pueden ligero el paso mueven;  
Escudo con escudo alzan unidos  
Porque cubierta la cabeza lleven:  
Con las máquinas otros guarecidos  
Van de los tiros que incesantes llueven.  
Llegando al foso, intentan rellenarlo  
Hasta que al llano logren igualarlo.

## XXXIV

Agua no hay en el foso ó lodo blando;  
Que el suelo, seco allí, no lo consiente;  
Y así, aunque hondo es, lo van colmando  
Troncos, piedras y césped fácilmente.  
Alcasto antes que nadie audaz pasando  
Descubierto, una escala alza valiente,  
Sin que pedrisco ó lluvia le retraiga  
De encendido betún que sobre él caiga.

## XXXV

Se ve cómo el bizarro Helvecio ascienda  
Y esté ya á la mitad de la subida,  
Blanco á mil tiros, sin que alguno ofenda  
Su cuerpo tanto que subir le impida;  
Cuando una peña sólida, tremenda,  
Veloz cual de bombarda despedida,  
Dando en su yelmo, al suelo le derriba:  
Fué el circasiano quien tiró de arriba.



## XXXVI

No es mortal, mas sí grave el golpe y salto  
Que aturdido le deja inmóvil bulto.  
Argante grita en son feroz y alto:  
« Va uno; que otro venga dificulto.  
» ¿Por qué no dais un manifiesto asalto,  
» Héroses que os agacháis? Yo no me oculto;  
» No han de valeros las cavernas nuevas,  
» Que como fieras moriréis en cuevas. »

## XXXVII

Dice así; mas los otros no desisten,  
Cubiertos y apiñados como hormigas  
Bajo de los escudos que resisten  
Las piedras y saetas enemigas.  
Con los arietes la muralla embisten,  
Máquinas grandes que en enormes vigas  
Lanzan cabeza herrada de carnero:  
Tiemblan puertas y muro al golpe fiero.

## XXXVIII

Una gran mole de alto se desprende  
Por cien ansiosas manos empujada,  
Y donde la tortuga más defiende,  
Cae como montaña desgajada;  
Los escudos unidos parte y hiende,  
No la resiste yelmo ni celada:  
La ensangrentada tierra cubren huesos,  
Armas quebradas y esparcidos sesos.

## XXXIX

Ya no bajo cubierta el asaltante  
De sus máquinas, canto se repara;  
A todo riesgo puesto, va adelante  
Y al descubierto su valor declara:  
Trepas uno por la escala vacilante,  
Bate otro el muro con audacia rara,  
Que en ruinas va cayendo, y ya sus flancos  
Al ímpetu descubre de los francos.

## XL

Al horroroso golpe se derriba  
Que en él redobla el tremebundo ariete;  
Mas defiéndele el pueblo desde arriba  
Con arte no menor que el que acomete;  
Donde espera que el golpe se reciba  
Gruesos bultos de floja lana mete  
A que amortigüe el ímpetu terrible  
La materia, por sí blanda y flexible.

## XLI

Mientras que la pelea así se enciende  
Y el valor de ambas partes más la estrecha,  
Siete veces Clorinda el arco tiende,  
Y siete veces voladora flecha  
Que hendiendo el aire rápida descende,  
Teñido en sangre el hierro, se aprovecha  
Y no en plebeya, sino en sangre noble;  
Que altiva ella desprecia blanco innoble.



## XLII

El que antes que algún otro hirió certera,  
El menor hijo fué del rey britano,  
Que apenas asomó por la trinchera,  
El tiro le asestó que no fué vano:  
Estorbarle no pudo que le hiriera  
De acero el guante, la derecha mano;  
Inútil ya en las armas, se retira,  
Y más que de dolor, tiembla de ira.

## XLIII

De Ambuesa al conde, al foso repechado,  
Y en la escala á Clotario el franco tira:  
Aquél de espalda á pecho atravesado,  
Éste de un flanco al otro flanco, expira.  
De Flandes el señor, que levantado  
Tiene el ariete, el brazo izquierdo mira  
Flechado. Quiere, sin que hacerlo pueda,  
Sacar la flecha, que en su carne queda.

## XLIV

A Ademaro que observa incautamente  
De lejos la pelea enfurecida,  
Viene la fatal jara y da en la frente;  
Lleva él la diestra do sintió la herida:  
En la mano otra flecha de repente  
Le da, y al rostro déjala cosida;  
Cae y corre la sangre consagrada  
Por femeniles armas derramada.

## XLV

La almena Palamedes ya tocando,  
Por riesgo alguno de subir no deja:  
He aquí que el dardo séptimo volando  
Viene y le hiere en la derecha ceja;  
La punta por el hueco atravesando  
Del ojo, por detrás sale bermeja  
Por la nuca. Su cuerpo cae inerte  
Al pie del que escalaba muro fuerte.

## XLVI

Así ésta tira. En tanto redoblaba  
Godofredo la fuerza con que asalta;  
Junto á una puerta ya arrimada estaba  
De las máquinas suyas la más alta,  
De gruesas vigas; tanto se elevaba,  
Que el muro á emparejar poco le falta.  
Gente y armas su seno contenía  
Y con ruedas, tirada se movía.

## XLVII

En su marcha, la máquina movable  
Flechas, venablos y saetas lanza,  
Y cual nave en marina lid horrible  
A otra nave, á abordar el muro avanza.  
Esto el sitiado hacer quiere imposible;  
Su frente y flancos hiere en cuanto alcanza:  
Con picas la rechaza y piedra dura,  
Y torre y ruedas destrozar procura.



## XLVIII

La multitud de tiros despedida  
De unos y otros, el cielo obscuro vuelve  
Cual dos nubes que chocan; repelida  
Alguna flecha al tirador revuelve.  
Cual de flexible rama, sacudida  
Del turbión que en granizo se resuelve,  
Al suelo cae el fruto aun no maduro,  
Los infieles así caen del muro.

## XLIX

Éstos el mayor daño están sufriendo  
Porque de hierro están menos armados;  
De los que viven parte van huyendo  
De la mole á los tiros espantados;  
Mas de Nicea aquel Soldán tremendo  
Queda, y detiene á algunos más osados,  
Y á oponer el feroz Argante corre  
Con gruesa gualdra á la enemiga torre.

## L

La rechaza y la tiene retirada  
Cuanto es larga la viga y él pujante.  
Baja en esto Clorinda apresurada,  
Que al riesgo quiere estar siempre delante.  
Los francos, de la lana que colgada  
Ven, los cordeles cortan al instante  
Con largas hoces. Cae esa defensa  
Y la muralla así queda indefensa.

## LI

La torre arriba, y con mayor dureza  
Abajo el fuerte ariete combatía,  
Por lo que el muro que á horadarse empieza  
Ya las ocultas calles descubría.  
Acude el capitán con gran presteza  
Al lienzo que ya á tierra se venía,  
Y tras el grande escudo se repara  
Que usaba sólo en ocasión muy rara.

## LII

Con él cubierto, espía y cauto acecha  
Al Soldán, que bajando se encamina  
El paso á defender tras de la brecha  
Que abrió de la muralla la ruina.  
Cuidar vela subida ardua y estrecha  
Argante y la doncella peregrina.  
Esto miraba y abrasarse siente  
De valor generoso el pecho ardiente.

## LIII

Y volviéndose, dice al buen Sigiero,  
Que otro escudo le lleva y arco á mano:  
« Dame ahora, mi fiel buen escudero,  
» Ese broquel que traes más liviano.  
» Que he de tentar si acaso yo el primero  
» Por las derruidas piedras paso gano:  
» Tiempo es de granjear alguna gloria  
» Que ilustre de mi vida la memoria. »



## LIV

Mas apenas trocado había el escudo,  
Volando viene á herirle una saeta  
La pierna, en el lugar que más agudo  
Entre los nervios el dolor aprieta.  
Que tuyo fué, Clorinda, el golpe crudo  
Publica de la Fama la trompeta.  
Si de yugo ó de muerte libre fuera  
La gente infiel, á ti se atribuyera.

## LV

Como si tal herida no sintiese  
Aquel héroe fortísimo y constante,  
Sin que el paso ni un punto detuviese,  
A otros llama y de todos va delante;  
Mas como el miembro herido conociese  
Que ya no le sostiene vacilante  
Y que más el dolor fiero le aqueja,  
Mal de su grado, al fin la lucha deja.

## LVI

Llama al valiente güelfo á su presencia;  
Dícele: « A retirarme soy forzado;  
» Dejo el mando á tu esfuerzo y tu prudencia,  
» Y que el ataque siga comenzado;  
» De corta duración será mi ausencia;  
» Al punto vuelvo »; parte apresurado,  
Y en un corcel ligero como el viento,  
No sin ser visto llega al campamento.

## LVII

Con Gofredo parece que se ausenta  
La fortuna del franco y desaparece;  
En los contrarios el vigor se aumenta  
Y la esperanza de victoria crece.  
El ejército fiel se desalienta;  
Falta el ímpetu, el ánimo fallece,  
Sacan ya sangre apenas sus espadas,  
Y hasta las trompas suenan destempladas.

## LVIII

En el adarve en parecer no tarda  
La turba que poco antes dél huía.  
La vista de Clorinda tan gallarda  
Da á las damas patriótica osadía;  
Que acude cada cual y el puesto guarda  
Suelto el pelo, alto el traje se veía,  
Y lanzan dardos, el temor dejado,  
De morir defendiendo el muro amado.

## LIX

Lo que infunde en los francos más espanto  
Y á los sitiados da mayor aliento,  
Es que el potente güelfo—y lo ven tanto  
Unos como otros—cae en el momento;  
Su fortuna entre mil le halla: un canto  
Le hirió que disparado iba violento,  
Y á Raimundo también al mismo instante  
Un golpe le derriba semejante.



## LX

Herido fué cuando llegaba al foso  
De mala suerte Eustacio el atrevido;  
No va contra los francos golpe ocioso:  
Siendo el numero dellos tan crecido,  
El que no da la muerte, riguroso  
A alguno cuando menos deja herido,  
Y más feroz al ver fortuna tanta,  
El circasiano así la voz levanta:

## LXI

« Antioquía no es ésta, ni encubierta  
» Noche hay á vuestros fraudes favorable:  
» Veis claro el sol, la gente está despierta  
» Y otra es la guerra y traza formidable.  
» ¿Ya está en vosotros toda chispa muerta  
» De valentía y de ambición laudable?  
» ¿Cobardes ya dejáis vuestras empresas  
» Tan pronto, no franceses, mas francesas? »

## LXII

Esto dice, y á punto tal se enciende  
En su furor, audaz aquel guerrero,  
Que la ciudad extensa que defiende  
Campo estrecho imagina ya á su acero.  
A saltos corre allí donde se hiende  
La muralla que entrada dió primero;  
Tapa el portillo, y grita entusiasmado  
Al bravo Solimán que está á su lado:

## LXIII

« Ves aquí, Solimán, el punto y hora  
» En que nuestro valor juzgarse debe.  
» ¿Qué esperas ó qué temes? Fuera ahora  
» Quien quiere prez, que la merece pruebe. »  
Dice así, y uno y otro, sin demora,  
A probar salen quién ventaja lleve:  
Uno de furia, otro de honor llevado  
Por el reto feroz estimulado.

## LXIV

Inesperados, súbito cayeron  
Sobre sus enemigos á porfía.  
Tantos los hombres que mataron fueron  
Y tanto escudo y yelmo roto había,  
Tanto ariete y escalas destruyeron,  
Que de ello alzarse un monte bien podría,  
Y de ruinas formarse una trinchera  
Que la ya derribada repusiera.

## LXV

La gente, de asaltar antes ansiosa,  
Que á la ciudad entrar fácil pensara,  
No sólo ya esperar triunfo no osa,  
Sino mal se defiende y se repara  
De dos contra la saña valerosa  
Y en las máquinas mientes ya no para,  
Que en otra guerra no han de ser usadas,  
Siendo ora con tal furia destrozadas.



## LXVI

Corriendo van con ímpetu violento  
Uno y otro pagano enfurecidos;  
Fuego piden, y llevan al momento  
A la torre dos pinos encendidos.  
Así un tropel de furias turbulento  
Deja sus negros antros escondidos,  
Y el mundo á trastornar salen ardientes  
Sus teas sacudiendo y sus serpientes.

## LXVII

Tancredo invicto, que incansable estaba  
Animando al asalto á sus latinos,  
Mirando de aquel par la saña brava  
Y en sus manos los dos ardientes pinos,  
Deja de hablar y va donde amagaba  
Su furor á la torre ya vecinos,  
Y de un valor da pruebas tan tremendo,  
Que los que ya triunfaban van huyendo.

## LXVIII

Hallábase el combate así dudoso  
Por la mudanza que ordenó el destino,  
Cuando el herido jefe valeroso  
A su gran tienda á recogerse vino.  
De amigos tristes grupo numeroso  
Le asiste con Sigiero y Balduino.  
Queriéndola sacar, la flecha estira  
Que le hirió, y al tirar rompe la vira.

## LXIX

La curación ordena que se acorte  
Cuanto más fuere al médico posible,  
Ya su herida se abra, ahonde ó corte,  
Que al dolor, según muestra, no es sensible.  
Que al combate volver sólo le importe  
Antes que cese el pelear terrible  
Dice, oprime su mano la asta larga  
De una lanza, y la pierna al hierro alarga.

## LXX

Y ya el anciano Erótimo, nacido  
Del Po en la orilla, le conhorta y cura;  
De hierbas y aguas buenas conocido  
Le es el uso y virtud de su natura.  
Aunque las musas le aman, preferido  
Había el arte que salud procura:  
Más de muerte librar quiere á los hombres  
Que inmortales cantando hacer sus nombres.

## LXXI

Apoyado y con faz que no se muda,  
Sin quejas, se estremece el gran guerrero;  
El diestro brazo el médico desnuda  
Y su traje recoge amplio y ligero.  
En vano, de las hierbas con ayuda  
La saeta extraer tentó primero:  
La mano emplea luego, á ver si cede,  
Y tenaz instrumento, y nada puede.



## LXXII

Sus artes no secunda, y á su intento  
Contraria la Fortuna, no coopera;  
Sufre el heroico herido tal tormento,  
Que á punto casi está de que allí muera.  
Su ángel custodio, viendo el sufrimiento,  
Dítamo corta en Ida, placentera  
Hierba de flor pequeña, purpurina,  
Que nueva, es soberana medicina.

## LXXIII

De la natura pródiga enseñadas  
Prueban las cabras su virtud secreta,  
Cuando en la caza heridas y acosadas  
Fija queda en sus flancos la saeta.  
Presto de las regiones apartadas  
La lleva el ángel do feliz vegeta,  
Y en las aguas que Erótimo prepara  
Su jugo infunde de potencia rara.

## LXXIV

De la fuente de Lidia humor precioso  
Mezcla á la perfumada panacea:  
Lava la herida el viejo cuidadoso,  
Y por sí solo el chuzo se voltea  
Y sale. El dolor cesa congojoso,  
Y sano ya el herido se recrea.  
Grita Erótimo: « No es arte maestra  
» Lo que te sana, ni mi flaca diestra;

## LXXV

» Mayor virtud te salva: un ángel creo  
» Sólo á curarte descendió á la tierra,  
» Que de celeste mano signos veo;  
» Tus armas toma ya, vuelve á la guerra. »  
Ese del pío Bullón es el deseo:  
En púrpura la pierna luego encierra,  
Enorme lanza blande, escudo embraza  
Y bajo de la barba el yelmo enlaza;

## LXXVI

De la estacada sale, y se adelanta  
Con mil más, á la plaza combatida;  
El cielo encubre el polvo que levanta;  
La tierra á sus pies tiembla conmovida.  
A los sitiados su venida espanta,  
Y de un frío temblor sobrecogida  
La gente, por sus venas corre hielo:  
Él por tres veces alza el grito al cielo.

## LXXVII

Su gente, al conocer la voz altiva  
Y el grito excitador á la batalla,  
Sus casi muertos ímpetus aviva  
Y renovado su valor estalla.  
De paganos el par feroz ya iba  
Recogiéndose al pie de la muralla  
Y el paso apenas defender podía  
De Tancredo y la hueste que él traía.



## LXXVIII

Desdeñoso Bullón y amenazante,  
Allí de punta en blanco armado avanza,  
Y en cuanto llega, contra el fiero Argante  
El asta herrada fulminando lanza.  
No hay mural catapulta tan pujante  
Que con tal fuerza arroje dardo ó lanza:  
Zumbando va en el cielo el pino rudo,  
Y Argante sin temer pone el escudo.

## LXXIX

Éste el chuzo rajó duro y punzante,  
Ni aun la acerada cota le detiene:  
Todas las armas rompe, y penetrante  
La sarracena sangre á chupar viene.  
Arráncaselo el moro en el instante  
De armas y carne, y el dolor contiene;  
A Gofredo lo tira, así exclamando:  
« Tus armas te devuelvo; ésa te mando. »

## LXXX

La asta ofendiendo ya, ya vengadora,  
Vuela y revuela por la usada senda;  
Mas no al que es dirigida hiere ahora,  
Que inclinándose evita que le ofenda.  
Dando en el buen Sigiero, cortadora  
La cuchilla su cuello hirió tremenda;  
A él no le pesa, que á su caro dueño  
Libra, muriendo, del eterno sueño.

## LXXXI

A ese tiempo un guijarro el Soldán tira  
Con que acierta al normando caballero.  
Herido se retuerce, el cuerpo estira  
Y cual peonza gira el buen guerrero.  
No puede ya Bullón tener la ira  
Por tanta ofensa: empuña el fuerte acero  
Y sobre la confusa, alta ruina  
Subiendo, á la pelea se avecina.

## LXXXII

Proezas hizo entonces nunca oídas  
En cien y cien combates memorables,  
Mas fueron por la noche obscurecidas,  
Que sus tinieblas tiende imperturbables  
Y sosiega las iras encendidas  
De los tristes mortales miserables;  
Cesa Gofredo y se retira lento:  
Así aquel día terminó sangriento.

## LXXXIII

Sus heridos y enfermos al abrigo  
Pone Bullón antes que el campo ceda;  
Ni quiere que sea presa al enemigo  
Lo que de ingenios bélicos le queda.  
La gran torre que horror lleva consigo  
Bien le sucede que salvarse pueda,  
Aunque en la horrible tempestad pasada  
Quedó en parte deshecha y quebrantada.



## LXXXIV

Del gran peligro libre á duras penas,  
Llega ahora á lugar de salvamento;  
Mas cual nave tal vez que á velas llenas  
La mar corre y desprecia ondas y viento,  
A vista ya del puerto, en las arenas  
O escollos destrozó choque violento,  
O corcel que en el fin de su carrera  
Tropieza cuando ya descanso espera;

## LXXXV

Tal sucede á la torre, que en la parte  
Que á los tiros del muro expuesta tuvo  
Dos ruedas se le rompen de tal arte,  
Que amenazando ruina se detuvo;  
La escolta en torno de ella se reparte  
Y á fuerza de puntales la mantuvo,  
Hasta que los artífices llegaron  
Que de sus daños todos la reparan.

## LXXXVI

Lo ordena así Gofredo, deseando  
Que antes del nuevo sol se halle compuesta;  
Los caminos va todos ocupando  
Y en ella deja guardia bien dispuesta;  
Por el ruido que se hace trabajando  
A la ciudad la obra es manifiesta:  
Los que las luces ven que dentro encienden,  
Lo que en ella se hace bien comprenden.

FIN DEL CANTO UNDÉCIMO





## CANTO DUODÉCIMO

---

CLORINDA Y ARGANTE

ENCENDÍAN LA TORRE DE LOS CRISTIANOS; HISTORIA DE CLORINDA;  
SU PELEA CON TANCREDO Y SU MUERTE;  
LLÓRALA TANCREDO; ARGANTE JURA VENGARLA.

### I

Era la noche. Sin buscar reposo  
En el sueño, á sus cuerpos fatigados,  
En el trabajo velan afanoso  
Los francos, redoblando sus cuidados.  
Los paganos también con anheloso  
Afán, en sus reparos maltratados  
Trabajan, y en sus muros derruidos,  
Y curan unos y otros sus heridos.

### II

Llenado este deber, y concluida  
Del todo casi la faena dura,  
Van ya cesando, que á dormir convida  
Más callada la noche y más obscura.  
Mas no duerme Clorinda, que atrevida  
Fama sólo y honor ganar procura:  
Con Argante ella está; sosiega todo,  
Y habla consigo misma de este modo:

## III

« Al rey turco y á Argante hoy sus acciones  
» Fama inmortal y noble prez valieron;  
» Que solos contra tantos escuadrones  
» Las máquinas cristianas destruyeron.  
» A mí por toda hazaña en los bastiones  
» De lejos disparar el arco vieron.  
» Que no estuve infeliz, bien lo confieso;  
» Mas ¡qué! ¿una dama puede sólo eso?

## IV

» Mejor fuera en el monte ó la floresta  
» Asaetear los animales fieros,  
» Que do el viril valor se manifiesta  
» Mostrarme hembra entre tantos caballeros.  
» ¿Por qué no de mujer vestir honesta  
» El traje y habitar claustros austeros? »  
Grandes cosas hacer al fin resuelve,  
Y al circasiano que allí está se vuelve.

## V

« Tiempo ha—le dice—que en mi mente gira  
» Un no sé qué de insólito y de osado,  
» Que la agita y conmueve. O Dios la inspira,  
» O un dios el hombre para sí ha forjado  
» De su querer. La luz del real mira:  
» A él con hierro y fuego ir he pensado  
» Y la torre incendiar. Pueda yo esto,  
» Y al Cielo dejaré cuidar del resto.



## VI

- » Mas si sucede que la suerte mía
- » Al retornar el paso me impidiere,
- » Mi amistad mis doncellas te confía,
- » Y el que á Clorinda como padre quiere;
- » Cuanto antes puedas, al Egipto envía
- » Las damas y el anciano, si él quisiere.
- » Hazlo por Dios, señor, compadecido
- » De la vejez y el sexo desvalido. »

## VII

- Se asombra Argante, y en su pecho recio  
De gloria el aguijón herirle siente:
- « ¿Tú has de ir allá—le dice—y con desprecio
  - » Me dejarás entre esta vulgar gente?
  - » ¿Crees que sin riesgo me será de precio
  - » Ver de lejos el humo y llama ardiente?
  - » No, no; si en armas nos juntó la suerte,
  - » Juntos tendremos gloria ó juntos muerte.

## VIII

- » Corazón tengo yo también que baste
- » A morir y á trocar á honor la vida. »
- « Bien claro—ella responde—lo probaste
- » Hoy, haciendo la intrépida salida;
- » Mas yo una mujer soy. ¿Y no pensaste
- » Que mi muerte será apenas sentida?
- » Pero tú muerto—¡Dios jamás lo quiera!—
- » ¿Quién después las murallas defendiera? »

## IX

Él replica: « Es inútil la porfía  
» En que mi decisión mudar intentes:  
» Tus huellas seguiré si vas de guía,  
» Delante iré si en serlo no consientes. »  
Concordes al rey van, que presidía  
Los más altos señores y prudentes.  
Clorinda dice: « Escucha de buen grado,  
» Señor, lo que decirte hemos pensado.

## X

» Argante—y que jactancia no es veremos—  
» Quemar promete aquella excelsa torre:  
» Yo iré con él, y la hora esperaremos  
» En que más al cansancio el sueño acorre. »  
Las manos alza el rey, haciendo extremos,  
Llanto de gozo en sus mejillas corre,  
Y exclama: « Alabo á Dios que piedad tiene  
» De su siervo, y mi reino aun sostiene!

## XI

» Ni caerá tan pronto, si con tales  
» Ánimos contar puedo en su defensa;  
» Mas ¿cómo, ilustre par, os daré iguales  
» A el mérito loor y recompensa?  
» Loor la fama os dé con inmortales  
» Voces de gloria por la esfera extensa:  
» Premio os es la obra misma, y dél aparte,  
» De mi reino tendréis no escasa parte. »



## XII

Así habla el cano rey, y los estrecha  
Al uno y otra al seno tiernamente.  
El Soldán, que allí se halla y no desecha  
La honrosa emulación que siempre siente,  
« Para estos casos fué mi diestra hecha  
» —Dice— y os seguiré resueltamente. »  
Y ella: « ¿Todos han de ir á esta campaña?  
» Si tú vas, ¿quién al rey aquí acompaña? »

## XIII

Así ella dice. Duro y altanero  
Se preparaba á replicarle Argante;  
Mas se adelanta el rey y habla primero  
A Solimán con plácido semblante:  
« Bien simple tú, magnánimo guerrero,  
» Te mostraste á ti mismo semejante  
» Sin que peligro alguno te arredrara,  
» Sin que jamás la guerra te cansara.

## XIV

» Sé cuanto afuera hacer tu valor puede,  
» Mas ocasión daría á grandes males  
» Que os vayáis todos y ninguno quede  
» De los que sois en armas principales;  
» Si á estos dos salir se les concede,  
» Aunque en precio sus vidas son iguales,  
» Es que la empresa es útil é importante  
» Y á acabarla no fuera otro bastante.

## XV

» Mas pues la torre vemos custodiada  
» Por tanta gente que con ella viene,  
» Que por pocos no puede ser dañada  
» Y el enviar á muchos no conviene,  
» El par que pide la aventura osada  
» Y tales hechos por costumbre tiene,  
» Vaya en buen hora: es tal su valentía,  
» Que á mil otros él solo equivaldría.

## XVI

» Tú, como el regio honor más bien requiere  
» Que á las puertas guardar te ruego atiendas,  
» Y cuando—en Dios confío que lo quiere—  
» La torre envuelvan ya flamas horrendas  
» Y á éstos de vuelta un escuadrón siguiere  
» Enemigo, saliendo los defiendas. »  
Así un rey dice. El otro le oye atento  
Y quieto queda, pero no contento.

## XVII

Ismeno añade: « Que esperéis os ruego  
» Los que habéis de salir á hora más tarda;  
» Que un raro mixto á preparar voy luego  
» Que á la torre aplicado, la haga que arda:  
» Dormirá parte acaso con sosiego  
» De la gente que de ella tiene guarda. »  
Esto acuerdan, y vase cada uno  
Del gran hecho á esperar tiempo oportuno.



## XVIII

Clorinda se desviste la armadura  
De plata, y claro yelmo, y gran cimera,  
Y á otra la trueca llana, negra, obscura  
—¡Infausto anuncio!— porque no luciera;  
Piensa ocultarse así é ir más segura  
Cuando entre el enemigo se metiera.  
Allí está Arsete, eunuco, que amoroso  
La educó desde niña cuidadoso,

## XIX

Y arrastrando tras ella el cuerpo anciano,  
Le hizo fiel y constante compañía.  
Al verla armas cambiar, pensó, y no en vano,  
Que á grandísimo riesgo se ponía;  
Se aflige, y por el pelo vuelto cano  
De ella en servicio, y la memoria pía  
De su antiguo cariño, le insta y ruega  
Deje el intento; ella tenaz se niega.

## XX

Por lo cual, dice al fin: « Pues decidida  
» Así en tu mal tu pecho se endurece,  
» Y ni mi edad cansada, ni sentida  
» Súplica de mi amor no te enternece,  
» Cosa he de revelarte nunca oída  
» De tu origen, que fábula parece:  
» Después, tu querer sigue ó mi consejo. »  
Mientras habla, ella atenta mira al viejo.

## XXI

- » Fué de Etiopía rey —y aun por ventura  
» Lo es—Senapo, en reinado venturoso,  
» El cual de Cristo observa la ley pura,  
» Y el pueblo etíope imítale piadoso.  
» Yo, pagano y esclavo, allí en clausura  
» Y en mujeril oficio decoroso,  
» Del rey servía á la querida esposa,  
» Que era, aunque negra, por extremo hermosa.

## XXII

- » El rey la amaba hasta perder el seso  
» Y el amor con los celos igualaba;  
» E hizo en él poco á poco tal progreso  
» La celosa pasión que le aquejaba,  
» Que ocultarla y guardarla con exceso  
» Y hasta al cielo esconderla procuraba.  
» Prudente ella y humilde obedecía,  
» Que agradar sólo á su señor quería.

## XXIII

- » Hay entre las imágenes piadosas  
» De que su regia estancia está pintada,  
» Virgen de blanco rostro, y como rosas  
» Las mejillas, junto á un dragón atada  
» Que tiene entre sus roscas escamosas  
» De un guerrero la lanza atravesada.  
» Muchas veces ante ella se arrodilla,  
» Sus culpas dice y su oración sencilla.



## XXIV

- » Fruto fué de la unión de estos señores
- » Una niña —eres tú— blanca y hermosa;
- » Asustan á la reina esos colores,
- » Que no esperaba tan extraña cosa;
- » Y conociendo al rey y sus furores,
- » Su parto resolvió ocultar medrosa,
- » Pues él habría, viendo tu blancura,
- » Sospechado en la reina mancha impura.

## XXV

- » A una niña negrilla que naciera
- » Poco antes, determina de trocarte.
- » Conmigo y con sus damas prisionera,
- » Sola habitaba una secreta parte,
- » Y á mí, que era su siervo y con sincera
- » Fe la amaba, te dió sin bautizarte;
- » Ni allí hacerlo pudiera fácilmente,
- » Que el uso del país no lo consiente.

## XXVI

- » Con el encargo te entregó en mis brazos
- » De que te críe en un lugar distante.
- » ¿Quién diría las lágrimas y abrazos
- » Con que se despidió en aquel instante?
- » Cual si su alma se hiciera mil pedazos,
- » Gime, te besa y llora madre amante;
- » Al cielo mira y dice: « Dios clemente,
- » Mi vida tú conoces y mi mente.

## XXVII

- » Si jamás he manchado el casto lecho
- » Conyugal, y mi fe guardé inviolable,
- » Por mí no pido: cosas mil he hecho
- » Que ante tus ojos me hagan despreciable.
- » Salva el parto inocente, á quien el pecho
- » Dar no puede la madre miserable;
- » Sólo en honesta ser se me parezca;
- » En lo demás, suerte mejor merezca.

## XXVIII

- » Tú, santo paladín, que defendiste
- » A la doncella de la sierpe horrenda,
- » Si mi lámpara humilde siempre viste
- » En tu altar, y de incienso y oro ofrenda,
- » Ruega por ella; y en momento triste
- » A ti acuda, tu amparo la defienda. »
- » Calló; su corazón se oprime y hiela,
- » Y mortal palidez su rostro vela.-

## XXIX

- » Te tomé sollozando, y bien cubierta
- » Te saqué de una cesta entre las flores,
- » Con arte tal, que á sospechar no acierta
- » Nada, alguno de tantos servidores.
- » Desconocido yendo por desierta
- » Selva henchida de sombras y de horrores,
- » Vi una tigre que ardientes de ira tiene
- » Los ojos y hacia mí derecha viene.



## XXX

- » Subo á un árbol, te dejo en la maleza,
- » Que tal terror la horrible fiera inspira;
- » Llega, y volviendo la feroz cabeza,
- » A ti en la hierba fijamente mira:
- » Amánsase, depone su fiereza,
- » Y con plácido aspecto en torno gira:
- » Se acerca, y cariñosa va lamiendo
- » Tu rostro, y la acaricias tú riyendo.

## XXXI

- » Jugueteeando, hacia su boca fiera
- » Las manecillas tiéndesle contenta:
- » Ella, cual si nodriza tuya fuera,
- » A que mames sus tetas te presenta;
- » Miro yo aquello que jamás creyera,
- » Pues un nuevo prodigio representa.
- » Cuando la tigre conoció tu hartura
- » De su leche, se vuelve á la espesura.

## XXXII

- » Bajo yo, te recojo, y mi camino
- » Sigo adonde le había enderezado,
- » Que era un pequeño albergue allí vecino
- » Donde criársete debe con cuidado.
- » Estuve allí yo mismo hasta que vino
- » El mes décimosexto concertado,
- » Que con lengua infantil ya balbutías
- » Y con paso inseguro andar querías.

## XXXIII

- » Mas yo á la edad llegando que declina
- » A la vejez y á caducar empieza,
- » Rico, que fué como abundante mina
- » Para mí de la reina la largueza,
- » Cansóme aquella vida peregrina,
- » Comenzó de la ausencia la tristeza
- » De amigos y de patria, y al sosiego
- » Volver ansiaba del casero fuego.

## XXXIV

- » Parto, y á Egipto, mi nativa tierra,
- » Llevándote conmigo, el viaje emprendo;
- » Llego á un valle en que todos lados cierra
- » Ladrona banda y un torrente horrendo.
- » ¿Qué hacer? Dejarte en medio de la sierra
- » No quiero, y escapar deseo huyendo;
- » Me tiro á nado, y una mano nuevo
- » Y con la otra tu amado peso llevo.

## XXXV

- » Rapidísima baja la corriente
- » Y un remolino en medio vuelve y gira;
- » Allí llegado trabajosamente,
- » Me revuelve y al fondo me retira.
- » Te suelto, el agua te alza mansamente,
- » Y el viento ayuda que suave espira:
- » Salva estás de la orilla en las arenas,
- » Donde cansado arribo á duras penas.



## XXXVI

- » Te tomo alegre, y en la noche, cuando
- » Están los seres todos en reposo,
- » Sueño ver que un guerrero amenazando
- » La espada al pecho me ponía furioso,
- » E imperioso me dice: « Yo te mando
- » Que á la niña bautices, por piadoso
- » Encargo de su madre. Ella en el cielo
- » Es bien querida, y yo en su guarda velo

## XXXVII

- » Y la amparo y defendo. Por mí dada
- » Fué piedad á la fiera, y mente al río.
- » ¡Ay de ti si tu fe fuere negada
- » A este sueño, del cielo heraldo pío. »
- » Calla, y despierto luego. A la alborada
- » Sigo el camino que acabar ansío;
- » Mas mi fe cierta, el sueño engaño puro
- » Creyendo, del bautismo no me curo,

## XXXVIII

- » Ni del materno ruego. Te criaste
- » Pagana, y nunca la verdad supiste;
- » Creciendo, fuerte en armas te mostraste
- » Y el sexo y natural temor venciste;
- » Fama y tierra has ganado, y el contraste
- » De tu vida bien sabes grata ó triste,
- » Y que tu padre y siervo siempre he sido
- » Y en el guerrero oficio te he seguido.

## XXXIX

- » Ayer, que al alba un sueño me oprimía  
» Grave y profundo, semejante á muerte,  
» La misma imagen ver me parecía  
» Con más turbado rostro y voz más fuerte:  
» — Ya, felón, la hora llega, me decía,  
» Que cambiará á Clorinda vida y suerte;  
» Será á tu pesar mía y tuyo el duelo. »  
» Dicho esto, por el aire tendió el vuelo.

## XL

- » Este aviso celeste cierto augura,  
» Hija, en tu daño raros accidentes.  
» Yo no sé. Al Cielo ofende por ventura  
» Que no sigas la fe de tus parientes,  
» Santa acaso. Mi afecto te conjura:  
» Depón las armas é ímpetus ardientes. »  
Calla y llora. Ella piensa temerosa;  
Que un sueño igual la tiene cuidadosa.

## XLI

- Responde cuando al fin se tranquiliza:  
« Sigo la fe que creo verdadera,  
» Que me dió con la leche la nodriza.  
» Por ti, y ora me pintas embustera;  
» Ni armas ni empresas dejo asustadiza,  
» Que á un fuerte corazón mengua le fuera.  
» No, aunque la muerte en el peor semblante  
» Que al hombre asusta, póngasme delante. »



## XLII

Y le consuela luego. Siendo hora  
De por obra poner lo prometido,  
Parte y se une al guerrero sin demora  
Que el peligro con ella ha compartido;  
Se les agrega Ismeno, y avigora  
De los dos el valor ya tan fornido,  
Y de betún y azufre mezcla extraña  
Les da y fuego de cobre en una caña.

## XLIII

Salen de noche quedo, á la colina  
Juntos; con paso largo, apresurado  
Van, y á la parte donde está vecina  
La hostil máquina ya casi han llegado.  
El ansia y la emoción que los domina  
Les tiene el corazón alborotado,  
Que fuego, sangre y destrucción anhela.  
Grita y pide la seña el centinela.

## XLIV

Sin responder prosiguen, y la guarda  
« ¡Al arma! » « ¡Al arma! » clama en altas voces:  
Ya aquel par no se oculta, y nada aguarda,  
Que tanto como audaces son veloces.  
Como lanzan el rayo ó la bombarda  
Relámpago á la vez y trueno atroces,  
Al avance el ataque llegó junto:  
Romper y penetrar fué sólo un punto.

## XLV

Fuerza es al fin que tras de lucha horrible  
Salgan los asaltantes con su intento.  
Sacan el fuego y mixto combustible  
Que á la madera arrojan; al momento  
La llama se levanta inextinguible.  
¿Quién expresar podría cuán violento  
Crece el fuego con chispas y centellas  
Y á ofuscar sube el humo las estrellas?

## XLVI

Globos de llama espesa y turbulenta  
Entre humo giran y siniestros lucen:  
Sopla el viento y las fuerzas acrecienta  
De mil fuegos que en uno se reducen.  
La hoguera atroz sorprende y amedrenta  
A los que aquella máquina conducen:  
A armarse van. La torre tan temida  
En un instante cae derruida.

## XLVII

Dos cristianas escuadras marchan luego  
Donde el incendio estalla, lentamente.  
Grita Argante: «A apagar voy ese fuego  
» Con sangre vuestra», y vuela á hacerles frente.  
Ve á Clorinda que sube con sosiego  
Al monte, y cede lento. Cual torrente  
Que hincha la lluvia de copiosa nube,  
Tras ellos la enemiga turba sube.



## XLVIII

Abierta la áurea puerta, en ella espera  
El rey, y el pueblo armado le acompaña,  
Para que el par heroico se acogiera  
Cuando cima feliz diera á su hazaña:  
Los dos el umbral saltan. La guerrera  
Turba franca también entra con saña;  
La arroja Argante; ciérrase la puerta;  
Fuera queda Clorinda descubierta.

## XLIX

Sola fuera quedó; que en el instante  
Que la puerta cerraron, se movía  
A castigar con ira fulminante  
A Arimón, que la hirió y aprisa huía;  
Le castigó. No había visto Argante  
Que no hubiese ella entrado todavía:  
La lucha, las tinieblas y el ruido  
Su vista ofuscan, turban su sentido.

## L

Ella, su ira un tanto mitigada  
Con enemiga sangre, el riesgo advierte  
De las cerradas puertas, y cercada  
De contrarios, por cierta dió su muerte;  
Mas viendo que de nadie es observada,  
Poder salvarse cree de esta suerte:  
Que de ellos finge ser, y confundida  
Va en el tropel, de nadie conocida.

## LI

Luego, cual cauto lobo que procura  
Tras un robo esconderse y desviarse,  
Así ella del tumulto y noche obscura  
Aprovecharse quiere y escaparse.  
Sólo Tancredo extraña su apostura,  
Y sospechando, acaba de acercarse.  
La vió cuando á Arimón matado había,  
Y la marcó, y de cerca la seguía.

## LII

Sus fuerzas probar quiere, porque estima  
Que es hombre digno que con él combata;  
Ella rodeando va la áspera cima  
A otra puerta, y de entrar por allí trata;  
Veloz, antes que llegue, él se aproxima,  
Y el ruido de las armas le delata.  
Vuelta ella, grita: «Tú, que de esta suerte  
»Corres, ¿qué traes?» Él dice: «Guerra y muerte.»

## LIII

«Ambas tendrás—replica—; no rehusó  
»Dártelas, pues las buscas»; y hacen alto:  
Tancredo al verla á pie, por no hacer uso  
De su caballo, desmontó de un salto;  
Cada cual á la espada mano puso;  
Ira y orgullo incitan al asalto,  
Y feroces se atacan, cual si fueran  
Dos toros que celosos se embistieran.



## LIV

Dignos de un claro sol, dignos de un pleno  
Teatro, son sus hechos memorables.  
Noche, que ocultas en tu obscuro seno  
Y en el olvido hazañas tan notables,  
Que dél las saque de entusiasmo lleno  
Mi canto deja. En siglos perdurables  
Viva de ambos la fama, y en su gloria  
No perezca de ti la alta memoria.

## LV

Ninguno para ó quita ó se defiende,  
Ni la destreza en esta lucha es parte;  
A finta ó firme ó falso no se atiende,  
Que en la sombra y furor se pierde el arte;  
Chocar se oye el acero que se tiende  
A medio hierro, sin que un punto aparte:  
Firme el pie siempre, sin parar la mano,  
Ni tajo ocioso dan ni punta en vano.

## LVI

La ofensa á la venganza fiera excita;  
De la venganza nace ofensa nueva;  
Una y otra al herir continuo incita,  
Y estímulo á la cólera renueva.  
Más se estrecha el combate y precipita;  
No halla la espada ya donde se mueva:  
Con los pomos se asestan golpes rudos:  
Topan los yelmos, chocan los escudos.

## LVII

Tres veces con robustos brazos ciñe  
A la dama Tancredo; ella al instante  
De los lazos de acero se descíñe,  
Que de enemigo son y no de amante.  
Al hierro vuelven, que uno y otro tiñe  
En sangre. Fatigado y anhelante  
Cada uno, al fin, del otro se retira,  
Y tras el largo batallar respira.

## LVIII

Míranse. El cuerpo exangüe recargado  
Cada uno al puño de su espada tiene.  
Ya el brillo de los astros apagado,  
Cede á la aurora que saliendo viene.  
Tancredo ve al contrario más llagado,  
Y que menos herido él se mantiene:  
Se alegra ufano. ¡Oh loca nuestra mente  
Que infla de fortuna un accidente!

## LIX

¡Mísero! ¿De qué gozas? ¡Cuán sentida  
La victoria ha de ser que anhelas tanto!  
Te hará verter, si sales con la vida,  
De esa sangre una gota, un mar de llanto.  
Viéndose así, y la lucha interrumpida,  
En silencio descansan algún tanto:  
Le rompe al fin Tancredo, que quisiera  
Que el contrario su nombre descubriera.



## LX

« Lástima es—dice—que en silencio quede  
» Nuestro común esfuerzo y valentía;  
» Mas como la enemiga suerte vede  
» El loor y la luz que nos debería,  
» Ruégote—si en la lid rogar se puede—  
» Que tu nombre me digas y valía,  
» Para saber, ya venza ó sea vencido,  
» A quién mi muerte ó gloria haya debido. »

## LXI

Responde ella altanera: « Uso es constante  
» En mí el nombre ocultar; vano es tu ruego.  
» Sea yo quien fuere, uno de dos delante  
» Tienes que á la gran torre dieron fuego. »  
Arde Tancredo en cólera flagrante.  
« Dijístelo en mal hora—grita luego—;  
» Y hables ó calles, que he de darte, digo,  
» Bárbaro descortés, duro castigo. »

## LXII

La ira torna; de guerra á las faenas,  
Bien que débiles, vuelven. Lucha horrible  
Donde no hay arte, y fuerza queda apenas  
Y á ambos reemplaza furia inextinguible.  
¡Cuánta sangrienta puerta abre en las venas  
De ambas espadas el herir terrible  
Donde caen! Si aun vida allí reside,  
Es que el coraje que se parta impide.

## LXIII

Como el Egeo, aunque los recios vientos  
Que le agitaron, ya vayan calmando,  
No se aquieta, el sonido y movimientos  
En sus hinchadas olas aun durando,  
Así, aunque con la sangre por momentos  
El vigor en los brazos va faltando,  
Aun conservan los ímpetus primeros,  
Y menos fuertes son, no menos fieros.

## LXIV

Mas llegó ya la hora señalada  
Que la vida á Clorinda quitar debe.  
Al bello seno él dirigió la espada,  
Que en él entra y la sangre ávida bebe.  
La túnica que de oro recamada  
Los tiernos pechos cubre, fina y leve,  
Caliente licor baña. Palidece  
Ella, y el pie le falta y languidece.

## LXV

Sigue aquél la victoria, y á la herida  
Virgen va amenazando en mil maneras.  
Ella al caer, con habla dolorida  
Las palabras pronuncia postrimeras  
De un nuevo santo espíritu movida  
Con fe, esperanza y caridad sinceras  
Que Dios le infunde. Si rebelde viva,  
Muerta su esclava es: Él la reciba.



## LXVI

« Venciste, amigo; te perdono, y pido  
» Perdón, no al cuerpo, á quien temor no agita:  
» Al alma; ora por ella, y condolido  
» Dame el bautismo que las culpas quita. »  
Un no sé qué de suave y dolorido  
En su acento, á piedad al héroe excita,  
Que al pecho entrando, extingue los enojos  
Y lágrimas le arranca de los ojos.

## LXVII

Allí cercano murmurar se siente  
Entre el monte, un pequeño y manso río;  
Corre á él, llena el yelmo en su corriente  
Y vuelve triste al grande oficio y pío;  
Tiembla su mano, ver quiere la frente  
Y el rostro que se va tornando frío.  
Le vió y le conoció. Quedó privado  
De voz y movimiento el desdichado.

## LXVIII

No murió él. Su esfuerzo más que humano  
La vida acoge al corazón entero.  
Reprime su dolor, va á dar su mano  
Vida con agua, á quien mató su acero.  
Mientras el rito cumple del cristiano,  
Tórnase el rostro de ella placentero:  
Parece que en morir se goza, y dice:  
« Se abre el cielo, y á él subo en paz felice. »

## LXIX

Pálida aquella faz tan blanca y bella  
Cual violeta entre lirios se veía;  
Ve al cielo, y por piedad volverse á ella  
El sol y el cielo mismo parecía;  
Desnuda y fría mano la doncella  
Al caballero, en vez de hablar, tendía  
Como prenda de paz. De esta manera  
Expira, y semejaba que durmiera.

## LXX

Cuando la alma gentil él ve exhalar,se,  
Rebájase el vigor que había juntado,  
Y cede sin poder ya dominarse  
A su mortal dolor desatentado  
Que el corazón le oprime: al estrecharse  
Su vida en breve espacio, inerte, helado,  
Se ve á la muerta el vivo semejante,  
En silencio, color, sangre y semblante.

## LXXI

De la vida, que ya le pesa odiosa,  
El débil lazo entonces se quebrara  
Para seguir al ánima gloriosa  
Que poco antes sus alas desplegara,  
Si una fuerza de francos numerosa  
En busca de agua acaso no llegara,  
Que al guerrero llevó con la doncella,  
Vivo en sí mismo apenas, muerto en ella.



## LXXII

Que el capitán de aquéllos, aun distante  
Al príncipe conoce en la armadura;  
Se acerca, y de Clorinda ve el semblante;  
Duélese de su extraña desventura;  
Aunque la cree pagana, repugnante  
Le es dejarla á los lobos por pastura.  
Que en brazos ambos vayan recomienda,  
Y de Tancredo marchan á la tienda.

## LXXIII

Del movimiento igual, pausado y suave  
No se resiente el caballero herido;  
Mas gime débilmente: así se sabe  
Que aun hay vida en el cuerpo amortecido.  
De que el otro murió dudar no cabe;  
Que está inmóvil, callado y arrecido.  
Llevan al uno y otro juntamente,  
Mas en lugar los ponen diferente.

## LXXIV

Escuderos solícitos rodean  
A Tancredo, y auxilios le prodigan;  
Ya sus ojos parece que algo vean,  
Y lo que le hagan sienta y lo que digan;  
Mas duda que ilusiones tal vez sean  
Que aun en su mente atónita se abrigan;  
Absorto mira; criados y aposento  
Conoce al fin, y dice en triste acento:

## LXXV

- » ¿Vivo? ¿Respiro aún, y la espantosa
- » Claridad miro de este infausto día,
- » Testigo de la hazaña criminosa
- » Que me echa en rostro mi maldad impía?
- » Mano cobarde y lenta, que no osa
- » (Aunque bien sabe del herir la vía
- » Y muerte dar infame, detestable)
- » Esta vida arrancarme miserable;

## LXXVI

- » Que este pecho traspases, y destroces
- » Mi corazón con duro hierro, quiero;
- » Mas quizá usada sólo á hechos feroces,
- » Piedad juzgas matar al dolor fiero.
- » Viviré ejemplo, pues, de actos atroces,
- » De amor misero monstruo lastimero,
- » Misero monstruo que por pena digna
- » De su crueldad, arrastre vida indigna.

## LXXVII

- » Entre tormentos viviré y terrores,
- » Mis justas furias, bárbaro demente,
- » La noche temeré, que en sus horrores
- » Mi crimen de continuo represente:
- » Odiaré al Sol que en vivos resplandores
- » Mi espantosa desdicha hizo patente:
- » Temblaré de mí mismo, y siempre huyendo
- » De mí, conmigo viviré muriendo.



## LXXVIII

» Pero ¿dónde, ¡ay de mí! dónde quedaron  
» Los restos de aquel casto cuerpo hermoso?  
» ¿Lo que mis furias sano en él dejaron  
» De fieras destrozó furor rabioso?  
» ¡Oh más que noble presa! Acaso osaron  
» Pasto hacer de ella; pasto harto precioso,  
» ¡Infeliz! El que yo empecé salvaje,  
» Acabaron las bestias, vil ultraje;

## LXXIX

» Mas yo hallaros sabré, restos amados,  
» Si existís, y conmigo he de teneros,  
» Y si esos bellos miembros devorados  
» Fueron por animales carnívoros,  
» Que los míos por ellos sean tragados  
» Y alimenten sus mismos vientres fieros.  
» Tumba honrada y feliz me será aquella  
» En que pudiere junto estar con ella. »

## LXXX

Así habla el infeliz. Se le declara  
Que se halla el cuerpo allí de quien se duele,  
Y su sombría faz luego se aclara,  
Cual con lampo fugaz la nube suele;  
El lecho y el reposo desampara  
Y el cuerpo enfermo al movimiento impele.  
Con grande esfuerzo el débil paso rige  
Y á ella vacilando se dirige.

## LXXXI

Luego que llega y ve en el albo seno  
La que su mano abrió, cruel herida,  
Y cual cielo nocturno aunque sereno  
Sin esplendor la faz descolorida,  
Tal tembló, que cayera si de ajeno  
Brazo no hubiera ayuda prevenida,  
Y dice: « ¡Oh rostro que agraciarse la muerte  
» Puedes, mas no endulzar mi amarga suerte!

## LXXXII

« ¡Oh bella diestra que la dulce prenda  
» De paz y de amistad grata me distes!  
» ¡Cuál os hallo y cuál me hallo! ¡Oh suerte horrenda!  
» Vosotros, suaves miembros, que sentistes  
» Mi cólera feroz, dura tremenda,  
» Y de ella ahora sois despojos tristes,  
» Mis ojos, cual la mano despiadados,  
» ¿Heridas que ella dió miráis osados?

## LXXXIII

» ¿Enjutos las miráis? Pues ser no puede  
» Vertido el llanto, que la sangre sea. »  
Cesa de hablar, y como á todo excede  
La ansia tenaz con que morir desea,  
Los vendajes y heridas rasga adrede;  
De sangre un río corre, y él flaquea  
Y muerto habría; mas su pena acerba  
Quitándole el sentido, le conserva.



## LXXXIV

Puesto en el lecho, el alma fugitiva  
Vuelta fué á los oficios que aborrece.  
La vocinglera fama contando iba  
Su duelo y desventura, y los acrece.  
Gofredo viene y larga comitiva  
De muy dignos amigos aparece;  
Mas no aquieta consejo ó ruego calma  
El obstinado afán de aquella alma.

## LXXXV

Cual miembro que llagado está de muerte,  
Tocado se exaspera y crece el daño,  
Tal en el corazón duele más fuerte  
Consolarle queriendo, un mal tamaño.  
Mas Pedro venerable, á quien la suerte  
Dió aquella oveja enferma en su rebaño,  
Con palabras gravísimas su queja  
Modera, le amonesta y aconseja:

## LXXXVI

« ¡Oh Tancredo, Tancredo, que modelo  
» Solías ser de seso y fortaleza!  
» ¿Qué cambio miro en ti? ¿Qué denso velo  
» Te ciega? ¿Qué enflaquece tu entereza?  
» Tu desventura un nuncio te es del Cielo;  
» ¿No lo ves? ¿No le oyes, que á la alteza  
» Te llama de virtud que antes amaste,  
» Y la senda te muestra que dejaste?

## LXXXVII

- » ¿Y á seguir el primero oficio digno
- » De caballero de Jesús te instiga
- » Que por amar dejaste (¡oh cambio indigno!)
- » A una moza, de Dios fiera enemiga?
- » Feliz adversidad, rigor benigno,
- » Que con azote suave te castiga
- » Por tu locura, y medios de salvarte
- » Pone en tu mano. ¿Y quieres rehusarte?

## LXXXVIII

- » ¿Rechazarás ¡oh ingrato! el don precioso
- » Del Cielo contra el cual muestras tus iras?
- » ¿Dónde, insensato, corres y furioso?
- » De perdición sobre el abismo giras:
- » Llegas al negro borde y espantoso
- » Del precipicio eterno, ¿y no lo miras?
- » Mira, por Dios. Contén con pecho fuerte
- » Un dolor que te arrastra á doble muerte. »

## LXXXIX

Calla. En aquél, temor de muerte eterna  
De morir el anhelo debilita:  
Da lugar al consuelo, y á su interna  
Pasión, él mismo alivio solicita,  
No sin que algún gemido ó queja tierna  
Lance tal vez, que compasión excita,  
Consigo mismo ó con el alma hablando  
Que del Cielo quizás le está escuchando.



## XC

Cuando el Sol luce y cuando está escondido,  
Con flébil voz la llama, y ruega y llora,  
Cual ruiseñor que despojar el nido  
De sus hijuelos vió mano traidora,  
Y á solas en el bosque, dolorido,  
En la noche se queja hasta la aurora.  
Al alba al fin los ojos cierra un tanto  
Y se desliza sueño entre su llanto.

## XCI

En sueños ve, de estrellas circundada,  
A la amiga que llora en triste ausencia,  
Muy más bella: la clara luz dorada  
Adorna, mas no altera su presencia,  
Y con piedad le enjuga sublimada  
Los ojos, y así endulza su dolencia:  
« Mírame—dice—, amado de mi alma,  
» Bella y feliz, y tus martirios calma.

## XCII

» Gracias á ti aquí estoy. De los mortales  
» De ese mundo por yerro me quitaste,  
» Y con Dios y las almas inmortales  
» De habitar siempre digna me tornaste.  
» Yo amando, dichas gozo celestiales:  
» Tú aquí el lugar tendrás que conquistaste,  
» Y del gran Sol, en sempiternos días  
» Gozarás las bellezas y las mías,

## XCIII

» Si no quieres tú mismo errando ciego  
» Perder el cielo con fatal locura.  
» Vive y sabe que te amo (no lo niego)  
» Cuanto es lícito amar á una criatura. »  
Así diciendo, como amante fuego  
Brilla en sus ojos, aunque en luz más pura;  
Luego sus rayos ocultó en el cielo  
Y en él vertió dulcísimo consuelo.

## XCIV

Ya más calmado al despertar, se entrega  
De médica asistencia á los cuidados;  
Que con respeto se sepulten ruega  
Los nobles miembros tanto en vida amados:  
Bronce y mármol usar la suerte niega  
En la tumba y artistas celebrados.  
Mas la piedra y labor cuanto se puede  
Se escoge, y cuanto el tiempo más concede.

## XCV

Allá con luces noble comitiva  
En pompa honrosa quiere que la lleve,  
Y de un desnudo pino en cima altiva  
Trofeo de sus armas que se eleve.  
En cuanto algo recobra la nativa  
Fuerza, al siguiente día, el paso mueve  
De reverencia y de piedad henchido,  
Adonde yace el cuerpo tan querido,



## XCVI

Llega al fúnebre, triste monumento  
Que cuanto amó su corazón cobija,  
Pálido, helado, mudo, sin aliento  
Casi; sus ojos en la losa fija,  
Rompe á llorar, y en congojoso acento  
» ¡Ay de mí!—dice.—¡Ay cruel pena prolija!  
» ¡Ay tumba que amo y que venero tanto;  
» Dentro mí fuego tienes, fuera el llanto!

## XCVII

» De muerta no eres tú, sí de viviente  
» Ceniza albergue, donde amor reposa:  
» De ti la usada llama el pecho siente  
» Menos dulce, no menos ardorosa.  
» Mis suspiros recibe y el ferviente  
» Beso que baña lágrima amorosa,  
» Y dalos, pues que yo no puedo (¡ay triste!)  
» Al cuerpo amado que en tu seno existe.

## XCVIII

» Dáselos, que si un día acaso mira  
» La bella alma el bellissimo despojo,  
» No mi audacia ó tu lástima su ira  
» Moverá, que en el cielo no hay enojo;  
» Mi error ya perdonó. Sólo respira  
» Mi corazón, si esta esperanza acojo;  
» Culpa á mi mano sólo, y me tolera  
» Pues en vida la amé, que amando muera.

## XCIX

- » Y amando moriré. ¡Dichoso instante  
» Cuando quiera que llegue! Y más dichoso  
» Si, como hoy, de tí en torno vago errante,  
» Y tu regazo acógeme piadoso.  
» El cielo habite un alma y otra amante,  
» Un túmulo á ambos cuerpos dé reposo;  
» Lo que en vida no fué, sea en la muerte,  
» Si tanto esperar puedo, en mejor suerte. »

## C

Por la enemiga tierra se extendía  
De la desgracia, en tanto, rumor vago  
Confirmado después. Con vocería  
Y llantos, se contaba el caso aciago,  
Y la ciudad sitiada se dolía  
Cual si tomada ya, ruina y estrago  
Y el enemigo fuego la asolaran  
Y por templos y casas revolaran.

## CI

Arsete las miradas á sí llama  
Lastimoso en el habla y el talante;  
Como los otros, llanto no derrama,  
Que tiene el corazón como diamante.  
Mas en sus canas polvo desparrama,  
Y en el pecho se hiere y el semblante:  
Mientras á él se vuelve el pueblo todo,  
Argante llega y habla de este modo:



## CII

- » Bien quise yo, cuando hube conocido  
» Que aquella heroica dama quedó fuera,  
» Seguirle, y corrí al punto, decidido  
» A que igual de los dos la suerte fuera.  
» ¿Qué no hice? ¿Qué no dije? A grito herido  
» Rogué al rey que la puerta abrir hiciera;  
» Vano mi empeño fué, mi ruego vano:  
» Nególe el que aquí manda soberano.

## CIII

- » ¡Ay si saliera! Hubiera yo logrado  
» Del peligro librar á la doncella,  
» O con gloria mis días acabado  
» Hubiera, donde fin dieron los de ella.  
» ¿Pude hacer más? Muy otro fué el dictado  
» De los hombres, de Dios y de su estrella.  
» Murió de fatal muerte. Está á mi alcance  
» Lo que me toca hacer en este lance.

## CIV

- » Oye, Jerusalem, lo que prometa  
» Argante; óyelo, cielo, y si faltare,  
» Máteme un rayo. Juro que completa  
» Venganza haré en el franco, que repare  
» La falta de guerrera tan perfecta,  
» Y esta espada jamás de mí separe  
» Sin que el pecho á Tancredo á pasar llegue  
» Y á los cuervos su cuerpo infame entregue.»

## CV

Así dijo, y aplauso estrepitoso  
De la turba, acogió su juramento,  
Y bastó la esperanza al veleidoso  
Vulgo, para olvidar el sentimiento.  
¡Cuán vano el jurar fué! Que presuroso  
Siguió contrario efecto á aquel intento.  
Éste en combate igual fué muerto un día  
Por quien vencido y preso ver creía.

FIN DEL CANTO DUODÉCIMO



## CANTO DÉCIMOTERCERO

---

NUEVOS OBSTÁCULOS;  
SELVA ENCANTADA; GRANDÍSIMA SEQUÍA; ALGUNOS DE LOS CRUZADOS  
ABANDONAN EL CAMPAMENTO.

### I

Hecha apenas cenizas la bastida  
Cayó que las murallas expugnaba,  
De defender la plaza combatida  
Ismeno nuevos medios ideaba.  
Piensa cómo surtirse al franco impida  
Del material que el bosque le prestaba,  
A fin de que nueva torre no construya  
Que los reparos de Sión destruya.

### II

No lejos hay de las cristianas tiendas,  
Entre dos valles, una selva umbrosa  
De altos árboles viejos, que en horrendas  
Formas, funesta dan sombra espantosa.  
La luz del mediodía que halla sendas  
Por do penetre, es pálida y dudosa,  
Como cuando por nubes encubierta,  
Si es de noche ó de día mal se acierta.

## III

Partiendo el sol, sobre ella se despliega  
Noche, nube, terror, tiniebla oscura,  
Cual del Infierno, que los ojos ciega  
E infunde al corazón mortal pavor.  
Vaquero ni pastor allí no llega  
A su ganado ó grey á dar pastura,  
Ni viajero, si ya no va perdido,  
Y huye, y la apunta de temor henchido.

## IV

Júntase allí la turba detestable  
De brujas, con su amante cada una:  
Cuál figura el dragón más espantable;  
Cuál toma la común forma cabruna:  
Junta infame, que acaso al miserable  
Que deseo atormenta de fortuna,  
Celebrar hace con inmundo rito  
Aquel enlace réprobo y maldito.

## V

Esto allí creen. No hay un habitante  
Que ramas corte al bosque. Los cristianos  
Le violan, que materia da abundante  
De que fabriquen máquinas sus manos.  
Allá va el mago en oportuno instante  
Del reposo y silencio antelucanos,  
A trazar sus hechizos y figuras  
Y las potencias invocar impuras.



## VI

Desceñido, descalzo un pie, en revuelto  
Círculo puesto, dice un gran conjuro,  
Tres veces al Oriente el rostro vuelto  
Y otras tres donde el sol declina puro;  
Tres la vara sacude que ha devuelto  
Vida á los que encerró sepulcro obscuro,  
Tres con el pie desnudo el suelo hiere,  
Y estas voces con grito alto profiere:

## VII

« Oid, oid, terríficas deidades -  
» Que el rayo derribó del firmamento;  
» Las que movéis las recias tempestades  
» Y en el reino moráis del vago viento;  
» Las que con duras hórridas crueldades  
» A las precitas almas dáis tormento;  
» Del Infierno habitantes, yo os invoco,  
» Y á ti, del fuego eterno rey, provoco.

## VIII

» Esta selva y las plantas que contenga  
» Custodiad con solícito cuidado;  
» Como alma el cuerpo, que cada árbol tenga  
» A alguno de vosotros encerrado:  
» Huya el franco, ó al menos se detenga,  
» A los primeros golpes espantado. »  
Dijo, y agrega una blasfemia horrible  
Que repetir sin crimen no es posible.

## IX

Mientras habla, las luces celestiales  
De la serena noche palidecen,  
Y la luna se turba, y sus iguales  
Cuernos en niebla envueltos desaparecen.  
Airado él, dice en gritos infernales:  
» ¿Los que llamando estoy aun no parecen?  
» ¿Qué tardan tanto? ¿Esperan negligentes  
» Voces aun más secretas y potentes?

## X

» No en olvido cayó por desusada  
» La magia poderosa é infalible,  
» Y aun yo sé con la lengua ensangrentada  
» Aquel nombre mentar grande y temible,  
» Al que obedece Hecate amedrentada  
» Y no osa despreciar Plutón terrible.  
» Así, pues... » Más dijera; pero en tanto  
Advirtió ya el efecto del encanto.

## XI

Vienen innumerables, infinitos  
Espíritus que el aire vago encierra,  
Y los encarcelados y proscritos  
En el profundo centro de la tierra.  
Lentos, tristes, recuerdan que malditos  
Fueron, con prohibición de hacer la guerra;  
Mas permiso ahora tienen de juntarse  
Y en el follaje y troncos albergarse.



## XII

El mago, cuando ve que nada falta  
A su designio, al rey vuelve contento:  
« Señor, deja el temor que sobresalta  
» Tu ánimo: salvo está tu real asiento;  
» Ya el franco no podrá la muralla alta  
» Con máquinas batir según su intento. »  
Así le dice, y dale luego parte  
Del buen suceso de su mágica arte.

## XIII

Y añade al fin: « Agrega á todo esto  
» Lo que más acrecienta el placer mío,  
» Que el Sol y Marte han de juntarse presto  
» En el León celeste del estío;  
» No templará el ardor suyo molesto  
» Aire, turbión de lluvia ni rocío:  
» Cuanto se ve en el cielo profetiza  
» El calor que la tierra esteriliza;

## XIV

» Tal será aquí, que apenas le resista  
» El Nasamón adusto ó Garamanta,  
» No tan pesado en la ciudad, provista  
» De sombra y agua y con holgura tanta;  
» Mas en abierta tierra y desprovista,  
» ¿Cómo el cristiano esa estación aguanta?  
» Domado ya por el rigor celeste,  
» Lo destruirá después la egipcia hueste.

## XV

» Sin pena vencerás, y la fortuna  
» Que vuelvas á tentar no es ya prudente;  
» Que si Argante feroz á quien ninguna  
» Quietud place, aunque honrada y conveniente,  
» Te aguija como suele y te importuna,  
» Mira cómo le enfrenes sabiamente,  
» Que poco ha de tardar el cielo amigo  
» En darte paz, y guerra á tu enemigo. »

## XVI

Con eso que el rey oye, se serena  
Y al contrario no teme, ya animoso:  
Con todo, reparar el muro ordena  
Que aportilló el ariete poderoso,  
Y que no quede ni una sola almena  
Rota ó endeble, mira cuidadoso.  
Nobleza, ciudadanos, pueblo bajo  
Acuden; sin cesar bulle el trabajo.

## XVII

En ese punto el pío Bullón no piensa  
Que la fuerte ciudad se ataque en vano,  
Sin que repuesta esté la torre inmensa  
Y otras máquinas hechas de antemano.  
Manda ingenieros á la selva densa  
Donde madera tengan á la mano:  
Allá caminan cuando el alba viene;  
Mas temor nuevo el paso les detiene.



## XVIII

Cual simple niño que mirar no osa  
Donde trasgos creyó tener delante,  
Y á quien aterra en noche tenebrosa  
El duende imaginario y el gigante,  
Así éstos temen sin saber qué cosa  
Existe allí que tanto los espante.  
Tal vez el miedo á los sentidos finge  
De Quimera las formas ó de Esfinge.

## XIX

Vuelve la turba tímida, azorada,  
Con tan confusos cuentos y tan varios,  
Que de ellos burlan, sin creerles nada  
De los monstruos y espanto extraordinarios.  
Manda entonces de gente más granada  
El capitán los hombres necesarios  
Para escolta, y que puedan sin temores  
Tranquilos dedicarse á sus labores.

## XX

Cuando se acercan donde está el asiento  
De los demonios en la selva obscura,  
No bien sus sombras miran, al momento  
El corazón les hiela la pavura.  
Cada cual á ocultar su miedo atento,  
Serenos rostros componer procura,  
Y tanto avanzan que han casi llegado  
Del bosque espeso al ámbito hechizado.

## XXI

Rumor inmenso se oye de repente,  
Como estruendo de horrible terremoto:  
El bramar de los vientos estridente,  
El gemir de la mar que azota el noto,  
Rugir de león, silbido de serpiente,  
De oso y de lobo aullar, recio alboroto  
De trompas y atambores, ronco trueno,  
En sólo un ruido, salen de su seno.

## XXII

Sin color, el más bravo inmóvil queda;  
Mil signos el pavor común declaran,  
Sin que razón ni disciplina pueda  
Con ellos, que ni avanzan ni el pie paran.  
El secreto poder que sienten, veda  
Que en defenderse ó resistir pensaran.  
Huyen al fin, y corre uno de modo  
Que á Bullón llega y le refiere todo.

## XXIII

« Señor, no hay de nosotros quien se atreva  
» En la selva á cortar; tal guarda tiene  
» Que creo (y juraría) que la cueva  
» De Plutón el lugar aquel contiene.  
» Tres veces de diamante tener prueba  
» Corazón, quien el paso allí detiene  
» Y es de sentido á resistir bastante  
» Grito, rugido, trueno allí incesante. »



## XXIV

Así habla éste. Alcasto allí se hallaba  
Con otros muchos, y le oyó por suerte.  
Sin seso y temerario, éste se alaba  
De despreciar los riesgos y la muerte  
Y de que no le asusta bestia brava,  
Ni formidable monstruo, ni hombre fuerte,  
Ni terremoto, rayo, mar ó viento,  
Ni cuanto haya en el mundo más violento.

## XXV

La cabeza movía, y sonriendo  
Dice: « Donde otros no osan, ir yo pido,  
» Y cortar sin ayuda el bosque emprendo,  
» De vanos sueños y de trasgos nido;  
» No me lo impedirá fantasma horrendo,  
» Rugir de fiera ó de aves el graznido,  
» Ni que en la selva obscura y agorera  
» La boca del Infierno abrirse viera. »

## XXVI

Se jacta así: licencia da á su intento  
Bullón, y toma aquél luego la vía;  
Todo el bosque registra, y oye atento  
El nuevo estruendo que de allí salía;  
Mas no su paso arredra aquel portento  
Que impávida desdeña su osadía;  
Y al vedado lugar llegar ya piensa,  
Cuando ve (ó le parece) hoguera inmensa:

## XXVII

Crece, en forma de muro alto se extiende  
De humo y llamas el denso torbellino  
Que cerca el bosque todo, y lo defiende  
Tal, que querer cortarle es desatino.  
La llama que más sube y viva esplende  
Un castillo figura allí vecino  
Y de guerreras máquinas provista  
Esta nueva mansión de Dite es vista.

## XXVIII

¡Oh, cuánto monstruo armado se presenta  
En el adarve, y cuánta horrible traza!  
Bizco unos ven con cólera violenta;  
Sonando otros las armas, amenaza;  
Él huye al fin, pero es su fuga lenta  
Cual de león á quien se diera caza;  
Mas fuga al cabo, y lo que siente es miedo  
Que antes nunca amenguara su desnudo.

## XXIX

No conoce de pronto haber temido;  
Mas ya lejano un poco, bien lo advierte  
Y se asombra é indigna, y siente herido  
De despecho y pesar el pecho fuerte.  
Avergonzado, triste, confundido,  
Sin que adónde le lleve el paso acierte,  
Se aparta. Su faz antes orgullosa  
Donde pueda ser vista alzar no osa.



## XXX

Llamado por Bullón, tarda, y alega  
Pretextos, presentársele esquivando;  
Va al fin despacio: el labio no despega  
O habla con confusión como soñando.  
A colegir Gofredo pronto llega  
Que su derrota y fuga está ocultando,  
Y piensa: «¿Qué habrá aquí? Tal vez prestigios  
» O de naturaleza altos prodigios;

## XXXI

» Mas si hay alguno á quien honor incite  
» A la selva tentar, negra y desierta,  
» Que en buena hora la empresa solicite,  
» Y al menos traerá noticia cierta. »  
Dice, y la tentativa se repite  
Tres días, y á vencer ninguno acierta  
Aun de los más famosos; cuantos fueron,  
De los horrores mágicos huyeron.

## XXXII

Tancredo, ya cumplido el deber santo  
De sepultar á su querida amiga,  
Aunque lánguido aún por su quebranto,  
Y mal apto á llevar yelmo y loriga,  
Sabido que hubo del común espanto,  
El riesgo no rehuye ni fatiga;  
Que tal vigor su corazón infunde  
Al cuerpo, que parece que allí abunde.

## XXXIII

Va, pues, el paladín, cauto y sereno,  
Solo y callando, al grande riesgo ignoto;  
La selva cruza de temor ajeno  
Sin curarse del trueno y terremoto;  
Sintió (mas fué un instante) que su seno  
Agita un leve, insólito alboroto;  
Pasa adelante, y ve en el bosque luego  
Súbito alzarse la ciudad de fuego.

## XXXIV

Detiénese dudoso alguna pieza:  
« Las armas—piensa—¿qué valen ahora?  
» ¿A la boca de un monstruo, á la braveza  
» De una fiera, á la llama abrasadora  
» Me he de arrojar? Guardarse es gran vileza  
» Cuando el morir la pro común mejora;  
» Mas como aquí, perderse inútilmente  
» De pródigo es acción, no de valiente.

## XXXV

» Mas ¿qué el campo dirá si retrocedo?  
» ¿Cuál otra selva aprovechar se espera?  
» Ni dejar de tentar querrá Gofredo  
» La aventura. Quizá si acometiera  
» Hallara que la hoguera que da miedo  
» Más de apariencia es que verdadera:  
» Que lo que fuere sea. » Así diciendo,  
Dentro se lanza. ¡Oh ánimo estupendo!



## XXXVI

Bajo las armas, cree que no siente  
Propio calor de fuego enardecido,  
Aunque la llama ser real ó aparente  
Mal tan pronto juzgar pudo el sentido;  
Que á su entrar desaparece de repente  
El simulacro, á nube reducido  
Obscura, densa y fría. También ésta  
Pronto disuelta va por la floresta.

## XXXVII

Atónito quedó, mas no asustado  
Tancredo, y cuando todo mira quieto,  
Con firme pie penetra al hechizado  
Bosque, en lo más recóndito y secreto.  
Mas fantasmas no ve ni inesperado  
Estorbo encuentra en el lugar escueto;  
Sino que del ramaje la espesura  
La vista y pasos embaraza obscura.

## XXXVIII

Al fin á un llano en forma se aproxima  
De anfiteatro, sin árbol ni maleza,  
Salvo un ciprés en medio, cuya cima  
Cual pirámide al cielo se endereza;  
A él se dirige, y ve que por encima  
Grabados tiene signos su corteza  
Como los que el antiguo Egipto usaba  
Y en ellos sus misterios encerraba.

## XXXIX

Que entre esos signos unos hay advierte  
En lengua que él bien sabe, de Soría:  
« Tú á quien á este asilo de la muerte,  
» Audaz guerrero, traje tu osadía,  
» Si tan cruel no eres como fuerte,  
» No vengas á turbar con fuerza impía  
» Este lugar. Perdona á los que yacen,  
» Que á los muertos los vivos guerra no hacen.»

## XL

Tal era la inscripción. Él busca atento  
Cuál fuera su recóndito sentido;  
En tanto, sin cesar murmura el viento  
Del bosque en el follaje alto y tupido,  
Y forma un flébil son, como concento  
De llanto, de sollozo y de gemido,  
Que el pecho de un confuso afecto llena  
De lástima y dolor, de susto y pena.

## XLI

Saca por fin la espada, y fuertemente  
El alto ciprés hiere. ¡Oh maravilla!  
Brotó de la corteza de repente  
Sangre que el suelo tiñe y la cuchilla.  
De saber qué es aquello él impaciente,  
Una vez y otra el árbol acuchilla.  
Entonces, cual de tumba oye un gemido  
Salir vago, indistinto, dolorido;



## XLII

- Luego más claro: «Con exceso fiero—  
» Dice—Tancredo, me ofendiste; baste  
» Que del cuerpo que mío fué primero  
» Y en que feliz vivía, me arrojaste.  
» ¿Por qué este tronco, triste abrigadero  
» Que el destino me dió, también tronzaste?  
» Aun muertos tus contrarios, ¿es posible  
» Que al sepulcro los siga tu ira horrible?

## XLIII

- » Clorinda fui; no está sola encerrada  
» Aquí mi alma en tronco áspero y duro;  
» Cualquiera á quien la muerte fuere dada,  
» Pagano ó franco, al pie del alto muro,  
» Cuerpo toma, ó más bien tumba encantada,  
» En un árbol, por raro y gran conjuro:  
» Aquí ramas y troncos tienen vida,  
» Y serás, si los cortas, homicida.»

## XLIV

Como en el sueño ve un febricitante  
Un dragón ó quimera en fuego ardiendo,  
Aunque sospeche en duda vacilante  
Que es forma vana aquel espectro horrendo,  
Quiere con todo huir del que delante  
Vestiglo tiene, y dél está temiendo;  
Así el tímido amante no cree cierta  
Su visión; mas se turba y desconcierta.

## XLV

Su tierno corazón, á quien domina  
Vario afecto, se hiela y estremece,  
Y á la impresión potente y repentina  
La espada suelta. No el temor le empece,  
Mas delira. Llorosa allí vecina  
Su dama que ofendió ver le parece:  
Correr aquella sangre ver no quiere,  
Ni aquel gemido oír de alguien que muere.

## XLVI

Así aquel pecho audaz, cuya entereza  
Ni muerte asusta ni otro riesgo mueve,  
Sólo de amor conoce la flaqueza;  
Le engañan falsa imagen, queja leve.  
Sopla un recio huracan con tal braveza,  
Que el hierro que soltó de allí remueve.  
Vencido vase, y al salir, la espada  
Ve y recobra, del viento arrebatada.

## XLVII

Mas no volvió, ni renovó el intento  
De penetrar las artes escondidas;  
En cuanto al jefe halló en el campamento  
Y ánimo y fuerzas recobró perdidas,  
Díjole así: « Señor, escucha atento  
» Cosas por increíbles no creídas:  
» Cuanto han dicho del bosque aquel desierto,  
» Ruido, encantos, horrores, todo es cierto.



## XLVIII

- » Vi aparecer maravilloso fuego
- » Sin materia encendido; en un instante
- » Sube, se extiende, un muro forma luego
- » Que mil monstruos defienden, rutilante:
- » Avanzo, y sin lesión al centro llego
- » Por el fuego á la turba amenazante;
- » Heló, se obscureció, luego del día
- » La claridad volvió que antes lucía.

## XLIX

- » Más diré: que á los árboles da vida
- » Alma humana que siente y que razona:
- » La prueba tengo; que por mí fué oída
- » Voz flébil que mi pecho aun impresiona:
- » Sangre saca á los troncos cada herida,
- » Cual si dádose hubiera á una persona.
- » No puedo, no—vencido ya me llamo—
- » Ni tronco derribar, ni cortar ramo. »

## L

Así concluye. Al capitán agita  
Un mar de pensamientos, entretanto;  
Si él mismo deberá partir, medita,  
A tentar lo que juzgan que es encanto,  
O el material buscar que necesita  
Más lejos, pero no con riesgo tanto.  
De esta duda en que se halla discurriendo  
Le saca el ermitaño, así diciendo:

## LI

« Deja audaces designios: vendrá presto  
» Quien á esa selva de árboles despoje:  
» Ya la nave fatal la prora ha puesto  
» En la arena, y las áureas velas coge,  
» Rotas viles cadenas; á su puesto  
» Llega el guerrero que al pagano arroje;  
» La hora se acerca en que ha de ser tomada  
» Sión, su hueste toda derrotada. »

## LII

En tanto que habla así, su faz se enciende  
Y más que humana su palabra suena.  
Gofredo á nuevo pensamiento atiende:  
Quiere romper del ocio la cadena.  
Ya el Sol que hacia el celeste Cancro asciende  
De no usado calor la tierra llena,  
Contrario á sus designios, insufrible,  
Que guerrera fatiga hace imposible.

## LIII

No se ve ya en el cielo astro benigno:  
Sólo estrellas infaustas en él brillan,  
Que con influjo tétrico y maligno,  
De muerte el aire y corrupción mancillan:  
Crece el nocivo ardor del triste signo;  
Los males á las gentes acribillan,  
A mal día peor noche sucede,  
Y á ésta el día siguiente en daño excede;



## LIV

Siempre al naciente sol le cerca y baña  
Vapor de sangre el disco luminoso,  
Que por la forma y la color extraña,  
De infeliz día anuncio es ominoso;  
La roja mancha que al caer le empaña,  
Que igual ha de volver no hace dudoso;  
Y al temor de los daños que se esperan,  
Los ya sufridos males se exasperan.

## LV

Cuando sus rayos del cenit derrama,  
Sólo alcanzan á ver mortales ojos  
Flores marchitas, desecada rama,  
Resquebrajada tierra con abrojos,  
Fuentes sin agua que secó su llama;  
De iras celestes míseros despojos;  
Estéril nube que en el aire vuela  
Y cual lumbre sutil, la esfera vela.

## LVI

Horno negro parece el firmamento;  
Nada la vista lánguida recrea;  
En sus cavernas calla el manso viento,  
Y ninguna aura suave el campo orea;  
Sólo sopla cual de una hoguera aliento  
El Simoún que la ardiente Libia crea,  
Que, pesado, caliente y sofocante,  
Golpea el pecho opreso y el semblante.

## LVII

Ni son las noches plácidas y quietas  
Que el Sol de su calor deja impregnadas;  
De ráfagas de fuego y de cometas  
Continuo en turbia luz se ven cruzadas;  
A la sed que en la tierra abre las grietas  
De rocío unas gotas son negadas  
Por luna avara. En vano hierba y flores  
Piden para vivir frescos humores.

## LVIII

De esas turbadas noches huye el sueño  
Desterrado: los lánguidos mortales  
Búscanle en vano con ansioso empeño.  
Mas excede la sed todos los males,  
Pues el que es de Judea inicuo dueño,  
Ha enturbiado con tósigos letales  
Toda agua, más dañosa á los vivientes  
Que de Aquerón y Estigia las corrientes.

## LIX

El Siloé pequeño, que antes daba  
Agua pura á los francos, ora apenas  
Tibias, escasas linfas arrastraba  
De su fondo en las áridas arenas,  
Cuando la sed aun poco imaginaba  
A saciarse del Po las anchas venas,  
Y el Gange y Nilo donde más abunda  
En siete bocas, y el Egipto inunda.



## LX

Si alguno vió tal vez, en verde orilla  
De un lago rielar líquida plata,  
O saltar bullidora fuentecilla  
Entre las rocas, ó de mata en mata,  
El recuerdo en su ansiosa mente brilla,  
Y da materia á su deseo ingrata,  
La imagen dulce y fresca al pensamiento  
Le irrita y seca y da mayor tormento.

## LXI

Vese el robusto cuerpo del soldado  
A quien ni el caminar por agria sierra,  
Ni de las férreas armas ir cargado  
Ni enemigo feroz jamás aterra,  
Por el calor ardiente desmayado,  
Sin poderse valer, yacer en tierra:  
Oculto fuego que en sus venas mora  
Destruyéndole va hora por hora.

## LXII

Desfallece el corcel antes ufano;  
La hierba que gustaba ya detesta;  
Con mal seguros pies vaga en el llano;  
Cuelga su cerviz triste, antes enhiesta;  
Ni de sus triunfos un recuerdo vano  
Ni de más noble gloria amor le resta;  
Sus trofeos y premios gloriosos  
Parece que le son viles y odiosos.

## LXIII

El fiel can languidece enflaquecido;  
Ya en la mansión de su señor no vela;  
Se echa, y de fuego interno consumido  
Fatigoso respira y recio anhela;  
Si por Natura fuéle concedido  
Anhelito que calma y que consuela,  
Es ninguno ó muy corto aquel alivio  
Si se aspira pesado el aire y tibio.

## LXIV

Así sufre la tierra: así la gente  
Enferma, triste yace y miserable;  
Ya el pueblo fiel victoria no presiente  
Y fin funesto espera y deplorable;  
Por todas partes ún rumor se siente  
De la turba que dice inconsolable:  
«¿Ya qué intenta Gofredo? ¿Ya qué espera?  
» ¿Que su hueste perezca toda entera?

## LXV

» ¡Ah! ¿Con qué fuerza superar pretende  
» Los enemigos sólidos reparos?  
» ¿Qué máquinas hará? ¿Sólo él no entiende  
» Los que de ira da el cielo signos claros?  
» Que en contra nuestra está, bien se comprende  
» Por sus mil monstruos, mil prodigios raros;  
» Tal nos quema del Sol la lumbre fiera,  
» Que ni un indio ú etíope resistiera.



## LXVI

- » ¿Nada le importa, pues, y no se cura
- » De que estemos nosotros acabando
- » Turba inútil al cabo, vil y obscura,
- » Si él puede conservar el cetro y mando?
- » ¿Tan grande y alta estima la ventura
- » Del que á pesar de todo está reinando,
- » Que retenerla trata ávidamente
- » Aun con tan grave daño de su gente?

## LXVII

- » Este es el hombre á quien se llama pío,
- » Providencia piadosa, ánimo humano,
- » Que la común salud ve con desvío
- » Por conservar honor dañoso y vano;
- » Y viendo que nos faltan fuente y río,
- » Las aguas del Jordán pretende ufano
- » Beber con unos pocos en festejo,
- » Mezcladas al de Creta vino viejo. »

## LXVIII

Habla así el pueblo franco. El jefe griego,  
Ya de seguir cansado su bandera,  
Dice: « ¿Por qué aquí muero? ¿Por qué entrego  
» A igual suerte la gente que en mí espera?  
» Si está Gofredo en su locura ciego,  
» A él dañe y á los suyos su ceguera.  
» ¿Qué se nos da? » Sin venia ó despedida,  
Callando hace de noche su partida.

## LXIX

Cundió el ejemplo; cuando en día claro  
Se supo, de imitarle resolvieron  
Los que guiaban Clotario y Ademaro,  
Y otros que ya al sepulcro descendieron.  
La fe que á éstos juraran no es reparo,  
Que con ellos murió cuando murieron.  
Conciértanse en la fuga, y van partiendo  
Uno ú otro, según va obscureciendo.

## LXX

Gofredo, aunque lo sepa y bien lo advierta,  
Y remedios poner pueda severos,  
Los aborrece y huye. La fe cierta  
Que montes muda, que torrentes fieros  
Seca, su mente le hace que convierta  
A Dios, con ruegos férvidos, sinceros:  
Las manos junta, y en su ardiente celo,  
Los ojos y la voz eleva al cielo:

## LXXI

« Padre y Señor, si al pueblo tuyo diste  
» El maná dulce en medio del desierto,  
» Y en mano de un mortal virtud pusiste  
» De hender la roca, y de su seno abierto  
» Vivas aguas sacar, hoy nos asiste  
» Con tu bondad; no merecerla es cierto,  
» Mas háganos tu gracia ameritados,  
Y válganos llamarnos tus soldados. »



## LXXII

Esta humilde plegaria, que dictada  
Fué por justo deseo con fe ardiente,  
Sin tardar vuela como el ave alada  
Hasta el trono de Dios Omnipotente;  
La acoge el Padre Eterno, y su mirada  
Benigno vuelve á la cruzada gente,  
Y de sus graves riesgos y fatigas  
Apiadado, estas voces dice, amigas:

## LXXIII

« Hasta aquí duras pruebas, peligrosas,  
» Sin cesar ha sufrido el pueblo amado;  
» Y ocultas artes, armas insidiosas,  
» Contra él, Infierno y mundo han empleado.  
» Ora comience otro orden en sus cosas  
» Que próspero les sea y fortunado:  
» Llueva. Retorne su guerrero ilustre,  
» Y Egipto venga á redoblar su lustre. »

## LXXIV

Dijo, y los cielos vacilar parecen  
Con sus astros, sus soles y su mundos;  
Tiembla el aire, los mares se estremecen,  
Y los montes y abismos más profundos;  
A la izquierda los rayos resplandecen;  
Braman los roncros truenos furibundos,  
Y á los cristianos nube densa y negra  
Da esperanza y sus ánimos alegra.

## LXXV

Muéstrase repentina. No del suelo  
Del Sol por el influjo levantada,  
Mas las puertas abriéndose del cielo  
Velo al bajo mundo fué mandada;  
De inesperada obscuridad el velo  
La tierra toda tiene circundada;  
Rompe á llover con furia; el río crece,  
De madre sale, y lago ya parece.

## LXXVI

Cual suele suceder si en el estío  
La deseada lluvia el cielo envía,  
Parvada de aves en el seco río  
La recibe piando de alegría,  
Abren las alas y del grato frío  
Disfrutar todas quieren á porfía,  
Y donde la corriente más aumenta,  
La turba á zambullirse va sedienta;

## LXXVII

Así, gritando, el agua que abundante  
El cielo compasivo les arroja,  
Saludan con placer; cuerpo y semblante,  
Ropa y cabellos cada cual se moja  
O hunde la mano en la onda refrescante;  
Quién bebe en vidrio donde más recoja,  
O el rostro ó la sien baña: algunos llenan  
Vasijas que prudentes almacenan.



## . LXXVIII

Y no sólo la gente se complace  
Y se alienta, y recibe nueva vida;  
Aun la tierra que enferma y mustia yace  
Seca, de grietas llena, endurecida,  
Recoge el agua y plácida renace  
Al sentirla en sus venas repartida,  
Y largamente da frescos humores  
A las plantas, las hierbas y las flores.

## LXXIX

Bien como enferma á quien se dan vitales  
Jugos que la refrescan y la alientan,  
Y las causas quitando de los males  
Que sus débiles miembros atormentan,  
Los restaura y refuerza y vuelve tales  
Que como nuevos su vigor ostentan,  
Olvida el mal y afán que padecía  
Y sus galas recobra y su alegría.

## LXXX

Cesa la lluvia al fin; el Sol alumbra,  
Pero templado rayo y suave envía.  
De viril valor lleno así acostumbra  
Cuando de Abril á Mayo crece el día,  
Aquel á quien la fe en su Dios encumbra  
Quitar al aire toda mancha impía,  
Con la estación cambiar orden y estado,  
Y la rabia vencer de estrellas y hado.

FIN DEL CANTO DÉCIMOTERCERO





## CANTO DÉCIMOCUARTO

---

GODOFREDO CONCEDE, Á RUEGO DE LOS PRÍNCIPES,  
EL PERDÓN DE REYNALDO, Y ENVÍA DOS MENSAJEROS Á LLAMARLE.

### I

Del dulce y blando gremio ya salía  
De la madre común la noche oscura,  
Leves auras trayendo y alegría  
Y de suave rocío la frescura,  
Que del húmedo velo sacudía  
Sobre las florecillas y verdura:  
Los gratos cefirillos que aleteaban  
De los hombres el sueño lisonjeaban,

### II

Que del día los graves pensamientos  
En hondo olvido sume y agradable.  
El Señor que los varios elementos  
Del mundo rige, y vela inalterable,  
Al franco capitán dirige atentos  
Sus ojos, con mirar ledó y afable;  
Luego un sueño le envía placentero,  
De sus altos decretos mensajero.

## III

Junto al umbral que el Sol al salir dora  
Hay cristalina puerta en el Oriente,  
Que costumbre es abrir cuando la aurora  
Ya precediendo viene el día naciente.  
De allí los sueños salen que á esa hora  
Dios mandar quiere á pura y casta mente:  
De allí el que al pío Bullón ora descende  
Parte, y de oro hacia él las alas tiende.

## IV

Jamás visión en sueños halagüeña  
Ofreció á nadie imágenes tan bellas  
Como ésta á Godofredo, á quien reseña  
Los secretos del cielo y las estrellas;  
Pues como en un espejo se le enseña  
La verdad que allá arriba mora en ellas.  
Hallarse cree en un lugar sereno,  
Cándido y de áureas llamas todo lleno.

## V

Mientras allí contempla embelesado  
Grandeza, luces, giros y armonía,  
Ve un paladín de rayos circundado  
Que á su encuentro los pasos dirigía:  
En son al que el terreno comparado  
Más dulce, bronco fuera, le decía:  
«¿No quieres, Godofredo, hablar conmigo?»  
»¿A Hugo no conoces, fiel amigo?»



## VI

Y él responder creía: « El nuevo aspecto  
» De tanto sol radiante, tanta gloria  
» En mis potencias causa tal efecto,  
» Que tarda y débil siento mi memoria. »  
Tres veces luego tiende con afecto  
Sus brazos á la imagen ilusoria:  
Tres veces al tócala desaparece,  
Cual sombra que á la luz se desvanece.

## VII

Sonríe y dice: « No cual imaginas,  
» Soy hombre á quien terreno cuerpo viste:  
» Forma, espíritu sí, que en las divinas  
» Mansiones de Dios templo, puro asiste;  
» Sus guerreros aquí tienen vecinas  
» Sillas cual la que tú ya mereciste. »  
« ¿Cuándo vendré?—replica.—Pronto sea,  
» Que aquí por siempre estar mi alma desea. »

## VIII

« Bien pronto—Hugo responde—recibido  
» Serás en la región de los triunfantes;  
» Mas con tu sangre y tu sudor vencido  
» El imperio pagano has de ver antes:  
» Ganado el país santo, restituído  
» A los que luchan fieles y constantes,  
» Y alzado ser en él un trono debe  
» Al que tu hermano vencedor se eleve.

## IX

- » Para que más tu espíritu se encienda
- » En el amor del cielo, fijo mira
- » Esta mansión de luz, y la estupenda
- » Máquina de astros que en concierto gira:
- » A las voces angélicas atienda
- » Tu oído, al son de la celeste lira.
- » Baja—añadió, mostrándole la tierra,—
- » La vista á lo que el globo ínfimo encierra.

## X

- » Vana ilusión del bien, glorias pueriles
- » Son pena y premio á la virtud humana:
- » En breve esfera, en sus proyectos viles
- » Y en soledad vuestra ambición se afana.
- » Al mar que á ese orbe marca los perfiles
- » Llama Océano y vasto, y dél se ufana
- » Sin merecerlo por grandeza alguna,
- » Que corto estanque es, baja laguna. »

## XI

Así uno dice; el otro inclina al punto  
Los ojos y sonríe con desprecio.  
Mar, tierra y ríos forman sólo un punto  
Que engrandece y distingue el hombre necio.  
Admírale que vano sea á tal punto  
Que al humo y sombras dé subido precio,  
Buscando imperio esclavo y muda fama  
Sin ver al cielo que le invita y llama.



## XII

- Bullón responde: « Pues á Dios no agrada  
» Soltarme aún de aquella cárcel dura,  
» La senda dime tú más acertada  
» En ese laberinto, y más segura. »  
Replica Hugo: « Ya por ti fué hallada:  
» Por donde ahora vas seguir procura;  
» Mas te aconsejo llares al instante  
» Al hijo de Bertoldo, que anda errante.

## XIII

- » Pues si la Providencia te ha elegido  
» De la alta empresa jefe preeminente,  
» A aquél ejecutar ha cometido  
» Las órdenes que tú dieres prudente;  
» Dióte el primer lugar, á él concedido  
» Fué el segundo: él la mano, tú la mente  
» Sois del campo. Nadie hay que le reemplace,  
» Otro no puede; tú al Cielo no place;

## XIV

- » Sólo es á quien cortar no se le vede  
» La selva que defiende horrible encanto.  
» Con él tu escasa hueste, que no puede  
» Débil bastar á vencimiento tanto,  
» Y ya parece que asustada cede,  
» Cobrará fuerza, cesará su espanto,  
» El nuevo fuerte ganará, y de Oriente  
» Superará al ejército potente. »

## XV

- Calló, y Gofredo dice: « ¡Oh, qué contento  
» Me diera con su vuelta el caballero!  
» Los que veis todo oculto pensamiento  
» Sabéis si verdad digo y si le quiero.  
» Mas dí, ¿con qué propuestas, á qué viento  
» Débesele enviar, el mensajero?  
» ¿Súplica empleo, ú orden imperiosa?  
» ¿Cuál será más legítima y honrosa? »

## XVI

- El otro le contesta: « El Rey eterno  
» Que te da gracia y gloria te promete,  
» Quiere que el pueblo fiado á tu gobierno  
» Te obedezca, te honre y te respete.  
» No ruegues, pues. Rogar á un subalterno  
» A quien supremo manda, no compete;  
» Mas si lo piden, el perdón concede,  
» Y fácil á las súplicas accede.

## XVII

- » Güelfo te ha de rogar (Dios se lo inspira)  
» Que tu bondad al fiero mozo absuelva  
» De aquella falta que causó la ira,  
» Y al campo, honrado y sin mancilla, vuelva;  
» Que si ora lejos el doncel delira,  
» Y aun cuando ocioso amor su alma envuelva,  
» De ti llamado, sin tardanza alguna  
» Volverá en la sazón más oportuna.



## XVIII

» Que vuestro Pedro, á quien el Cielo imparte  
» De sus altos secretos ciencia entera,  
» Los enviados hará llegar á parte  
» Donde noticia cierta de él se adquiera  
» Y que á ellos se demuestre el modo y arte  
» De que le libren y él seguirlos quiera;  
» Y al fin verás que el Cielo á tus pendones  
» Reduce á los errantes campeones.

## XIX

» A mi discurso fin voy á dar breve  
» Con profecía para ti gozosa:  
» A tu sangre su sangre uni se debe  
» Y progenie tendrás clara y gloriosa. »  
Calló y desapareció cual humo leve  
O como al Sol la niebla vaporosa.  
Bullón despierta; el sueño que se aleja  
Asombrado y gozoso al par le deja.

## XX

Quando los ojos abre, ya brillante  
Del Sol en alto ve vivo reflejo;  
Deja el reposo y ciñese al instante  
De las armas el bélico aparejo.  
Al pabellón de allí poco distante  
A juntarse iban ya para el consejo  
Los jefes, á que al modo establecido  
Lo que hacer deben sea decidido.

## XXI

Aquí el buen Güelfo, á quien inspira el Cielo  
Un nuevo pensamiento allá en su mente,  
Habló el primero; con vehemente celo  
Dice á Gofredo: « ¡Oh, príncipe clemente!  
» Que me concedas el perdón anhelo  
» De una falta en verdad harto reciente,  
» Lo que hará que parezca por ventura  
» Mi súplica temprana é inmadura.

## XXII

» Mas pensando que imploro al pío Gofredo,  
» Que es el fuerte Reynaldo el agraciado,  
» Y que yo, que por él ora intercedo,  
» No soy del todo indigno y aviltado,  
» Alcanzar una gracia esperar puedo  
» Que todos han de ver con sumo agrado.  
» Manda, señor, que vuelva, y que su enmienda.  
» Sea verter su sangre en la contienda.

## XXIII

» ¿Y quién, si él no, tan denodado y fuerte,  
» Habrá que el bosque á derribar se atreva?  
» ¿Quién que á arrostrar el riesgo de la muerte  
» Con pecho tan intrépido se mueva?  
» Romper muro, bastión y contrafuerte  
» Verásle, y que ventaja á todos lleva.  
» Vuelva á tu campo, vuelva (y pronto sea)  
» El que se espera tanto y se desea.



## XXIV

- » Devuélveme un sobrino; un valeroso
- » Ejecutor activo tú recobras.
- » No sufras más que yazga en vil reposo;
- » La gloria á gozar vuelva de sus obras,
- » Y tu estandarte siga victorioso.
- » Perdonado, sin dudas ni zozobras,
- » Prez gane á la luz clara, y que su diestra
- » La tuya imite y tome por maestra. »

## XXV

- Así rogaba; no hay quien no apoyara  
El ruego, con murmullo lisonjero.  
Gofredo, cual si entonces se inclinara  
Su mente á lo que no pensó primero,  
Dice: « ¿Podría ser que yo negara  
» Lo que así solicita el campo entero?  
» Ceda el rigor, y ley y razón sea  
» Lo que todo el ejército desea.

## XXVI

- » Reynaldo torne, y de hoy en más refrene
- » Su arrebatada ira con templanza,
- » Y con sus hechos hazañosos llene
- » De todos el deseo y la esperanza;
- » Mas el llamarlo, Güelfo, á ti conviene,
- » Y así, que vendrá creo, sin tardanza;
- » Enviado elige: allí puedes mandarle
- » Donde pienses que haya de encontrarle. »

## XXVII

Calló. El danés guerrero se alza presto,  
Y dice: « Pido ser yo el enviado;  
» No temo viaje hacer largo y molesto  
» Si aquel acero doyle tan honrado. »  
Fuerte es éste y del ánimo bien puesto,  
Y así por Güelfo luego es aceptado  
De emisario, y le da por compañero  
A Waldo, hombre sagaz, cauto y artero.

## XXVIII

Waldo en su mocedad muchos lugares  
Vió, en leyes y costumbres diferentes;  
Viajó desde los límites polares  
A la Etiopía y á la Nubia ardientes;  
Aprendió lenguas sabias y vulgares  
Y usos y ritos de remotas gentes;  
Luego en edad madura fué acogido  
Por Güelfo, de quien era muy querido.

## XXIX

A ambos la empresa fiase importante  
De llamar al guerrero sin segundo:  
Mándalos Güelfo á la región distante  
En que su reino tiene Bohemundo,  
Donde él creía, con razón bastante,  
Que el caballero se halle vagabundo;  
Mas el buen ermitaño, conociendo  
Que es error, lo corrige así diciendo:



## XXX

- « Señores, si siguieseis la dudosa  
» Voz del vulgo, en juzgar pronto y liviano,  
» Tomaréis infiel guía y engañosa,  
» Que os extravié y haga andar en vano.  
» Id á Ascalón, adonde en la arenosa  
» Playa, entra un río grande en el Océano:  
» Un hombre allí veréis, que es nuestro amigo;  
» Creedle: lo que os diga, yo lo digo;

## XXXI

- » Es grande su saber y tiene oído  
» Mucho de vuestro viaje, que mi mente  
» Previó ha gran tiempo. Sé que comedido  
» Con vosotros será cuanto es prudente, »  
Dice así Pedro. Nada es inquirido  
Por Carlos ó por Waldo, que obediente  
Cada cual era á lo que aquél decía;  
Que del Cielo inspirado ser solía.

## XXXII

Se despiden y emprenden con presteza,  
Del deseo aguijados, su camino;  
Hacia Ascalón su ruta se endereza,  
Donde en la costa rompe el mar vecino;  
Y aun no oyen cómo ruge con fiereza  
El ronco y alto estrépito marino,  
Cuando llegan de un río á la corriente,  
Que acaba de engrosar lluvia reciente.

## XXXIII

En su lecho no cabe, y formidable  
Va como flecha rápida y violenta:  
Mientras suspensos miran, venerable  
Un anciano á sus ojos se presenta  
De encina coronado, en rostro afable:  
Lleva de lino larga vestimenta;  
Vibra una vara, el río se detiene,  
Y él á pie enjuto al otro lado viene.

## XXXIV

Como en región polar, si por el hielo  
Sólida el agua queda aprisionada,  
Sobre el Rhin corre y trisca sin recelo  
De muchachas alegre una bandada,  
Así anda él sobre el inestable suelo  
De esta agua que no está dura ni helada:  
Llegado adonde viéndole están fijo  
Aquellos dos guerreros, así dijo:

## XXXV

« Amigos, dura empresa, ardua traéis,  
» Y que otro en ella os guíe es necesario;  
» Muy lejos se halla el que buscar queréis,  
» De infieles en país no hospitalario.  
» ¡Cuánto, oh, cuánto que andar aún tenéis  
» Por mar y tierra, en largo curso vario!  
» Preciso es que se extienda el viaje vuestro  
» Fuera de lindes de este mundo nuestro.



## XXXVI

» Mas antes en la cueva entrar no os pese  
» Donde tengo secreto alojamiento:  
» Oiréis algo allí que os interese  
» Y más que nada importa á vuestro intento.»  
Dijo; al agua mandó que paso diese;  
Cede ella y se retira en el momento;  
De un lado y otro, cual montaña erguida,  
Cóncava pende, en medio dividida.

## XXXVII

Por la mano á las vastas interiores  
Honduras, bajo el río los conduce;  
Débil luz con inciertos resplandores,  
Cual luna nueva entre los bosques, luce:  
Ven amplios antros de agua, surtidores  
De que todo venero se produce,  
Ya en fuente bulla, ó corra en río vago,  
Salte en torrente, ó se dilate en lago.

## XXXVIII

Ver pueden donde nace el Po, y de dónde  
Idaspe, Eufrate, Gange, Istro deriva,  
Cómo el Tanáis se forma; allí no esconde  
Su fuente el Nilo, nunca hallada arriba.  
Un río miran donde más se ahonde  
Que mana azufre y bella plata viva  
Que afina el Sol y aprieta, el humor blando  
En dura masa y pellas transformando.

## XXXIX

Del opulento río ven la orilla  
Toda de finas piedras esmaltada,  
Cuyo esplendor la vista maravilla  
Y hace la obscuridad iluminada.  
Allí el zafiro azul celeste brilla,  
Despide la amatista luz violada,  
Arde el carbunco, centellea el diamante  
Y ríe la esmeralda rutilante.

## XL

Uno y otro guerrero sorprendido  
De aquella vista, el labio no despegó;  
Mas al fin lo hace Waldo: al comedido  
Guía que aquel prodigio explique ruega.  
« ¿Dónde estamos, di, padre? ¿A qué escondido  
» Lugar nos llevas? Quién eres agrega;  
» Que no sé si verdad ó sombra miro,  
» Y apenas, lleno de estupor, respiro. »

## XLI

Responde él: « En el seno estáis inmenso  
» De la tierra que todo engendra y cría,  
» Y no podríais en su abismo denso  
» Entrar, si yo no fuera vuestro guía;  
» A mi palacio vais, donde en extenso  
» Espacio luce el esplendor del día.  
» Nací pagano; mas después Dios quiso  
» Con la agua santa abrirme el Paraíso. »



## XLII

- » No son efecto de infernal ayuda
- » Mis obras y portentos admirables;
- » Ni quiera Dios que yo jamás acuda
- » De negra magia á prácticas culpables.
- » Mas observando voy con vista aguda
- » De Natura las leyes invariables,
- » En fuentes, animales, plantas bellas,
- » Y en el vario girar de las estrellas.

## XLIII

- » Ni vivo siempre sin mirar al cielo
- » En antros subterráneos y distantes,
- » Que del Líbano á veces y el Carmelo
- » Suelo habitar las cumbres más gigantes;
- » Preséntanse allí, claros, sin velo,
- » Venus y Marte en todos sus semblantes,
- » Y otros planetas y celestes signos,
- » Raudós ó lentos, crueles ó benignos.

## XLIV

- » Densas ó raras miro á los pies míos
- » Nubes negras ó de iris bello ornadas,
- » Y engendrarse las lluvias y rocíos
- » Y el viento y tempestades desatadas;
- » Los rayos que rasgando los sombríos
- » Cielos, hieren las cumbres elevadas,
- » Cometas, fuegos mil que cerca alumbran
- » Y que asombran y ciegan y deslumbran.

## XLV

- » Llegué á pagarme de mí mismo tanto,
- » Que creí ser mi ciencia la mensura
- » Infalible, exactísima, de cuanto
- » Hacer puede el autor de la Natura;
- » Mas cuando vuestro Pedro en el río santo
- » Mi frente hundió y lavó mi alma impura,
- » La elevó y la enseñó que su mirada
- » Es por sí sola obscura y limitada.

## XLVI

- » Que ante la eterna luz es nuestra mente
- » Cual nocturna ave al sol de primavera;
- » Y reí de mí mismo, que demente
- » Subir á tanta altura presumiera;
- » Mas sigo aún, como él quiso prudente
- » En estudiar, mi ocupación primera.
- » Soy otro del que fui, y en algún modo
- » De aquél dependo, á él ocurro en todo

## XLVII

- » Y en él descanso. Él manda y él me enseña,
- » Maestro á un tiempo y dueño soberano,
- » Y tal vez por mi medio no desdeña
- » Cosas hacer no indignas de su mano.
- » Yo haré venir (que á eso aquél me empeña)
- » Al héroe que encerrado está y lejano;
- » Él me lo ordena; y era ya esperada
- » Vuestra venida, que me fué anunciada. »



## XLVIII

Con ellos así hablando, al lugar viene  
Donde se alberga y toma su reposo.  
Su forma es de caverna que contiene  
Salas y estancias, claro y espacioso;  
Todo lo que produce y en sí tiene  
La tierra de más rico y más precioso  
Allí luce, y su adorno es tan sencido,  
Que más que hecho, parece allí nacido.

## XLIX

No faltaron sirvientes más de ciento  
Que á los huéspedes cuiden esmerados,  
Y en rica mesa pongan opulento  
Servicio de oro y plata cincelados.  
Quando dado ya hubieron el sustento  
Natural á los cuerpos fatigados,  
Dice el mago: « Llegado el tiempo creo  
» De contentar vuestro mayor deseo.

## L

» Las trazas, los engaños, los disfraces  
» Sabéis en parte de la impía Armida,  
» Que al campo fué y con mil artes falaces  
» Logró de muchos héroes ser seguida.  
» No ignoráis con qué vínculos tenaces  
» Los sujetó en su albergue, fementida;  
» Que á Gaza los mandó con guardia fuerte  
» Y en el camino los libró su suerte.

## LI

- » Lo que avino después sabéis ahora,
- » Historia cierta que no oisteis antes.
- » Cuando vió la malvada encantadora
- » Burlar así sus artes más pujantes,
- » Ambas manos se muerde, la devora
- » La rabia, y dice en voces delirantes:
- « ¡Ah! no se alabará de su gran hecho
- » El que mis presos suelta á mi despecho:

## LII

- » Si los otros libró, que él sufra y pene
- » Por todos, en prisión larga, afanosa,
- » Y ni aun esto me basta, si no viene
- » Sobre ellos ruina y pérdida espantosa. »
- » Diciendo así, en su mente urde y previene
- » La estratagema que os diré, engañosa:
- » Va allá donde Reynaldo peleando
- » A los de ella venció, muchos matando.

## LIII

- » Como él allí sus armas depusiera,
- » Vistiendo en su lugar las de un pagano,
- » Acaso porque oculto irse quisiera
- » Con arnés menos célebre y más llano,
- » Las tomó y puso en ellas la hechicera,
- » Sin cabeza y sangriento un busto humano:
- » A la orilla de un río, al que sabía
- » Que un escuadrón de francos llegaría.



## LIV

- » Bien preveerlo pudo su malicia,
- » Que en torno mil espías enviaba,
- » Y del campo venía á su noticia
- » Cuando alguno partía ó retornaba,
- » A más que la diabólica milicia
- » Ella en trato continuo frecuentaba.
- » Así el trunco cadáver dejó en parte
- » Muy oportuna á lo que traza su arte.

## LV

- » No lejos un destrísimo escudero
- » Apostó, en traje pastoril vestido,
- » A quien lo que hacer debe, con esmero
- » Explicó, y él lo supo hacer cumplido.
- » Habló ése con los vuestros, y embustero
- » Sembró el rumor funesto, que creído,
- » Sospechas y discordias creó muchas,
- » Y casi os envolvió en fraternas luchas;

## LVI

- » Que cual deseaba ella, vuestro juicio
- » Fué ser Reynaldo por Gofredo muerto,
- » Aunque bien pronto el engañoso indicio
- » Mostró su falsedad al descubierto.
- » Tal fué de aquella maga el artificio
- » Empleado al principio con acierto.
- » Cuál de Reynaldo en tanto fué el destino
- » Voy á decir, y lo que en él le avino:

## LVII

- » Cual cauta cazadora, Armida espera
- » Que á pasar venga. Él llega donde un río,
- » El Orontes, partiendo su carrera
- » Forma una isleta, y luego en el bajío
- » De nuevo se une. Había en la ribera
- » Una columna y un batel vacío;
- » En el labrado mármol él veía
- » Que en letras de oro una inscripción decía:

## LVIII

- « ¡Oh tú, á quien el intento ó el acaso
- » Trajo peregrinando hacia esta tierra!
- » No hay portento mayor de Oriente á Ocaso
- » Que el que la isleta que allí ves encierra:
- » Pasa y verás. » Tentar él quiere el paso
- » Incauto, las amarras desaferra,
- » Y porque mal capaz era la barca,
- » Sus escuderos deja y él se embarca.

## LIX

- » Luego que llega, ansioso en torno mueve
- » Los ojos, con que sólo á ver alcanza
- » Tierra, agua, plantas, flores, hierba breve,
- » Y burlado se cree en su esperanza.
- » Mas el lugar ameno y brisa leve
- » Tal le deleitan, que á sentarse avanza;
- » Y desarma la frente y la restaura
- » Al soplo suave con que expira el aura.



## LX

- » Oye en tanto que el agua borbollaba
- » Con nuevo son, y allá mira curioso;
- » Alzarse ve una ola que se hinchaba
- » En el cetro del río caudaloso.
- » Entre ella rubia crencha vislumbraba
- » Que sigue un rostro de doncella hermoso;
- » Luego el cuello y los pechos, y hasta donde
- » Las bellas formas el pudor esconde.

## LXI

- » Así en las tablas de nocturna escena,
- » Ninfa ó diosa elevándose, aparece;
- » Ésta, aunque no era cierto, una sirena,
- » Sino mágica larva, ser parece
- » De las que habitan junto á la tirrena
- » Playa, en que el insidioso mar se mece;
- » Ni es menos bella, y estas voces canta
- » Con que la tierra, el cielo y aire encanta:

## LXII

- « ¡Oh joven! Mientras grata primavera
- » Verde alfombra te ofrece y gayas flores,
- » No de gloria ó virtud falaz ó austera
- » Siga tu tierna mente los errores:
- » Sólo es sabiduría verdadera
- » Coger los frutos de tu edad mejores:
- » Natura así lo dicta. Sólo el necio
- » Ve sus sabios consejos con desprecio.

## LXIII

- . Locos que desdeñáis el don riente  
» Que esa estación os brinda transitoria,  
» ¿No veis que es nombre hueco solamente  
» Eso que llama el mundo prez y gloria?  
» La fama que buscáis con celo ardiente,  
» Eco es sin voz, imagen ilusoria,  
» Sueño... aun menos, de un sueño sombra vana  
» Que disipa la brisa á la mañana.

## LXIV

- » Goce el cuerpo seguro: objetos gratos  
» La alma tranquila halaguen y sentidos:  
» Olvidad los enojos; no insensatos  
» Los males presintáis aun no venidos:  
» Del Cielo no temáis los arrebatos;  
» Que truene y lance rayos encendidos  
» Dejad. Eso es saber gozar la vida.  
» A eso Natura próspera convida. »

## LXV

- » Canta la impía, y al mancebo inclina  
» Al sueño el dulce concertado acento;  
» Le invade poco á poco y le domina  
» Los sentidos, tan fuerte como lento;  
» Ni de trueno ó tambores ó bocina  
» Pudiera despertarle el son violento.  
» Sale entonces la maga del acecho,  
» De vengativa furia lleno el pecho.



## LXVI

- » Va sobre él, mas al verle en blando sueño,
- » Cuán amable, cuán placido respira
- » Y en sus ojos un dulce acto risueño
- » Aunque cerrados—¿qué será si mira?—
- » Suspensa queda, desarruga el ceño:
- » Cabe él se sienta; aplácase la ira
- » En mirarle. En su blanca tersa frente
- » Se ve como Narciso, en clara fuente.

## LXVII

- » De aquel hermoso rostro los sudores
- » Límpiale suavemente con su velo,
- » Y fresco viento le hace, los calores
- » Para temprarle del estivo cielo.
- » Así—¡oh milagro! — ocultos los ardores
- » De ojos cerrados funden aquel hielo
- » Que el corazón cercaba de diamante,
- » Y de enemiga, tórnasele amante.

## LXVIII

- » De rosa y de jazmín, lirio y violeta
- » Que florecían en la playa amena,
- » Hace con arte mágica secreta,
- » Flexible, mas fortísima cadena;
- » Los pies, brazos y cuello le sujeta,
- » Y así preso le tiene y le encadena:
- » Luego dormido á un carro hace llevarlo
- » Y por el cielo vuela á transportarlo.

## LXIX

- » No al reino de Damasco ahora vuela,
- » Ni al castillo que cerca el lago inmundo;
- » Que aquella prenda tan querida cela,
- » Y de amar vergonzosa, en el profundo
- » Mar se oculta, en que es raro que su vela
- » Deje algún barco ver de nuestro mundo
- » Sino en la costa. Por morada elige
- » Isla remota, y á ella se dirige.

## LXX

- » La isla á la Fortuna el nombre debe
- » Con las otras que cerca de ella había.
- » Baja la maga por el aire leve
- » A una montaña inhabitada, umbría.
- » Por encanto cubrió de espesa nieve
- » Espalda y flancos dura capa y fría:
- » Queda en la cima un verde y bello espacio
- » Donde vecino á un lago alzó un palacio.

## LXXI

- » Allí, en perpetuo Abril, muelle, amorosa,
- » Holgando está con el garzón querido.
- » De esa remota cárcel peligrosa
- » Sacar debéis al joven escondido,
- » Y la guardia vencer con que celosa
- » Monte y alcázar tiene defendido.
- » No ha de faltar quien sepa allí guiaros
- » Y para la ardua empresa armas prestaros.



## LXXII

- » De este río al salir, veréis presente
- » Dama, aunque en rostro joven, de años llena;
- » Es tornasol su traje, y en su frente
- » Retuerce en largas trenzas su melena.
- » Llevaraos por el mar más velozmente
- » Que águila vuela en la región serena,
- » O que rayo se lanza: guía segura
- » No menos al volver se os asegura.

## LXXIII

- » Al pie del monte en que la maga mora
- » Silban nuevos terríficos Pitones;
- » Jabalíes erizarse, destructora
- » Boca abrirse de osos y leones
- » Veréis; mas yo una vara os daré ahora
- » Que vibraréis, y temerán sus sonos.
- » Mucho más grande, si en verdad se estima,
- » El peligro hallaréis sobre la cima.

## LXXIV

- » Fuente hay en ella en que tan limpia y clara
- » El agua mana, que á beber convida,
- » Mas de un veneno la perfidia rara
- » Lleva en sus frescas linfas escondida;
- » Bebida, los sentidos almibara,
- » Deja en placer el alma sumergida;
- » Luego tal risa y tan constante inspira
- » Al que bebió, que en convulsión expira.

## LXXV

- » Los labios comprimid, con desdeñosas
- » Bocas; huíd los pérfidos cristales,
- » Ni en verde césped viandas deliciosas
- » Os tienten, ni las ninfas desleales
- » De dulces voces, gratas, armoniosas
- » Y bellísimos rostros virginales;
- » Mas despreciando cantos y miradas,
- » Entraos por las puertas levantadas.

## LXXVI

- » Dentro del muro corre una vereda
- » Que en mil confusas vueltas tuerce y gira;
- » Mas yo os daré, porque guiaros pueda,
- » Diseño en que su curso bien se mira.
- » Del laberinto en medio un jardín queda
- » Que cada hoja dél amor respira;
- » Yaciendo allí, veréis en la florida
- » Hierba á Reynaldo con la bella Armida.

## LXXVII

- » Cuando ella dejando al caro amante
- » Hacia otra parte mueva el pie ligero,
- » A él os descubrid, y de diamante
- » El escudo mostrad que daros quiero:
- » Haced que en él se mire, y su semblante
- » Vea y su muelle traje el buen guerrero:
- » A tal vista, el despecho y la vergüenza
- » Harán que aquel amor indigno venza.



## LXXVIII

- » Ya que deciros no me resta nada
- » Sino que bien podéis andar seguros,
- » Y entrar de la recóndita morada
- » En los secretos ámbitos oscuros.
- » La magia no podrá más esforzada
- » Estorbaros con monstruos ni conjuros,
- » Ni sabrá—tal virtud en vos opera—
- » Armida preveer lo que la espera.

## LXXIX

- » Ni al salir y volver peligro alguno
  - » De su albergue temáis que os acontezca;
  - » Mas es de que durmais tiempo oportuno,
  - » Pues que partir debéis cuando amanezca. »
- Díceles, y designa á cada uno  
Donde el sueño sus fuerzas restablezca;  
Déjalos con su alegre pensamiento  
El buen anciano, y busca su aposento.

FIN DEL CANTO DÉCIMOCUARTO

CONSEJO DE AYUNTAMIENTO

En el Ayuntamiento de Madrid, a los...

...de ... de ...  
 ... de ... de ...  
 ... de ... de ...  
 ... de ... de ...  
 ... de ... de ...  
 ... de ... de ...  
 ... de ... de ...  
 ... de ... de ...

CONSEJO DE AYUNTAMIENTO

... de ... de ...  
 ... de ... de ...  
 ... de ... de ...  
 ... de ... de ...  
 ... de ... de ...  
 ... de ... de ...  
 ... de ... de ...  
 ... de ... de ...

... de ... de ...



## CANTO DÉCIMOQUINTO

---

VIAJE DE LOS DOS MENSAJEROS; RECORRIENDO EL MEDITERRÁNEO,  
OBSERVAN LA ARMADA DEL REY DE EGIPTO;  
PASAN LAS COLUMNAS Y LLEGAN Á LAS ISLAS AFORTUNADAS.

### I

Llamaba el claro rayo matutino  
A los vivientes todos al trabajo,  
Cuando el sabio á los dos guerreros vino  
Y escudo, mapa y vara de oro trajo.  
« Aparejaos—dice—al gran camino  
» Antes que suba el día, ahora bajo;  
» Veis, como os ofrecí, que os traigo cuanto  
» De la maga á vencer basta el encanto. »

### II

Levantados están y la armadura  
En sus robustos miembros ya ceñida,  
Y por la vía subterránea, oscura,  
Por donde entraron, hacen su salida,  
Siguiendo al viejo: allí aun la huella dura  
Que estamparan sus pies á la venida.  
Al río llegan, y él, « Amigos—dice—  
» Me despido; llevad suerte felice. »

## III

El río los recibe; lisonjera  
Su onda los alza y lleva suavemente,  
Cual suele levantar hoja ligera  
Que al fondo se arrojó violentamente,  
Y los posa en la plácida ribera.  
La prometida guía está presente;  
Ven breve barca y en la popa de ella  
La anunciada fatídica doncella.

## IV

En su frente el cabello terso ondea,  
Su mirada es cortés, grata y brillante,  
Y con tal luz su rostro centellea,  
Que al de un ángel del cielo es semejante;  
Parece que iris su ropaje sea,  
Ya azul, ya rojo, en su color cambiante,  
Y muestra cada vez que se le mira  
Vario matiz, que en tornasoles gira.

## V

Como pluma se ve que adorna y pinta  
De amorosa paloma el gentil cuello  
Que presenta al mirar color distinta  
Puesta del Sol al fúlgido destello:  
Ya de rubí parece ardiente cinta,  
Ya de esmeralda finge el verde bello,  
Ora los mezcla, y con mudanza tanta,  
A quien contempla su belleza, encanta.



## VI

« Entrad — dice — en buen hora en esta breve  
» Barca, en que el mar navego, confiada  
» De que feliz su curso siempre lleve  
» A todo viento, vaya ó no cargada:  
» Mi diestra el viaje vuestro regir debe,  
» Que hacerlo soy de mi señor mandada. »  
Dice la dama, y á la verde orilla  
Impèle con los remos la barquilla.

## VII

En cuanto al noble par en ella acoge,  
La tierra empuja y corta el agua lenta;  
Luego al aire la vela ancha descoge  
Y el gobernalle á dirigir se sienta;  
El torrente con la agua que recoge  
Tanto se hincha y su caudal aumenta,  
Que navíos llevara. Al barquichuelo  
Sostener bien podría un riachuelo.

## VIII

El viento que la usada fuerza acrece,  
La vela río abajo va empujando;  
Cana espuma las olas emblanquece  
Que atrás rotas se agitan murmurando.  
Llegan adonde el río en lecho crece  
Y al mar se acerca sosegado y blando,  
Al cual cayendo, en sus inmensos senos  
Perdido queda, ó lo parece al menos.

## IX

Apenas toca la admirable nave  
Al mar que se agitaba proceloso,  
Se disipa el nublado; el noto grave  
Cesa, que amenazaba tempestuoso.  
Los montes de agua allana la aura suave;  
Sólo riza el cristal azul y hermoso;  
Ríe plácido el cielo dulcemente,  
Más que nunca sereno y esplendente.

## X

Pasa Ascalón la barca, y se encamina  
A la siniestra mano al Occidente,  
Y pronto á Gaza encuéntrase vecina,  
Que fué puerto de Gaza antiguamente,  
Y prosperando con ajena ruina  
Llegó ciudad á ser grande y potente,  
Que sus extensas playas vía llenas  
De tantos hombres como tiene arenas.

## XI

Mirando á tierra, ven los navegantes  
De tiendas multitud casi infinita,  
Y copia de jinetes y de infantes  
Que entre la playa y la ciudad se agita;  
De cargados camellos y elefantes  
Largo cordón el arenal transita,  
Y en la bahía cóncava se encierran  
Las naves que en sus áncoras se aferran.



## XII

Unas la vela dan, á otras cual pluma  
El remo lleva que la mar azota,  
Y vese á trechos la argentada espuma  
Que herida de las proas la onda brota.  
Dice la dama: « La crecida suma  
» Que veis de infieles y la inmensa flota  
» Aun no son toda la guerrera gente  
» Que allegar puede el déspota de Oriente.

## XIII

» De Egipto y su inmediata cercanía  
» Es ésta sólo, y la lejana espera;  
» Que á Levante se extiende y Mediodía  
» El terreno vastísimo en que impera;  
» Así de ida y vuelta hacer la vía  
» Espero, antes que él mueva su bandera,  
» Y de aquí marche el campamento alzando  
» Él ó quien de sus fuerzas lleve el mando. »

## XIV

Mientras habla, cual suele águila altiva,  
Segura entre otras aves, por el cielo  
Volar del Sol hasta la lumbre viva  
Donde ya no se aviste desde el suelo,  
Así la nave entre las otras iba  
Rauda, sin susto alguno ni recelo  
De que alguien la detenga ó aprisione,  
Y á todas se adelanta y las transpone.

Tomo II.

13

## XV

Pronto está junto á Réfah la barquilla,  
Que es de Siria ciudad, y la primera  
Yendo de Egipto. A la infecunda orilla  
Se aproxima después de Rinocera.  
No lejos alto un monte á maravilla  
Ve al mar tender la altiva cabellera;  
El pie baña en las olas movedizas  
Y de Pompeyo guarda las cenizas.

## XVI

A Damietta ve luego, y descubiertas,  
De humor celeste, al mar tributo dando,  
Del Nilo las famosas siete puertas  
Con ciento más sus aguas aumentando;  
Y pasa la ciudad que en las desiertas  
Playas fundó de griegos fuerte bando,  
Y el Faro, isla apartada antiguamente  
Y que ya unida se halla al continente.

## XVII

De Creta y Rodas la región, remota  
Deja, y por la africana costa viene;  
Junto al mar culta y fértil ser denota,  
Arena y monstruos dentro sólo tiene.  
Rasa á Mármara, sigue su derrota  
Por las cinco ciudades de Cirene,  
Surge allí Tolemaida, y el mentido  
Leteo con las aguas del olvido.



## XVIII

Temiendo la gran Sirte, al mar se aleja  
De la costa riesgosa al navegante.  
Atrás el cabo de Giudeca deja,  
Y á Magreb y su estrecho: no distante  
Trípoli y Malta ve; tanto proeja,  
Que de las otras Sirtes sale adelante.  
La isla de Alzerbe cerca está situada  
Que de los Lotofagos fué morada.

## XIX

Ve á Túnez que en la curva playa asienta  
Y el golfo con un monte á cada lado.  
Túnez, ciudad famosa y opulenta  
Cual la que ha más el África ilustrado.  
Sicilia cerca de ella se presenta  
Frente al gran Lilibeo celebrado:  
Allí á los dos señala la doncella  
El sitio que ocupó Cartago bella.

## XX

Yace la alta Cartago; apenas triste  
Rastro de su grandeza se conserva;  
Mueren ciudades, reinos, cuanto existe;  
Cubren el fausto y pompa arena y hierba,  
Y á ser mortal el hombre se resiste,  
¡Oh mente nuestra mísera y proterva!  
Van á Biserta y en confín lejano  
La isla ven de Cerdeña á la otra mano.

## XXI

Las playas pasan do el feroz numida  
En vida pastoral vagaba errante;  
Bugía y Argel, do infame chusma anida  
De corsarios, y Orán poco adelante;  
La Tingitana costa que en crecida  
Turba habita el león y el elefante,  
Hoy de Marruecos reino, y juntamente  
Ven á Fez y Granada frente á frente.

## XXII

Ya están en donde el mar abrió camino  
Que por obra de Alcides se contaba.  
Quizá es lo cierto que á romperse vino  
Con alta ruina lo que unido estaba,  
Por el Océano. El gran flujo marino  
De Avila á Calpe entonces alejaba:  
Partió á España de Libia antes contigua,  
¡Tanto pudo cambiar la edad antigua!

## XXIII

Cuatro veces el Sol corrió su esfera  
Desde que vela dió la barca leve,  
Sin que puerto jamás tocado hubiera  
Aunque del viaje ya gran parte lleve.  
Entra al estrecho y pásalo ligera,  
Y ya al inmenso piélago se atreve.  
Si es grande el mar á quien la costa encierra,  
¿Qué será donde él cerca la ancha tierra?



## XXIV

Ya impide ver la ola cual montaña  
A Cádiz y dos islas que avcina;  
Huyen las playas de África y de España;  
El mar al cielo, el cielo al mar confina.  
Dice Waldo: «Pues tú para alta hazaña  
» Nos llevas por el mar que no termina,  
» Dí si otro aquí llegó, y si el ignorado  
Mundo á que vamos de otro es habitado.»

## XXV

«Después—responde—que Hércules purgara  
» De monstruos á la Libia y suelo hispano  
» Y vuestras tierras todas conquistara,  
» No osó tentar el insondable Océano,  
» Y límites fijó con que estrechara  
» En exceso el osado ingenio humano;  
» Mas esas lindes despreció animoso  
» Ulises, de saber y gloria ansioso;

## XXVI

» Las columnas pasó, y al mar abierto  
» Con sus remos llevó curso atrevido;  
» Mas sin valerle ser en la onda experto,  
» Fué en el voraz Océano sumergido.  
» Dónde su cuerpo yace quedó incierto,  
» Y aun su fin, de vosotros no es sabido.  
» Si otro aquí echó del viento la violencia,  
» No tornó, ó dejó acaso la existencia.

## XXVII

» Así este mar ignoto, é ignoradas  
» Las islas son y reinos que circunda.  
» Mas no sus tierras son deshabitadas:  
» Algunas, cual la vuestra más fecunda,  
» Ópimos frutos dan fertilizadas  
» Que el Sol de luz y de calor inunda. »  
Replica Waldo: « De ese mundo oculto  
» Sus leyes dínos y el gobierno y culto. »

## XXXIII

Ella dice: « La mixta, varia gente,  
» Difiere en ritos, leyes y costumbres:  
» Éste adora las bestias reverente,  
» Otro á Natura, al Sol y etéreas lumbres;  
» Hay quien de humana carne se alimente  
» Y quien sólo de granos y legumbres;  
» Y, en suma, ya pasada Calpe, todos  
» Son bárbaros en fe y en trato y modos. »

## XXIX

« Luego—siguió á decir el caballero—  
» ¿El Dios que trajo al mundo la luz pura,  
» Dé! tan gran parte, en el error primero  
» Deja sumida y en tiniebla obscura? »  
« No—ella responde —; el culto verdadero  
» Ha de venir y la civil cultura,  
» Y no siempre será que el mar profundo  
» Del vuestro separar pueda este mundo.



## XXX

- » Vendrán á ser de Alcides las señales
- » Fábula á los marinos animosos;
- » Golfos sin nombre hoy y litorales
- » Ignorados aún, se harán famosos:
- » Uno entre los viajeros inmortales
- » Los mares correrá más procelosos,
- » Y del Sol emulando la carrera,
- » Triunfante rodeará la tierra entera.

## XXXI

- » Un hombre de Liguria será osado
- » A arrojar el primero al curso ignoto;
- » Ni el mar bravío, el viento desatado,
- » Ni el clima incierto en piélago remoto,
- » Ni el riesgo por mayor hoy estimado
- » Del más hábil é intrépido piloto,
- » Su mente audaz hacer podrán que aquiete
- » Y que de Avila el límite respete.

## XXXII

- » Irán, Colón ilustre, tus entenas
- » A nuevo polo en vuelo tan violento,
- » Que la fama seguirte podrá apenas
- » Con sus cien ojos y sus alas ciento.
- » Cante á Alcides y Baco en voces plenas;
- » A ti será bastante un solo acento
- » Que á los pósteros lleve tu memoria
- » Para inmortal poema y noble historia. »

## XXXIII

Así ella dijo, y por la undosa senda  
Corre al Poniente y dobla al Mediodía;  
Mira cómo á su frente el Sol descienda  
Y á su espalda renazca el claro día.  
Antes que Aurora bella el rayo extienda  
Llenando cielo y tierra de alegría,  
Lejano obscuro monte, de repente  
Ven que esconde en las nubes su alta frente,

## XXXIV

Y observan, cuando van más adelante,  
Ya de nubes disuelto el velo espeso,  
Que á pirámide aguda semejante,  
Sutil la cima y hacia el medio grueso,  
Muestra la cumbre á veces humeante,  
Como el que impone á Encélado su peso,  
Que humo arroja de día á la continua  
Y en la noche con llamas ilumina.

## XXXV

He allí otras islas menos escarpadas;  
Más baja y fácil muestran su pendiente:  
Estas eran las islas Fortunadas,  
Que tal nombre les dió la antigua gente.  
Creyéronlas del Cielo tan amadas,  
Que sin arar la tierra, libremente  
Mieses y ricos frutos producía,  
Y sin labor la dulce vid crecía.



## XXXVI

Nunca el fruto faltaba en los olivos;  
Miel destilaba de la hueca encina;  
Descendían del monte arroyos vivos  
Con agua mansa, dulce y cristalina;  
El céfiro templaba los estivos  
Ardores cuando más el Sol se empina;  
Y los Elíseos campos allí estaban  
Do las felices almas reposaban.

## XXXVII

Al llegar, ella dice: « Ya cercano  
» Tenéis el puerto á do el bajel navega;  
» Las islas Fortunadas veis á mano  
» De las que fama, aunque dudosa, os llega.  
» Bellas, fértiles son; su ambiente sano;  
» Mas mucho falso á la verdad se agrega. »  
Mientras hablaba, acércase ligera  
A la que de las diez es la primera.

## XXXVIII

Carlos comienza entonces: « Si lo admite  
» La alta empresa, señora, á que nos guías,  
» Que ponga yo en la tierra el pie permite;  
» Vea la playa é ignotas cercanías;  
» Del culto, usos y fe de quien la habite  
» Envidie el sabio las noticias mías;  
» Y cuando lo que allí mire dijere,  
» Yo lo vi, decir pueda á quien lo oyere. »

## XXXIX

Ella responde: « Digno es el intento  
» De tu ingenio y valor, mas no es posible;  
» Que obsta severo á darle cumplimiento  
» El decreto del Cielo ineludible:  
» Aun no llega del gran descubrimiento  
» El tiempo que fijó Dios infalible,  
» Ni revelar es lícito el misterio  
» De esta región allá en vuestro hemisferio.

## XL

» Por gracia, y contra el término fijado  
» Al navegante, aquí os he conducido,  
» E iréis donde el guerrero aprisionado  
» Está que á libertar habéis venido;  
» Básteos, que más querer es contra el hado  
» Rebelarse soberbio y atrevido. »  
Calló. La primer isla parecía  
Abajarse, y subir la que seguía.

## XLI

Ella les enseñaba que al Oriente  
En orden largo están todas seguidas,  
Y que unas de otras distan igualmente  
Del mar por el espacio divididas;  
En siete de ellas puede verse gente  
Y labores y casas construidas;  
Tres son desiertas: fieras alimañas  
Sólo albergan sus selvas y montañas.



## XLII

De éstas, en una hay un lugar sumido  
De la playa en el fondo, que se extiende  
En dos puntas que forman escondido  
Curvo seno. Un escollo le defiende  
Que á él da frente, y espalda al mar tendido,  
Al cual, si se alza, le rechaza y hiende.  
A un lado y otro dos enormes peñas  
Cual torres, son al navegante señas.

## XLIII

Al pie duerme la onda sosegada;  
Arriba selva hay de sombra llena,  
Y en el medio una cueva colocada  
Con hiedra y césped y agua dulce, amena.  
Ni cable aquí ni de áncora pesada  
El diente la cansada nave enfrena.  
A este lugar tan solo y quieto llega  
La dama, y la tendida vela plega.

## XLIV

« Mirad—les dice—sobre aquella roca  
» La mole que en la altura se parece:  
» Allí en banquetes y ocio y fiesta loca  
» El campeón de Cristo se entorpece.  
» Cuando al nacer el Sol la esfera toca,  
» Vuestro paso á la cumbre se enderece;  
» No os pese el aguardar: otro momento  
» Que el del alba, fatal fuera al intento.

## XLV

» Podréis en lo que falta aún del día  
» Llegar adonde á alzarse el monte empieza. »  
Ya despedidos de su noble guía,  
La ansiada playa pisan con presteza,  
Y tan fácil y suave hallan la vía,  
Que cansancio no sienten ni flaqueza.  
Cuando llegan al monte, aun lejano  
De Febo el carro está del Oceano.

## XLVI

Ven que por quiebras y ásperos breñales  
Se sube á la soberbia enorme altura;  
Cubren de nieve y hielo los cristales  
La falda: arriba hay flores y verdura;  
Cana barba, la frente con vernaes  
Cabellos; guarda fe la nieve pura  
Al lirio y tierna rosa. Pudo tanto  
Sobre naturaleza arte de encanto.

## XLVII

Los dos al pie de la salvaje cumbre  
Detienen á esperar el pie prudente.  
Cuando en el cielo esparce nueva lumbre  
El Sol, de la áurea luz eterna fuente,  
Álzanse, y con los bríos de costumbre  
Comienzan á subir la agria pendiente;  
Mas cruza, sin saber de dónde vino,  
Fiera, horrenda serpiente su camino.



## XLVIII

Levanta de oro escuálido, escamosas  
Cabeza y cresta; el cuello infla de ira,  
Arde su ojo; las garras poderosas  
Cubre el vientre; veneno y humo espira;  
Ora en sí se replega, ora nudosas  
Roscas forma y en pos el cuerpo estira.  
Tal de aquel sitio se presenta en guarda;  
Pero de ellos el paso no retarda.

## XLIX

A ella va Carlos con espada en mano;  
Mas grita el otro: « ¿Tu valor qué intenta?  
« ¿Con armas tales, con esfuerzo humano  
« De vencer al dragón has hecho cuenta? »  
Vibra la vara de oro al aire vano  
De modo que la fiera el silbar sienta:  
Al son despavorida huye de prisa,  
Hace lugar y aplástase sumisa.

## L

Más alto un poco, el paso les disputa  
León rugiente: su feroz mirada,  
Su abierta boca, su melena hirsuta  
Muestran su horrible cólera inflamada.  
Suenan la vara apenas, y la bruta  
Fiera se humilla luego amedrentada:  
Secreto espanto el corazón le hiela,  
Y cual si alas tuviera, huyendo vuela.

## LI

Siguen los dos, impávidos, veloces;  
Mas formidable hueste ven delante  
De horrendas fieras varias en sus voces,  
Varias en movimiento y en semblante:  
Los monstruos más terribles y feroces  
Hay que entre el Nilo vaguen y el Atlante,  
Y cuantas bestias bravas inhumanas  
Guardan la selva Ercinia y las hircanas.

## LII

Mas tan crecido ejército y tan fiero  
Ni resistirles ni arredrarlos puede;  
Que una mirada ó un silbo ligero,  
¡Oh milagro! vencido hacen que quede.  
Ya victorioso gana el par guerrero  
La altiva cima; todo estorbo cede,  
Si no es que el riguroso frío alpino  
Hace tardo y penoso su camino.

## LIII

Mas salvado el lugar que cubre el hielo  
Y superada la áspera ladera,  
Ven de dulce estación templado cielo  
Y en la cima una abierta amplia pradera:  
El aura perfumada en manso vuelo  
Sopla constante, suave y placentera.  
No, cual en otras partes acaece,  
Su aliento, el Sol girando, mengua ó crece;



## LIV

Ni alternan con el frío los calores,  
Nubes y calma, en rápida mudanza:  
Siempre el cielo de nítidos fulgores  
Vestido, al aire da dulce templanza;  
Nutre el prado la hierba y gayas flores;  
Todo es aroma, y sombra y bienandanza.  
En un lago un palacio hay que domina  
Magnífico la sierra y la marina.

## LV

Los guerreros por la alta agria subida  
Asaz cansados y anhelantes vienen;  
Lentos siguiendo van la vía florida  
Y andan á su placer ó se detienen:  
Ven fresca fuente que á bañar convida  
Los labios que de sed enjutos tienen.  
De una alta peña cae: clara y fría  
Plantas y flores sin cesar rocía.

## LVI

Luego, por entre verde hierba tierna  
En profundo canal corre pausada,  
Y bajo de frondosa sombra eterna,  
Obscura, murmurante va y helada;  
Mas transparente, deja que discierna  
Cuanto en su fondo se halla, la mirada,  
Y verde, las orillas adornando,  
Menudo césped hace asiento blando.

## LVII

La fuente es de la risa, y ése el río  
Que peligros encierra en sí mortales.  
Dicen: « Aquí enfrenar nuestro albedrío  
» Conviene, y cautos evitar los males,  
» Ensordeciendo al dulce canto impío  
» De las bellas sirenas infernales. »  
Llegan así hasta donde el curso vago  
Termina el río en un extenso lago.

## LVIII

Allí en adorno rica, en manjar rara,  
Aprestada en la orilla está una mesa,  
Y juguetean en el agua clara  
Dos ninfas, á cual más viva y traviesa.  
Ya ríen salpicándose la cara,  
Y á competencia nadan con gran priesa;  
Ya á somorgujo están un gran espacio;  
Ya la cabeza y dorso alzan despacio.

## LIX

Mueven desnudas, lindas las doncellas,  
De los héroes los pechos algún tanto,  
Y así á verlas se paran. Siguen ellas  
Sus juegos y retozos entretanto.  
Se alza una y muestra las dos pomas bellas  
Y cuanto diera á quien lo viese encanto  
Del seno arriba, descubierto al cielo:  
Da el agua á lo demás diáfano velo.



## LX

Cual del mar sale estrella matutina  
De rocío adornada y centellante,  
O Venus al nacer de la marina  
Fecunda espuma, bella y rozagante,  
Tal ésta pareció. La cristalina  
Onda escurre el cabello rutilante;  
Los ojos vuelve, finge artificiosa  
Que á los dos ve, y se encoge ruborosa.

## LXI

Su cabello en un lazo recogido  
De la cabeza encima, aprisa suelta,  
Que cayendo larguísimo y tupido  
En manto áureo su nieve deja envuelta.  
¡Oh! ¡Cuán bella es la imagen que han perdido!  
Mas en otra lindísima está vuelta.  
Por el agua y cabello así velada,  
A ellos se vuelve, alegre y sonrojada.

## LXII

Se avergonzaba á un tiempo y se reía;  
Hacia el rubor la risa más graciosa,  
Y la risa al rubor que la cubría  
Hasta la frente, la su faz preciosa;  
Tan suave después la voz movía,  
Que á vencer á otros fuera poderosa:  
» ¡Oh viajeros felices, que el destino  
» Llegar permite á este lugar divino;

## LXIII

- » Este el puerto es del mundo: aquí consuelo
- » De las penas, y aquel placer se siente
- » Que en el siglo de oro daba el Cielo
- » A la antigua sencilla y libre gente.
- » Las armas que os ciñó vuestro recelo
- » Ora dejar podéis seguramente,
- » Y un trofeo hacer de ellas al reposo;
- » Que no hay combate aquí sino amoroso.

## LXIV

- » Tendréis el dulce lecho por palestra,
- » Y la mórbida hierba de los prados;
- » Os llevaremos á la reina nuestra
- » Que á sus vasallos hace afortunados,
- » Y acaso quiera la ventura vuestra
- » Veros á sus placeres destinados.
- » El polvo antes dejad en esta fuente,
- » Y aquella rica mesa os alimente. »

## LXV

Una así dice; la otra, seductora  
La apoya con mirar dulce y honesto,  
Como suele seguir la voz sonora  
Del instrumento el paso tardo ó presto.  
Ellos al habla falsa, engañadora,  
La oreja cierran con severo gesto,  
Y el grato aspecto y el decir pulido  
Sólo por fuera halagan su sentido.



## LXVI

Si de aquella dulzura almibarada  
Parte penetra que un deseo aliente,  
La razón pronto, de rigor armada,  
Extirpa y corta ese querer naciente,  
Y es de ellas la esperanza así frustrada.  
Ellos callando vanse cautamente  
Al palacio. Hacia el fondo ellas se arrojan,  
Que de verse burlar tanto se enojan.

FIN DEL DEL CANTO DÉCIMOQUINTO





## CANTO DÉCIMOSEXTO

---

ENCANTOS Y DELICIAS AMOROSAS; REYNALDO ABANDONA Á ARMIDA,  
QUE EN VANO LE SIGUE Y RUEGA;  
ELLA DESTRUYE EL PALACIO Y VUELA Á LA VENGANZA.

### I

Un gran círculo forma el edificio,  
Y en el centro un jardín tiene en su seno,  
Tan ornado con mágico artificio,  
Que jamás hizo alguno más ameno  
De genios infernales el oficio,  
De vueltas y confusos giros lleno,  
Formando un intrincado laberinto  
Que el alcázar esconde en su recinto.

### II

Pasan los dos por la mayor entrada  
(La gran fábrica tiene más de ciento),  
Cuyas puertas de planta cincelada  
En quicios de oro puro hacen su asiento.  
La admiran de figuras adornada  
En que al metal supera el pulimento.  
Para vivir, de voz sólo carecen;  
Ni aun de ella, si los ojos fe merecen.

## III

Miran de Lydia allí entre las doncellas  
A Alcides con su rueca hilos torciendo.  
Si al infierno venció, si pisó estrellas,  
Hila ahora, y Amor le ve riendo.  
Yole está con sus blandas manos bellas  
Por burla, la homicida clava asiendo;  
La piel de león que el hombro la cubría  
Dura á sus tiernos miembros parecía.

## IV

A otra parte está un mar; espuma hirviente  
Alzan las olas que en su azul ondean;  
De él en medio, dos filas frente á frente  
De naves y armas, y éstas centellean.  
En oro arden las ondas, reluciente,  
Y en Léucades parece que flamean.  
A Augusto, Roma: á Antonio en la otra hueste  
Sigue India, Arabia, Egipto y todo el Este.

## V

Las Cicladas parecen nadar sueltas,  
Y que los grandes montes se entrechocan;  
Las naves unas contra otras vueltas,  
Tan fuertes sus ataques reciprocán.  
Lanzas, teas y flechas van revueltas:  
Rompen, queman, destruyen cuanto tocan.  
Vese, cuando indeciso aun se halla Marte,  
Que la bárbara reina huyendo parte.



## VI

Síguela Antonio, y deja la esperanza  
Con que del mundo al sumo imperio aspira.  
No huye, no; su valor á más alcanza:  
Va tras la que huye, que le arrastra y tira;  
Diríase que le tienen en balanza  
Duduso, amor, vergüenza, orgullo é ira,  
Y que indeciso mira ya el tremendo  
Combate, ya la vela que va huyendo.

## VII

Luego del quieto Nilo en un receso  
Morir deseando en el regazo de ella,  
Y del hermoso rostro al embeleso,  
Consolarse parece de su estrella.  
De estas varias figuras el impreso  
Oro que en la real puerta destella  
Al paso los dos héroes contemplaron,  
Y en el dudoso alcázar luego entraron.

## VIII

Cual Meandro, en su curso enmarañado,  
Jugueteando en giros mil revuelve;  
Ya á su fuente, ya corre al mar salado,  
O torna y contra sí mismo se vuelve;  
El laberinto así más intrincado  
Quizás; mas en el libro se resuelve  
Su secreto: en el libro que el anciano  
Les dió, y en que se explica todo arcano.

## IX

Al dejar las torcidas vías oscuras,  
Bello, alegre el jardín les aparece.  
Quietas aguas en él, corrientes puras,  
Flores y césped que lozano crece;  
Suaves collados, verdes espesuras,  
Umbrosa gruta que reposo ofrece.  
Lo más bello y que más en la obra luce  
Es que arte allí ninguno se trasluce.

## X

Parecen—sea ingenio, sea descuido —  
El sitio y los adornos naturales,  
Y que un poder supremo ha reunido  
Natura y arte en remedarse iguales.  
Sólo al aura la maga ha recurrido,  
Y es el aura quien causa efectos tales,  
Que en los árboles flor y fruto junta:  
Madura el uno, cuando la otra apunta.

## XI

En sólo un tronco, sin cambiar la hoja,  
Con higo nuevo, el viejo se conserva,  
Y en un ramo madura poma roja  
Junta con la que aun verde está y acerba;  
Exuberantes pámpanos arroja  
La vid torcida, entre la espesa hierba;  
Uva tiene en agraz, descolorida,  
Y de píropo y néctar otra henchida.



## XII

Alegres pajarillos la enramada  
De dulces notas, compitiendo llenan;  
Murmura el aura; la hoja y agua helada  
Que ella mueve, diversamente suenan:  
Sopla, al cantar las aves, sosegada,  
Y hace rumor, si ellas la voz refrenan  
Por arte ó caso, el canto acompañando  
O con diversa música alternando.

## XIII

Ven pájaro con pluma que matiza  
Vario color; su pico es cual de grana;  
Mueve flexible lengua en que armoniza  
Sones que imitan á la voz humana;  
Con arte tal su canto vocaliza,  
Que es una maravilla sobrehumana;  
Callan los otros por oírle atentos,  
Y los murmullos cesan de los vientos.

## XIV

« Mira—cantaba—despuntar la rosa  
» Entre el verdor, modesta cual doncella,  
» Que á medio abrir se oculta pudorosa;  
» Cuanto se muestra menos es más bella.  
» Luego el desnudo seno, vanidosa  
» Ostenta..... Hela marchita, y ya no aquella  
» Parece ser que deseada antes  
» Por mil vírgenes fuera y mil amantes.

## XV

» Así en un día solo, pasajera  
» La flor mortal se agosta de la vida,  
» Y no al tornar la alegre primavera  
» A verse volverá reverdecida.  
» Coged la rosa en la hora placentera  
» Del alba, que veréis presto perdida:  
» De amor coged la rosa; amemos cuando  
» Amor se puede conquistar amando. »

## XVI

Calló, y concorde el coro de las aves  
Como aprobando, imitan sus acentos:  
Las palomas se dan besos süaves;  
Hace á los brutos el amor contentos.  
El laurel casto, las encinas graves  
Sienten de amor gratísimos alientos;  
Las plantas, la agua y tierra que respiran  
Parece, y que de dulce amor suspiran.

## XVII

En tan tierna armonía, y delirante  
Halago de amor dulce y lisonjero,  
Aquel par sigue rígido y constante  
Y rechaza el placer, duro y austero.  
Ven por entre las hojas adelante  
Al que buscaban caro compañero  
Sobre la hierba, en amoroso abrazo  
Yacer de Armida en el gentil regazo.



## XVIII

Del blanco seno el velo ella apartaba;  
Suelto el blondo cabello al aura estiva,  
Lánguida del placer que la embriagaba;  
Su gracia la fatiga hacía más viva;  
Cual rayo en la onda, un sonreír vagaba;  
Su mirada era trémula y lasciva;  
Sobre él pende, en su gremio le sostiene;  
Sus ojos en los de ella él fijos tiene.

## XIX

Y la ansiosa mirada ávidamente  
En ella ceba, y se destruye ardiendo;  
Se inclina ella y le besa complaciente  
Los ojos ó la boca, amor bebiendo.  
En aquel punto él un suspiro siente  
Tan hondo, que imagina: « Mi alma huyendo  
» En ella va á anidarse. » Sus amigos  
De aquella escena, ocultos, son testigos.

## XX

Del flanco de él (¡arnés extraño!) pende  
Espejo de un cristal limpio y brillante;  
Álzase, y en las manos lo suspende,  
De amor ministro, ante la bella amante.  
Ella ríe, y él más y más se enciende  
Y un solo objeto en varios ven delante:  
Ve Armida su hermosura en el reflejo,  
Y él de los ojos de ella hace su espejo.

## XXI

Esclavo el uno, la otra su señora,  
Ella en sí misma, en ella él se gloria.  
» Vuelve—él dice—tu vista encantadora  
» A mí, pues que tu dicha hace la mía:  
» Que tu imagen retrata seductora  
» Este incendio en que el alma se extasia:  
» Refleja de tus gracias el hechizo  
» Más mi pecho que el vidrio quebradizo.

## XXII

» ¿Verme desdeñas? ¡Oh! si ser pudiera  
» Que tú vieses tu propio rostro hermoso,  
» ¡Cómo tu vista en él se complaciera  
» Y en éxtasis gozaras amoroso!  
» Espejo no hay en que cabal se viera.  
» Ni en él un Edén cabe delicioso.  
» Te es digno espejo el cielo: en las estrellas  
» Sólo puedes mirar tus formas bellas.»

## XXIII

Ríe Armida al oírle, sin que deje  
Las caricias y plácidas labores:  
Sus cabellos recoge y diestra teje,  
Que agitan cefrillos voladores,  
Y en sus rubios anillos entreteje  
Como en el oro esmalte, lindas flores;  
Del blanco pecho entre los lirios pone  
Frescas rosas, y el velo albo compone.



## XXIV

No tanto el pavo de soberbia hinchado  
La cola en rico resplandor desplega,  
Ni luce tanto el seno matizado  
Que corvo iris presenta al sol que ciega,  
Cual de ella el cinturón brilla encantado  
Que jamás, ni aun desnuda á dejar llega,  
Que lo incorpóreo en corporal transforma  
Y en temple singular mezcla é informa.

## XXV

Desdenes tiernos, suaves y serenas  
Repulsas, mimos vivos y traviesos,  
Lágrimas y sonrisas de amor-llenas,  
Suspiros sofocados, dulces besos  
Juntando (del amor goces y penas)  
Templó en un lento fuego sus excesos,  
Y aquel cinto labró maravilloso  
Con que ceñido tiene el cuerpo hermoso.

## XXVI

Cesa al fin sus halagos la hechicera;  
Le besa, y de sus brazos se desprende;  
Que va, según que su costumbre era,  
A las mágicas trazas en que entiende.  
Él se queda, que dado no le fuera  
De allí moverse, ni él ya lo pretende.  
No sale del jardín sólo un instante  
Sino con ella, solitario amante;

## XXVII

Pero cuando las sombras protectoras  
De amor los dulces hurtos facilitan,  
Pasan felices las nocturnas horas,  
Y juntos bajo el mismo techo habitan.  
Luego que ella á las artes impostoras  
Se va que sus cuidados necesitan,  
Los dos, á quien las altas hierbas cubren,  
Pomposamente armados se descubren.

## XXVIII

Como altivo corcel, que al fatigoso  
Honor de la pelea arrebatado,  
De las yeguas marido, en vil reposo,  
Suelto en los prados vaga entre el ganado,  
Si el clarín le despierta sonoro  
O el acero, relincha entusiasmado,  
Y por la liza anhela y el jinete,  
Que en él montado, intrépido acomete;

## XXIX

Así el bravo doncel que de repente  
Del brillo de las armas es herido,  
Su ser guerrero, generoso, ardiente,  
Al verlos todo siente conmovido,  
Aunque en mórbidos goces, indolente  
Y entre delicias yazga adormecido.  
Waldo avanza y pónelo delante  
El reluciente escudo de diamante.



## XXX

Reynaldo en él los ojos pone atento,  
Y ve como en espejo su figura  
Y el rico adorno, y cómo agita el viento  
Su oloroso cabello y vestidura.  
Entre aquel femenil muelle ornamento  
Pende inútil espada á su cintura,  
Que entre la seda, aljófar y ataujía,  
Más que arma, otro adorno parecía.

## XXXI

Cual hombre en grave sueño aletargado,  
Tras largo delirar al fin despierta,  
Así éste, suspenso y admirado,  
A sí mismo á mirarse allí no acierta.  
Baja la vista tímido y cortado;  
La vergüenza le embarga y desconcierta;  
Quisiera que en su centro le ocultara  
El mar, ó vivo fuego le abrasara.

## XXXII

Entonces dice Waldo: « ¿Cómo ahora  
» Que Asia toda y Europa están en guerra,  
» Y quien busca honra y prez y á Cristo adora  
» Acude armado á la siríaca tierra,  
» A ti, hijo de Bertoldo, en torpe mora  
» Y ocioso, este rincón del mundo encierra,  
» Mientras se agita el universo entero,  
» De una mozuela insigne caballero?

## XXXIII

» ¿Qué sueño ó qué letargo adormecida  
» Tu alma tiene? ¿Qué hechizo te acobarda?  
» ¡Alza! El campo y Gofredo te convida,  
» Y fortuna y victoria allí te aguarda;  
» Ven, hadado guerrero, á ver cumplida  
» La empresa que empezaste; la bastarda  
» Secta que hizo temblar la diestra tuya,  
» Tu inevitable espada al fin destruya. »

## XXXIV

Calló. Al pronto el mancebo hablar no puede:  
Confuso está una pieza y pensativo;  
Mas cuando la vergüenza el lugar cede  
Al coraje y valor en él nativo,  
Y del rostro al rubor fuego sucede  
Que sus venas abrasa más activo,  
Rasga las ricas ropas y el indigno  
Lujo, de esclavitud mísero signo,

## XXXV

Y la partida aguija, y del tortuoso  
Laberinto traspasa al campo abierto.  
Armida desde el pórtico suntuoso  
Ve que el feroz custodio yace muerto;  
Primero el pecho tiembla receloso;  
Luego ve de su amante el partir cierto,  
Y ¡oh dolor! que la espalda ingrato daba  
Al dulce antiguo albergue, y se alejaba.



## XXXVI

Gritar quiso: « ¿Por qué tu alma ingrata  
» Me deja? » Mas su voz ahogó la pena,  
Y en vano de exhalarla el pecho trata;  
Que vuelve al corazón y allí resuena.  
¡Mísera! Sus delicias le arrebató  
Mayor poder, que su poder enfrena.  
Lo conoce, y que en vano se atormenta;  
Mas aun que vuelva por la magia intenta.

## XXXVII

Cuantas profanas notas maga impía  
De Tesalia vertió con boca inmunda  
Que los planetas detener podría  
Y almas sacar de su prisión profunda  
Sabe emplear, mas nada le valía;  
Que el Infierno su esfuerzo no secunda.  
Deja, pues, los conjuros, y procura  
Del ruego artes usar y de hermosura.

## XXXVIII

Corre sin que al decoro en nada atienda.  
¡Ay! ¿dónde están sus triunfos arrogantes?  
El imperio de amor do más se extienda,  
Con sólo su mirar movía antes;  
Soberbia desdeñaba toda ofrenda:  
De amor avara, odiaba á sus amantes,  
De sí sola gustando; mas quería  
Ver á cuántos su amor rendir podía.

## XXXIX

Con desdén ora y burla abandonada,  
Sigue al que de ella huye y la desprecia;  
Procura que con llanto vea adornada  
La hermosura que en sí ya nada precia;  
Corre sin que su planta delicada  
Dentenga el hielo ó la maleza recia;  
Manda en gritos su voz por mensajera  
Que no le alcanza. El llega á la ribera.

## XL

Desatentada grita: « Escucha, advierte  
» Que parte de mí llevas, parte dejas;  
» Una devuelve ó toma la otra, ó muerte  
» A ambas da. Espera: mis postreras quejas  
» Recibe, no los besos, que ofrecerte  
» Otra más digna puede. ¿A qué te alejas?  
» ¿Qué temes detenerte? ¡Ay de mí triste!  
» Podrás negar, puesto que huir pudiste. »

## XLI

Dícele Waldo entonces: « No conviene  
» Que al ruego de esperarla se resista;  
» De lástima y belleza armada viene,  
» Dulce unión que los ánimos conquista;  
» Prueba darás de que tu pecho tiene  
» Valor contra su llanto y grata vista.  
» ¿Quién más fuerte que tú si á la sirena  
» Afronta y vence tu razón serena? »



## XLII

Entonces se detiene el caballero;  
Ella, anhelante, acércase llorosa;  
Doliente el rostro muestra y lastimero,  
Más bella cuanto está más congojosa.  
Le mira y le remira fijo; empero  
No habla; airada quizás, quizás medrosa.  
Él no la mira, ó si la ve un momento,  
La vista aparta vergonzoso y lento.

## XLIII

Como el músico diestro, antes que clara  
Suelte la voz el canto libremente,  
A la armonía el ánimo prepara  
Con dulces notas bajas suavemente,  
Así ésta al dolor que la acibara  
No sin arte desata la corriente:  
Da con suspiros un preludio breve  
Antes que la doliente voz eleve.

## XLIV

Dijo luego: « De mí ruegos no esperes  
» Como amante á su amante los prodiga;  
» Fuimoslo un tiempo; serlo ya no quieres  
» Y de mí aun la memoria ora te hostiga.  
» Como enemigo escucha, pues lo eres;  
» No se niega el oído á una enemiga;  
» Lo que te pido es tal, que si á ello accedes,  
» Contra mí todo tu odio guardar puedes.

## XLV

- » Si me odias y placer con eso sientes,
- » Dél no te privo: en él gozando insiste:
- » Justo lo crees, sea. Yo odié las gentes
- » Cristianas, y aun de mí tú odiado fuiste.
- » Nací pagana; ardidés diferentes
- » Usé contra la secta en que naciste;
- » Te perseguí y prendí; logré alejarte
- » De la guerra, en secreta, ignota parte.

## XLVI

- » Aun añade que te hice que sintieras
- » Mayor agravio, daño más notable:
- » Te engañé con mis gracias lisonjeras.
- » Fué dolo impío, injuria imperdonable
- » Que mi flor virginal coger pudieras,
- » Mi belleza entregar á un dueño instable;
- » Lo que antes á otros mil negué constante,
- » A ti en don ofrecer, novel amante.

## XLVII

- » Cuenta ése entre mis fraudes, y no leves
- » Penas imponme, por las culpas mías.
- » Parte, pues, sin que un recuerdo lleves
- » Del albergue que tanto amar solías;
- » Pasa el mar, ve á la guerra, donde pruebes
- » Nuestra fe á derrocar que tanto ansías.
- » ¿Nuestra? No mía: creo yo y confío
- » En ti solo, crüel ídolo mío.



## XLVIII

- » Que yo te siga sólo me concede,
- » Gracia que aun no se niega al enemigo;
- » Su presa el robador dejar no puede;
- » Lleva á su preso el vencedor consigo;
- » A tus demás trofeos éste excede:
- » De nueva gloria al campo harás testigo
- » Burlando á quien de ti burlar pensaba,
- » Y señáleme el dedo por tu esclava.

## XLIX

- » Y esta cautiva vil ¿á quién conserva
- » Su cabello, de ti ya despreciado?
- » Le cortaré, y el título de sierva
- » De servil porte vaya acompañado.
- » Te seguiré cuando el furor más hierva
- » Del combate, adonde ande más trabado:
- » Vigor y ánimo tengo que me basta
- » Tu caballo á guiar, á llevar la asta:

## L

- » Tu escudero, si quieres, ó tu escudo
- » Seré; que anhelo sólo defenderte;
- » Mi seno ó cuello pasarán desnudo
- » Las armas dirigidas á ofenderte;
- » Quizás se abstenga el bárbaro más crudo
- » De herirte, por no darme antes la muerte;
- » Su venganza, aunque grata, abandonada
- » Por la beldad, si lo es, menospreciada:

## LI

» ¡Infeliz! Aun presumo, aun tengo en tanto  
» Belleza baladí que nada obtiene... »  
Dijera más; pero brotando el llanto  
Cual rauda manantial su voz detiene.  
Quiere entonces su diestra asir, ó el manto,  
De ruego en ademán: él la previene:  
Se vence y se retira. Halla impedida  
La entrada Amor, el llanto la salida.

## LII

No entra Amor en el pecho en que renueve,  
Pues la razón le heló la antigua hoguera;  
Mas de él en vez la compasión le mueve,  
Que es de Amor, aunque honesta, compañera;  
Y el noble corazón tanto conmueve,  
Que el llanto apenas contener pudiera;  
Mas ese tierno afecto luego enfrena  
Y cuanto puede su actitud serena.

## LIII

Al fin responde: « Armida, pena intensa  
» Me causas. Si pudiese, bien querría  
» Del mal nacido amor tu llama inmensa  
» Extinguir: no te odia el alma mía,  
» Ni pienso yo en venganza ó en ofensa,  
» Ni enemiga ó esclava te tendría.  
» Tu error deploro: moderar no puedes  
» Ya el amor ó ya el odio en que te excedes.



## LIV

- » Mas qué, ¿en el hombre son las culpas raras?
- » Yo tu fe, edad y sexo considero:
- » También yo erré; perdón mis faltas claras
- » Demandan: yo no puedo ser severo.
- » En mis memorias plácidas y caras
- » Tu recuerdo será siempre el primero.
- » Tu campeón seré cuanto ser pueda,
- » Y la guerra, mi honor ó fe no veda.

## LV

- » Mas ¡ay! pongamos fin al desacierto
- » De ambos, y á la vergüenza ya pasada,
- » Y del mundo en este último desierto
- » Su memoria dejemos sepultada.
- » Sólo éste de mis hechos, sea encubierto
- » Doquiera que mi historia sea contada:
- » ¡Ah! que jamás con él se empañe el lustre
- » De tu beldad, valor y sangre ilustre.

## LVI

- » Quédate en paz; yo parto; no me es dado
- » Llevarte; quien me guía me lo impide;
- » Otro camino toma bienhadado
- » Y á la prudencia tus consejos mide. »
- Ella, mientras él habla reposado,
- Turbada, inquieta, á nada se decide:
- Por un rato en él fija su mirada
- Torva, y al fin así prorrumpe airada:

## LVII

- » Ni eres de Sofía hijo, ni nacido  
» De sangre azzía: que la onda insana  
» Del mar te crió, y el Cáucaso aterido,  
» Y amamantó tu infancia tigre hircana.  
» ¿A qué fingir? Ese hombre empedernido  
» Ya ni un indicio da de mente humana.  
» ¿Cambió acaso color? ¿Dió á mi quebranto  
» Un suspiro? ¿Asomó á sus ojos llanto?

## LVIII

- » No sé yo lo que calle y lo que diga;  
» Juró ser mío, y me huye y me abandona.  
» Clemente vencedor, de su enemiga  
» Las ofensas, los crímenes perdona.  
» Oid sus consejos. ¡Qué virtud abriga!  
» ¡Xenócrates, de amor cómo razona!  
» ¡Cielos! ¡Dioses! ¿Sufrís tales malvados  
» Y no sobre ellos fulmináis airados?

## LIX

- » Vete, cruel, al fin, y la paz siente  
» Que á mí me dejas: vete, inicuo, ahora.  
» Pronto, espíritu atroz, sombra inclemente  
» Me tendrás á tu espalda á toda hora:  
» Cuanto te amé, con tea, con serpiente  
» Te afligiré, cual furia vengadora.  
» Si tu destino quiere que navegues  
» De riesgos libre, y al combate llegues;



## LX

» Entre la sangre y muertos expirante  
» Mis penas pagarás, impío guerrero;  
» Repetirás mi nombre, suplicante,  
» Con el postrer suspiro. Oírlo espero. »  
El aliento faltóle en ese instante,  
Y aun el último acento no fué entero.  
Cae mortal. Frío sudor la hiela,  
Y una nube sus claros ojos vela.

## LXI

Sin vista estás, Armida. Avaro el Cielo  
El alivio te niega de tus males;  
Los ojos abre y te dará consuelo  
Ver los de tu enemigo hechos raudales.  
¡Oh! ¡Si le oyeras! Tu doliente anhelo  
De su piedad calmaran las señales.  
Da cuanto puede y no le crés. Al irse,  
De ti en el alma siente despedirse.

## LXII

¿Y qué hará ahora? ¿En la desnuda arena  
Así la dejará que muera ó viva?  
La cortesía y compasión le enfrena;  
Dura necesidad su paso aviva;  
Parte; el céfiro agita la melena  
De aquella que con él por guía iba.  
Vuela el bajel. La playa él fijo mira  
Hasta que ya lejano se retira.

## LXIII

En sí ella vuelta, explora cuanto alcanza  
Su vista, y todo ve desierto y mudo.  
« ¡Y se fué! —dice.—¿En tanta malandanza  
» Aun dudando si vivo partir pudo?  
» Ni un consuelo, ni un punto de tardanza  
» En trance tal me dió el traidor sañudo.  
» ¿Y aun le amo y mis quejas doy al viento  
» Y sin venganza aquí á llorar me sientó?

## LXIV

» No más llanto. ¿Otra armas, otro arte  
» No tengo ya? Te seguiré, perjuero:  
» Cielo ni abismo no podrá ocultarte  
» A mi furia. Ya llego; el pecho duro  
» Te abro, ese corazón para arrancarte,  
» Y en cuartos destrozar tu cuerpo juro.  
» Maestro en crueldad eres; pero quiero  
» Ganarte... mas ¿do me hallo? ¿Qué profiero?

## LXV

» ¡Ay, infeliz Armida! Tú debías  
» Entonces cruel ser con el tirano  
» Cuando era tu cautivo; ora tardías  
» Tus iras son, y tu furor insano.  
» Mas si algo la hermosura y artes mías  
» Pudieren, nó será mi intento vano;  
» Y pues fué mi belleza la ofendida,  
» Déme ella la venganza apetecida.



## LXVI

- » Esta belleza mía premio sea  
» Del que cortare la cabeza odiada.  
» Ved, amantes famosos, quién se emplea  
» En esta empresa ardua, mas honrada.  
» Aunque herencia riquísima posea,  
» Quiero yo misma en galardón ser dada.  
» Si comprarme en tal precio no merezco,  
» Por inútil, belleza, te aborrezco:

## LXVII

- » Triste don, te detesto y juntamente  
» El reinar, el vivir y el ser nacida.  
» De la dulce venganza solamente  
» La esperanza, preciar me hace la vida. »  
Dice así en voz cortada, de ira ardiente,  
Y aquella playa deja, enfurecida,  
Mostrando cuanta rabia el pecho acoja  
Torva en la vista, desgredada y roja.

## LXVIII

Llega á su albergue, y con terrible acento  
A trescientos demonios su voz llama;  
Negro se nubla el aire en el momento;  
Palidece del Sol la eterna llama;  
Sopla, y las sierras estremece el viento;  
Bajo los pies el hondo infierno brama;  
Del palacio en los ámbitos, horrendo  
De aullar, silbar, ladrar, se oye el estruendo.

## LXIX

Sombra más que de noche, en que no luce  
Ni un débil rayo, todo lo circunda;  
Sólo un vago relámpago reluce  
Por entre aquella obscuridad profunda.  
Al fin cesó. La luz el Sol reduce  
Pálida y sin que lejos se difunda.  
No se ve ya el palacio, ni siquiera  
Vestigio de donde antes estuviera.

## LXX

Como denso nublado que obscurece  
Del espacio el azul por un instante,  
Cuando el viento ó el Sol le desvanece,  
Cual sueño va de enfermo delirante,  
Así se fué el alcázar, y aparece  
La horrible roca natural delante.  
En su carro la maga sube pronta,  
Y cual suele, en los aires se remonta.

## LXXI

Pisa las nubes y con raudo vuelo  
Por la región del huracán transita.  
Del aterido polo pasa el hielo  
Y las tierras que ignota gente habita,  
Y de Alcides los términos; el suelo  
De Hesperio y Moro, alto subiendo evita;  
Mas sobre el mar suspenso el vuelo tiene  
Hasta que donde está Soría viene.



## LXXII

A Damasco no va, patria que un día  
Cara le fué; su aspecto hoy la atormenta;  
Mas á la estéril playa el carro guía  
Donde en un lago su castillo asienta.  
Llega; la turba fiel que la servía  
Aparta; en yerma estancia se aposenta;  
Allí en vario pensar su mente gira,  
Mas, al fin, del pudor triunfa la ira.

## LXXIII

Dice: « Iré cuando aun no los estandartes  
» Del Oriente, el Soldán de Egipto mueva,  
» Y cambiaré con mis secretas artes  
» Mi forma en cualquier forma extraña y nueva.  
» Trataré arco y espada. En todas partes  
» A los fuertes sumisa, pondré á prueba  
» Si en algo á mi venganza servir pueden.  
» El honor y el respeto aparte queden.

## LXXIV

» No me acuse (á sí solo culpar debe)  
» Mi tío y guardador que así me expuso;  
» Él mi alma audaz en frágil sexo leve,  
» Primero á oficios indebidos puso;  
» A dama errante me enseñó, y en breve  
» De vergüenza y pudor olvidé el uso.  
» A él se atribuya todo. Él satisfaga  
» Cuanto yo por amor ó enojo haga. »

## LXXV

Así concluye, y damas, caballeros,  
Pajes, caudillos, presurosa aduna,  
Y en trajes, en arneses y en aperos  
El arte emplea y la real fortuna.  
Parte, y sin descansar, días enteros  
Así camina al sol como á la luna,  
Hasta llegar donde la amiga hueste  
Cubre de Gaza la llanura agreste.

FIN DEL CANTO DÉCIMOSEXTO



## CANTO DÉCIMOSÉPTIMO

---

RESEÑA Y PARTIDA DEL EJÉRCITO EGIPCIO,  
AL QUE SE JUNTA ARMIDA;  
ESCUDO DE REYNALDO Y GENEALOGÍA DE LA CASA DE ESTE.

### I

Gaza es ciudad al fin de la Judea,  
En vía que á Pelusio se encamina,  
Junto al mar asentada, y que rodea  
Llano inmenso de suelta arena fina,  
Que como Austro á la onda que golpea,  
Viento que recio sople arremolina,  
Y hace que el peregrino pueda apenas  
Senda hallar en las móviles arenas.

### II

Del rey de Egipto es la ciudad frontera,  
Que hace gran tiempo al turco la ha ganado.  
Viéndola cuán cercana y propia era  
A la empresa en que ahora está ocupado.  
Dejó á Menfis, su corte verdadera,  
Y allí trasladó el trono: allí juntado  
Había de provincias diferentes  
Innumerables haces y potentes.

## III

Dime, Musa, el estado en que se hallaba  
Aquel imperio, y el Soldán guerrero,  
Y entre las muchas gentes que allegaba,  
Quién era siervo-dél, quién compañero,  
Cuándo á guerrear, del Mediodía alzaba  
Pueblos y reyes y el Oriente entero:  
Armas y jefes cuente yo facundo  
Y enseñas que allí junta medio mundo.

## IV

Después que rebelado, independiente  
De Grecia se hizo Egipto, fe mudando,  
De Mahoma, por sangre un descendiente  
Tirano allí se alzó con trono y mando.  
Califa se llamó y perpetuamente  
El sucesor así se ha ido nombrando.  
Así vió el Nilo en largas sucesiones  
Tolomeos y antiguos Faraones.

## V

Ya con el tiempo el reino establecido,  
Tal ensanche y poder tan grande obtiene,  
Que en Asia, Libia y Siria se ha extendido  
Y al marmárico límite y Cirene,  
E internándose más contra el crecido  
Curso del Nilo, avanza sobre Siene:  
De allí sigue al país deshabitado  
De Sabá y del Eufrates celebrado.



## VI

A diestra y á siniestra en sí comprende  
La olorosa marisma y mar sonante.  
Del Eritreo pasa mucho allende  
Hacia donde amanece el sol radiante.  
Grande fuerza es la suya, y más la extiende  
Su actual rey en valor y armas pujante:  
Señor lo hizo la sangre, y más sus partes,  
Experto en reales y en guerreras artes.

## VII

Con turcos y de Persia con la gente  
Sostuvo guerras con fortuna varia:  
Fué vencido y venció, grande y valiente  
Más que en el triunfo, en la ocasión contraria;  
Hoy que ya el peso de armas no consiente  
La edad, la espada deja sanguinaria;  
Mas no abandona su ánimo la guerra,  
Ni la ambición de honores y de tierra;

## VIII

Otros por él guerrean, y aun mantiene  
Tan vigoroso aliento y tan gran seso,  
Que el vastísimo imperio que sostiene,  
No parece á sus años grave peso.  
Los varios reinos de África contiene  
Su nombre; el indio le respeta ileso,  
Y danle otros auxilio voluntario,  
Quién de armas, quién de oro tributario.

## IX

Ese gran rey sus fuerzas ora aduna,  
O más bien, ya reunidas las compone  
Contra el naciente imperio y la fortuna  
Franca que en triunfo incierto se le opone.  
Última llega Armida, aunque oportuna  
Cuando la gran reseña el rey dispone;  
Fuera del muro, en un extenso espacio  
El ejército ante él marcha despacio.

## X

Está en sublime trono, al que se asciende  
Por cien gradas ebúrneas, asentado;  
De plata un cielo arriba dél se extiende;  
Su pie en púrpura y oro está posado;  
Bárbaro y rico manto al hombro pende  
Correspondiente á su imperial estado;  
Blanquísimo cendal torcido forma  
De diadema en su frente extraña forma;

## XI

El cetro empuña. Hace la barba cana  
Severa y venerable su presencia:  
Sus ojos, que aun no apaga edad anciana,  
De su ánimo y vigor dan evidencia;  
Muéstrase en cada acción la soberana  
Majestad de sus años y potencia.  
Quizás Fidias ó Apeles tal semblante  
Dió á Júpiter, mas Júpiter Tonante.



## XII

Tiene á la diestra mano y la siniestra  
Dos sátrapas insignes. El más digno  
Alza la espada en que el rigor se muestra;  
Al otro el sello de su oficio es signo:  
Guarda éste sus secretos y demuestra  
Cómo el gobierno se haga más benigno;  
Manda aquél el ejército, y con plena  
Autoridad, señala al crimen pena.

## XIII

Del trono al pie se agrupa en pelotones  
Guardia fiel de piqueros circasianos.  
Usan coraza y anchos alfanjones  
Curvos, que se manejan á dos manos.  
De lo alto, caballos y peones  
Mira el rey ante sí pasar ufanos,  
Y al llegar á su frente las hileras,  
Ante él rinden las armas y banderas.

## XIV

La marcha el pueblo egipcio viene abriendo  
Con cuatro jefes: dos de la montaña;  
Dos del bajo país que va creciendo  
Del limo que las aguas acompaña:  
El Nilo, alfaques en el mar tendiendo,  
Forma suelo feraz, rica campaña.  
Así creció el Egipto. Adentro hoy puesta  
La que fué al navegante costa expuesta.

## XV

En el tercio primero va la gente  
Que Alejandría habita en fértil llano,  
Y la ribera vuelta al Occidente,  
Donde empieza ya á ser suelo africano.  
Su jefe Araspe es, jefe eminente,  
Más en ingenio que en vigor de mano;  
De emboscadas furtivas gran maestro,  
Y en guerrear á la morisca diestro.

## XVI

Siguen los que á la parte de la Aurora  
En la costa del Asia hacen su asiento;  
A su jefe Aronteo no decora  
Prez ó virtud, mas sólo el nacimiento.  
Aun no gastó la malla cansadora  
Ni del clarín le despertó el acento;  
Mas de cómoda y suave, á dura vida  
Ambición repentina le convida.

## XVII

El tercer escuadrón más bien parece  
Ejército que el campo y playa henchía;  
Créese apenas que Egipto pan ofrece  
A tantos. La ciudad que los envía  
Sola, provincia grande ser merece:  
Mil lenguas en sus muros contenía.  
Del Cairo hablo. Su gente, poco usada  
A las armas, por Campson es mandada.



## XXVIII

Sigue á Gazel la turba que la siega  
En el vecino campo había hecho,  
Con la que mora adonde el río llega  
A su segundo precipio estrecho.  
En pos la plebe á quien guardar se niega  
La frente en yelmo y en coraza el pecho,  
Con sólo arcos y espadas; mas vestidos  
Ricos, en el despojo apetecidos.

## XIX

Con Alarcón la tribu despreciable,  
Desnuda y casi inerte, de la Barca,  
Que gran tiempo su vida miserable  
Alimentó robando la comarca.  
Menos mala, aunque inepta y poco estable,  
Su gente de Zumara guía el monarca,  
Y el de Trípoli luego: ambos mañeros  
Y en guerra irregular buenos guerreros.

## XX

Síguense los dichosos moradores  
De la Arabia Feliz y la Petrea,  
Que no sienten de fríos ni calores  
Excesos, si á la fama es bien se crea,  
Donde nace el incienso y los olores;  
Donde el Fénix renace, que la tea  
A sí mismo aplicando, halla en un punto  
Entierro y nuevo nacimiento junto.

## XXI

Eran, si menos ricos en vestido,  
A los de Egipto en armas semejantes.  
Otros árabes pasan que no han sido  
En habitar algún lugar constantes:  
Siempre en móviles tiendas han vivido  
Que transportan de un punto al otro, errantes;  
Femenil la voz tienen y estatura,  
Largo y negro cabello y faz oscura.

## XXII

De luengas cañas de Indias van armados.  
Con aceradas puntas, en bridones  
Que de aquilón diríanse llevados,  
Si hubiera tan veloces aquilones.  
Por Sífaces los unos son mandados,  
Forman otros de Aldín los escuadrones;  
Guía el resto Albiazar, malvado y fiero,  
Homicida, ladrón, no caballero.

## XXIII

La turba sigue que dejado había  
Las islas que de Arabia el mar circunda,  
Y que, pescando, recoger solía  
La concha en perlas nítidas fecunda.  
Los negros luego que la costa envía  
Que á mano izquierda el Eritreo inunda.  
Agricalte unos, otros manda Osmida,  
Que de honra, de fe ó leyes no se cuida.



## XXIV

De Meroe los etiopes después vienen,  
Isla que forma el Nilo por un lado;  
A otro Astróbora baña. Se contienen  
Tres reinos en su giro dilatado;  
Canario y Asimiro el mando obtienen  
De dos. Ambos de Islam la fe han jurado  
Y al Califa tributan. El tercero  
No viene, que al Dios sirve verdadero.

## XXV

Traen dos feudatarios en seguida  
Gran golpe de flecheros á esta guerra;  
Uno es sultán de Ormuz, isla ceñida  
Del golfo persa, noble y bella tierra.  
El otro de Boecán, también florida  
Isla hecha, si la alta mar la encierra;  
Mas que en el flujo bajo en seco queda  
Tanto, que á pie llegar á ella se pueda.

## XXVI

Ni á ti, Altamoro, bajo el caro techo  
Detener pudo tu consorte amada:  
Lloró, mesó el cabello, hirió su pecho  
Por estorbarte la fatal jornada.  
« Cruel—decía—; ¿más que el casto lecho  
» Y mi vista, el horrible mar te agrada?  
» ¿Las armas te serán peso más grato  
» Que nuestro caro hijuelo, tu retrato? »

## XXVII

Es rey de Samarcanda. La corona  
Libre, lo menos es de su grandeza:  
En armas diestro, apuesto en la persona,  
Todo en él es valor y gentileza.  
El franco sentirá cual la pregon  
La fama, largo tiempo su braveza.  
Lleva su gente al pecho la coraza,  
La espada al cinto, en el arzón la maza.

## XXVIII

De la India Oriental, donde remota  
Vive la Aurora, viene Adrasto fiero;  
Cubre su busto, en vez de férrea cota,  
De un dragón verde y negro el recio cuero;  
De un monstruoso elefante el flanco azota.  
Cuyos lomos oprime caballero;  
De este lado del Ganges es su gente  
Que se baña en el indio mar potente.

## XXIX

Lo que sigue es la flor de la milicia  
De aquel gran rey, guerreros elegidos  
A quienes honra, premia y acaricia,  
Y en paz y en guerra tiene distinguidos.  
Por sus bríos, lealtad, fuerza y pericia:  
Montan nobles corceles escogidos,  
Y los purpúreos mantos y armas lucen  
En que el acero y oro al par relucen.



## XXX

El cruel Alarco, el táctico Odemaro  
Vienen con Idraorte valeroso,  
Y Rimedón, que por su audacia claro,  
Desprecia hombres y muerte jactancioso.  
Tigran, Rapaldo, el gran corsario avaro  
Que el mar domina, Ormondo, y el famoso  
Marlabusto, el Arábigo nombrado  
Porque árabes rebeldes ha domado.

## XXXI

Allí Orindo, Arimón, Pirga, Brimarte,  
Tomador de ciudades, y Suifante,  
Diestro en domar caballos y en el arte  
De la lucha maestro, Aridamante  
Y Tisaferno, aquel rayo de Marte  
A quien nadie á igualar fuera bastante,  
Ya á pie combata, ya la silla oprima,  
Ya lanzas corra, ya la espada esgrima.

## XXXII

Mándalos un armenio, que arrastrado  
Fué de la santa fe, á la engañadora  
De Islam, mancebo aún. Era llamado  
Clemente, y Emirén se nombra ahora:  
Leal por lo demás, del rey amado  
Más que algún otro que en su corte mora,  
Jefe á un tiempo y soldado, reunía  
Gran corazón, prudencia y valentía.

## XXXIII

Nadie ya falta. De improviso Armida  
Con su hueste, en la muestra se presenta;  
Arco y aljaba lleva; alto ceñida  
La túnica; en sublime carro asienta;  
A su belleza natural unida  
La cólera que ha poco el pecho alienta,  
Vigor le da. La linda y cruda maga  
Quiere espantar, y amenazando halaga.

## XXXIV

Semeja el carro al en que nace el día,  
De piropo y jacintos reluciente,  
Y el entendido auriga frena y guía  
De unicornios dos pares, diestramente.  
Cien doncellas, cien pajes conducía,  
Arqueros de gallardo continente,  
Que en caballos cual nieve van montados,  
Ágiles, bien regidos y alentados.

## XXXV

Su tropa sigue, de Aradín al mando,  
Que alzó en Soría de Idraote el celo.  
Como recién nacido el Fénix cuando  
Sus etíopes á ver dirige el vuelo,  
Y el galano plumaje va ostentando  
En collar y en penacho por el cielo,  
Asombra al mundo; en pos y en torno gira  
La alada turba, que le ve y admira;



## XXXVI

Así Armida pasó, maravillosa  
En su traje, maneras ó semblante.  
Alma tan inhumana y desdeñosa  
De amor, no hay que no se rinda amante.  
Apenas vista, grave y cuidadosa  
Puede á tantos preñar en un instante;  
¿Que será si depuesto el duro ceño  
Toma dulce mirar, rostro halagüeño?

## XXXVII

Cuando ella hubo pasado, el rey dispone  
Que ante el trono Emirén se le presente;  
Darle el supremo mando se propone  
Y hacerlo sobre todos eminente.  
Esperando que el rey le galardone  
Acude él con erguida, altiva frente;  
La guardia circasiana en dos se hiende  
Al trono abriendo paso, y él asciende;

## XXXVIII

Dobla frente y rodilla, y lleva luego  
La diestra al pecho. El rey á hablar empieza:  
« He aquí este cetro; á ti, Emirén, entrego  
» Mis gentes; de ellas sé por mí cabeza.  
» Librar al rey sitiado en ti delego  
» Y del franco humillar la avilanteza;  
» Llega, ve y vence: no quede un vencido:  
» El que no muera, preso sea traído. »

## XXXIX

Así el tirano habló; del soberano  
Mando tomó el bastón el caballero:  
» Recíbolo, señor, de invicta mano—  
» Dijo—; en tu auspicio confiado espero  
» Que el Asia he de vengar del vil cristiano.  
» Pues de tus jefes me haces el primero,  
» No volveré si no es con la victoria:  
» Si soy vencido, moriré con gloria.

## XL

» Al Cielo pido que si está dispuesto  
» Que mal—lo que no creo—nos suceda,  
» Sobre mí solo, á todo riesgo puesto,  
» Que su cólera caiga me conceda,  
» Y el ejército salvo, no funesto,  
» Fausto más bien mi fin llamarse pueda. »  
Dice, y se alzan del pueblo los acentos  
Con gran fragor de extraños instrumentos.

## XLI

Entre la grita y ruido que no cesa,  
Con sus nobles, el rey de reyes parte;  
Al pabellón llegados, rica mesa  
A los grandes acoge. El rey aparte  
Cuánto ama á cada cual cortés expresa,  
Y manjares y honores les reparte.  
Armida ve cuánto á sus trazas presta  
Oportuna ocasión la alegre fiesta.



## XLII

Levantadas las mesas, ella viendo  
Que su hechicero rostro todos miran,  
Y en no equívocos signos conociendo  
Que su dulce veneno ya respiran,  
Se alza, y al rey los ojos dirigiendo  
En que orgullo y temor juntos transpiran,  
Cuanto puede magnánima y airada  
Mostrándose en el rostro y la mirada,

## XLIII

Dice: «Supremo rey, también yo vengo  
» Donde fe y patria á combatir me llama.  
» Hembra soy; mas real hembra, y sostengo  
» Que á la que es reina el guerrear no infama;  
» Reinan queriendo, artes reales tengo;  
» Que espada ha de esgrimir quien cetro ama.  
» Sabrá la mía, que no huelga inerte,  
» Herir, y dar con sus heridas muerte.

## XLIV

» No pienses que hoy es la ocasión primera  
» Que así de alta ambición soy impulsada,  
» Por tu imperio y la fe, de igual manera  
» A pelear ya de antes avezada;  
» Recodar debes, si otra vez yo hiciera  
» En pro tuya una hazaña señalada,  
» Que fué que de los héroes primeros  
» De la cruz, muchos hice prisioneros;

## XLV

- » Presos, con guarda que juzgué segura,
- » A ti los remití cual don precioso,
- » Y aun se hallarían en prisión obscura
- » Guardados con cuidado riguroso,
- » Y más cierto estuvieras por ventura
- » De recobrar, triunfando, tu reposo,
- » Si aquel feroz Reynaldo no venciera
- » La fuerte escolta, y libertad les diera.

## XLVI

- » Quién Reynaldo es se sabe, y lo que cuenta
- » Dél la fama que á todo el mundo alcanza;
- » El autor despiadado es de mi afrenta
- » De que aun con mengua estoy y sin venganza.
- » Esto, de pelear mi anhelo aumenta
- » Y me hace insoportable la tardanza.
- » Cuál es mi agravio ahora no refiero;
- » Esto baste saber: venganza quiero,

## XLVII

- » Y la he de perseguir. No siempre en vano
- » Rasgan las flechas el tranquilo ambiente,
- » Sino el Cielo tal vez con justa mano
- » Las endereza al pecho delincuente.
- » Mas si hay quien de aquel bárbaro inhumano
- » La execrada cabeza me presente,
- » Esta venganza de otro yo aceptara,
- » Aunque mía más noble la estimara.



## XLVIII

- » Gustosa, al vencedor concedería
- » El don mayor que de mi arbitrio pende:
- » Con un tesoro en dote me tendría
- » Por esposa, si á dicha lo pretende:
- » Sobre ello empeño la palabra mía,
- » Y al Cielo juro, donde más se extiende;
- » Si, pues, el galardón á alguno obliga
- » Al riesgo, luego muéstrese y lo diga. »

## XLIX

- Mientras de esa manera Armida hablaba,  
Contemplábala Adrasto codicioso:
- » No quiera Dios que tu arco ni tu aljaba
  - » Uses—dice—en el bárbaro alevoso.
  - » Para el vil que tus gracias insultaba
  - » Fuera tu golpe por demás honroso.
  - » Si ministro á tus iras ser merezco,
  - » Su cabeza execrada en don te ofrezco.

## L

- » El corazón le arrancaré; alimento
  - » Dará su cuerpo á buitres carniceros. »
- Dijo así Adrasto con terrible acento.  
No sufre Tisaferno aquellos fieros.
- » ¿Quién eres—dice—tú que ese ardimiento
  - » Muestras, presente el rey y sus guerreros?
  - » Aquí hay quizás quien dome esa arrogancia
  - » Con hechos, sin hablar con tal jactancia. »

## LI

Responde el indio bravo: « Soy quien raras  
» Palabras tiene, y prontas las acciones;  
» Y si en otro lugar así me hablaras,  
» Dicho hubieras tus últimas razones. »  
Siguiera; pero el rey, con muestras claras  
De enojo, acalla entrambos campeones  
Y á Armida vuelto, dice: « Dama hermosa,  
» Varonil alma tienes y animosa,

## LII

» Y bien mereces que en tu obsequio enfrenen  
» Uno y otro su cólera violenta,  
» Y que, como tus voces les ordenen,  
» Contra el follón la vuelvan que te afrenta:  
» Más bien así la empleen; campo tienen  
» Do muestren el valor que á ambos alienta. »  
Calló, y hacen los dos promesa nueva  
De que en vengarla se pondrán á prueba.

## LIII

Ni ellos solos; mas todo el que alardea  
De pujanza, destreza y valentía,  
Vengarla jura intrépido, y desea  
Ser quien le ofrezca la cabeza impía.  
Tanta saña, arma tanta, á la pelea  
Mueve ella contra aquel que adoró un día:  
Él en tanto la orilla del mar deja  
Y navegando próspero se aleja.



## LIV

Los rumbos mismos que al venir trajera,  
Al volver la barquilla va tomando,  
Y el viento que gozó la vez primera  
No menos sopla favorable y blando.  
El del polo, ó las osas, ó en la esfera  
Las brillantes estrellas va mirando  
En las noches serenas. Ríos, montes  
Ve de día en los vastos horizontes.

## LV

Del campo la labor, la varia usanza  
Nota en cada región de extraña gente.  
Por las saladas ondas tanto avanza,  
Que mira el cuarto sol en el Oriente;  
Y cuando ya su ocaso aquél alcanza,  
Tierra la nave toma finalmente.  
La dama entonces dice: « A Palestina  
» Llegaste: nuestro viaje aquí termina. »

## LVI

Los tres guerreros en la playa deja  
Y en el instante mismo desaparece;  
Llega en tanto la noche que empareja  
Las más diversas cosas y obscurece.  
A ellos ni muros, ni una humilde teja  
En el vasto arenal les aparece,  
Ni huella de hombre ó bruto, ni vereda  
Que su camino demostrarles pueda.

## LVII

Suspensos algún tanto, se aperciben  
A marchar, y la espalda al mar voltean.  
A poco andar, lejano algo perciben  
En que dudosos rayos centellean  
De oro y plata, que mueren y reviven  
Y la nocturna obscuridad clarean.  
Al luminoso punto se avecinan  
Y qué sea el fulgor presto adivinan.

## LVIII

Colgada á un grueso tronco una armadura  
Ven, que la luna hiere intermitente,  
Y brilla más que estrella en noche oscura  
Con oro y pedrería, refulgente.  
En el escudo muestra la luz pura  
Mil figuras en orden, claramente.  
De allí cerca un anciano se levanta  
Que en guardia está, y hacia ellos se adelanta.

## LIX

De ambos guerreros fué reconocido  
Del sabio amigo el rostro venerable.  
Cuando hubo el saludo recibido  
Al que correspondió cortés y amable,  
Al mancebo que mudo, sorprendido,  
Le contemplaba, dijo en tono afable:  
« A ti sólo, señor, aquí esperaba  
» Y en esta soledad te deseaba:



## LX

- » Tu amigo soy, si no lo sabes. Cuánto
- » De ti he cuidado, éstos podrán decirte,
- » Que instruí á que vencieran el encanto
- » Con que intentó el Infierno destruirte.
- » Mis voces oye, opuestas á aquel canto
- » De las falsas sirenas, en la Sirte;
- » No te enojen: escúchalas benigno
- » Mientras te habla maestro muy más digno.

## LXI

- » No á la sombra, señor, en muelle prado,
- » Entre fuentes y flores y belleza,
- » Sino en áspera cima está elevado
- » Nuestro bien, la virtud y su grandeza.
- » Quien no suda y se hiela y apartado
- » Va del placer, jamás llega á su alteza.
- » ¿De esa cumbre vivir querrás lejano
- » Cual águila sublime en bajo llano?

## LXII

- » Si Natura elevó tu frente al cielo;
- » Si generoso espíritu te anima,
- » Es para que alto mires, y tu anhelo
- » Las obras sean que virtud sublima.
- » Fuertes bríos te dió, valor y celo,
- » No que en alarde vil al pueblo oprima
- » Ni á que torpes deseos saciar prueben
- » Que la sana razón y honor reprueben;

## LXIII

- » Mas que tú alma, fuerte con su ayuda,
- » Venza á sus adversarios exteriores
- » Y á reprimir con más vigor acuda
- » Los vicios, enemigos interiores.
- » Nunca su fuerza el sabio emplear duda
- » En domeñar sus ímpetus y errores
- » Y en gobernarse, y como el caso exija,
- » Ya el ánimo refrena, ya lo aguija. »

## LXIV

Hablaba así, y Reynaldo atento oía  
Del sabio el razonar alto y prudente;  
Guardaba sus palabras, y tenía  
Fija la vista en tierra humildemente.  
Su pensamiento el viejo conocía,  
Y añadió: « Hijo mío, alza la frente,  
» Y á ese escudo los ojos dirigiendo,  
» De tus mayores vé los hechos viendo.

## LXV

- » De ellos la antigua fama reseñada
- » En este áspero yermo se te muestra:
- » En pos la tuya quede reservada
- » A esta de gloria espléndida palestra;
- » Alto, alto, aliento cobra; á tu alma osada
- » Aguije lo que aquí pinte mi diestra »,
- Dice; mira el doncel como en espejo
- Lo que en el terso escudo pinta el viejo.



## LXVI

En breve disco milagrosa ciencia  
Bajo mil formas á su vista ofrece  
De Azio la augusta clara descendencia  
Que en larga serie nunca descaece.  
Comenzó en Roma antigua su existencia,  
Y siempre ilustre y pura permanece;  
El laurel á los príncipes corona,  
Y el anciano su prez y hechos menciona.

## LXVII

Muestra á Cayo. El imperio era ya presa  
Decadente, de bárbaras naciones:  
Al pueblo rige á quien el yugo pesa,  
Alza el primero de Este los blasones,  
Y á la gente de extraña fuerza opresa,  
Abrigo dan sus ínclitos pendones.  
Luego, cuando, llamado por Honorio,  
De nuevo el godo invade el territorio,

## LXVIII

Y más parece que la ardiente hoguera  
De la barbarie á Italia toda abrase,  
Y que ya Roma, esclava y prisionera,  
Tema arruinada verse hasta en su base,  
Muestra que Aurelia libre mantuviera  
Al pueblo que con él las armas ase,  
Y que Foresto opone su pujanza  
Al feroz huno que del Norte avanza.

## LXIX

Bien de Atila se ve el atroz semblante  
De dragón con los ojos encendidos,  
Y á un can rabioso en gesto semejante,  
Parece aullar y oírse sus ladridos.  
Vencido luego en duelo el arrogante,  
Refugiarse en los haces más fornidos,  
Y á la defensa de Aquilea ir presto  
El Héctor de la Italia, el buen Foresto.

## LXX

Vese después su muerte. Su destino,  
Destino es de la patria, y que le herede  
De grande padre el gran hijo Acarino  
Que al italiano honor campeón sucede.  
No á los hunos, al hado, el buen Altino  
A más quieta región pasando, cede.  
En el valle del Po mil casas une  
Que, antes dispersas, en ciudad reune.

## LXXI

Del río contra el gran curso violento  
Le da defensas, y ella se alza hermosa,  
Para en futuros siglos ser asiento  
De Este á la progeie generosa.  
A los alanos vence, y fin sangriento  
Contra Odoacro encuentra en lid honrosa.  
Por Italia murió. Tan noble muerte  
Le asocia al padre en su gloriosa suerte.



## LXXII

Con él cayó Aforisio. Muestra el viejo  
A Azón en el destierro y á su hermano:  
Vuelven con armas ambos y consejo,  
Después de opreso el hérulo tirano.  
Muere, de flecha herido el entrecejo,  
De Este el Epaminondas, que al tebano  
No cede. Alegre muere, pues ver pudo  
De Totila el caer, salvo su escudo.

## LXXIII

De Bonifacio hablo. Aún pequeño  
Valeriano, igualar al padre trata;  
Y ya varón, ya de sus fuerzas dueño,  
Las góticas legiones desbarata.  
Cerca está Ernesto con terrible ceño,  
Que al esclavón sus triunfos arrebató;  
Mas antes que él el ínclito Aldoardo  
De Monselce excluía al rey lombardo.

## LXXIV

Ve á Enrico y Berenguer. Doquiera ondea  
Del gran Carlos Augusto el estandarte,  
Allí el primero se halla en la pelea,  
Soldado ó capitán, rayo de Marte;  
Y Ludovico, á quien aquél emplea  
Contra el sobrino, rey de Italia en parte,  
Al cual vencer y aprisionar consigue.  
Otón con cinco hijos luego sigue.

## LXXV

Allí Almerico está, que fué creado  
Marqués de la ciudad del Po señora;  
Devoto al cielo mira y extasiado;  
Fué su mano de iglesias fundadora.  
Enfrente Azón segundo está pintado,  
Que á Berenguer con diestra triunfadora  
Venció tras largo combatir alterno,  
Y de Italia, por fin, tuvo el gobierno.

## LXXVI

Alberto, su hijo, en alemana tierra  
Por su valor á Otón tan bien aplace,  
Los daneses venciendo en justa guerra,  
Que le compra por yerno en rico enlace.  
Hugo viene detrás, que á Roma aterra;  
Sus cuernos rompe, su poder deshace,  
Y de Italia después marqués se llama,  
Y la Toscana por señor le aclama.

## LXXVII

Luego Teobaldo y Bonifacio vienen;  
Su Beatriz al último acompaña.  
Hijo varón que herede éstos no tienen  
A tan gran padre en sucesión tamaña.  
Sigue Matilde, en quien lugar obtienen  
Prendas que el sexo ó número no empaña;  
Pues valerosa dama es y prudente,  
Sobre cetros y tronos eminente.



## LXXVIII

Viril ánimo muestra el rostro altivo,  
Valor firme en sus ojos resplandece,  
Derrota á los normandos; fugitivo  
Guiscard, su antigua gloria le fallece;  
Al cuarto Enrico vence; en donativo  
Al templo el imperial pendón ofrece,  
Y al sucesor de Pedro soberano  
Repone en el excelso Vaticano.

## LXXIX

Azón quinto, á quien ella ilustra y ama,  
Está á su lado puesto y la secunda;  
Mas de Azón cuarto en más dichosa rama  
La prole germinaba alma y fecunda:  
A la Alemania va, donde le llama  
Güelfo, su hijo habido en Cunigunda;  
Y el vástago romano bienhadado  
Es de Baviera al campo transplantado.

## LXXX

Allí un gran ramo de Este savia nueva  
De Güelfo al árbol da, ya macilento:  
En sus Güelfos se ve cómo renueva  
Las coronas y cetros, y contento  
Y del Cielo ayudado, ora se eleva,  
Erguido y libre, al alto firmamento.  
Con él confina, con su altura asombra  
Y á Alemania en gran parte da su sombra.

## LXXXI

En sus ramas de Italia, florecía  
Con no menos vigor la nueva planta.  
Bertoldo al par de Güelfo allí se erguía  
Y el sexto Azón sus glorias abrillanta.  
De héroes larga serie parecía  
Que del metal, viviente se levanta.  
A Reynaldo de honor el fuego anima  
Al ver que así su estirpe se sublima.

## LXXXII

Emulación de la virtud divina  
En su alma conmovida se despierta,  
Y, delirante, ver ya se imagina  
Ciudad rendida, gente herida y muerta;  
Y combate y victoria, y sangre y ruina,  
Todo presente como en vista cierta,  
Y presuroso se arma. En esperanza  
Ya la victoria usurpa, ya la alcanza.

## LXXXIII

Carlos, que antes del príncipe heredero  
De Dinamarca le contó la muerte,  
Le entrega ahora el reservado acero.  
« Tómale—dice—con propicia suerte;  
» En pro sólo del numen verdadero  
» Úsale justo y pío cuanto fuerte:  
» Venga á quien dueño dél anterior era  
» Y así te honró: gran bien de ti se espera. »



## LXXXIV

Él responde al guerrero: « El Cielo haga  
» Que la mano á quien arma tal se fía,  
» Con ella, como debe, satisfaga  
» A cuanto el dueño antiguo merecía. »  
Carlos del juvenil ardor se paga  
Y le da gracias lleno de alegría:  
Sus palabras el sabio anciano acorta  
Y al nocturno camino los exhorta.

## LXXXV

« Tiempo es—decía—que la marcha emprendas:  
» Tu llegada Gofredo espera ansioso;  
» Partamos, pues; á las cristianas tiendas  
» Guiaré vuestros pasos cuidadoso. »  
Diciendo, al carro sube; ase las riendas,  
Síguenle ellos, y parte presuroso;  
Los briosos caballos diestro rige,  
Y veloz al Oriente se dirige.

## LXXXVI

Callados iban por la noche obscura,  
Cuando, vuelto al doncel, dice el anciano:  
« Tu altiva estirpe viste en la pintura  
» Con sus ramas y el tronco más lejano:  
» Aunque á él desde nuevo su ventura  
» Héroës le hizo producir lozano,  
» Aun no está ni estará jamás cansado,  
» Ni la vejez sus fuerzas ha agotado.

## LXXXVII

- » ¡Oh! Si como saqué del seno oscuro
- » De antigua edad tus nobles ascendientes,
- » Pudiera, penetrando en lo futuro,
- » Hacerte ver tus claros descendientes,
- » Y antes que nazcan al ambiente puro
- » Del mundo, señalártelos presentes,
- » ¡Cuántos verías héroes inmortales
- » En número y honor á éstos iguales!

## LXXXVIII

- » Mas de lo porvenir el arte mía
- » La verdad, aun oculta, á ver no acierta
- » Sino indecisa, en dudas y sombría,
- » Cual lejana, entre nieblas, luz incierta;
- » Ni por seguro darte es osadía
- » Lo que sé de ella, como cosa cierta;
- » Que de alguno lo supe que sin velo
- » Los arcanos tal vez mira del Cielo.

## LXXXIX

- » Lo que á él reveló la luz divina
- » Y él á mí confió sólo predigo:
- » Jamás de griega, bárbara ó latina
- » Prosapia, siglo alguno fué testigo
- » Que tantos héroes dió, cuantos destina
- » De tu raza á nacer el Cielo amigo,
- » Que la gloria igualar podrán más alta
- » Que á Esparta y á Cartago y Roma exalta.



## XC

- » Entre todos Alfonso es elegido
- » Primero en la virtud, segundo en nombre;
- » Hallará al mundo viejo y corrompido
- » En que apenas se vea un grande hombre;
- » Será tal, que jamás sea excedido
- » Ni en la paz ni en la guerra su renombre;
- » Y ya la espada ciña ó la diadema,
- » A su estirpe dará gloria suprema.

## XCI

- » Desde niño, en imágenes guerreras
- » De su valor sublime dará muestra;
- » En las selvas terror será á las fieras;
- » Llevará el primer premio en la palestra;
- » Y más tarde en las lides verdaderas
- » Gloriosas palmas ganará su diestra,
- » Y ceñirán sus sienes victoriosas
- » Ya la encina y laurel, ya el mirto y rosas.

## XCII

- » De su madura edad dignos cuidados
- » Serán fundar la paz, dicha y reposo
- » En sus pueblos felices, sosegados
- » Entre armas de vecino poderoso.
- » Los artistas é ingenios ver honrados
- » En fiestas y en certamen generoso,
- » Pena y premio pesar en fiel balanza,
- » Y ante ver cuanto humano genio alcanza.

## XCIII

» ¡Oh! Si un día á afrontar la impía gente  
» Que infestará las tierras y los mares  
» Y en afrentosa paz, míseramente,  
» Tendrá sujeto el pueblo á sus aduares,  
» Fuese, alzaría los templos reverente  
» Que el bárbaro arrasara y los altares.  
» Justa venganza tomaría y perfecta  
» Del gran tirano y de su inicua secta.

## XCIV

» Con huestes mil se le opondría en vano,  
» De un lado el turco, de otro lado el moro,  
» Que llevara al Eufrates y al lejano  
» Nevado Tauro cual veloz meteoro,  
» Y al país do jamás cesa el verano,  
» La cruz, la águila blanca y lirios de oro;  
» Y para bautizar las negras frentes  
» Del Nilo hallara las ignotas fuentes. »

## XCV

Decía así el anciano, y le escuchaba,  
Lleno de gozo, el ínclito mancebo,  
Que la futura prole imaginaba  
Y sentía placer secreto y nuevo.  
La alba en tanto el Oriente ya aclaraba  
Alegre precediendo al rubio Febo,  
Y ya sobre las tiendas se veían  
Las flámulas que al viento se mecían.



## XCVI

Dice entonces el sabio á los guerreros:  
« Veis que el Sol en Oriente ha ya apuntado,  
» Y os descubren sus rayos placenteros  
» Las tiendas, la ciudad, llano y collado.  
» Libres de riesgo estáis; que por senderos  
» Ocultos os condujo mi cuidado:  
» Sin guía andar podéis lo que aun os queda,  
» Y á mí más acercarme se me veda. »

## XCVII

Dicho esto, atrás se vuelve. Su camino  
Siguen los caballeros, hoy peones:  
Contra el naciente rayo matutino  
Van hacia los cristianos pabellones.  
La fama anuncia al campo el repentino  
Arribo de los tres fuertes varones;  
A encontrarlos Gofredo en el momento  
Sale, dejando el soberano asiento.

FIN DEL CANTO DÉCIMOSÉPTIMO

## XCIII

» ¡Oh! Si un día á afrontar la impía gente  
» Que infestará las tierras y los mares  
» Y en afrentosa paz, miseramente,  
» Tendrá sujeto el pueblo á sus aduare,  
» Fuese, alzaría los templos reverente  
» Que el bárbaro arrasara y los altares.  
» Justa venganza tomaría y perfecta  
» Del gran tirano y de su inicua secta.

## XCIV

» Con huestes mil se le opondría en vano,  
» De un lado el turco, de otro lado el moro,  
» Que llevara al Eufrates y al lejano  
» Nevado Tauro cual veloz meteoro,  
» Y al país do jamás cesa el verano,  
» La cruz, la águila blanca y lirios de oro;  
» Y para bautizar las negras frentes  
» Del Nilo hallara las ignotas fuentes. »

## XCV

Decía así el anciano, y le escuchaba,  
Lleno de gozo, el ínclito mancebo,  
Que la futura prole imaginaba  
Y sentía placer secreto y nuevo.  
La alba en tanto el Oriente ya aclaraba  
Alegre precediendo al rubio Febo,  
Y ya sobre las tiendas se veían  
Las flámulas que al viento se mecían.



## XCVI

Dice entonces el sabio á los guerreros:  
« Veis que el Sol en Oriente ha ya apuntado,  
» Y os descubren sus rayos placenteros  
» Las tiendas, la ciudad, llano y collado.  
» Libres de riesgo estáis; que por senderos  
» Ocultos os condujo mi cuidado:  
» Sin guía andar podéis lo que aun os queda,  
» Y á mí más acercarme se me veda. »

## XCVII

Dicho esto, atrás se vuelve. Su camino  
Siguen los caballeros, hoy peones:  
Contra el naciente rayo matutino  
Van hacia los cristianos pabellones.  
La fama anuncia al campo el repentino  
Arribo de los tres fuertes varones;  
A encontrarlos Gofredo en el momento  
Sale, dejando el soberano asiento.

FIN DEL CANTO DÉCIMOSÉPTIMO





## CANTO DÉCIMOCTAVO

---

DESBARATADOS POR REYNALDO LOS ENCANTOS DE LA SELVA  
Y RECONSTRUIDAS LAS MÁQUINAS MURALES,  
RENUEVAN LOS CRISTIANOS EL ASALTO Y ENTRAN EN JERUSALEM.

### I

Donde Gofredo está Reynaldo llega  
Y dícele: « Señor, culpable he sido;  
» Mas si á un hombre mató mi furia ciega,  
» Celo fué de mi honor que vi ofendido.  
» Mi mente desde entonces no sosiega,  
» Y hoy pesaroso vengo, arrepentido,  
» Dispuesto á dar de todo enmienda plena  
» Y á sufrir la que juzgues justa pena. »

### II

A él que se humilla, abraza con extremos  
De alegría Gofredo, y dice afable:  
« Toda memoria triste ora dejemos:  
» Cubra el pasado velo impenetrable;  
» Por enmienda, de ti sólo queremos  
» Que una hazaña acometas memorable,  
» Daño al moro, á nosotros beneficio,  
» Venciendo de la selva el maleficio.

## III

» La antigua selva que antes nos dió tantos  
» Materiales de máquina guerrera,  
» Sea cual fuere la causa, ora de encantos  
» Es secreta y temible madriguera.  
» Ni un leño cortar dejan sus espantos,  
» Y en vano la ciudad batir se espera  
» Sin máquinas. Lo que otros han temido,  
» Por tu valor creemos ver vencido. »

## IV

Dijo así, y el doncel presto se ofrece  
Con breve hablar, al riesgo y la fatiga;  
Mas de su audaz talante bien parece  
Que mucho más hará de lo que diga.  
Plácido, luego á todos agradece  
La acogida cordial, grata y amiga;  
Güelfo y Tancredo con lo más granado  
Del ejército, en tanto habían llegado.

## V

De su amistad con muestras singulares  
El distingue á los jefes superiores,  
Y en modos cortésmente populares  
Grata hace su llegada á los menores.  
No más gozosos gritos militares  
Le acogieran, ni más altos loores,  
Si vencedor de Oriente y Mediodía  
Triunfara en carro de oro y pedrería.



## VI

Así á su albergue va. Los que prefiere  
De sus amigos siéntanse á su lado,  
Y mucho les responde, mucho inquiere  
De la guerra y del bosque malhadado.  
Cuando ya solo, retirarse quiere,  
Dícele el ermitaño venerado:  
« Grandes cosas, señor, largo camino  
» Acabaste, ¡admirable peregrino!

## VII

» ¡Cuánto debes al santo Rey de reyes  
» Que del encanto te libró maligno!  
» Extraviado cordero entre sus greyes,  
» A su redil te encaminó benigno,  
» Y ejecutor segundo de sus leyes  
» Por la voz de Bullón te juzgó digno:  
» Pero no debe ser que aún profano  
» A su gran ministerio armes la mano.

## VIII

» Que el negro horror del apestado mundo  
» Y la carne te tienen de tal arte,  
» Que el Nilo, el Ganges y aun el mar profundo  
» El alma no bastaran á limpiarte.  
» Sólo el Cielo cuanto hay en ti de inmundo  
» Puede quitar: á él debes humillarte;  
» Pedir perdón, tus culpas confesando,  
» Y con llanto y dolor rogar orando. »

## IX

Así dice. Él se duele interiormente  
De su loca soberbia y sus amores.  
Luego de hinojos, triste y reverente,  
De su edad tierna dice los errores:  
Le absuelve el sacerdote santamente  
Y le dice: « Del día á los albores,  
» Sube devoto á orar en la colina  
» Que hacia el naciente sol su frente empina.

## X

» De allí irás á la selva, donde estragos  
» Hacen tantos vestiglos mentirosos:  
» Vencerás (lo sé bien) monstruos y endriagos  
» Si no cedes á errores engañosos.  
» Ni llantos, ni de cantos los halagos,  
» Ni con dulce reir rostros hermosos,  
» Ni el tierno hablar perturben tu sosiego;  
» Y la ilusión desprecia y falaz ruego. »

## XI

Así aconseja, y el doncel se apresta  
Deseando y esperando, á la alta hazaña:  
Día y noche medita, y manifiesta  
Ansia de que el sol luzca en la montaña:  
Ciñe las claras armas, sobrevesta  
Vístese de color nueva y extraña;  
Solo, callando, á pie, con paso lento,  
Los compañeros deja y campamento.



## XII

Era la hora en que el nocturno velo  
Aun del todo no alzaba el claro día.  
En Oriente rosado estaba el cielo  
Y alguna estrella en él aun lucía,  
Cuando iba al Olivete, y en su anhelo  
La vista alzada en torno dirigía,  
Y nocturnas á un tiempo y matutinas  
Bellezas vía eternas y divinas.

## XIII

Y para sí pensaba: « ¡Cuántas bellas  
» Luces el templo celestial aduna!  
» Del día el carro inmenso; áureas estrellas  
» La noche ostenta y argentada luna,  
» Y quien admire no hay ésta ó aquéllas;  
» Mas turbia luz nos ciega é importuna,  
» De un mirar, ó un fulgor de breve risa  
» En rostro que huye apenas se divisa. »

## XIV

Pensando así, llega á la excelsa cumbre,  
Y reverente, allí puesto de hinojos,  
Alza su mente adonde más se encumbra,  
Y al ver de Oriente los perfiles rojos,  
« De mis culpas—clamó—la muchedumbre  
» De clemente piedad mira con ojos;  
» Padre y Señor, en mí tu gracia llueva,  
» Y el viejo Adán mortal purga y renueva. »

## XV

Mientras oraba, dél se alzaba enfrente,  
Ascua ya de oro, la bermeja aurora  
Que yelmo, armas y monte, refulgente  
Y verdes cimas con sus rayos dora.  
El pecho y rostro refrescarse siente  
Por matutina brisa halagadora,  
Y que aljófár la frente le rocía  
Que de su seno el alba sacudía.

## XVI

El rocío mil gotas deposita  
Sobre la veste cenicienta, obscura,  
La cubre al fin; su palidez le quita  
Y la convierte en nítida blancura.  
Así á las flores que el calor marchita  
Vuelve el temprano hielo su hermosura;  
Tal la culebra á juventud lozana,  
De nuevo oro vestida, torna ufana.

## XVII

El nuevo brillo que su arnés refleja,  
Antes opaco, sorprendido admira;  
Luego hacia la intrincada selva vieja  
Con resuelto valor sus pasos gira,  
Llega al límite al fin de donde aleja  
A otros el miedo que su vista inspira;  
Mas él no halla ingrato ó pavoroso  
El bosque, sino alegre, fresco, umbroso.



## XVIII

En él se interna, y oye un son en tanto  
Que se va difundiendo dulcemente.  
De un arroyuelo manso al ronco llanto  
El suspirar del aura entre hojas siente,  
Y de un músico cisne el flébil canto,  
A quien responde el ruiseñor doliente;  
Laúd, cítara y voces que le hechizan:  
Tantos y tales sonos se armonizan.

## XIX

Como otros antes, él oír pensaba  
Con horrendo fragor, trueno violento,  
Y ninfas y sirenas escuchaba  
Y de auras, aves y aguas el concento.  
De esto maravillado, el pie paraba;  
Después seguía pensativo y lento,  
Sin más estorbo hallar en su camino  
Que el de un río sereno y cristalino.

## XX

Florida y perfumada es su ribera;  
A un lado y otro ondula placentero,  
Y extiende y tuerce tanto su carrera,  
Que en su giro el gran bosque encierra entero  
Y á más de rodearle por de fuera,  
Con un canal le parte medianero.  
Baña al bosque, sombrea el bosque al río  
Y cambian humor grato y grato frío.

## XXI

Mientras mira el guerrero si halla vado,  
Maravilloso un puente se aparece  
Sólido y amplio, de oro fabricado;  
En fuertes arcos, firme piso ofrece.  
Pasa; y apenas se halla al otro lado,  
El puente se derrumba y desaparece:  
El agua le arrebató de repente,  
Que el manso río se cambió en torrente.

## XXII

Vuélvese y ve que su caudal aumenta  
Como cuando la nieve se desata,  
Y después de mil giros, con violenta  
Furia, rompe en hirviente catarata.  
Mas nada le intimida ó desalienta,  
Registrar quiere el bosque mata á mata,  
Y en aquellas salvajes soledades  
Le internan siempre extrañas novedades.

## XXIII

Donde al pasar la osada planta posa,  
Nueva vida parece que germina;  
Brotó aquí el lirio, allí se abre la rosa,  
Surge un arroyo ó fuente cristalina.  
Sobre él y en su redor la selva añosa  
De nuevas hojas viste olmo ú encina;  
Se ablandan las cortezas, y parece  
Que alegre en cada planta el verdor crece.



## XXIV

Maná las hojas todas despedían  
Y miel los troncos ásperos rugosos;  
Nuevamente las músicas se oían  
Con los extraños cantos querellosos;  
Las voces que el concierto grato hacían  
Se ocultan en recesos misteriosos.  
Ser humano que forme esos acentos  
No se ve, ni los dulces instrumentos.

## XXV

Mientras que mira y fe su mente niega  
A lo que le presenta su sentido,  
Ve aparte un mirto; á él se dirige, y llega  
A un claro, por la senda conducido.  
Del mirto allí el ramaje se despliega  
Más que alta palma ó que ciprés, erguido:  
Se alza sobre todo árbol, altanero,  
Y rey parece ser del bosque entero.

## XXVI

Firme el guerrero, en la gran plaza atiende  
A otro nuevo, rarísimo portento:  
Una robusta encina que se hiende  
Y abre su hueco vientre. En el momento  
De ella una joven ninfa se desprende  
Con raro traje. Luego más de ciento  
Otras ninfas, graciosas formas lucen  
Que fecundos los árboles producen

## XXVII

Como el teatro muestra, ó cual se pinta  
Un coro de silvestres hamadriadas,  
Desnudos brazos, túnica sucinta,  
Alto coturno, trenzas desatadas,  
Tal con belleza cada cual distinta  
Las ninfas son del bosque procreadas,  
Si no es que en vez del arco ó de la aljaba,  
Cítara quién, y quién laúd llevaba.

## XXVIII

Danzan con bullicioso regocijo  
De sí mismas tejiendo una corona:  
Al doncel cercan como punto fijo  
Que el cetro forma de brillante zona.  
También al mirto encierran, y así dijo  
Cantando, aquella turba juguetona:  
« Llegado has á lugar de bienandanza,  
» Amor de nuestra reina y esperanza.

## XXIX

» Ven, que tu vista sola dé alegría  
» A la que herida del amor fallece;  
» Esta selva que fué yerma y sombría,  
» Conforme estancia á quien su mal padece,  
» Ves cuán gozosa y llena de armonía  
» Lozana y fresca, toda reverdece. »  
Cantan así, y el mirto dulcemente  
Suena también, y se abre de repente.



## XXX

Salir de un tronco el rústico Sileno  
La edad antigua oyó que se contara;  
Mas aquel grande mirto abriendo el seno,  
Una imagen mostró más linda y rara.  
Hermosa dama de mirar sereno  
Y rostro que al de un ángel se equipara;  
La mira el mozo, y cree ver en ella  
El rostro y ojos de su Armida bella.

## XXXI

Mostrando mil afectos en contraste,  
Ella alegre y doliente le veía.  
Dice: « Te veo al fin; al fin tornaste  
» A la que abandonada se dolía.  
» ¿A qué has venido? ¿En consolar pensaste  
» Mis viudas noches, mi cansado día?  
» ¿O guerra buscas y arrojarme intentas,  
» Que el rostro encubres y el acero ostentas?

## XXXII

» ¿Traes odio ú amor? El rico puente  
» No para un enemigo alzó mi mano,  
» Ni arroyuelos le abrí, flores y fuente  
» Y el camino intrincado le hice llano;  
» Quita el yelmo, descúbreme tu frente,  
» No tus amantes ojos busque en vano;  
» Seno á seno juntemos, boca á boca,  
» O la diestra que tiendo al menos toca. »

## XXXIII

Así hablando, movía doloridos  
Los bellos ojos, pálido el semblante,  
Y con tiernos suspiros comprimidos,  
Suaves sollozos, llanto suplicante,  
Los ánimos más fuertes y aguerridos  
Ablandara y los pechos de diamante;  
Mas, no cruel, sí cauto, aquel guerrero  
Más no espera, y desnuda el limpio acero.

## XXXIV

Va el mirto á herir; abrázase la maga  
A el tronco, y grita conmovida:  
« Tu mano ultraje tal jamás me haga  
» Contra mi árbol querido dirigida:  
» Depón el duro hierro que le amaga  
» O rasga el seno á la infeliz Armida.  
» Sólo por él, matándome, tu espada  
» Al mirto mío hallar podrá la entrada..»

## XXXV

El la<sup>a</sup> alza, y de aquel ruego no se cura;  
Cambia ella forma (¡vista portentosa!)  
Como en sueño tal vez una figura  
Con rapidez se muda prodigiosa.  
Sus miembros crecen, se hace torva, oscura  
Su faz, de que huyen el jazmín y rosa,  
Y semeja su cuerpo giganteo,  
Con cien armados brazos, á Briareo.



## XXXVI

Blande cincuenta espadas, y cincuenta  
Escudos ase, y amenaza horrible.  
Armada cada ninfa se presenta,  
Cual cíclope. Al temor inaccesible  
Él al mirto los golpes siempre aumenta,  
Que de ellos gime como ser sensible.  
Parece el aire ser el campo estigio;  
Tanto monstruo hay en él, tanto prodigio.

## XXXVII

Se oye el cielo tronar, bramar la tierra;  
Lanza aquél rayos, ésta se estremece;  
Los vientos y tormentas se hacen guerra,  
Y el furor contra él soplando crece.  
Mas no por eso un golpe el doncel yerra  
Ni su ánimo un punto desfallece;  
La nuez cortó y el mirto, y se deshizo,  
Éste al caer, el portentoso hechizo.

## XXXVIII

Se aclara el cielo, el aire se serena,  
Torna la selva al natural estado;  
No ya de espanto ó de alegría llena,  
Ora su horror es el horror usado.  
Mira el héroe si aun á la faena  
Estorbo hay de que el bosque sea cortado.  
Sonríe luego y dice: « Ilusión vana,  
» ¡Cuán insensato quien por ti se afana! »

## XXXIX

De allí á las tiendas marcha, y entretanto  
En ellas grita el ermitaño austero:  
« Vencido de la selva es el encanto;  
» Ya de ella vuelve el triunfador guerrero;  
» Vedle. » A lo lejos él con blanco manto  
Respetable aparece y placentero,  
Y las plumas de su águila argentada  
Resplandecen al sol con luz no usada.

## XL

Llega; el campo salúdale gozoso;  
La inmensa gritería hiere el cielo,  
Y tiene alegre acogimiento honroso  
Del pío Bullón, que á nadie causa celo.  
Dice á su jefe: « Al bosque fui espantoso,  
» De cumplir tu mandato con anhelo;  
» Vi y vencí los encantos; ya la gente  
» Puede en él trabajar tranquilamente. »

## XLI

Van á la antigua selva: allí abundante  
El necesario material se elige.  
Si en otra vez fué el arte principiante,  
Aquella falta ahora se corrige;  
Que un hábil consumado maestrante  
Los trabajos difíciles dirige:  
Guillermo, el duque genovés, que un día  
Formidable corsario el mar corría.



## XLII

Retirado, cedió del mar el mando  
A los potentes sarracenos pinos,  
Y en los suyos á Oriente fué, llevando  
Su naval armamento y sus marinos:  
De diestros ingenieros en el bando  
Igual no le conocen los latinos.  
Consigo tiene cien trabajadores  
Que de sus trazas son ejecutores.

## XLIII

Éste no sólo á construir empieza  
Catapúltas, arietes y bastidas  
Que del muro batir la fortaleza  
Puedan, y las defensas más fornidas;  
Mas una torre de sublime alteza  
Con vigas fuertemente entretejidas  
Y en durísimo cuero envuelta luego  
Para evitar arrojadizo fuego.

## XLIV

Dispone así la mole bien trabada  
En que firme una parte á otra se junta,  
Y de carnero una cabeza herrada  
Abajo, de una viga hay en la punta:  
Tiene en medio una puente que alargada,  
La torre al muro acerca y le rejunta,  
Y otro cuerpo menor que lleva encima  
Enpujado, crecer hace la cima.

## XLV

Sobre ruedas en más de una centena  
Por los caminos corre movediza,  
Y aunque de armas y gente está rellena,  
Ligera y sin trabajo se desliza.  
La tropa aquello ve de asombro llena,  
Que en su ignorancia nada profundiza.  
Otras dos torres grandes y pujantes  
Lábranse á la primera semejantes;

## XLVI

Mas no estaban del todo los paganos  
De aquellas construcciones ignorantes,  
Que del muro en los puntos más cercanos  
Apostados tenían vigilantes.  
Miran éstos llevar á los cristianos  
Del bosque materiales abundantes;  
Máquinas ven; mas no reconocían  
Claramente la forma que tenían.

## XLVII

También ellos se ingenian: con grande arte  
Refuerzan torreones y muralla,  
Y tanto ésta levantan por la parte  
Que menos sostuviera la batalla,  
Que á su creer furor no habrá de Marte  
Que allí no encuentre inexpugnable valla,  
Y aun mejor juzga Ismeno, y la prepara  
Diversidad de fuego extraña y rara.



## XLVIII

Mezcla el mago betún con alcrebite,  
Que va á coger al lago de Sodoma,  
Y aun baja, creo, á la mansión de Dite,  
Y del río infernal, líquido toma,  
Que con humo pestífero vomite  
Sobre el rostro, arrojada una redoma.  
Con el incendio espera ver vengada  
Su cara selva que ahora ve talada.

## XLIX

Mientras el campo al temeroso asalto  
Y á la defensa la ciudad se alista,  
Cruzando el viento una paloma en alto  
Sobre el francés ejército se avista,  
Que con ala veloz, sin sobresalto,  
Seguir se puede apenas con la vista.  
Luego la mensajera peregrina  
Bajando, el vuelo á la ciudad inclina.

## L

Pero de uñas y corvo pico armado  
En el aire aparece un jerifalte,  
Que á ella volando va precipitado;  
Huye ella, temiendo que la asalte;  
A la más grande tienda ya han llegado,  
Nada parece que alcanzarla falte  
Al azor, que en sus garras ya la coge,  
Cuando ella al seno de Bullón se acoge.

## LI

Recíbela Gofredo y la defiende,  
Y al mirarla descubre extraña cosa;  
Que de su cuello á un hilo atada pende  
Carta que la ala encubre cuidadosa;  
La desata y desdobra, y bien entiende  
Lo que contiene en no prolija prosa.  
« Al señor de Judea (así decía)  
» Salud grata el Soldán de Egipto envía:

## LII

» No desmayes, señor; resiste fuerte  
» Hasta pasado el cuarto ó quinto día;  
» A librarte yo vengo y defenderte,  
» Y á castigar del franco la osadía. »  
Fué éste el secreto que entregó la suerte  
A Bullón, y que el bárbaro escribía  
Por medio del correo aquel volante  
Que desde tiempo antiguo usó el Levante.

## LIII

Él suelta la paloma agradecido,  
Y ella, cual si traidora se creyera  
Porque el secreto descubierto ha sido,  
No retornó, cuitada mensajera.  
Gofredo, que el Consejo ha reunido  
Vista la carta, habló de esta manera:  
« Veis aquí cómo todo nos revela  
» Aquel Señor que por nosotros vela.



## LIV

- » No creo que tardar ya más debemos
- » Pudiendo abrir de nuevo la campaña.
- » La fatiga y sudor no perdonemos
- » Para ganar del Austro la montaña.
- » Duro el paso á las armas hallaremos,
- » Mas no imposible á vuestro arrojo y maña.
- » Menos fuerte ha de ser por allí el muro,
- » Que el agrio sitio hace creer seguro.

## LV

- » Tú, Raymundo, á ese lado lleva el daño
- » Con máquina que al muro recio ofenda:
- » Yo haré á la fuerza de mayor tamaño
- » Que á la puerta del Norte el frente extienda.
- » Cuando ese ataque vea, y en su engaño
- » El enemigo á aquella parte atienda,
- » Luego la torre grande avance presta,
- » Y sus golpes dirija á parte opuesta.

## LVI

- » Tú, Camilo, te mueve á ese momento
- » Con la tercera torre á mí cercano. »
- Calló. Raymundo que le oía atento
- Y meditaba, dice en tono urbano:
- « De Gofredo al prudente pensamiento
- » Quitar ó añadir algo fuera vano;
- » Sólo además de él, yo opinaría
- » Mandar al campo hostil algún espía,

## LVII

- » Que su número cuente verdadero  
» Y lo que el enemigo hacer intente. »  
Dijo entonces Tancredo: « Un mi escudero  
» Puede ese oficio hacer perfectamente:  
» Activo y diestro es, de pie ligero,  
» Vivo y audaz, mas cuanto audaz, prudente;  
» Habla diversas lenguas, y su acento  
» Variar sabe y el porte y movimiento. »

## LVIII

- Llamado viene aquél, y en cuanto entiende  
Lo que Gofredo y su señor quería,  
Alzó el rostro y rió. Llenar emprende  
Su encargo, y dice: « Al punto estoy en vía;  
» Pronto estaré donde aquel campo extiende  
» Sus líneas, ignorado y cauto espía;  
» Pasaré de día claro sus piquetes,  
» Y sus peones contaré y jinetes;

## LIX

- » Cuánta y cuál es la fuerza, y lo que quiera  
» Su jefe hacer deciros os prometo;  
» Sabré yo penetrar su mente entera  
» Y del pecho sacarle su secreto. »  
Así dice Vafrino, y más no espera;  
Cambia en un largo manto su colete.  
Deja desnudo el cuello, y un turbante  
Enreda en su cabeza en un instante;



## LX

De Siria el arco toma y el aljaba,  
Y en bárbaro parece convertido.  
Asombraba el oírle cómo hablaba  
Todo oriental idioma conocido;  
Al egipcio ó fenicio así imitaba,  
Que en Tiro ó Memfis fuérale creído;  
Un árabe corcel monta que apenas  
Huella imprime en las móviles arenas.

## LXI

Antes del tercio día, los cruzados  
Las escabrosas vías compusieron  
Y estaban sus aprestos acabados;  
Que ni un punto el trabajo interrumpieron.  
Aun de noche, á sus miembros fatigados  
Ni sueño ni descanso concedieron;  
Y no hay cosa que impida ó que retarde  
Que hagan de su poder extremo alarde.

## LXII

El día antes que el ataque diesen  
Gófredo en oración las horas cuenta,  
Y dispone que todos se confiesen  
Y el pan gusten que el ánima sustenta.  
Máquinas y armas muchas que pusiesen  
Hace donde emplear menos intenta.  
Al pagano engañado ver halaga  
Que la más fuerte puerta es la que amaga.

## LXIII

Mas luego que cerró la noche obscura,  
La vasta y ágil máquina es llevada  
Donde el muro, corriendo en derechura.  
No hace ángulo ni esquina reforzada.  
Raymundo con su torre, de la altura  
Del cerro, la ciudad ve dominada:  
Con la suya Camilo se avecina  
Al lado en que al Poniente el Norte inclina

## LXIV

Al tiempo que en Oriente se adelantan  
Las nuevas luces, anunciando el día,  
Advierten los paganos, y se espantan,  
Que la torre no está donde solía:  
Ven que por varias partes se levantan  
Otra torre y aun otra que no había,  
Y en número infinito están dispuestas  
Catapultas, arietes y ballestas.

## LXV

No anda la turba de Soría tarda  
En levantar reparos y trincheras  
Donde venir las máquinas aguarda  
Que de un lugar á otro van ligeras.  
Como sabe Bullón que á retaguardia  
Tendrá pronto de Egipto las banderas,  
A Güelfo y los Robertos dice: « Armados  
» Habéis de estar, dispuestos y montados,



## LXVI

» Y cuidar de que en tanto que yo asciendo  
» Por las partes del muro practibables,  
» No un enemigo, súbito viniendo,  
» Nos halle por la espalda vulnerables. »  
Calló. En tres puntos al ataque horrendo  
Tres columnas dispone formidables.  
Su gente el rey opone á cada lado,  
Que de nuevo las armas ha tomado.

## LXVII

El mismo viste al cuerpo vacilante,  
Grave ya por la edad y tembloroso,  
Las armas ya no usadas, y adelante  
A encontrar á Raymundo va animoso;  
Solimán á Gofredo. El fiero Argante  
A Camilo, á quien se une el valeroso  
Sobrino de Bohemundo, que por suerte  
Al que era su contrario dió la muerte.

## LXVIII

A disparar comienzan los arqueros  
Flechas envenenadas y mortales,  
Y de saetas miran los guerreros  
Nublarse los espacios celestiales.  
Mas, con fuerza mayor, tiros certeros  
Despedían las máquinas murales  
Marmóreas balas, gruesas y pesadas,  
Y vigas con las puntas aceradas.

## LXIX

Cada roca, de un rayo fuerza tiene,  
Y así destroza miembros y armadura,  
Que no sólo alma y vida á quitar viene,  
Mas al cuerpo y al rostro la figura.  
No en la herida la lanza se detiene,  
Que aun del golpe después su ímpetu dura,  
De un lado al otro pasa, huye y se aleja  
Y al huir tras de sí la muerte deja.

## LXX

Aunque el cristiano tan furioso embista,  
La defensa no dejan los sitiados;  
Contra los tiros tela floja lista  
Tienen y cuerpos blandos preparados.  
Los golpes, como nada les resista,  
Sin efecto hacen ir amortiguados;  
Y donde ven contraria parte expuesta,  
Con sus armas volantes dan respuesta.

## LXXI

Con todo eso, no cesa en el avance  
El sitiador, que tres columnas mueve.  
Quién se abriga en los zarzos, del alcance  
De tanta flecha que en su torno llueve;  
Quién la máquina impele á todo trance  
Que cuanto puede el defensor remueve.  
Prueban las torres á lanzar el puente,  
Bate el ariete con la errada frente.



## LXXII

Reynaldo quedo está, como quien duda  
Que digna fuese dél una pelea  
En que se vence con plebeya ayuda.  
La vista en torno gira, pues desea  
Algo á que el vulgo por temor no acuda  
Y al más noble valor guardado sea.  
Donde el muro, por ser más fuerte y alto  
Ninguno ataca, él quiere dar asalto.

## LXXIII

Vuelto á los caballeros más famosos  
De quienes fué Dudón jefe querido,  
« Mengua es—grita—, guerreros valerosos,  
» Que aquel muro no sea acometido.  
» No hay riesgo para pechos animosos;  
» Todo camino es llano al atrevido:  
» ¡Sus, al ataque! De los golpes crudos  
» Unidos nos defiendan los escudos. »

## LXXIV

Se le unen todos, luego que oyen esto,  
Y alzados los escudos en hilera,  
De acero un techo forman bien dispuesto  
Contra la tempestad que ya se espera.  
Aprisa avanzan bajo aquel mampuesto  
Sin que detenga nada su carrera;  
Que la tortuga fuerte los ampara  
Contra cuanto sobre ellos se dispara.

## LXXV

Llegan al muro. Entonces endereza  
A él Reynaldo escala prolongada  
Que maneja con tanta ligereza  
Cual caña que del viento es agitada.  
No le impide subir con gran presteza  
Saeta, lanza ó viga disparada.  
Su intrépido valor no conmovieran  
Olimpo y Osa si sobre él cayeran.

## LXXVI

Selva de flechas bárbaras sostiene  
En su espalda, en su escudo una montaña;  
Con una mano asido el muro tiene,  
La otra su frente á proteger se amaña.  
Lleno de emulación, en pos dél viene  
El gallardo escuadrón que le acompaña.  
Muchos como él subiendo el muro escalan,  
Mas no en fortuna ó en valor le igualan.

## LXXVII

Muere alguno, otro cae; con serena  
Faz, él sigue; ya exhorta, ya amenaza;  
Llega donde alcanzar puede la almena;  
Los brazos tiende, y el adarve abraza.  
Mucha gente le ataca, de ira llena,  
Y de precipitarle busca traza.  
¡Cosa admirable! Al escuadrón que embiste,  
Solo y suspenso al aire, bien resiste.



## LXXVIII

Y resistiendo avanza y más se esfuerza  
Que, cual palma que grave peso aguanta,  
Con ser doblada cobra mayor fuerza  
Y tras presión mayor más se levanta.  
A todos vence al fin, y hace que tuerza  
Su dirección toda arma, ó la quebranta.  
Vencedor salta al conquistado muro  
Que hallan los otros ya libre y seguro.

## LXXIX

Al que le sigue, de Gofredo hermano,  
Que de caer en grande riesgo mira,  
Tiende la vencedora amiga mano  
Y á que el segundo suba á sí lo tira.  
Bullón en tanto está de allí lejano  
Donde la lid con varia suerte gira,  
En que solos los hombres no pelean,  
Sino también las máquinas guerrear.

## LXXX

En la muralla estaba un tronco alzado  
Que de una nave entena había sido,  
Y en él un gran madero atravesado  
Con su extremo de hierro guarnecido.  
Este hacia atrás con cuerdas estirado,  
Adelante con fuerza es impelido:  
Tal la tortuga esconde la cabeza  
Y la vuelve á sacar con más fiereza.

## LXXXI

Da ese ariete en la torre, con tan duras  
Embestidas y golpes tan veloces,  
Que las fuertes amarras y junturas  
Cedian á los ímpetus atroces.  
Ese lance previendo, armas seguras  
La torre trae: dos inmensas hoces  
Por uno de sus lados fuera extiende  
Y el cable corta de que el leño pende.

## LXXXII

Cual grande roca que del monte lanza  
Su vejez ó los recios aquilones  
Con ruina rueda, arrastra cuanto alcanza,  
Selva, ganado, gente, habitaciones,  
Así la enorme viga se abalanza  
Con tropa, almenas, cantos y merlones:  
A su golpe la máquina rechina,  
Tiembla el muro, rimbomba la colina.

## LXXXIII

Bullón, todo arrollando, va adelante  
Y el muro ocupar cree victorioso,  
Cuando un fuego pestífero, humeante,  
Ve, que contra él se avienta presuroso.  
No arroja de su seno fulgurante  
Más llamas Mongibelo cavernoso;  
Ni tantos del estío á los ardores  
En India llueven cálidos vapores.



## LXXXIV

Vasos, ruedas y teas vense ardiendo  
Con negra llama ó de color sangrienta,  
Insufrible el hedor, el trueno horrendo;  
Ciega el humo; avanzando el fuego aumenta.  
Ya va el húmedo cuero pareciendo  
Defensa apenas á su acción violenta;  
Suda y se encoge ya; si más se tarda  
El socorro del Cielo, es fuerza que arda.

## LXXXV

El magnánimo jefe, delantero  
A todos, ni color ni puesto muda.  
Golpe de gente á refrescar el cuero  
En él agua vertiendo, hace que acuda;  
Muy poca queda; aprieta el riesgo fiero  
Y de salvarse el más valiente duda,  
Cuando un súbito viento se alza, y luego  
Contra los que le hicieron vuelve el fuego.

## LXXXVI

Lleva el recio turbión atrás la llama  
Donde pendía la tendida tela,  
Que blanda y seca en un punto se inflama;  
Por las trincheras el incendio vuela.  
¡Oh insigne capitán! ¡Cuánto te ama  
El gran Dios que por ti continuo vela!  
Lidian en tu favor los elementos  
Y obedientes tu voz oyen los vientos.

## LXXXVII

Viendo Ismeno las llamas sulfurosas  
Contrariar su diabólico proyecto,  
Intenta, con sus artes mentirosas  
Contrastar de Natura el propio efecto:  
Sube al muro; dos magas espantosas  
Con él van, cual Megera y cual Alecto;  
Él torvo, negro, escuálido y con vieja  
Barba, á Carón ó á Pluto se asemeja.

## LXXXVIII

Al Cielo con blasfemia horrible insulta  
Que á Flegetonte y á Cocito espanta;  
Se turba el aire, el sol la frente oculta  
En negra nube cual espesa manta,  
Cuando despide la alta catapulta  
Enorme peña, con violencia tanta,  
Que cogiendo á los tres su furia ciega  
Su sangre y huesos por el muro riega.

## LXXXIX

Tan menudos, sangrientos, los pedazos  
Quedaron de sus cuerpos esparcidos,  
Que menos por pesados duros mazos  
De cibera los granos son molidos.  
Los malignos espíritus, los lazos  
De la vida rompiendo con gemidos,  
Huyen á las regiones infernales:  
De esto piedad aprendan los mortales.



## XC

La torre que del fuego salvó el viento  
Tan cerca ya de la ciudad se halla,  
Que pudo echar con sólo un movimiento  
El movedizo puente á la muralla;  
Mas Solimán, que acude allí violento,  
El paso angosto por cortar batalla,  
Y los golpes redobla, y lo cortara,  
Si otra torre en tal punto no llegara.

## XCI

Tanto la enorme máquina se eleva,  
Que al más alto edificio en mucho excede.  
Pasma á los moros ver cosa tan nueva  
Y que su alta ciudad tan baja quede.  
El turco fiero, aun bien que sobre él llueva  
Nube de piedras, su lugar no cede:  
Aun espera cortar la puente enhiesta  
Y anima á los que temen ó denuesta.

## XCII

Entonces á Gofredo se aparece  
Miguel, para los otros invisible,  
Con celeste armadura, y obscurece  
Al sol, cuando más brilla bonancible.  
Dice: « Gofredo, el tiempo ya fenece  
» Para Sión de esclavitud horrible.  
» No inclines la turbada vista al suelo;  
» Mira el auxilio que te manda el Cielo.

## XCIII

- » Alza los ojos para ver que inmenso
- » Ejército inmortal los aires llena:
- » Yo para ti descorro el velo denso
- » De vuestra humanidad, á quien por pena
- » Le está el sentido celestial suspenso.
- » Tú, gozando inmortal vista serena,
- » Sin cegar, ver podrás breves instantes
- » Las angélicas formas rutilantes.

## XCIV

- » Los que fueron de Cristo campeones
- » Y hoy santos gozan la mansión divina,
- » Ve cómo ahora siguen tus pendones
- » A la final victoria ya vecina;
- » Mira entre el humo y polvo nubarrones,
- » De las moles postradas la ruina.
- » Allí en la obscura niebla Hugo combate
- » Y las torres altísimas abate.

## XCV

- » A este lado Dudón que la del Norte
- » Fuerte puerta, con hierro y fuego asalta,
- » Ve cómo armas ministro y cómo exhorte
- » A subir, y la escala tenga alta.
- » Y á ese en el cerro, á quien modesto porte
- » Y la sacerdotal corona exalta,
- » El pastor Ademaro, alma felice
- » Que aun de allí te distingue y te bendice.



## XCVI

» Los ojos más levanta, y ordenada  
» Toda verás allí la santa hueste. »  
La vista alzando, innumerable, alada  
La milicia aparécele celeste.  
Tres grupos son, que en serie prolongada,  
Círculos forman del Ocaso al Este.  
Más dilatados son los exteriores;  
Cuanto al centro se acercan son menores.

## XCVII

Cierra al brillo los ojos un instante;  
Los vuelve á alzar, y nada ya parece;  
A todas partes mira y ve triunfante  
Su gente, á quien el Cielo favorece.  
Van con Reynaldo muchos adelante,  
Y la matanza de paganos crece.  
Juzga indigna Bullón mayor espera,  
Y arrebatá á un alférez la bandera.

## XCIII

Pasa el puente el primero; impetuoso  
Le encuentra Solimán á media vía;  
En espacio pequeño, el horroroso  
Combate con igual valor se hacía.  
Grita el feroz Soldán: « Yo doy gozoso  
» Por las de otros salvar, la vida mía;  
» Amigos, tras de mí cortad sin miedo  
» El puente; aquí no fácil presa quedo. »

TOMO II. 20

## XCIX

Mas venir á Reynaldo ve corriendo,  
Y todos huyen dél; ya está cercano.  
« ¿Qué haré?—dice—. Si aquí la vida vendo,  
» Será perdida en sacrificio vano »;  
Y de defensa medios discurriendo,  
Da el paso libre al capitán cristiano,  
Que le amenaza y sigue, y de la santa  
Cruz, en el muro el estandarte planta.

## C

Con mil giros la enseña vencedora  
Altivamente revolando ondea;  
Suave el aura parece que la adora;  
Que del día la luz la lisonjea;  
Que dardo agudo ó flecha voladora  
Que á ella tiren, declina ó se voltea;  
Y que Sión y el monte que está al frente  
Se inclinan con respeto reverente.

## CI

De victoria alto grito, inmenso, lanza  
De la Cruz el ejército triunfante:  
Resuena el monte; á repetir alcanza  
Eco el último acento. En ese instante  
Tancredo abate la última esperanza  
En la defensa que le opuso Argante.  
Su puente arroja al muro, entra de un salto,  
Y el cruzado pendón levanta en alto.



## CII

Mas hacia el Sur en que batalla hacían  
Raymundo y el señor de Palestina,  
Los gascones guerreros no podían  
La torre á la ciudad poner vecina,  
Que al rey mayores fuerzas acorrían  
Y la defensa más y más se obstina;  
Que aunque fuera más débil allí el muro,  
Las máquinas le hacían más seguro.

## CIII

Fué también que no pudo hacia ese lado  
La gran mole avanzar rápidamente;  
Que del arte á pesar, el escarpado  
Sitio, que se aproxime no consiente.  
Unos y otros oyeron el alzado  
Grito de la victoria, claramente;  
Y el rey creyó y el conde tolosano  
Que la ciudad ya entrada es por el llano.

## CIV

Grita Raymundo: «Alzad el estandarte;  
» Ya es, compañeros, la ciudad ganada.  
» ¿Y aun vencida resiste? ¿Solos parte  
» No seremos en la ínclita jornada?»  
El rey, cediendo al fin, de allí se parte  
Que la defensa ve desesperada;  
Y en lugar alto y fuerte se atrinchera,  
Donde el asalto resistir espera.

## CV

Entran los tercios todos vencedores  
No por los muros sólo, por las puertas.  
Las obras hierro y fuego destructores  
Arruinadas dejaron y desiertas.  
La ira cesa. La muerte en mil horrores,  
Su compañero el luto, formas yertas  
Que fueron hombres vivos y ya expiran,  
Y de sangre un raudal, sólo se miran.

FIN DEL CANTO DÉCIMOCTAVO



## CANTO DÉCIMONONO

---

EL REY Y SOLIMÁN SE REPARAN EN LA TORRE;  
MATA TANCREDO Á ARGANTE EN COMBATE SINGULAR;  
LA ENAMORADA ERMINIA Y EL EXPLORADOR VAFRINO VUELVEN  
AL CAMPO DE LOS CRUZADOS.

### I

Ya la muerte, el consejo ó la pavora  
A los moros quitó de la defensa.  
Sólo Argante, en quien fiero ánimo dura,  
Al expugnado muro en volver piensa.  
Muestra la faz intrépida y segura,  
Y lidia envuelto en multitud inmensa:  
Más teme que la muerte ser rendido;  
Ni aun muerto parecer quiere vencido.

### II

Más que otro alguno, con terrible mano  
Tancredo llega y dale áspera herida;  
Presto dicen quién es al circasiano,  
El hecho, armas y enseña conocida:  
Con él lidió, y al sexto día en vano  
Le esperó á continuar la lid reñida.  
Gritale: «¿Así su fe guarda Tancredo?  
» ¿Vuelves así á la lid? ¿Dejóte el miedo?

LA LATINA

## III

» Tarde y no solo vuelves. No rehusó,  
» Con todo, combatirte muchas veces,  
» Bien que no vengas de guerrero al uso;  
» Que más bien maquinista me pareces.  
» Escudo haz de los tuyos. Sé profuso  
» En invenciones nuevas y rafece;  
» Que de mis manos no podrás, ¡oh fuerte  
» De damas matador! huir la muerte. »

## IV

Sonríe el buen Tancredo, y es por cierto  
De coraje, y así le da respuesta:  
« Tarda mi vuelta ha sido, mas te advierto  
» Que pronto la crearás sobrado presta,  
» Y quisieras que entre ambos un desierto  
» Hubiese, ó ancho mar ó alpina cresta;  
» Y que de mi tardanza, cobardía  
» Causa no fué, sabrás por vida mía.

## V

» Aparte ven acá, tú, cuyo brío  
» Héroe sólo matar sabe y gigantes:  
» Yo, de hembras matador, te desafío. »  
Dice así, y á los otros asaltantes,  
« Dejad—les grita—ese hombre, que yo os fio  
» Que á vencerle mis manos son bastantes.  
» Es mío antes que público enemigo,  
» Y en cierto empeño está para conmigo. »



## VI

» Bien, solo baja aquí ó acompañado. »  
« Como quieras—replica Argante fiero—;  
» En lugar solitario, ó frecuentado,  
» Que aun con ventaja, no dejarte quiero. »  
Así el reto propuesto y aceptado,  
A la lid van aquel y este guerrero.  
Se odian, y hace el rencor que uno defienda  
Al rival, para que otro no le ofenda.

## VII

Grande el celo es de honor: aunque desea  
El cruzado la sangre del pagano,  
Él derramarla quiere en la pelea  
Sin que una gota vierta ajena mano.  
Lo escuda y « Nadie á herir osado sea  
» Al moro », grita aun al que ve lejano;  
Y sin lesión á su enemigo saca  
De entre la amiga turba que le ataca.

## VIII

Salen de la ciudad y se retiran  
De ella y de los cristianos pabellones,  
Y, buscando excusadas sendas, giran  
Por torcidos revueltos callejones.  
Un valle estrecho, umbroso, por fin miran,  
Entre cerros, con traza y proporciones  
Como de teatro ó circo, destinado  
A lid ó caza, y en redor cercado.

## IX

Paran ambos. Argante embebecido  
Queda, mirando á la ciudad doliente.  
Tancredo, al ver que está desproveído  
De escudo, el suyo arroja prontamente  
Y dice: « ¿Qué te tiene suspendido?  
» Que llegó tu hora piensas ciertamente:  
» Si á tal temor tu ánimo se entrega,  
» Muy fuera de sazón tu miedo llega. »

## X

« Pienso—responde—en la ciudad que un día  
» Fué de Judea antigua soberana,  
» Que vencida está ahora, y yo quería  
» De la ruina librar que la profana;  
» Y cuán corta venganza á la ira mía.  
» Dará el Cielo en tu muerte ya cercana. »  
Calló, y van á encontrarse precavidos;  
Que son uno del otro conocidos.

## XI

Tancredo, ágil de cuerpo, ligereza  
Tiene de pies y manos con exceso;  
Supérale con toda la cabeza  
Argante, y de sus miembros es más grueso.  
Salta y gira Tancredo con presteza  
Y se retira en pronto retroceso;  
Busca empeñoso la enemiga espada  
Y se esfuerza en tenerla desviada.



## XII

Con todo el cuerpo erguido el bravo Argante  
Igual arte demuestra en acto vario;  
Cuanto alcanza su brazo va adelante;  
Busca el cuerpo y no el hierro del contrario.  
Tienta aquél nuevo paso á cada instante;  
Siempre éste al rostro tira al adversario;  
Le amenaza é impídele que saque  
Furtivo bote ó repentino ataque.

## XIII

Así en pugna naval, cuando no irrita  
Del mar las aguas plácidas el viento,  
Que entre naves no iguales se suscita,  
Supera una en tamaño, en movimiêto  
La otra, que dando vueltas mil se agita,  
Y aquella embiste que con giro lento  
Se mueve, y si la otra se avecina  
Desde su altura le amenaza ruina.

## XIV

Mientras por bajo entrar el franco tienta,  
El fierro desviando que halla opuesto,  
La espada vibra Argante, y le presenta  
A los ojos la punta; él para presto;  
Mas la baja el pagano tan violenta,  
Que tiempo no permite al contrarresto:  
Tocó, y herido viéndole el costado,  
Grita: « Fué al fin el burlador burlado. »

## XV

Tancredo, de vergüenza y de coraje  
Ardiendo, ya no tanto se resguarda;  
Venganza busca, suba el hierro ó baje  
Y vencido se estima, si ella es tarda.  
Su espada sola contestó al ultraje,  
Que al yelmo va donde los ojos guarda;  
Rebate Argante el golpe, y decidido  
Tancredo á media espada ya ha venido.

## XVI

Rápido entonces mueve el pie siniestro;  
Con la izquierda el derecho brazo aferra,  
E hiriendo con la otra el lado diestro,  
De mil puntas mortales, con él cierra,  
Y, « Esta respuesta al burlador maestro —  
» Dícele — da el burlado en buena guerra. »  
Brama el moro, en esfuerzos se deshace  
Sin que el asido brazo desenlace.

## XVII

La espada á la cadena, al fin, pendiente  
Deja, y al buen latino se abalanza;  
Lo mismo hace Tancredo, y fuertemente  
Cada cual al contrario ase y afianza.  
A Anteo no del suelo antiguamente  
Levantó Alcides con mayor pujanza,  
Que la que emplean en tenaces nudos  
De éstos los duros brazos y nervudos.



## XVIII

Después de haber luchado una gran pieza,  
A un tiempo al suelo el uno y otro viene;  
Fuera suerte de Argante, ó su destreza,  
Libre y suelto el derecho brazo tiene;  
Cayendo al franco el cuerpo se reveza  
Y la diestra debajo le retiene;  
Al verse en desventaja y riesgo puesto,  
De Argante se deshace, y salta presto.

## XIX

Salta más tarde el moro, y un mandoble  
Antes que se alce va sobre él violento;  
Mas como pino que su cima doble  
Al Euro, y vuelva á erguirla en el momento,  
Así de éste el valor aumenta al doble  
Y mayor fuerza cobra y más aliento:  
Golpes nuevos entrambos menudean  
Y arte menor, furia mayor emplean.

## XX

La sangre en más de un punto al franco fluye;  
Ríos la del pagano hacer parece;  
El furor con las fuerzas disminuye  
Cual fuego que sin pábulo perece.  
La flaqueza de aquél, Tancredo arguye,  
De que el brazo en sus golpes languidece;  
Cesa en su noble corazón la ira,  
Y así diciendo afable, el pie retira:

## XXI

« Cede, fuerte varón, sea que entiendas  
» Que soy yo quien te vence ó la fortuna:  
» Triunfo de ti no busco ó ricas prendas,  
» Ni he de imponerte condición alguna. »  
Más que nunca el pagano iras horrendas  
Cuando esto oyó, dentro del pecho aduna.  
Contesta: « ¿Ya de triunfador blasonas,  
» Y á Argante de cobarde así abaldonas?

## XXII

» Usa tu suerte: sin temor te espero,  
» Y sabré dar castigo á tu locura. »  
Cual fuego que se apaga, en el postrero  
Instante, y al morir luce y fulgura,  
Tal de cólera hinchendo el moro fiero  
La escasa sangre alienta su bravura;  
Y su muerte, que cerca está ya viendo,  
Quiere ilustrar, con gloria pereciendo.

## XXIII

La mano izquierda junto á la otra puesta,  
Tira con ambas formidable tajo,  
Y aunque halla la enemiga espada opuesta,  
La fuerza y va adelante sin trabajo;  
Hiriendo hombro y costillas, pasa presta,  
Y cuanto encuentra rompe de alto á bajo:  
Si Tancredo no teme, es que su pecho  
Incapaz de temor Natura ha hecho.



## XXIV

Dobla Argante el terrible tajo; al viento  
Arroja inútil fuerza y vana ira;  
Que Tancredo á sus golpes está atento,  
Y muy á tiempo de ellos se retira.  
Su propio peso, al ímpetu violento,  
Al moro, débil ya, de bruces tira;  
Por sí cayó, sin que jactarse pueda  
Alguien de que á su empuje al caer ceda.

## XXV

Las heridas dilata haber caído  
Y la sangre que de ellas vierte aumenta;  
Se apoya en una mano, y sostenido  
En la rodilla, aun defenderse intenta.  
« ¡Ríndete! », el otro grita, y comedido  
Nuevas nobles ofertas le presenta.  
Él en tanto, á hurtadillas halla traza  
De herirle en un talón, y le amenaza.

## XXVI

Tancredo, á quien la cólera exaspera,  
Dice: « Felón, ¿así la bondad mía  
» Pagas? » Y una vez y otra la visera  
Pasó su espada donde halló la vía.  
Muriendo Argante está como viviera,  
Y amenazaba y no languidecía.  
Son soberbias, terribles y feroces  
Su postrera actitud y últimas voces.

## XXVII

Tancredo el hierro envaina, y reverente  
A Dios las gracias da de haber triunfado;  
Mas exangüe, sin fuerzas y doliente  
La sangrienta victoria le ha dejado.  
Teme que para el viaje, insuficiente  
Sea el poco vigor con que ha quedado;  
Mas, aunque paso á paso, aquel camino  
Vuelve á tomar por donde al valle vino.

## XXVIII

Su débil cuerpo mucho andar no puede,  
Aunque se esfuerza bien y bien se amaña;  
Siéntase, su cabeza el peso cede  
A la diestra, que tiembla como caña;  
Cuanto á su vista está cree que rueda;  
Para él la luz densa tiniebla empaña,  
Y se desmaya al fin. Quien á ambos viera,  
Vencido y vencedor no distinguiera.

## XXIX

Mientras se hacía el singular combate  
Por ocasión privada tan furioso,  
La ira del vencedor corre, y abate  
En la ciudad al pueblo criminoso.  
¿Quién habrá que con fiel pincel retrate  
El miserable aspecto doloroso  
De la vencida tierra? O ¿con qué pluma  
Podrá escribirse de su horror la suma?



## XXX

Todo de sangre ya y de estrago lleno.  
Cadáveres en montes apiñados,  
Heridos vivos cubren el terreno,  
Bajo insepultos muertos sepultados;  
Las madres huyen estrechando al seno  
Los niños, sus cabellos derramados;  
Y harto el ladrón de robo y de degüello,  
Ase á la tierna virgen del cabello.

## XXXI

Por calles que al Oeste hacia la altura  
Al gran templo conducen de los fieles,  
De hostil sangre cubierta la armadura,  
Persigue el buen Reynaldo á los infieles:  
Descarga sin cesar su diestra dura  
En los que armados ve, golpes crueles.  
Frágil reparo son yelmo y escudo:  
Mejor defensa es ir de armas desnudo.

## XXXII

Su noble hierro sólo al hierro embiste;  
No en inermes menguados brío ostenta;  
A quien ánimo ó armas no reviste,  
Con la mirada y voz terrible ahuyenta;  
A su valor sin par nada resiste:  
Hiere ó amaga, mata ó amedrenta;  
El riesgo no es igual, sí las alarmas  
De los que armados huyen ó sin armas.

## XXXIII

Con el vulgo cobarde, recogido  
También se había un gran tropel guerrero  
Al templo, que hartas veces derruido  
Y alzado, el nombre aun tiene del primero  
Fundador Salomón. Fué construído  
De cedro y mármol y oro todo entero.  
Ya no tan rico, aun fuerte se mantiene,  
Que altas torres y herradas puertas tiene.

## XXXIV

Llegado el paladín, ve que asomaban  
Las turbas en sublime y amplio asiento;  
Que cercaban las puertas, y allegaban  
Las defensas que pueden de momento.  
Vió y remiró, con ojos que abrasaban,  
Dos veces de la cúpula al cimiento,  
Buscando estrecha entrada, y otras tantas  
Vuelta le dió con las veloces plantas.

## XXXV

Cual rapaz lobo, cuando cesa el día,  
El cerrado redil rondando acecha,  
Secas las fauces ávidas, bravía  
Hambre sintiendo, nunca satisfecha,  
Así él en torno alguna entrada espía,  
Por más que áspera fuera, ardua y estrecha.  
Para al fin en la plaza, y en lo alto  
Esperan los cuitados el asalto.



## XXXVI

A un lado está (cuál fuera su destino  
Se ignora) viga enorme, larga y gruesa.  
Nunca ostentó tan grande y fuerte pino  
Por mástil, alta nave genovesa.  
Hacia el templo con ella el héroe vino,  
Que á su potente mano nada pesa;  
La abraza á modo de ligera lanza,  
Y á las puertas con ímpetu la lanza.

## XXXVII

Ni mármol ni metal resistir pueden  
Al choque de las recias embestidas:  
Saltan los quicios de la roca, y ceden  
Las puertas, por los golpes abatidas.  
No los arietes tanta fuerza exceden,  
Ni bombardas, cual rayos despedidas.  
La gente que la abierta vía inunda  
Como diluvio, al vencedor secunda.

## XXXVIII

Misero estrago mancha y ensangrienta  
La que antes fué de Dios mansión gloriosa.  
¡Oh justicia del Cielo! Cuanto lenta,  
Fuiste al impío pueblo rigurosa:  
Henchiste de la ira más violenta  
Y de crueldad, el alma más piadosa:  
Lavó el templo el infiel con sangre impía,  
Que tiempo tanto profanado había.

## XXXIX

Solimán entretanto en la gran torre  
Busca refugio, de David llamada;  
De los suyos el resto le socorre  
Y atrincherar procura toda entrada.  
También allí el tirano Aladín corre.  
Cuando el Soldán percibe su llegada,  
« Ven—le dice—, gran rey; sube á la altura  
» De la roca fortísima y segura,

## XL

» Que á la última defensa te convida  
» Contra la saña fiera del cristiano. »  
« ¡Ay!—responde—. ¡Ay de mí! Ya destruída  
» La ciudad tiene su furor insano:  
» Ya mi imperio cayó, perdí mi vida.  
» Viví y reiné. Ya todo esfuerzo es vano:  
» Fuimos, puedo decir; y el miserable  
» Ultimo fin nos llega inevitable. »

## XLI

« ¿Dónde, señor, está tu ánimo fuerte?  
» (Dice el Soldán entonces enojado);  
» Reinos puede quitar adversa suerte;  
» Nunca real dignidad al esforzado:  
» Dentro allí puedes siempre guarecerte  
» Y reposar tu cuerpo fatigado. »  
Así le habla, y le hace recogerse  
A la torre en que espera defenderse.



## XLII

Con ambas manos una herrada maza  
Toma el Soldán; la espalda al cinto tiene.  
Puesto á la puerta, con resuelta traza  
A los francos impone y los contiene;  
Cuanto su mano alcanza despedaza;  
El que no muere, á tierra al menos viene:  
La gente, de la puerta lejos huye  
Donde la maza atroz bate y destruye.

## XLIII

Llega seguido de escuadrón valiente  
Raymundo, el noble conde de Toïosa;  
Corre á la puerta con erguida frente,  
Despreciando la maza ponderosa;  
Tiró el primero, mas inútilmente;  
No así el Soldán; con fuerza prodigiosa  
La maza en la cabeza al conde ofende,  
Que de espalda al caer, los brazos tiende.

## XLIV

Va á los vencidos ánimo volviendo  
Que antes por el temor perdido habían,  
Ya rechazados á los francos viendo  
Si muertos á la entrada no caían.  
Al conde ve el Soldán, que el golpe horrendo  
Derribó entre los muertos que yacían.  
Gritó á los suyos: « Ese caballero  
» Dentro llevad, guardadle prisionero. »

## XLV

A cumplir van la orden; mas en breve  
Ven cuánto es ardua y peligrosa empresa:  
No permiten los de él que se le lleve,  
Y le defienden cual valiosa presa.  
A unos furor, á otros piedad mueve,  
Y no poco en la lucha se interesa;  
Que de un grande hombre libertad y vida  
El premio son de aquella lid reñida.

## XLVI

A la larga el Soldán triunfado hubiera,  
Que en su venganza más y más se obstina,  
Pues á su maza en vano oponer era  
El doble escudo ó la celada fina,  
Si á su contrario ayuda no viniera  
Por una parte y otra, repentina:  
A un mismo tiempo por diverso lado  
Godofredo y Reynaldo han avanzado.

## XLVII

Como pastor que ve al ambiente puro  
Turbar recio huracán y rayo y trueno,  
Y mil nubes hacer el día obscuro,  
Su grey recoge, y de zozobra lleno,  
Al lugar la endereza más seguro,  
En tanto vuelve el cielo á estar sereno,  
Con los gritos la rige y el cayado,  
Y atrás va con solícito cuidado,



## XLVIII

Así el pagano, que venir sentía  
Horrible tempestad y turbión fiero,  
Que con alto fragor el cielo hería  
Brillando á un lado y otro el claro acero,  
Custodiada, ante sí la gente envía  
A la gran torre, y él queda zagüero.  
Parte al fin, y á su fuga la apariencia  
Más bien que de temor, da de prudencia.

## XLIX

Apenas en los ámbitos murales  
Y las puertas cerrando, se repara,  
Las barreras rompiendo, á los umbrales  
Reynaldo llega; en ellos no se para,  
Que quiere aventajar á sus rivales  
En valor, y cumplir lo que jurara:  
El voto que antes hizo nunca olvida  
De matar del danés al homicida;

## L

Y en aquel punto su inflexible espada  
Tentara el fuerte, inexpugnable muro,  
Y de ella, á darle muerte destinada,  
No estaría el Soldán quizás seguro;  
Mas toca el capitán á retirada,  
Ya viendo en torno el horizonte obscuro.  
Allí acampar resuelve, pues quería  
Dar nuevo asalto en cuanto quiebre el día.

## LI

- Dice, en medio del gozo que le exalta:  
« El gran Dios nuestras armas favorece:  
» Lo más hecho está ya, Lo que hacer falta  
» Es poco, y de temor causa no ofrece.  
» Mañana expugnaréis la torre alta,  
» Ultimo asilo que al infiel guarece.  
» Mas id á confortar con amor santo  
» Los heridos y enfermos, entretanto.

## LII

- » Id, curad á esos héroes esforzados  
» Que con sangre pagaron la victoria;  
» Conviene esto de Cristo á los soldados  
» Más que sed de venganza, de oro ó gloria.  
» Estragos ¡ay! ya vimos demasiados  
» Y en algunos codicia harto notoria.  
» Que el robo y la matanza cesen mando  
» Y divulguen las trompas este bando. »

## LIII

- Calló, y al punto va donde doliente  
Aunque ya en su sentido, yace el conde.  
Solimán, con no menos audaz frente  
Habla á los suyos y su pena esconde:  
« De fortuna á despecho, al que es valiente  
» Siempre esperar, amigos, corresponde.  
» No del temor cedáis al vano engaño,  
» Que menor que parece es nuestro daño.



## LIV

- » Tomados los contrarios muro y techos
- » Y el vulgo vil, mas no la ciudad tienen;
- » Que el rey, sus nobles, vuestros fuertes pechos
- » Y brazos, la ciudad en sí contienen.
- » Salvo el rey y vosotros ya rehechos
- » Y estas firmes defensas se mantienen
- » Vano trofeo, abandonada tierra -
- » Tengan los francos; perderán la guerra.

## LV

- » Que al fin han de perderla cierto creo,
- » Pues con la suerte próspera engreídos,
- » En la matanza, crápula y saqueo
- » Y en vil lujuria están embrutecidos,
- » Y entre el robo y estupro fácil veo
- » Que muertos sean todos ó vencidos,
- » Si de Egipto el ejército pujante
- » Llega á punto, y no puede estar distante.

## LVI

- » Que de los altos edificios lluevan,
  - » Entretanto, las peñas que lancemos;
  - » Las calles todas que al sepulcro llevan,
  - » Al infiel con las máquinas cerremos. »
- Así en los tristes ánimos renuevan  
Sus voces de esperanza los extremos.  
Mientras esto allí pasa, anda Vafrino  
Buscando entre las armas su camino.

## LVII

A la enemiga hueste, como espía,  
Al declinar el sol era partido,  
Y por obscura, solitaria vía,  
En la noche siguió desconocido.  
Por Ascalón pasó cuando aun el día  
No había en el Oriente parecido;  
Y cuando al meridiano el sol tocaba,  
El poderoso campo divisaba.

## LVIII

Vió tiendas infinitas, y flotantes  
De azul y gualda y rojo los pendones.  
Tantos oyó de lenguas discordantes  
Y atabal y añafil bárbaros sonos,  
Y gritos de camellos y elefantes,  
Y relinchos agudos de bridones,  
Que entre sí dijo: «Aquí la Africa entera  
» Viene y el Asia toda se aglomera.»

## LIX

La fuerza ve del sitio donde asienta  
El campo, y cómo sea su estacada;  
No á hurto oculta vía luego tiente,  
Ni se esconde á la gente derramada:  
Donde la regia puerta se presenta,  
Hablando y respondiendo hace su entrada.  
Con el lenguaje audaz, diestro y mañero.  
Junta atrevido rostro y porte fiero.



## LX

De un cabo al otro cuidadoso gira,  
Por cuanto el vasto campo en sí comprende;  
Hombres, caballos, armas, todo mira;  
Observa el arte y plan, nombres aprende;  
Y aun no contento, á descubrir aspira  
Los designios ocultos, y algo entiende.  
Tanto astuto y sagaz recorrió el llano,  
Que al pabellón llegó del soberano.

## LXI

Pequeña hay en la tela una abertura  
Por donde algo se oiga y se discierna,  
Que á la parte responde en derechura  
Que en la estancia real es más interna,  
Y está así en el secreto mal segura  
Si alguno escucha de la parte externa.  
Vafrino atisba allí, sin que se entienda,  
Pues finge componer algo en la tienda.

## LXII

Al jefe descubierto mirar pudo  
Armado el cuerpo y con purpúreo manto;  
El yelmo tiene un paje, otro el escudo,  
Él una lanza en que se apoya un tanto.  
Cerca está de él un hombre alto y membrudo  
De torvo rostro y ceño que da espanto.  
Vafrino escucha: oyendo que se nombre  
A Gofredo, la oreja para al nombre.

## LXIII

- El jefe al otro dice: «¿Así, seguro  
» Estás de dar la muerte á Godofredo?»  
Responde aquél: «Lo estoy; no volver juro  
» Más á la corte, si vencer no puedo.  
» Fío en mi gente y de otro no me curo,  
» Y todo premio y recompensa cedo,  
» Si de sus armas un trofeo labras  
» En el Cairo, que lleve estas palabras:

## LXIV

- « Estas armas Ormondo quitó en guerra  
» Del Asia al destructor franco insolente  
» Que mató. De ello la memoria encierra  
» Esta inscripción que dure eternamente. »  
« No—replicó—si el golpe no se yerra,  
» A tu obra dará el rey honra eminente.  
» Lo que pides de cierto ha de otorgarte,  
» Y aun con mayor merced sabrá premiarte.

## LXV

- » Las armas engañosas dispón presto,  
» Que cerca el día está de la batalla. »  
« Listas están », responde; y dicho esto,  
El uno y otro pensativo calla.  
Por lo que oyó Vafriño, quiere el resto  
Adivinar, y qué pensar no halla.  
Que hay armas falsas, que hay traición entiende,  
Mas el ardid del todo no comprende.



## LXVI

Pártese y vela aquella noche entera,  
Que no quiere dormir un solo instante;  
Mas cuando al despuntar la luz primera  
Ve que á marchar el campo se levante,  
Con los otros él sigue la bandera  
Y hasta donde hacen alto va adelante;  
De tienda en tienda cauteloso espía,  
Buscando si algo más saber podría.

## LXVII

A hallar llega en pomposo y alto asiento  
Entre damas y próceres á Armida,  
Que suspira, y parece en aislamiento  
Consigo mismo hablar embebecida.  
Las bellas luces baja al pavimento,  
La mejilla en la mano sostenida.  
No distingue él si llora; tiene al menos  
Húmedos ojos y de perlas llenos.

## LXVIII

Al frente de ella Adrasto está sentado:  
Ni pestañar, ni aun respirar parece;  
Tan pendiente está de ella, embelesado  
En su amoroso ardor, que así más crece.  
A ambos ve Tisaferno, ya enojado,  
Ya como quien amor sólo apetece;  
Y al móvil rostro la color inflama  
Ya recia ira, ya amorosa llama.

## LXIX

Ve á Altamoro también que en compañía  
De las damas, un poco estaba aparte.  
No muestra los deseos en que ardía;  
Su lasciva mirada rige el arte:  
Ya una mano, ya un bello rostro espía;  
Tal vez acecha más guardada parte;  
Entre un mal puesto velo se introduce,  
Donde túrgido y albo un seno luce.

## LXX

Los ojos alza Armida al fin, y un tanto  
Su frente eburnea, plácida, serena,  
Y brilla entre las nubes de su llanto  
Suave sonrisa de delicias llena.  
« Señor—decía—, calma mi quebranto  
» Tu generosa oferta, y me despena;  
» Que creo ser vengada sin tardanza,  
» Y es la ira dulce al esperar venganza. »

## LXXI

Responde el indio: « Aleja la tristeza,  
» Y serena, por Dios, la faz turbada;  
» Que del traidor Reynaldo la cabeza  
» Pronto á tus plantas has de ver cortada;  
» O si preso le quiere tu grandeza,  
» Mi mano le traerá, por ti mandada,  
» Según que prometí. » Le oye el otro:  
Nada dice, mas sufre como en potro.



## LXXII

La dulce vista á Tisaferno inclina  
Y, « ¿Qué dices, señor? », Armida inquiera.  
Con sarcasmo él responde: « Pues camina  
» Más lento mi valor, como pudiere  
» A tu campeón en zaga ir determina. »  
Con este amargo dicho le zahiere.  
Replica el indio: « Con razón desea  
» Lejos seguir quien teme la pelea. »

## LXXIII

Tisaferno soberbio alza la frente  
Y dice: « ¡Oh! Si tuviera mi albedrío  
» Y en mi espada mandara libremente,  
» Viérase á quién más lento mueve el brío.  
» No temo yo á tus fieros, insolente;  
» Temo al Cielo y á Amor contrario mío. »  
Calló. Adrasto á retarlo se adelanta;  
Mas á estorbarlo Armida se levanta.

## LXXIV

Y exclama: « ¿Por qué ahora, caballeros,  
» Lo que dado me habéis queréis quitarme?  
» Ambos mis campeones verdaderos  
» Jurasteis ser: tal título os desarme;  
» Si os airáis es conmigo, y ofenderos  
» No podéis, sin ofensa grave darme. »  
Hablando así, los calma y los aviene;  
Que en férreo yugo á los rivales tiene.

## LXXV

Vafrino todo oyó, que allí se oculta,  
Y, la verdad sabida, se retira.  
Mas penetrar la trama dificulta;  
Que de ella nada en rededor transpira.  
A alguien tal vez mañero habla y consulta:  
Desea más lo que difícil mira;  
Y está á perder la vida decidido,  
O el secreto á saber tan escondido.

## LXXVI

Mil diferentes modos de asechanza  
Y engaños más de mil discurre agudo;  
Mas la traición á descubrir no alcanza,  
Ni sus armas y ardid conocer pudo.  
Fortuna al fin, colmando su esperanza,  
De su intrincada duda soltó el nudo,  
Y demostróle manifiesta y clara  
La suerte que á Gofredo se prepara.

## LXXVII

Vuelve adonde sentada aun permanece  
Armida, con sus fuertes campeones;  
Que allí más medios de indagar le ofrece  
Gente diversa en lenguas y naciones.  
A una dama se acerca, que parece  
Que antes viera en diversas ocasiones,  
Y aun que tuviesen amistoso trato,  
Y la habla con semblante afable y grato.



## LXXVIII

Como en burlas decía: « Si por suerte  
» Fuera yo el paladín de una belleza,  
» Cortaría también mi diestra fuerte  
» De un Bullón ó un Reynaldo la cabeza.  
» Dí si pudiera acaso complacerte  
» En un cristiano haciendo tal proeza. »  
Así comienza, y poco á poco sabe  
Ir la burla cambiando en tono grave.

## LXXIX

Mientras hablaba así, rostro risueño  
Muestra, con gesto en él acostumbrado.  
De las doncellas una con empeño  
Le escucha y mira y se le acerca al lado;  
Dice: « A todos te robo: soy tu dueño,  
» No llorarás tu amor mal empleado;  
» Por campeón te elijo: ven aparte;  
» Como á mi caballero quiero hablarte. »

## LXXX

Le aparta y dice: « Te he reconocido,  
» Vafrino, y á mí tú, según entiendo. »  
Túrbase el escudero sorprendido,  
Mas á ella vuelto, respondió riendo:  
« Si te vi, no recuerdo dónde ha sido,  
» Y que tal no mereces estoy viendo.  
» Esto sí sé, que nunca fuí nombrado  
» Del modo con que ahora me has llamado.

## LXXXI

- » De Biserta nací en la playa ardiente;
- » Soy Almanzor; mi padre Lesbín era. »
- « Necio—ella dice—, sé perfectamente
- » Quién eres y qué buscas, y quisiera
- » Que te hubieses conmigo francamente.
- » Soy tu amiga y por ti la vida diera.
- » Soy la princesa Erminia; sierva un día
- » De Tancredo, viví en tu compañía.

## LXXXII

- » Dos meses que en prisión moré dichosa,
- » Tú, mi piadoso alcaide, me mostraste
- » Afecto y cortesía bondadosa:
- » Mirame; soy la misma á quien guardaste. »
- Atento mira él la faz hermosa,
- Cuanto á reconocerla bien le baste.
- « Vive—ella le agregó—de mí seguro:
- » Por ese Cielo y ese Sol lo juro.

## LXXXIII

- » Ruégote que á tornar llegando el caso,
- » A la prisión me vuelvas tan querida.
- » Noches turbadas, negros días paso
- » En libertad ¡ay! triste, desabrida.
- » Y si á espiar aquí viniste acaso,
- » Alta fortuna encuentras y crecida.
- » Sabrás por mí la trama y cosas raras
- » Que de otra suerte nunca averiguaras. »



## LXXXIV

Mientras habla, en silencio él la veía,  
Recordando á la astuta Armida bella.  
Cosa es locuaz y llena de falsía  
La mujer: loco es quien fia de ella.  
Así él pensaba, y luego la decía:  
« Si resuelves venir, sigue mi huella;  
» Esto ora entre nosotros concertemos,  
» Y en ocasión más cómoda hablaremos. »

## LXXXV

Entre ambos la partida se resuelve,  
Antes que se alce el campo; en el momento  
Deja Vadrín la tienda; ella se vuelve  
A las otras, mostrando gran contento;  
Torna á la alegre plática en que envuelve  
Al galán nuevo, y burla de su intento.  
Luego á la cita va, dél se acompaña,  
Y ambos salen del real á la campaña.

## LXXXVI

Llegados á un paraje solitario  
De donde el campo se divisa apenas,  
« Cuéntame ahora—él dice—el plan nefario  
» Contra Bullón, las tramas sarracenas. »  
Ella el ardid le explica sanguinario  
Y de todo le da noticias plenas.  
« Hay—le dice—en la corte ocho guerreros,  
» El fuerte Ormondo y siete compañeros.

## LXXXVII

- » Éstos (por odio ó fanatismo sea)
- » Han conspirado, y ves aquí su traza:
- » Cuando se trabe la campal pelea
- » Que hoy al imperio asiático amenaza,
- » Armas tendrán que francas ser se crea
- » Y de la Cruz el signo en la coraza:
- » De Gofredo á la guardia los colores
- » Blanco y oro, hurtarán esos traidores;

## LXXXVIII

- » Cada cual en el yelmo pondrá cosa
- » Que le dé á conocer á los paganos;
- » Y cuando más trabada esté y furiosa
- » La lid, aparentando ser cristianos,
- » A Gofredo de dar muerte alevosa
- » Han de tratar sus traicioneras manos
- » Con armas que en veneno estén teñidas.
- » Y hagan mortales todas las heridas;

## LXXXIX

- » Y como á los paganos les constara
- » Que sé yo vuestras armas y señales,
- » Por fuerza me obligaron que bordara
- » Insignias falsas en un todo iguales;
- » Esto causó que el campo yo dejara,
- » Huyendo de sus órdenes brutales.
- » Detesto el fraude vil, y á quien intenta
- » Contaminarme con traición sangrienta.



## XC

» A esta razón, quizás otra se agrega... »  
Calla aquí y el rubor cubre su frente,  
Los ojos baja, y á expresar no llega  
El último concepto claramente.  
Vafrino saber quiere lo que niega  
Declarar, la vergüenza que ella siente,  
Y dice: « Poco fiel me consideras,  
» Pues no dices las causas verdaderas. »

## XCI

Lanzando ella un suspiro conmovida,  
Dice con ronca voz y vacilante:  
« Vergüenza, que á mal tiempo eres venida,  
» No es éste tu lugar; vete al instante.  
» ¡Qué! ¿tantas ora en vano compungida  
» Con tu fuego cubrir el fuego amante?  
» Que antes me detuvieses bueno fuera;  
» No ya que soy doncella aventurera. »

## XCII

Prosigue: « Aquella noche á mí tan dura  
» Y á mi patria oprimida y destrozada,  
» Más que creí perdí: mi desventura  
» No en ella, mas fué della ocasionada.  
» Perder fué poco el reino: de la altura  
» De mi misma también fui derribada:  
» Sin poder más cobrarlos, vi perdidos  
» El seso, el corazón y los sentidos.

## XCIII

» Tú viste con qué angustia y dolor fiero,  
» Tanta matanza viendo y tantos males,  
» Al mío y tu señor corrí, el primero  
» Que pisó armado las estancias reales.  
» Me incliné y dije: « Invicto y gran guerrero,  
» Piedad pido y merced en mis mortales  
» Angustias; no la vida de ti imploro:  
» Sálvame sólo el virginal decoro. »

## XCIV

» Tendió á la mía su valiente mano,  
» Sin dejarme acabar lo que pedía;  
» Y « Virgen bella—dijo—, no es en vano  
» Tu ruego; en mi defensa te confía. »  
» Un no sé qué de dulce y soberano  
» Sentí que al corazón se introducía,  
» Y pasando fué al alma inquieta, y luego  
» Tornóse no sé cómo en llaga y fuego.

## XCV

» Víome frecuente y en gentil manera  
» Me consoló, doliéndose conmigo;  
» Díjome: « Libertad te doy entera. »  
» No me tomó despojo de enemigo.  
» ¡Ay! parecía don, y robo era;  
» Que al darme libre, me llevó consigo.  
» Lo que no precio me volvió y desdén,  
» Y de mi alma por fuerza se hizo dueño.



## XCVI

- » Mal el amor se oculta. Con frecuencia
- » Nuevas de tu señor te demandaba;
- » Los signos viendo tú de mi dolencia,
- » Dijiste: « Eres de amor, Erminia, esclava. »
- » Lo negué; mas mi amor con evidencia
- » Suspiro ardiente más veraz mostraba.
- » Mis ojos, de la lengua en vez, acaso
- » Descubrían el fuego en que me abraso.

## XCVII

- » ¡Necio callar! Hubiera al menos hecho
- » Algo, en remedio de mi pena horrenda,
- » Si había, cuando no era de provecho,
- » A mi deseo de soltar la rienda.
- » Partí al fin, con la herida que en mi pecho
- » Creí de muerte ser segura prenda;
- » Y de alivio tener buscando modo,
- » Hízome Amor atropellar por todo.

## XCVIII

- » Y en busca al fin salí del dueño mío,
- » Que me hirió, y que podía hacerme sana;
- » Mas al llegar, causóme un extravío
- » Gente que me siguió cruel y villana.
- » Apenas, pues, de cautiverio impío
- » Libréme, á parte hui yerma y lejana,
- » Donde llegando desvalida, errante,
- » Pastora fui y de selvas habitante.

## XCIX

- » Mas mi deseo, á quien sujeto tuvo
- » El temor tiempo breve, tornó presto.
- » Volví á tentar la vía, y me detuvo
- » Igual estorbo á mi designio opuesto.
- » Huir no pude ya, que me contuvo
- » Ladrona banda en cierto oculto puesto.
- » Fuí, pues, cautiva, y los que tal me hicieron
- » Egipcios son, que á Gaza se partieron.

## C

- » Dióseme al capitán, y de manera
- » Su interés me gané, que ni en la vida
- » Ni en la honra sufrí, mientras viviera
- » Allí, en la corte de la maga Armida.
- » Así fui varias veces prisionera
- » Y escapé. Ya mi historia es concluída.
- » Mas los hierros primeros aun conserva
- » La tantas veces libertadada sierva.

## CI

- » ¡Oh! con tal que el que en ellos apresada
- » Tiene el alma, jamás no la desligue
- » Ni diga: «Errante sierva, otra morada
- » Busca», y la de él á abandonar me obligue,
- » Antes mi vuelta muestre que le agrada
- » Y en la antigua prisión grata, me abrigue.»
- Así Erminia decía, y departiendo
- Noche y día, su ruta van siguiendo.



## CII

Deja Vafrino el más común sendero  
Buscando otra segura ó corta vía.  
Cerca de la ciudad, cuando el lucero  
Demuestra que á su fin ya toca el día,  
Llegan; de sangre van por un reguero  
Donde muerto un guerrero parecía  
En el camino, vuelto su semblante  
Al Cielo, aun en la muerte amenazante.

## CIII

Por las armas y extraño continente  
Ven que es pagano, y siguen su camino;  
Mas no lejos ven otro de repente  
Que las miradas fija de Vafrino.  
« Cristiano es éste », dice interiormente;  
Mas cuando el traje obscuro á mirar vino,  
Salta á tierra, y el rostro descubierto,  
« ¡Ay de mí!—grita—que Tancredo es muerto.»

## CIV

A mirar del pagano el rostro horrendo  
La sin ventura estaba detenida,  
Cuando aquel grito doloroso oyendo  
En medio al corazón sintióse herida.  
Al nombre de Tancredo, va corriendo  
Cual ebria ó loca, la razón perdida.  
Ve la faz bella, pálida y marchita,  
Y veloz del arzón se precipita.

## CV

Sobre él vierte de vena inagotable  
Lágrimas, y suspiros y lamentos,  
Diciendo: « ¡Oh dura suerte é implacable,  
» A qué punto has traído mis tormentos!  
» Tras luengo tiempo, á ver tu rostro amable,  
» Tancredo; vuelvo: y tú ni mis acentos  
» Oyes, ni puedes verme, aunque presente:  
» Te hallo para perderte eternamente.

## CVI

» ¡Mísera! No creía que pudieras  
» Jamás ser á mis ojos doloroso.  
» Ciega quisiera ser de todas veras  
» Para no ver lo que mirar no oso.  
» ¡Ay! ¿De aquellas tus luces hechiceras  
» Qué es de la llama y rayo esplendoroso?  
» ¿La mejilla de rosa y de azucena  
» Do está, y la frente plácida y serena?

## CVII

» En ti, aun pálido y yerto, me embeleso:  
» Tu alma bella, si en ti aun callada alienta,  
» Si oye mi llanto, al amoroso exceso  
» Perdone el hurto que mi audacia intenta:  
» De los pálidos labios, frío beso  
» Que esperé ardiente, robaré sedienta:  
» Alguna parte quitaré á la muerte  
» Esa boca besando, exangüe, inerte.



## CVIII

- » Boca piadosa, que soliste en vida
- » Con tus palabras consolar mi duelo,
- » Permite, antes que haga mi partida,
- » Que busque en darte un beso mi consuelo:
- » Si entonces le buscara yo atrevida,
- » Dieras quizás lo que hoy robarte anhelo.
- » Lícito sea al oprimirte muerta,
- » Que entre tus dulces labios mi alma vierta.

## CIX

- » Recoge esa alma á quien seguirte place:
- » Do tu espíritu fué conduce el mío. »
- Así habla, y gime, y casi se deshace
- Por los ojos, de llanto vuelta un río.
- Con el ardiente humor aquél renace;
- Lánguido entreabre el labio mudo y frío,
- Los ojos no, mas da un suspiro leve,
- Que á los de ella mezclado, el aire lleve.

## CX

- La dama al caballero gemir siente,  
Y con sentirlo se consuela un tanto,  
Y grita: « Abre los ojos, y el doliente
- » Funeral ve que te hago con mi llanto.
  - » Mírame; el largo viaje juntamente
  - » Haré, muriendo con quien quise tanto.
  - » Mírame: no así huyas presuroso;
  - » Este último te pido don precioso »

## CXI

Tancredo abre los ojos, y al momento  
Graves, turbios, los baja. Siempre llora  
Ella. Vafrino dice: «Aun tiene aliento;  
» Deja el llanto, á curarle atiende ahora.»  
A desarmarle empieza ella con tiento;  
La mano aplica á la obra bienhechora,  
Las heridas le cata, y cual maestra  
De que curarse pueden halla muestra.

## CXII

Ve que de gran cansancio el mal proviene  
Y de que tanta sangre ha derramado:  
Para vendarle sólo un velo tiene,  
Tanta herida, en aquel sitio apartado.  
Mas amor nuevas vendas le previene,  
Y piadoso la enseña arte no usado:  
Con su pelo le enjuga y con él ata  
Cual mejor sabe, y de cortar le trata.

## CXIII

Aquel velo bastarle no podía,  
Breve y sutil, á heridas numerosas;  
No hay ditamo ó panace; mas sabía  
Palabras de curar maravillosas.  
El letargo él sacude en que yacía,  
Y alzando sus miradas vagarosas,  
Ve á su criado, y que sobre él se inclina  
Una dama, en el traje peregrina.



## CXIV

« Vafrino—dice—, ¿aquí cómo has venido?  
» Y tú ¿quién eres, médica piadosa? »  
Alegre ella y dudosa, con sentido  
Suspiro y bella faz, teñida en rosa,  
« Sabráslo—le responde—; es prohibido  
» Por tu médica hablar; calla y reposa:  
» Sanarás presto; el galardón prepara »;  
Y su regazo á la cabeza apara.

## CXV

Piensa Vafrino cómo á la posada  
Le lleve, antes que sea noche oscura,  
Cuando una tropa ve llegar armada,  
Y en ser los de Tancredo se asegura.  
Cuando partió á la lid desafiada  
De Argante, estaban juntos por ventura.  
No le siguieron, que él mandó esperarle,  
Y porque tarda, andaban á buscarle.

## CXVI

Otros muchos seguían ese intento,  
Mas á éstos hallarle les sucede.  
Hácenle con sus brazos como asiento,  
En que asentar y aun recostarse puede.  
Dice él entonces: « ¿Al furor hambriento  
» De los buitres será que Argante quede?  
» No, por Dios, se defraude á tan grande hombre  
» De honrada tumba y de glorioso nombre.

## CXVII

» No hago yo guerra bárbara y aleve  
» A su cadáver. Él murió cual bueno.  
» Y así, en razón la honra se le debe  
» Que es al que muere último bien terreno. »  
Muchos le ayudan, y hace que se lleve  
Tras sí el cuerpo del héroe sarraceno.  
Vafrino al lado á su señor se pone,  
Como que á resguardarlo se dispone.

## CXVIII

Tancredo agrega: « A la ciudad vecina  
» Y no á mis tiendas ir ahora quiero;  
» Que si algún accidente á esta mezquina  
» Vida amaga, sufrirle allí prefiero.  
» De ese lugar de la pasión divina  
» Más corta vía al Cielo hallar espero;  
» Y satisfaga mi devota mente  
» Del santo voto el fin tener presente. »

## CXIX

Dijo, y allí le llevan. Colocado  
Sobre plumas, le toma un sueño quieto.  
Vafrino, para Erminia, no apartado  
Albergue halla cómodo y secreto.  
Va luego do Gofredo está alojado;  
Ni le detiene el general decreto,  
Aunque el caudillo, de futura empresa  
Las ventajas y riesgos mide y pesa.



## CXX

Del lecho donde enfermo, su persona  
Posa Raymundo, el jefe está en la orilla,  
Y de él alrededor, noble corona  
De los más sabios y potentes brilla.  
Mientras Vafrino allí con él razona,  
Reina un silencio grande á maravilla.  
» Fuí, señor—dice—, haciendo tu mandado,  
» Donde estaba el infiel campo sentado.

## CXXI

» Mas del inmenso ejército que allegan  
» No esperes que te dé completa nota:  
» En llanos, montes, valles se desplegan,  
» Cubriendo el suelo en multitud ignota:  
» La tierra talan toda donde llegan,  
» Y todo río y manantial se agota:  
» Su sed no sacian pozos ni veneros,  
» Ni su hambre de Siria los graneros.

## CXXII

» Mas en la turba que sin cuento crece,  
» Inútiles se ven huestes enteras,  
» Donde ni orden ni mando se obedece,  
» Ni cerca lidian: son sólo flecheras.  
» Uno ú otro escuadrón bueno parece,  
» Que de Persia ha seguido las banderas;  
» Y es quizás quien merece mejor fama  
» La que inmortal legión del rey se llama.

## CXXIII

- » Tiene ese nombre, porque está ordenado
- » Que su número nunca mengüe en uno:
- » Para cubrir vacantes, con cuidado
- » Electos tienen por si falta alguno.
- » El general es Emirén nombrado;
- » Ni en seso ni en valor cede á ninguno;
- » Por mandado del rey viene á buscarte
- » Para á campal batalla provocarte.

## CXXIV

- » Según creo, dos días ya no tarda
- » El que ese grande ejército se vea.
- » Tener debes, Reynaldo, en buena guarda
- » Tu cabeza: allí tanto se desea,
- » Que la gente más brava y más gallarda
- » Cortarla ha de intentar en la pelea;
- » Que en galardón ofrece darse Armida
- » A el que logre de ti ser homicida.

## CXXV

- » De ellos el persa es noble y valiente:
- » Digo Altamoro, rey de Sarmacante,
- » Y Adrasto, rey en el extremo Oriente,
- » Que miembros tiene y fuerza de gigante;
- » De todo otro mortal tan diferente,
- » Que por caballo enfrena un elefante.
- » Tisaferno además, á quien la fama
- » Por fuerte campeón doquiera aclama. »



## CXXVI

Dice así. Del doncel el rostro hermoso  
Se enciende: brota de sus ojos fuego;  
De la revuelta lucha está ya ansioso:  
Ni cabe en sí, ni puede hallar sosiego.  
Vafrino, vuelto al capitán famoso,  
« Señor—dice—, á decir todo no llego;  
» De mis nuevas la suma aquí se encierra:  
» Con las armas de Judas te harán guerra. »

## CXXVII

Punto por punto luego le reseña  
Las trazas, los embustes y traiciones,  
Los disfraces, veneno y falsa seña,  
Los fieros y ofrecidos galardones.  
Responde á todo el que en saber se empeña.  
En silencio ya puestos los barones,  
La vista alza Gofredo, y al buen viéjo  
Raymundo dice: « ¿Cuál es tu consejo? »

## CXXVIII

Y él: « Me parece que á la luz primera,  
» Como dispuesto estaba, no ataquemos;  
» Mas se apriete á la torre, porque fuera  
» Salir á los que encierra no dejemos,  
» Y la gente descanse, pues se espera  
» Que batalla mayor luego tendremos,  
» Resuelve tú si más es conveniente  
» Pelear ahora, ó esperar prudente.

## CXXIX

- » Mas, sobre todo, juzgo yo importante  
» Que más que nada tu persona cuides.  
» Por ti vence el ejército triunfante.  
» ¿Quién sin ti le llevara á nuevas lides?  
» Y para que el traidor no las suplante,  
» Nuestras enseñas de cambiar no olvides:  
» Así, ya descubierto á ti el engaño,  
» De quien lo traza tornarése en daño. »

## CXXX

- Bullón repone: « Tu prudencia usada  
» Muestras, y buen querer y sabia mente.  
» Mas lo que dudas cosa es ya ordenada:  
» Sacar mañana á pelear la gente.  
» No más en muro ó campo esté encerrada  
» La que supo domar el vasto Oriente.  
» Sienta nuestro valor la turba impía  
» En campo abierto, á la mitad del día.

## CXXXI

- » No sostendrán ni el nombre que llevamos,  
» No ya del vencedor la altiva vista,  
» Menos las armas. Con vencer sentamos  
» En firmísimas bases la conquista.  
» La torre se dará, ó si la atacamos  
» Luego, posible no es que nos resista. »  
El gran príncipe dice, y se retira;  
Que ya entrada la noche, sueño inspira.

FIN DEL CANTO DÉCIMONONO



## CANTO VIGÉSIMO Y ÚLTIMO

---

LLEGADA DEL EJÉRCITO EGIPCIO Y GRAN BATALLA CAMPAL;  
SALIDA Y MUERTE DEL REY ALADINO;  
REYNALDO MATA Á SOLIMÁN Y APLACA Á ARMIDA; EMIRÉN, CAPITÁN  
DE LOS EGIPCIOS, MUERE Á MANOS DE GODOFREDO;  
LOS CRISTIANOS, VENCEDORES, CUMPLEN EL VOTO.

### I

Alto ya por la esfera el sol asciende  
Y diez horas corridas van del día,  
Cuando la gente que el torreón defiende  
No sé qué cosa al lejos ven sombría  
Cual niebla que la noche al llegar tiende:  
Era la amiga hueste que venía,  
Y al cielo en torno alzando polvo vano,  
Los collados cubría y ancho llano.

### II

De la alta cima agudos alaridos  
Eleva la asediada gente al cielo,  
Que suenan cual si en Tracia de sus nidos  
Turbión de grullas parte, huyendo el hielo,  
A más templados climas, con graznidos  
Veloz tendiendo el estridente vuelo.  
La esperanza ya cierta, con más furia  
La mano al arco da, voz á la injuria.

## III

Bien conocen los francos lo que acrece  
El ímpetu, el aliento, la arrogancia;  
De alta parte atalayan, y aparece  
El campo inmenso, á no larga distancia;  
En sus pechos el noble valor crece  
Y la pelea piden con instancia;  
La ardiente juventud á una voz grita:  
« Da, invicto jefe, la orden », y se agita.

## IV

Mas batalla ofrecer niega él prudente  
Antes del alba: aquel ardor modera;  
Ni al enemigo deja que se tienta  
En combate parcial, á la ligera.  
« Justo es —decía—que quien duramente  
» Ayer lidió, repose un día siquiera. »  
Quizás de los contrarios la insensata  
Confianza, de nutrir á un tiempo trata.

## V

Cada cual se prepara, y de la aurora  
La próxima venida espera ansioso:  
Jamás fué la mañana encantadora  
Tanto como en el día aquel famoso.  
Ríe el alba y parece que la dora  
Del Sol el fuego todo, esplendoroso;  
Que sus luces redobla, y que sin velo  
Quiere los grandes hechos ver el Cielo.



## VI

Al despuntar el rayo matutino,  
Su ejército Gofredo baja al llano;  
Pone á Raimundo en torno al palestino  
Déspota, con el buen pueblo cristiano,  
Que de la tierra de Soría vino  
Ya libertado por su heroica mano:  
Número grande, y dándole más fuerza,  
Con un tercio de vascos le refuerza.

## VII

Parte, y es tal su noble gallardía,  
Que triunfo cierto su presencia augura;  
Nuevo favor del Cielo en él lucía,  
Cual nunca augusto y grande en su apostura,  
De gloria la faz llena, á quien volvía  
La luz de juventud rosada y pura.  
En vista y ademanes tal se ostenta,  
Que, más que hombre, inmortal ser representa.

## VIII

Poco anda, cuando mira de sí enfrente  
Acampado el ejército pagano;  
Luego un monte tomar manda á su gente,  
De aquél á espalda y á siniestra mano;  
Después, su línea forma en largo frente  
Con poco fondo, y la despliega al llano:  
La infantería al centro; los costados  
Con alas de jinetes resguardados.

LA LATINA

## IX

De la izquierda que al pie del monte llega,  
Y por éste se encuentra protegida,  
A uno y otro Roberto el mando entrega.  
Eustacio, hermano suyo, el centro cuida;  
Él mismo la derecha, que despliega  
En la llanura abierta y extendida,  
Donde el contrario en número supera,  
Y envolverlo tal vez por allí espera.

## X

Allí sus bravos loreneses pone  
Y á los mejor armados y escogidos.  
Entre los caballeros interpone  
A pie algunos arqueros aguerridos.  
De los que á la ventura van, compone  
Y los sueltos, un cuerpo, reunidos.  
A la derecha los coloca en grupo:  
El mando de ellos á Reynaldo cupo.

## XI

A quien dice: « En ti espero confiado  
» La victoria y el fin que apeteceemos;  
» Tu escuadrón ten un poco separado  
» Tras del ala cubriendo sus extremos.  
» Si el enemigo avanza, de costado  
» Atácale, y su asalto prevendremos;  
» Que ha de intentar, si mucho no me engaño,  
» Por los flancos y espalda hacernos daño. »



## XII

Luego, á caballo, de una en otra hilera,  
Vuela entre los jinetes y peones;  
Descubre el rostro, alzada la visera;  
Sus ojos arden, brillan sus facciones;  
Alienta al flaco, afirma á quien espera;  
Recuerda á los audaces sus blasones  
Y sus hechos al fuerte; á quién mayores  
Estipendios promete, á quién honores.

## XIII

Al fin donde se juntan hizo alto  
Los guerreros más nobles y valientes,  
Y empieza, colocado en lugar alto,  
A hablar en bellas frases, elocuentes.  
Como del Alpe con ligero salto  
Bajan las sueltas nieves en torrentes,  
Así fáciles corren y veloces  
De sus labios sonoras, gratas voces.

## XIV

« ¡Oh de enemigos de Jesús, constante  
» Azote, que el Oriente habéis domado!  
» El día llegó al fin, llegó el instante  
» Último por que habéis tanto anhelado.  
» No sin alto designio, al arrogante  
» Pueblo infiel tiene el Cielo congregado;  
» Al enemigo todo os trae junto  
» Porque venzáis mil guerras en un punto.

## XV

- » Muchas victorias ganaréis en una,
- » Sin que el peligro aumente ó la fatiga.
- » No os acometa, no, flaqueza alguna
- » Porque tan grande veis hueste enemiga;
- » Que discorde entre sí muy mal se aduna,
- » Y confuso desorden en sí abriga.
- » Veréis que sólo parte de ella asalte
- » Y á unos valor, á otros espacio falte.

## XVI

- » Los más de aquella inmensa muchedumbre
- » Armas no tienen, ni vigor, ni arte;
- » Que del ocio ó la abyeeta servidumbre
- » Arrastró la violencia hacia esta parte.
- » De espada, escudo y yelmo sin costumbre,
- » Sus manos tiemblan, tiembla su estandarte;
- » Verlos podéis cuán torpes, cuán inciertos,
- » Muestran bien que se tienen ya por muertos.

## XVII

- » Su caudillo, que envuelto en oro y grana
- » Los forma, tan feroz en apariencia,
- » Vencer pudo tal vez gente africana,
- » Mas no podrá afrontar nuestra presencia.
- » ¿Qué hará, aunque diestro más y más se afana,
- » En tanta confusión y turbulencia?
- » Él y ellos se conocen poco ó nada,
- » Y á pocos llamar puede camarada.



## XVIII

- » Mas yo gente escogida sólo mando:  
» Juntos lidiado habemos y vencido;]  
» Largo tiempo la vengo doctrinando.  
» ¿Quién de vosotros me es desconocido?  
» ¿Qué espada me es extraña? Si volando  
» Va una flecha, sé el arco do ha salido.  
» ¿Decir no puedo si es franca ó de Irlanda  
» Y sin errar, el brazo que la manda?

## XIX

- » Pido lo que soléis: cada cual venga  
» Con el brío que ha ya mostrado tanto  
» Y el celo usado, y en las mientes tenga  
» Su honor, y el mío, y el de Cristo santo.  
» Id, postrad los impíos. No detenga  
» Vuestra conquista, muerte, ruina, espanto.  
» Mas ¿qué os retarda? El fin ya declarado  
» En vuestros ojos veo: habéis triunfado. »

## XX

Pareció, cuando así acabó vehemente,  
Bajar un lampo fúlgido y sereno,  
Como tal vez si estiva noche ardiente  
Sacude su capuz de luces lleno;  
Y puédese creer que el Sol luciente  
Le lanzara del ígneo, interno seno;  
Su frente pareció ceñir: agüero  
Ser se creyó de reino venidero.

## XXI

Quizás (si á entrar del Cielo en los arcanos  
Lengua mortal es bien que osada sea)  
Su ángel guardián dejó los soberanos  
Coros y con sus alas le rodea.  
Mientras Gofredo ordena á los cristianos  
Y en alentarlos su elocuencia emplea,  
No anda el caudillo egipcio negligente  
En disponer y en animar su gente.

## XXII

Sus tropas pone en línea, en cuanto observa  
Que los francos en orden hacen muestra.  
Sus alas forma; al centro la caterva  
De á pie, al flanco jinetes; de la diestra  
Más peligrosa, el mando se reserva,  
Y encomienda á Altamoro la siniestra;  
De los de á pie Mulease el mando obtiene,  
Y Armida el centro de la línea tiene.

## XXIII

Con el jefe está junto el rey indiano  
Tisaferno y la regia compañía,  
Y donde fácil por el ancho llano  
La ala izquierda extenderse más podía,  
El rey de Persia está, y el africano,  
Y los dos que el extremo Oriente envía.  
Allí ballestas, arcos y hondas paran  
Que de lejos mortíferos disparan.



## XXIV

Los forma así Emirén, y cual le toca,  
Ya el centro, ya las alas fortalece;  
Por intérprete habla, ó por su boca:  
Baldona ó loa, pena ó premio ofrece;  
Dice á uno: « Tu ánimo ¿qué apoca,  
» Dí, soldado? ¿Temible te parece  
» Que es uno contra ciento? Esos malditos  
» Huirán de nuestra sombra y nuestros gritos. »

## XXV

A otros: « ¡Oh valientes! Hoy se intenta  
» Reconquistar la tierra antes perdida. »  
De algunos á la mente representa  
De la patria la imagen dolorida,  
Que les ruega; y cuál gime y se lamenta  
Su familia medrosa y afligida.  
« Cree—clama—que la patria hoy te suplica  
» Por medio de mi voz, y así se explica:

## XXVI

» Guarda mis leyes, haz que mis sagrados  
» Templos no lave y bañe sangre mía;  
» No á las vírgenes violen los malvados,  
» Ni á las paternas tumbas mano impía;  
» Señálante sus canas los cansados  
» Tristes viejos, en mísera agonía;  
» Muestra tu amada esposa el tierno pecho,  
» Hijos, cunas y dulce nupcial lecho. »

## XXVII

Luego á los más: « El Asia, campeones  
» Os hace de su honor; confiada espera  
» Contra esos pocos bárbaros ladrones,  
» Justísima venganza aunque severa. »  
Así en varios estilos y razones  
Su varia gente en alentar se esmera;  
Mas ya los jefes callan. Frente á frente  
Poco dista uno de otro combatiente.

## XXVIII

Grande, admirable cosa á quien la vea  
Es cómo cada cual su campo mueve;  
Y sólo marcha, ó bien ataque sea,  
Su prolongada línea en orden lleve.  
¡Cuánta bandera desplegada ondea!  
¡Con cuántas plumas juega el aire leve!  
Empresas, motes, armas y colores;  
De oro y acero al sol, vivos fulgores.

## XXIX

Bosques de pinos altos y tupidos  
Parece que las densas astas sean;  
Lanzas se ven en ristre, arcos tendidos,  
Dardos que vibran, hondas que rodean;  
Los corceles, apenas contenidos,  
De sus dueños al par lidiar desean;  
Piafan, relinchan, corbetean, giran;  
Hinchada la nariz, fuego respiran.



## XXX

Aun al horror tal vista da belleza:  
De en medio del temor el placer nace,  
Y hasta el clarín en su hórrida agudeza,  
Alegre son á los oídos hace.  
El campo fiel, aunque en menor grandeza,  
Más en aspecto y en sonido aplace;  
Más guerrero y viril canto producen  
Sus trompas altas; más sus armas lucen.

## XXXI

Al combate llamó el clarín cristiano;  
Respondió el otro y aceptó la guerra.  
Arrodillado el franco, al soberano  
Dios implora, y después besa la tierra.  
Ya no hay distancia; desaparece el llano;  
Uno con otro el enemigo cierra:  
Traban la lid las alas; en el centro  
Se arrojan los infantes al encuentro.

## XXXII

De los cruzados ¿cuál hirió el primero  
Porque antes fama y alto honor conquistó?  
Fuiste, Gildipe, tú, que al altanero  
Hircano, rey de Ormuz, primero heriste  
(Tanta honra quiso á un femenil acero  
El Cielo dar), y el pecho le partiste.  
Traspasado cayó, y en su caída  
Al enemigo oyó alabar la herida.

## XXXIII

Con la diestra viril, rota la lanza,  
La dama empuña la valiente espada:  
Contra los persas el caballo lanza  
Y abre y rompe la escuadra más ceriada,  
Donde á Zopiro en la cintura alcanza:  
Casi le parte en dos la cuchillada.  
Luego al cruel Alarco el cuello corta  
Donde voz y alimento se transporta.

## XXXIV

Da á Artajerjes un tajo y le derriba;  
A Argeo de una punta muerto tiende;  
A Ismael de su izquierda mano priva,  
Cortando el nervio en que del brazo pende;  
Soltando el freno, cae convulsiva;  
Al caballo una oreja el golpe hiende,  
La brida suelta él siente, y parte huyendo,  
El orden en las filas destruyendo.

## XXXV

A esos y muchos otros que envidioso  
El tiempo hizo olvidar, quitó la vida.  
Junto un persa escuadrón la ataca ansioso,  
Que el glorioso despojo le convida;  
Mas por ella temiendo, el fiel esposo  
Corre en auxilio á su mujer querida;  
Así este par, unido firmemente,  
Su esfuerzo con la unión doblado siente.



## XXXVI

Nuevo arte de defensa nunca oído  
Vióse allí en los magnánimos amantes:  
El cuidado de sí puesto en olvido,  
Uno al otro se guardan vigilantes:  
Rebate ella los golpes que al marido  
Los aceros asestan fulminantes;  
Los que á ella van él para con destreza,  
Y aun contra ellos pusiera la cabeza.

## XXXVII

Cual propia la defensa ajena trata  
Cada cual, y á vengar al otro atiende.  
Al audaz Artabán Odoardo mata  
Que de los reyes de Boecán descende,  
Y á Alvante es fuerza que también abata,  
Que á su cara Gildipe osado ofende.  
Ella á Arimón, que á Odoardo un golpe mide,  
La frente entre ambos ojos le divide.

## XXXVIII

Si en persas ellos, grande riza hacía  
El rey de Samarcanda en los cruzados;  
Donde el hierro ó caballo revolvía,  
Son jinetes é infantes destrozados;  
Feliz quien muere luego que caía.  
Muchos de su corcel gimen hollados;  
Que como á alguno vivo caer vea  
De la espada, lo muerde y pisotea.

## XXXIX

Da muerte de Altamoro la fiereza  
A Ardonio el grande, á Brunelón membrudo;  
Al uno parte el yelmo y la cabeza  
Que en dos colgando deja el golpe crudo.  
Al otro el sitio en que la risa empieza  
Y ensancha el pecho, pasa el hierro agudo,  
Y así (extraño espectáculo y horrendo)  
Ríe forzado, y muérese riyendo.

## XL

Ni éstos sólo su diestra carnícera  
A salir obligó del dulce mundo;  
Mas con ellos tuvieran muerte fiera  
Gentonio, Guasco, Guy, y el buen Rosmundo.  
Los que Altamoro mal contar pudiera,  
Mata, hiere y aplasta furibundo,  
O dar los nombres de los muertos todos,  
O de herir y matar decir los modos.

## XLI

A aquel bárbaro no hay quien afrontara  
Ni aun quien de lejos á ofenderle acuda:  
Sólo Gildipe á él vuelve la cara  
Y en tan temible lucha entrar no duda.  
Jamás en Termodonte se mostrara  
Amazona con hacha ó lanza aguda,  
Tan audaz cual la dama arrostra ahora  
Del rey persa la furia destructora.



## XLII

Hiérole donde el yelmo de oro esmalta  
La bárbara corona diamantina,  
Que rota cae; la sorberbia y alta  
Cabeza, mal su grado el persa inclina.  
Fuerte mano conoce que le asalta,  
Y despecho y furor le desatina;  
Pero la injuria venga sin tardanza,  
Que un punto son la ofensa y la venganza.

## XLIII

Como rayo á la dama hirió en la frente  
Con tan feroz descomunal herida,  
Que al suelo ella cayera ciertamente,  
A no ser por su esposo sostenida.  
Fuese nobleza de él, fuese accidente,  
Eso bastó. Dél más no fué ofendida.  
Como león magnánimo que deja  
Desdeñoso al que hirió, véla y se aleja.

## XLIV

Ormondo, en tanto, á sus malvados fines  
(Pues que á su cargo la traición tenía),  
Con las fingidas señas, sus malsines  
A los cristianos ya mezclado había.  
Así lobos nocturnos, de mastines  
En semejanza, por la noche umbría  
En el redil espían cómo se entre,  
La cola por temor pegando al vientre.

## XLV

Vanse acercando, y casi toca el flanco  
El atrevido moro y embustero  
De Gofredo. Cuando éste de oro y blanco  
Ve aparecer el traje traicionero,  
« Allí está—grita—aque! traidor, que franco  
» Ser aparenta con disfraz artero,  
» Y el grupo de sus cómplices avanza. »  
Así diciendo, al pérfido se lanza.

## XLVI

Mortalmente le hirió, y aquel malvado  
No hiere, no se escuda, no se arredra;  
Mas cual si á la Gorgona haya mirado,  
Queda (aunque audaz) como de hielo ó piedra:  
De toda espada y lanza es amagado,  
Toda honda contra él se desempiedra;  
Y á él y los suyos tanto destrozaron,  
Que aun cadáveres de ellos no quedaron.

## XLVII

Quando hostil sangre en su armadura tersa  
Ve Gofredo, entra en lid y al lugar vuelve  
Donde antes viera que el monarca persa  
El más fuerte escuadrón rompe y disuelve;  
Pues teme ver su gente así dispersa  
Como arena que en Libia Austro revuelve.  
Corre á los suyos, grita y amenaza,  
Detiene al que huye, al agresor rechaza.



## XLVIII

Comienzan los dos fuertes campeones  
Lucha cual no la vieron Xanto ni Ida:  
Traban en otra parte, cual peones  
Balduino y Mulease lid reñida:  
En la ala opuesta, ecuestres escuadrones  
En pugna están no menos encendida,  
Donde el bárbaro jefe de las gentes  
Lidia en persona y otros dos potentes.

## XLIX

El que las turbas rige y un Roberto  
Recio combaten con igual bravura;  
Mas ya el indio del otro ha el casco abierto  
Y aun le rompe y desmalla la armadura.  
Contrario no halla Tisaferno cierto,  
Que á encontrarle ninguno se aventura;  
Mas corre del combate á lo más fuerte  
Y en varios modos siembra allí la muerte.

## L

Así lidiaban, en igual balanza  
El temor y esperanza suspendidos.  
Míranse por doquier trozos de lanza,  
Restos de arnés, escudos divididos;  
Espadas, chuzos, cuanto á herir alcanza,  
Clavados en los pechos ó esparcidos;  
Los rostros vueltos unos hacia el cielo,  
Otros que al parecer muerden el suelo.

Tomo II.

24

LA LATINA

## LI

Yace el corcel de su señor al lado,  
Y juntos uno y otro compañero,  
O dos contrarios, vivo sepultado  
Bajo del muerto, el que mató primero.  
No hay silencio, no hay grito articulado,  
Sino algo se oye ronco y lastimero:  
Acento de furor, murmullo de ira,  
O lánguido gemido del que expira.

## LII

Las armas, que espectáculo tan bello  
Fueron, espanto dan sólo y tristeza:  
Ni en el hierro ni el oro hay ya destello,  
Ni en los colores vívidos belleza.  
Vestes, cimeras, plumas, todo aquello  
Que brillaba, ora, hollado, es ya vileza;  
Ensucia el polvo cuanto vivo resta;  
Tal mudanza aquel campo manifiesta.

## LIII

Moros, etíopes y árabes guerreros  
Que la extrema ala izquierda componían,  
Despléganse, extendiéndose ligeros,  
Y la enemiga diestra ya envolvían,  
En tanto que los de honda y los flecheros  
De lejos á los francos ofendían,  
Cuando Reynaldo parte con su gente  
Cual trueno ó terremoto, de repente.



## LIV

De Meroe Asimiro, entre el adusto  
Escuadrón de Etiopía, era el más fuerte.  
Dale Reynaldo en donde se une al busto  
El negro cuello, y le derriba inerte.  
Ya que excitó de la victoria el gusto,  
Apetito de sangre y de dar muerte,  
El bravo vencedor acabó cosas  
Horrendas, increíbles, prodigiosas.

## LV

Da más muertes que golpes, y frecuente  
De sus golpes la gran tormenta crece.  
Como vibrar tres lenguas la serpiente  
Siendo una sola rápida parece,  
Así dél cree la espantada gente  
Que tres espadas blande, y se estremece.  
Veloz la vista engaña el movimiento  
Y el miedo la fe aumenta en el portento.

## LVI

Líbicos reyes, negros potentados,  
Unos en sangre de otros muertos tiende;  
Dan en el resto bravos sus soldados,  
En quien su ejemplo emulación enciende.  
Cae bajo sus golpes despiadados  
La plebe infiel que ya ni aun se defiende.  
Ya no lid, sólo estrago es muerte tanta;  
Que al hierro oponen sólo la garganta.

## LVII

Mas no mucho la mixta gente dura  
Recibiendo de frente las heridas;  
Huyen las turbas: tanto el miedo apura,  
Que van las filas todas confundidas.  
El vencedor prosigue su aventura  
Hasta verlas disueltas y esparcidas;  
Luego ya del alcance se retira,  
Menos feroz con los que huyendo mira.

## LVIII

Qual viento en bosque ó sierra rebramando  
Las fuerzas é ira dobla la contienda,  
Pero sopla más plácido y más blando  
Si el llano libre deja que se extienda,  
U ola que en los escollos reventando  
Aquieta en alta mar su furia horrenda,  
Así donde halla menos resistencia  
Va Reynaldo aplacando su violencia;

## LIX

Que desdeña del que huye en el alcance  
Los nobles bríos consumir en vano.  
Vuelve á la infantería el recio avance  
Que el árabe cubrió y el africano  
Y ora está descubierta: en aquel lance  
Su auxilio pereció ó está lejano.  
De través compañías y piquetes  
De á pie, con furia atacan los jinetes.



## LX

Picas rompen y estorbos, con violento  
Ímpetu por las filas enemigas  
Que destrozan. No más veloz el viento  
Furioso abate débiles espigas.  
Cubren sangriento el suelo en un momento  
Miembros rotos, y mallas y lorigas  
Que la caballería al correr pisa  
Sin resistencia hallar, á toda prisa.

## LXI

Reynaldo llega donde en carro de oro  
Armida se halla en militar semblante;  
Cércala por defensa y por decoro  
La que la sigue multitud amante.  
Ella mira al autor de su desdoro  
Airada, y de deseo palpitante;  
Algo del rostro él pierde el sosiego:  
Es ella hielo al pronto, después fuego.

## LXII

Del carro el paladín tuerce y se aleja,  
Como hombre que le vea con descuido;  
Mas que sin lucha pase no le deja  
De sus rivales el tropel crecido.  
Quién la espada, quién lanza ya apareja,  
Y aun ella el arco muestra prevenido:  
Mueve su mano la ira que la atiza;  
Mas su cólera Amor templó y suaviza.

## LXIII

Lucha entre amor y enojo, y manifiesta  
Que aun arde el fuego que escondido tiene.  
Tres veces á flechar la mano apresta  
Y tres veces la baja y se retiene;  
Vence la ira al fin: el tiro asesta  
Y la vira veloz volando viene;  
Mas con ella partió súbito voto  
De que vaya del hito á dar remoto.

## LXIV

Querria ella que su arpón agudo  
Atrás volviendo el corazón la hiriera;  
¡Tanto el antiguo amor con ella pudo  
Siendo vencido! Vencedor, ¿qué hiciera?  
Mas hizo pronto su despecho crudo  
Que de sentir así se arrepintiera,  
Ya el efecto anhelando, ya temiendo  
Del tiro que sus ojos van siguiendo.

## LXV

Mas no en vano la flecha se encamina,  
Que del guerrero da en la dura cota,  
Dura al golpe de mano femenina,  
Que en vez de traspasar, allí se embota.  
El flaco él le presenta; ella imagina  
Ser desprecio, y su ira se alborota;  
Muchas veces dispara y no hace herida,  
Y es, mientras flecha, del Amor vencida.



## LXVI

« ¡Es, pues—decía—, tanto invulnerable  
» Que de hostiles ofensas no se cura?  
» ¡Cubre su cuerpo el bronce impenetrable,  
» Que á todo afecto el alma hace tan dura?  
» Ni á ojos ni á manos el herirle es dable;  
» Tan bien templada fuerza le asegura.  
» Vencida inerme fui, vencida armada:  
» Ya enemiga y ya amante, despreciada.

## LXVII

» ¿Qué arte nuevo me queda, qué mudanza,  
» O qué poder que por vencerle ejerza?  
» ¡Mísera! Ni tener puedo esperanza  
» En los mfos, que ya á pensar me fuerza  
» Lo que miro, que de éste á la pujanza  
» Frágiles armas tienen, débil fuerza. »  
Cierto ve á sus campeones esparcidos,  
Muertos, ó derribados y vencidos.

## LXVIII

A defenderse sola ella no basta,  
Y ya se cree prisionera y sierva;  
Ni se asegura (aunque arco tiene y asta)  
Con las armas de Diana y de Minerva.  
Cual cisne imbele á quien ya casi aplasta  
Entre sus garras águila proterva  
Que á la tierra se pega y la ala inclina,  
Tal, tímida se mueve la mezquina.

## LXIX

El príncipe Altamoro, que entretanto  
Rehacer á los persas procuraba,  
Que cedían y huían con espanto,  
Mas, solo, con trabajo los paraba;  
Viendo en tal trance á la que amaba tanto,  
Vuelto allá, no corría, mas volaba;  
Que su honor abandona, y mando y puesto:  
Como á ella salve, que perezca el resto.

## LXX

El mal seguro carro á escoltar iba,  
Y ya su acero vía abre adelante;  
Mas ve su gente muerta ó fugitiva  
Por Gofredo y Reynaldo, en ese instante.  
La ve el triste, y lo sufre su alma altiva,  
Mucho mejor que capitán, amante.  
Segura Armida está. Vuelve á su gente  
Ya vencida, á ayudar inútilmente.

## LXXI

Que están por esa parte los paganos  
Ya sin remedio, rotos y vencidos;  
Mas por la opuesta huyendo los cristianos  
De los infieles, van despavoridos.  
De los Robertos uno, de sus manos  
Salvó apenas, el rostro y pecho heridos;  
Al otro apresó Adrasto. En tal manera,  
De unos y otros igual la rota era.



## LXXII

Ve Gofredo que el tiempo es oportuno  
Y con orden mejor vuelve al combate,  
De los contrarios cuernos viene el uno  
Contra el otro á chocar, con duro embate.  
Vese que en sangre tinto cada uno  
Los triunfales despojos ganar trate.  
Victoria y honor hay de cada parte,  
Y en medio en duda están Fortuna y Marte.

## LXXIII

Mientras que de esta suerte la lid dura  
Están entrambas huestes sosteniendo,  
De un balcón de la torre en el altura  
El Soldán fiero está de lejos viendo,  
Que cual en teatro ó circo se figura,  
Del mundo la tragedia en punto horrendo,  
Con asaltos sin fin y sangre y muerte  
Mudanzas del acaso y de la suerte.

## LXXIV

Quedó suspenso, atónito, un momento  
De tal vista; al fin su ánimo se exalta:  
Hacia el campo volar quiere violento,  
Y la empresa acabar más ardua y alta;  
No vacila, y en pronto movimiento  
Cala el yelmo, que otra arma no le falta;  
« ¡Sús! ¡Sús! —grita—: ni un punto más tardemos;  
» Que ora vencer ó perecer debemos. »

## LXXV

Ya fuera efecto del querer divino,  
Que así agitara su furiosa mente,  
Para que del imperio palestino  
Aquel día por último se cuente,  
O quizá que á la muerte ya vecino  
A ir á su encuentro estimular se sienta,  
Rápido abre la puerta, é impetuoso  
Al combate se arroja sanguinoso.

## LXXVI

No espera ver si alguno le seguía;  
Solo, corriendo sale á la campaña;  
Solo, mil enemigos desafía;  
Solo, quiere acabar ínclita hazaña;  
Mas muchos lleva en pos su valentía,  
Y hasta el viejo Aladino le acompaña.  
Aun el más cauto y más cobarde avanza,  
Más de furor movido que esperanza.

## LXXVII

Los que primero alcanza el turco fiero  
Caen de rudos golpes, no esperados;  
Y es en darles la muerte tan ligero,  
Que matar no se ven, mas sí matados.  
Desde el primer soldado hasta el postrero  
El terror cunde y gritan espantados,  
Tal que ya la fiel gente de Soria  
En tumulto revuelta casi huía.



## LXXVIII

Con no tan gran terror y desconcierto  
Su orden y puesto guardan los gascones;  
Aunque el próximo riesgo al descubierto  
Les cae, sin anuncio ó prevenciones.  
Jamás garra de fiera en el desierto  
O de águila en las célicas regiones,  
Fué en aves ó en ganado ensangrentada  
Cual lo fué en éstos del Soldán la espada.

## LXXIX

Parece que cruel, voraz, sedienta,  
Pace los miembros y la sangre bebe,  
Y á Aladino y los suyos tanto alienta,  
Que todo á muerte y destrucción se lleve.  
Mas acude Raimundo á la sangrienta]  
Lucha, y contra el Soldán el paso mueve,  
Aunque reconoció la mano fuerte  
Que en otra vez le hirió casi de muerte.

## LXXX

Aun de nuevo la arrostra, y renovada  
La ofensa, donde antes cae herido;  
Culpa fué sólo de la edad sobrada  
A la que es el gran golpe desmedido.  
De cuanto escudo hay cerca y cuanta espada,  
También aquella vez es defendido;  
Mas le deja el Soldán, que acaso crea  
Que le mató ó que fácil presa sea.

## LXXXI

En otros hiere; atroz mata y cercena,  
Y en corto espacio hazañas mil realiza.  
Busca luego, de furia el alma llena,  
Nuevos contrarios en quien haga riza.  
Como de pobre mesa á rica cena  
Pasa ayuno al que el hambre martiriza,  
Tal corre á nueva lucha, donde hartanza  
Halle su hambre de sangre y de matanza.

## LXXXII

Por el derruido muro se apresura  
A bajar, y al combate se encamina.  
El furor en los suyos, la pavora  
Que á los contrarios inspiró, aun domina.  
La hueste infiel asegurar procura  
La victoria, que aun no se determina;  
La otra resiste, aunque á impedir no acierta  
Que de querer huir señal se advierta.

## LXXXIII

Cede lidiando la gascona gente,  
Mas la de Siria á dispersión se entrega.  
Cerca están del albergue en que el valiente  
Tancredo yace, y dentro el clamor llega;  
Le oye, y el lecho deja aún doliente;  
Sale, y mira en la bárbara refriega  
Postrado el conde, que unos van cediendo,  
Y otros, del miedo atónitos, huyendo.



## LXXXIV

El valor, que en el bueno no fallece  
Porque flaco y herido el cuerpo sienta,  
Los lacerados miembros robustece  
Como espíritu ó nueva sangre alienta  
Embraza el fuerte escudo, y no parece  
Grave al brazo que exangüe lo sustenta;  
La diestra empuña su desnudo acero,  
Que eso al valiente basta, y va ligero

## LXXXV

Gritando: « ¿ Adónde el miedo os precipita  
» Dejando al señor vuestro en otras manos?  
» Harán en templo bárbaro ó mezquita  
» De sus armas trofeo los paganos.  
» A su hijo llevaréis nueva inaudita:  
» Que murió el padre huyendo sus hermanos.»  
Dice, y del pecho enfermo aún desnudo  
A mil sanos y armados hace escudo.

## LXXXVI

Con el que él grave lleva, de doblados  
Siete cueros de toro bien compuesto,  
Y sobre ellos de acero alto templados  
Siete aros y un rodete en medio puesto,  
De espadas, picas, dardos arrojados  
Cubré al conde y le tiene bien repuesto.  
Su espada hace al contrario que se aleje  
Y á la sombra seguro le protege.

## LXXXVII

Bajo el amparo fiel, pronto respira  
El buen viejo, y se alza presuroso;  
Doble fuego le abrasa, ardiendo en ira  
El pecho, y en vergüenza el rostro añoso.  
Ojos de fuego á todas parte gira,  
Buscando á quien le hirió fiero y sañoso.  
No hallándole, resuelve cruel venganza  
De los otros hacer en la matanza.

## LXXXVIII

Los aquitanos vuelven, y ya unidos  
Al jefe siguen, á vengarse atento.  
Temen los que atacaban decididos;  
Donde antes miedo, hay ora atrevimiento;  
Son los que perseguían perseguidos:  
Así todo se cambia en un momento.  
Bien Raimundo se venga, que su ofensa  
Muriendo paga multitud inmensa.

## LXXXIX

Mientras que así su cólera y despecho  
Está en los principales desfogando,  
Ve del reino al tirano á corto trecho  
Combatir, y á su encuentro va volando.  
En la frente le hiere, y ya maltrecho  
Sigue en el mismo punto martillando,  
Hasta que cae y con sollozo horrendo  
Muere, la tierra en que reinó mordiendo.



## XC

Ver lejos un caudillo, otro caído  
Produce en cada cual efecto vario.  
Uno, cual bestia brava enfurecido,  
De pechos da en la espada del contrario.  
Quiere otro escapar despavorido  
Y al lugar corre do halla al adversario;  
Al que huye, el vencedor de cerca sigue,  
Tras él entra, y el triunfo así consigue.

## XCI

La roca toman; al que huir procura,  
Por la escala al trepar, dan muerte fiera.  
Raimundo sube á la mayor altura  
En la diestra llevando la bandera  
Que á un campo y otro da señal segura  
Del triunfo que uno teme y otro espera.  
Mas no la ve el Soldán, que lejos se halla,  
Y viene furibundo á la batalla.

## XCII

A la campaña llega, que enrojece  
La tibia sangre que ondeando aumenta,  
Tal que de muerte el reino ya parece  
Que allí sus triunfos al pasar ostenta:  
A su vista un bridón suelto se ofrece,  
Que sin jinete, en fuga va violenta;  
Toma el freno, á la silla se abalanza  
Y á lo más recio de la lid se lanza.

## XCIII

Grande, mas breve auxilio, el Soldán fiero  
Dió á las cansadas huestes sarracenas,  
Cual grande y breve rayó pasajero  
Que inesperado llega y brilla apenas;  
Mas huella eterna su pasar ligero  
Deja en las rocas de matanza llenas:  
Muchos mató; mas la memoria queda  
De dos, que nunca el tiempo borrar pueda

## XCIV

Odoardo y Gildipe, vuestro hado  
Acerbo y duro y hechos excelentes  
(Si tanto á mi toscana pluma es dado)  
Transmitiré á remotas varias gentes,  
A fin que eterno ejemplo señalado  
Deis de amor y virtud á los vivientes.  
De Amor tal vez un siervo honre con llanto  
Vuestra gloriosa muerte y este canto.

## XCV

Vuelve el corcel la dama generosa  
Donde mata y destruye el Soldán crudo;  
Dos grandes tajos tirale animosa:  
Le hiere el flanco y pártete el escudo.  
El traje conociendo, en voz rabiosa  
Grita él: « Manceba vil de aquel barbudo;  
» Mejor defensa ahora, huso y aguja  
» Te dieran que la espada y el granuja. »



## XCVI

Calló, y de furia más que nunca lleno,  
Tírale un duro golpe desmedido,  
Que osó, el arnés rompiendo, entrar al seno  
Digno de ser de Amor tan sólo herido.  
Desfallece ella al punto y suelta el freno,  
Ya su bello semblante amortecido,  
A la vista del mísero Odoardo,  
Defensor sin fortuna, aunque no tardo.

## XCVII

¿Qué hacer en caso tal? Piedad é ira  
Muévenle á un tiempo hacia diverso lado;  
Una al socorro de su bien que expira,  
Otra á vengar el golpe despiadado.  
Sin decidirse Amor, sólo le inspira  
Que á uno y otro extienda su cuidado.  
Con la mano siniestra la sostiene,  
Y á vengarse la diestra se previene.

## XCVIII

Mas como fuerza y ánimo divida,  
Bastar no puede contra el moro fuerte:  
Ni á ella logra apoyar, ni al homicida  
De la que tanto amó, puede dar muerte;  
Antes su brazo fiel, que sostenida  
La tiene, el Soldán corta y cae inerte.  
Es fuerza que la suelte y caiga encima,  
Y de ella el cuerpo con su cuerpo oprima.

## XCIX

Cual olmo en que lozana vid vecina  
Amorosa sus pámpanos enreda,  
Si hacha le corta ó vendaval le arruina,  
Tras sí la arrastra cuando al suelo rueda,  
La hoja destroza, y la uva purpurina  
Ha de aplastar sin que evitarlo pueda,  
De ella dolerse y más sentir parece  
Que su mal, el que ve que ella padece.

## C

Así él cayó, y dolor tan sólo siente  
Por la que compañera le dió el Cielo.  
Voces quieren formar inútilmente:  
Sólo suspiran con doliente anhelo;  
Míranse, y cual solían, tiernamente  
Abrázanse por último consuelo.  
A ambos la luz se oculta al mismo punto  
Y un espíritu vuela al otro junto.

## CI

Sus alas la veloz Fama despliega;  
Con cien lenguas el caso atroz publica,  
Y á Reynaldo no sólo el rumor llega,  
Que la nueva un mensaje certifica.  
En él á ira y deber, piedad se allega  
Y de venganza el ansia multiplica;  
Mas atraviesa y pónese delante  
De él y el Soldán, Adrasto el gran gigante.



## CII

Gritaba el rey feroz: « Por las señales  
» Tú el que busco al fin eres, vil cristiano,  
» Registro armas, escudos y cendales,  
» Todo el día tu nombre llamo en vano.  
» Hoy cumpliré á los dioses infernales  
» De darte muerte el voto: mano á mano  
Haré de mi valor prueba contigo,  
» Yo de Armida campeón, tú su enemigo. »

## CIII

Así le reta, y con furor horrible,  
En la sien le golpea y la garganta.  
Que el yelmo hadado rompa, no es posible;  
Mas del arzón le mueve y le levanta.  
Dale Reynaldo un golpe tan terrible,  
Que Apolo no curara herida tanta.  
Cae el coloso, el rey jamás vencido:  
A un golpe solo es tanto honor debido.

## CIV

De horror y asombro mezcla y de pavora  
A los que aquello ven la sangre hiela.  
Solimán, que herir vió la diestra dura,  
Palidece y su faz temor revela;  
Que vecina su muerte se halla augura;  
Qué hacer no sabe; combatir recela,  
Cosa inaudita en él. Mas, ¿quién se opone  
A lo que incontrastable ley dispone?

## CV

Como agitado en sueño delirante  
Tal vez enfermo ó loco se imagina  
Ir corriendo, y que ansioso hacia adelante,  
Los miembros tiende, la cabeza inclina,  
Y del mayor esfuerzo en el instante,  
Pie ni mano á mover jamás atina;  
Soltar la lengua intenta y hablar quiere;  
No obedece la voz, nada profiere;

## CVI

Así el Soldán: lanzarse bien querría  
Al combate, y su antiguo esfuerzo invoca;  
Mas no halla en sí la usada valentía:  
Se desconoce y su ánimo se apoca;  
Si de audacia una chispa en él ardía,  
Un secreto terror se la sofoca:  
Varias ideas vuélvense en su mente,  
Aunque ni huir ni retirarse intente.

## CVII

A él, que vacila, el triunfador avanza,  
Ya lo fuese, ó ya él así lo crea.  
En ligereza, en ánimo, en pujanza  
Más que mortal parécele que sea.  
Resiste apenas, mas la hidalga usanza  
No olvida, aunque muriendo ya se vea:  
No huye golpes ni gime con baja;za;  
Nada hace sin orgullo ó sin grandeza.



## CVIII

El Soldán, con frecuencia derribado  
Como Anteo, se alzaba nuevamente  
Más fuerte. Cuando al fin yace postrado  
Para siempre, el rumor luego se siente.  
La Fortuna, que varia había luchado,  
El triunfo más no osó tener pendiente;  
Paró la rueda, y sin que ya se aparte,  
De los francos se acoge al estandarte.

## CIX

Con los demás huye la guardia altiva  
Real, que era de Oriente el nervio fuerte;  
Que se llamó inmortal, y á quien hoy priva  
De tan soberbio nombre adversa suerte.  
Corta el paso Emirén al que huyendo iba  
Con la bandera, y le habla de esta suerte:  
«¿No eres tú el que elegí entre mil varones  
» A sostener del reino los blasones?

## CX

» Rimedón, no te di la noble enseña  
» Para que atrás con deshonor la lleves.  
» ¡Cobarde! ¿Al capitán que así se empeña  
» En combatir, á abandonar te atreves?  
» ¿Salvarte tratas? La experiencia enseña  
» Que huyendo, á perdición el paso mueves:  
» Combatir debe el que escapar procura,  
» Que es la vía de honor la más segura.»

## CXI

Vuelve aquél á la lid, que en rubor arde.  
A otros habla Emirén más descompuesto,  
Y aun amenaza y hiere; el más cobarde  
Que antes huyó, cobrar quiere su puesto.  
Parte del ala así logra que aun guarde  
De la esperanza de vencer un resto;  
Y ver á Tisaferno más le alienta,  
Que solo, paso atrás mover no intenta.

## CXII

Éste obró maravillas aquel día:  
Los normandos por él deshechos fueron;  
Por él flamencos de alta nombradía,  
Gernier, Rugier, Gerardo, perecieron;  
Vida y honra alargó su valentía  
Hasta donde los hados permitieron;  
Ya, pues, que de vivir hartos se halla,  
Busca el riesgo mayor en la batalla.

## CXIII

Topa á Reynaldo, y aunque se ha tornado  
Rojo el blasón que azul sacó el escudo,  
Y las garras y el pico ensangrentado  
Su águila muestra, conocerle pudo.  
« He aquí el mayor peligro ya llegado,  
» Dice.—Al Cielo valor pidiendo acudo,  
» Para que Armida vea el grande ejemplo;  
» Sus armas voto de Mahoma al templo. »



## CXIV

Tal su plegaria fué, plegaria vana  
Que á deidad falsa y sorda se endereza;  
Cual león que se incita y que se afana  
En despertar su natural fiereza,  
Así él, y á su rabia y furia insana  
Amor añade filos y agudeza:  
Junta sus fuerzas todas, y violento  
Recogiéndose, parte como el viento.

## XCV

Contra él su bridón lanza, cuando advierte  
Que le acomete, intrépido el cristiano.  
Grande plaza les abre y se convierte  
A ver la lid todo el que está cercano.  
Dan tantos golpes, de tan varia suerte  
El paladín cruzado y el pagano,  
Que quien los ve, asombrado casi olvida  
Su ira y propios afectos, y aun su vida.

## CXVI

Golpe sólo uno da, golpe y herida  
El otro más forzado y bien armado;  
Sangre derrama el persa sin medida  
Roto el yelmo, el escudo derribado.  
Ve de su campeón la bella Armida  
Sin armas casi, el cuerpo destrozado,  
Y á sus miembros terror tal sobreviene,  
Que débil lazo apenas los sostiene.

## CXVII

La que antes la cercó turba guerrera  
Despareció. En su carro abandonada  
Odia la vida: sierva, prisionera  
Ser cree: no vencer ni ser vengada:  
Medio insensata, trémula, ligera,  
Baja, monta un corcel desatentada,  
Arranca huyendo, y á su lado, fieles,  
Ira y Amor la siguen cual lebreles.

## CXVIII

Tal Cleopatra en siglo de hoy distante,  
Huyendo sola de la lid horrenda,  
Frente al feliz Augusto, al caro amante  
Dejó en el mar en áspera contienda,  
A quien contra su honor Amor triunfante  
Tras ella hizo seguir la incierta senda.  
Así en pos de ella Tisaferno iría,  
Mas el que con él lidia lo impedía.

## CXIX

Cuando faltó la que le daba aliento,  
Parece que del día la luz muere,  
Y al que le estorba, en pronto movimiento  
Feroz se vuelve y en la frente hiere.  
Jamás cayó el martillo más violento  
De Bronte, con que el rayo forjar quiere,  
Y del tajo fué tanta la fiereza,  
Que al pecho aquél inclina la cabeza.



## CXX

Se alza Reynaldo, y antes que asegunde,  
Vibra el hierro hacia el peto ya deshecho;  
Le abre el costado, en que el acero se hunde  
Y el corazón va á atravesar derecho.  
Tanto entró, que su herida hace que inunde  
De sangre del pagano espalda y pecho,  
Y que halle abierta la ánima que huía,  
Para salir del cuerpo, doble vía.

## CXXI

En torno mira el vencedor guerrero  
Donde nuevo combate se presente;  
Mas no hay ya del pagano un tercio entero,  
Ni quien sólo un pendón en pie sustente.  
Cesó en matar, y el que alentó primero  
Ardor marcial, en él calmar se siente,  
Y ya sereno, á su memoria asiste  
La dama que huye solitaria y triste.

## CXXII

Cuando partir la vió, compadecido  
Cortés deber creyó cuidar de ella:  
Recuerda que al dejarla ha prometido  
Su caballero ser á Armida bella;  
Por donde huyó la sigue, que esculpido  
Del palafrén el pie marca la huella.  
Llega ella en tanto á opaca selva umbría,  
Que á oculta muerte propia parecía.

## CXXIII

Agradóle que al sitio obscuro y quieto  
Su pie errante el acaso dirigiera.  
Se apea, y desarmada por completo  
De arco, aljaba y arneses se aligera.  
Dice: « Armas infelices, sin objeto,  
» Pues enjutas dejasteis la lid fiera,  
» Aquí os depongo, aquí quedad suspensas  
» Ya que tan mal vengasteis mis ofensas.

## CXXIV

» Mas ¡qué! ¿de tantas armas, el destino  
» Querrá que ni una en sangre sea bañada?  
» Si halláis todo otro pecho diamantino,  
» ¿No hay de mujer al seno alguna osada?  
» Desnudo el mío daros determino;  
» Heridle por hazaña señalada;  
» Tierno á los golpes es: Amor lo sabe,  
» Que á cada tiro herida le dió grave;

## CXXV

» Si alguna en mí se muestra aguda y fuerte,  
» Perdónoos que cobardes hayáis sido.  
» Misera Armida, á quien su triste suerte  
» A tan fatal extremo ha reducido,  
» Que otro remedio alguno á hallar no acierte  
» Que nueva herida hacer al pecho herido;  
» Llaga de hierro, llaga de amor cure:  
» La muerte al corazón salud procure.



## CXXVI

- » Feliz yo si al morir, dejar consigo  
» La peste que aun infesta mi agonía.  
» Quédese amor: vaya rencor conmigo  
» Y haga á mi sombra eterna compañía,  
» O del abismo vuelva, á dar castigo  
» A quien hizo de mí la burla impía,  
» Y muéstresele tal, que su reposo  
» Nocturno inquiete, horrible y espantoso. »

## CXXVII

Calló, y resuelta y firme, ya el acero  
De un dardo agudo y sólido examina,  
Cuando llega y la mira el caballero  
Al más extremo trance tan vecina,  
En ademán compuesto, lastimero,  
Con mortal palidez la faz divina.  
Va por su espalda, el brazo la detiene  
Que ya apuntado al pecho el hierro tiene.

## CXXVIII

Vuélvese Armida y súbito le mira,  
Que sentido no había su llegada.  
Grita; del rostro del que amó retira  
Los ojos desdeñosa; desmayada  
Cae cual flor tronchada, y casi expira,  
Doblado el tierno cuello. Él apoyada  
En un brazo la tiene, y entretanto  
La túnica ceñida suelta un tanto.

## CXXIX

Y la faz bella y seno alabastrino  
Baña con rara lágrima piadosa:  
Cual rocío argentado matutino  
Reanima la inclinada mustia rosa,  
Tal levanta ella el rostro peregrino  
Con llanto ajeno húmedo, y dudosa  
La vista alza tres veces; la desvía  
Tres veces; que al que amó ver no quería,

## CXXX

Y con lánguida mano el fuerte brazo  
Que la sostiene, retirar esquivo.  
Tienta y retienta en vano, que el abrazo  
Más él estrecha á cada tentativa.  
Al fin presa en el firme y dulce lazo  
Que aun caro le es tal vez, en él estriba;  
Habla, y vierte á la vez llanto abundante,  
Sin dirigir la vista á su semblante.

## CXXXI

« ¡Oh! Siempre que á mí llegas ó te partes  
» Igualmente cruel, ¿á qué has venido?  
» Gran maravilla es que mi muerte apartes  
» Y vida, matador, me hayas traído.  
» ¿Tú salvarme? Gozar con que te hartes  
» En mi desprecio y penas has querido:  
» Tus artes veo; tu traición no dudo;  
» Mas nada puede quien morir no pudo.



## CXXXII

- » Cierta mengua tu honor, si encadenada
- » Una mujer, tu triunfo no decora.
- » Por fuerza hoy presa, si antes traicionada,
- » Tus más preciadas glorias avalora.
- » Vida y paz te pedí cuando era amada;
- » Dulce la muerte en paz me fuera ahora;
- » Mas de ti no la quiero, que no hay cosa
- » Si tú la das, que no me fuera odiosa.

## CXXXIII

- » Por mí misma, cruel, librarme quiero
- » De tu ferocidad, en cualquier suerte:
- » Si encadenada, tósigo ú acero
- » No tengo, ó precipicio ó lazo fuerte,
- » Que otro medio ha de darme el Cielo espero
- » De morir sin que puedas oponerte.
- » Cese tu halago, bien que falso sea.
- » ¡Cuánto á un triste esperar ¡ay! lisonjea! »

## CXXXIV

Así se duele, y con la flébil vena  
Que ya la ira, ya el amor produce,  
Sus lágrimas él junta, y en su pena  
Un compasivo afecto se trasluce.  
Con suave acento dícele: « Serena,  
» Armida, el pecho; mi ánimo conduce  
» Pasión más noble: al trono te reservo,  
» No tu enemigo; campeón y siervo.

## CXXXV

» Mis ojos, si mi voz fe no merece,  
» Diránte cuánto es de mi afecto el celo  
» Que en aquel solio colocarte ofrece  
» De tus abuelos; y ¡oh! pluguiera al Cielo  
» Que su luz que las nieblas desvanece  
» De error, rasgara en ti su denso velo:  
» En Oriente yo hiciera que ninguna  
» Compitiera á la tuya real fortuna. »

## CXXXVI

Así habla y ruega. Al ruego se acompaña  
Lágrima rara ó bien suspiro leve.  
Cual se ablanda la nieve en la montaña,  
Cuando arde el sol, ó tibio aire se mueve,  
Tal la que ella mostraba dura saña  
Cede, y muy otro afecto la conmueve.  
« Tu esclava soy—le dice—; á tu contento  
» Dispón de mí, será mi ley tu acento. »

## CXXXVII

Descubre el jefe egipcio en ese instante  
Su estandarte real donde yacía,  
Y á un tiempo á Rimedón ve que expirante  
A un rudo golpe de Bullón caía.  
Su gente que no ha muerto mira errante:  
Mostrar no quiere entonces cobardía;  
Buscando iba, y no buscaba en vano,  
Ilustre muerte de famosa mano.



## CXXXVIII

Contra Gofredo su caballo lanza,  
Que contrario no puede hallar más digno,  
Y muestra de valor sin esperanza  
En el arrojo audaz último signo;  
Grita cuanto su voz á oír se alcanza:  
« A morir por tu mano me resigno;  
» Mas la esperanza mi valor reanima  
» De que al caer mi cuerpo el tuyo oprima. »

## CXXXIX

Dijo, y al punto súbito arremete  
Uno contra otro y salvan la distancia.  
El escudo y siniestro brazalete  
Rotos, del brazo herido es el de Francia;  
Un golpe al lado izquierdo del almete  
Recibe el otro, y tal es su importancia,  
Que en el arzón le aturde, y mientras quiere  
Enderezarse, el vientre aquél le hiere.

## CXL

Muerto el jefe Emirén, un resto escaso  
Queda del grande ejército agareno;  
Aun le sigue Bullón; mas tiene el paso,  
Que á Altamoro ve á pie, de sangre lleno,  
Rotos la espada y casco, en duro caso;  
Que apuntaban cien lanzas á su seno.  
« Dejadle—grita—; y tú, buen caballero,  
» A Gofredo te rinde prisionero. »

LA LATINA

## CXLI

Aquél, hasta allí bravo y orgulloso,  
Que de humildad jamás indicio diera,  
No bien oye aquel nombre tan famoso  
En cuanto alumbra el Sol en su carrera,  
Dice: « De obedecerte soy gustoso:  
» Mis armas toma, que quien vence impera;  
» Y pues es de Altamoro tu victoria,  
» Escasa no será de oro ó de gloria.

## CXLII

» El oro de mi reino y pedrería  
» Mi esposa te dará por mi rescate. »  
Gofredo replicó: « La mente mía  
» No quiera el Cielo que en riqueza trate,  
» Ni el tributo que el indio mar te envía  
» O que Persia te rinde, yo arrebate;  
» Por precio de las vidas no peleo:  
» Guerra hago, no cambio ni granjeo. »

## CXLIII

Calla y lo da á los suyos que le guarden,  
Y á seguir el alcance va violento.  
A los reparos van, sin que retarden  
Los que huyen la muerte ni un momento;  
Que el real les entran; las trincheras arden;  
De sangre un río inunda el campamento;  
Con que el botín se manche, y se corrompa  
El ornamento bárbaro y la pompa.



## CXLIV

Así vence Gofredo. Aun dura tanto  
La luz del Sol que brilla en Occidente,  
Que pudo en la ciudad ganada, al santo  
Templo de Cristo conducir su gente;  
Aun no depuesto el sanguinoso manto,  
Entra con ella el jefe preeminente;  
Las armas cuelga, y á adorar rendido  
Va el gran sepulcro, el voto ya cumplido.

FIN





# ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
CANTO IX.—Conjúrase el Infierno con Solimán y con los árabes, en daño de los fieles.—Batalla nocturna.—San Miguel dispersa á los monstruos infernales y devuelve la victoria á Godofredo..	5
CANTO X.—Aumenta el vigor de los sitiados la presencia de Solimán, y el de los sitiadores la vuelta de los prisioneros de Armida, libertados por Reynaldo.—Elogio profético de la casa de Este....	39
CANTO XI.—Procesión y rogativa.—Asalto y batalla general.—Godofredo, herido, se cura y vuelve á la pelea. —Noche.....	67
CANTO XII.—Clorinda y Argante incendian la torre de los cristianos.—Historia de Clorinda.—Su pelea con Tancredo y su muerte.—Llórala Tancredo.—Argante jura vengarla.....	97
CANTO XIII.—Nuevos obstáculos. — Selva encantada.—Grandísima sequía.—Algunos de los cruzados abandonan el campamento.....	133
CANTO XIV.—Godofredo concede, á ruego de los príncipes, el perdón de Reynaldo, y envía dos mensajeros á llamarlo.....	161
CANTO XV.—Viaje de los dos mensajeros.—Recorriendo el Mediterráneo, observan la armada del rey de Egipto.—Pasan las columnas y llegan á las islas Afortunadas.....	189

CANTO XVI.—Encantos y delicias amorosas.—Reynaldo abandona á Armida, que en vano le sigue y ruega.—Ella destruye el palacio y vuela á la venganza. ....	243
CANTO XVII.—Reseña y partida del ejército egipcio, al que se junta Armida.—Escudo de Reynaldo y genealogía de la casa de Este.....	239
CANTO XVIII.—Desbaratados por Reynaldo los encantos de la selva y reconstruídas las máquinas murales, renuevan los cristianos el asalto y entran en Jerusalem.....	273
CANTO XIX.—El rey y Solimán se reparan en la torre.—Mata Tancredo á Argante en combate singular.—La enamorada Herminia y el explorador Vafreno vuelven al campo de los cruzados.	309
CANTO XX Y ÚLTIMO.—Llegada del ejército egipcio y gran batalla campal.—Salida y muerte del rey Aladino.—Reynaldo mata á Solimán y aplaca á Armida.—Emirén, capitán de los egipcios, muere á manos de Godofredo.—Los cristianos, vencedores, cumplen el voto.....	353





BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200088590

Ayuntamiento de Madrid





80

Ayuntamiento de Madrid